
3 1761 08106425 5

Pearson

Las Invasiones Inglesas

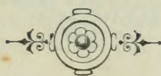
NARRACIONES HISTÓRICAS AMERICANAS

LAS

INVASIONES INGLESAS

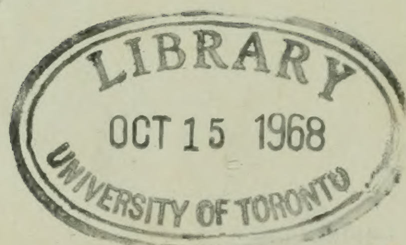
POR

Isaac R. Pearson



Lit. é Imp. Méjico 2670. - Buenos Aires

1901


LIBRARY
OCT 15 1968
UNIVERSITY OF TORONTO

DOS PALABRAS

Este país puede decirse que no conoce su historia. La conocen sus hombres eminentes, pero no la masa en que propiamente reside su vitalidad. No se la conoce tampoco, entendiendo la palabra en todo el alcance de su acepción, en las mismas clases ilustradas; donde fácilmente encontramos quienes sepan los hechos principales que dieron orígen y afianzaron nuestra nacionalidad, mas no así quienes puedan apreciarlos en los detalles que constituyen su trama, en el encadenamiento que les da cohesión y en las sombras ó el explendor de que se hallan acompañados, y los hace saludables como lección, ó ejemplares como manifestación de cìvica fortaleza.

Múltiples causas han producido esta anomalía.

Los libros que narran ampliamente nuestra historia son caros, y las personas que disponen de dinero abundante, incomparablemente menos que las que lo tienen escaso: no siendo, por otra parte, de las primeras, de donde sale el mayor contingente para las empresas que demandan estudio: es una de las causas.

Otra poderosa razón, es lo extenso de dichas obras. Supuesta la afición y supuesta la abundancia de medios, queda todavia la escasez de tiempo propia de la agitada vida moderna.

Un abogado, un médico, un sacerdote, un ingeniero, pueden solazar el espìritu un rato, en lecturas agenas á su respectiva profesión, pero no dias enteros.

Un tomo de doscientas á trescientas páginas, no acobarda: tres, cuatro ó diez tomos de quinientas, piden para no desmayar, un tanto de intrepidez.

Aún tenemos otra circunstancia que explica lo que decíamos al principio: y es la inclinación de gran número de gentes, á la lectura ligera de mero entretenimiento, y su desapego visible por la que no tiene como atractivo la amenidad.

Ahora bien. la historia, hecha en forma que esté al alcance de las aficiones que no se cultivan por el desembolso crecido que comportarían, como de las que no resistirían á la perspectiva de una pila de gruesos y grandes volúmenes; la historia hecha así y reuniendo al mismo tiempo, sin mengüa de la exactitud ni de lo copioso y útil de su documentación, el interés de las creaciones de la fantasía ¿no concurriría de una manera más eficaz que todas las puestas en práctica hasta la fecha, á la difusión, tan reclamada, de las grandes virtudes que brillan en aquellos tiempos legendarios: con lo que fortaleceríamos tanto el sentimiento nacional, y dejaríamos caer, sobre terreno ya abonado, semillas de amor patrio, desprendimiento y denuedo, cuya germinación introduciría necesariamente en la nación argentina del porvenir, elementos valiosos de vigor, esbeltez y lozanía?

Esto se ha preguntado el autor, y tal es el origen de la obra que va á leerse, primera de una serìe que aparecerá, Dios mediante, y comprenderá todo el vasto período en que se debatió hasta imponerse, el anhelo americano de soberanía propia.

Decimos á designio el anhelo americano y no el anhelo argentino. Se ha hecho, en efecto, por varios distinguidos autores, la historia de la República Argentina; mas no se ha hecho, con el debido criterio y amplitud, la historia englobada de América libre.

Suipacha y Boyacá; San Lorenzo y Pichincha; Carabobo y Las Piedras; Tucumán, Bomboná, Guanajuato, Junin, el Cerrito, Ayacucho y tantas otras célebres acciones, no son propiamente glorias colombianas, peruanas, uruguayas, ecuatorianas, mejicanas, bolivianas, ó argentínas: son glorias continentales; muestras gallardas del amor patrio, la valentía y el genio de América. Separarlas en la historia propia de cada país, es reducirlas. Sólo unidas se presentan al espíritu con toda la hermosura y con toda la grandeza del inmortal esfuerzo que recuerdan. Todas son obra, por lo demás, del mismo anhelo, todas inspiradas en el mismo objetivo: el reconocimiento de nuestra mayoria de edad; la consagración del derecho de gobernarnos, americanos del centro y del sur, sin tutores. Todas son, pues, piedras de un solo monumento: el que recuerde á los siglos venideros, que la América del Sur fué libre, porque supo formar su corazón en la escuela que coloca sobre todos los sentimientos, el santo sentimiento de la abnegación cívica.

Las invasiones inglesas son el primer indicio, la primera revelación de que la América del Sur, alimentaba energías propias, superiores á lo que imaginaban sus mismos hijos.

De conocer la suficiencia de fuerzas á sentir despertada la aspiración de ejercerlas, solo vá un paso.

Dichas invasiones constituyen, por eso, la portada del monumento histórico cuya construcción acometemos; vasta empresa para la cual huelga decir que contamos con el apoyo del público, de quien en definitiva dependerá su realización.

Sobre él, pues, caiga la responsabilidad si el esfuerzo falla; y sobre él, también la honra, si llega á feliz término tal empresa, en la cual Dios, que lee en los corazones, sabe cuánto obra el deseo sano de levantar sobre las miserias de la materializada vida presente, los altos, los amplísimos y fecundos horizontes del ideal y el deber.

Buenos Aires, octubre 1° de 1900

El Autor.

LAS

INVASIONES INGLESAS

I.

NAVES Á LA VISTA

En los primeros dias de junio de 1806, la población de Buenos Aires fué impresionada por una noticia que la sacó de su calma habitual. En las aguas del rio de la Plata habíanse avistado gran número de velas cuya bandera, ignorada al pronto, no tardaron los vigias en constatar que era la inglesa.

Nada bueno podía presagiar aquella descubierta.

Porque si el hecho de la presencia de tal expedición era ya un poderoso motivo de alarma, supuesto que sin objeto no había de haberse costeado á playas tan lejanas, y objeto de paz no podía ser tratándose como se trataba de barcos armados en guerra que aparecían sigilosamente: ¿qué no sería considerando la tendencia conquistadora desenvuelta á la sazón por la nación á que esos barcos pertenecían, y las nada cordiales relaciones existentes entre la misma y España?

El dia 11 de noviembre del año anterior había aparecido, en efecto, una escuadra inglesa en la Bahía de Todos los Santos, con reserva de dirección y destino. No llegó al rio de la Plata, como se temió, y en virtud de lo cual se reforzó á Montevideo; pero fué al Cabo de Buena Esperanza y lo que hizo con esa colonia holandesa: incorporarla al imperio británico, podía muy bien ser el punto de partida de un plan general de ensanchamiento.

Por otra parte, la guerra que arrebató en Trafalgar á Francia y España el señorío de los mares, estaba fresca todavía en la memoria de todos, y especialmente, el hecho que la determinó por parte de esta última nación: el apresamiento, en plena paz, de las cuatro fragatas españolas que conducían á Cádiz, desde Montevideo, el *situado* del Alto Perú y los caudales que nuestro comercio remitía á sus corresponsales de dicho puerto español.

España debía entregar la parte de estos fondos perteneciente á la Corona, al árbitro por entónces de los destinos de Europa: Bonaparte, quien sólo al precio de esa contribución la permitia conservarse neutral en la guerra que dicha potencia había declarado á Inglaterra. (1)

---

(1) La razón de está guerra fué que cargado Bonaparte por la arrogancia británica, que se le subía ya á las barbas, resolvió abatirla una vez por todas por la fuerza de las armas. "Pero como no tenía escuadras suficientes (escribe Lopez "Historia de la República Argentina", tomo 1º pag. 476) « ni los recursos pecuniarios que esta guerra requería exigió á España el « cumplimiento de la alianza convenida con el directorio años antes y cuya « vigencia no estaba justificada. El gobierno español, que fundaba esperan- « zas de recobrar su libertad en la robusta coalición que se formaba contra « Bonaparte, se negó á salir de la neutralidad. Bonaparte le amenazó con « una invasión inmediata como violador de los tratados existentes; pero al « fin redujo sus existencias al suministro de un subsidio de seis millones « mensuales, y al tránsito expedito por territorio español de las tripula- « ciones, tropas, pertrechos y abastos para buques ó escuadras francesas « que estuviesen ó entrasen en puertos españoles » El espíritu que guió á las dos partes contratantes en este acuerdo, parece no haber sido sincero. El historiador á quien nos hemos referido, al que seguimos en todo este episodio, sostiene que ambas naciones se hacían trampa: Francia, creyendo al formalizar el convenio (creencia que no fué defraudada) que Inglaterra no soportaría tan extraña neutralidad y obligaría á España á pronunciarse claramente, lo que según todas las probabilidades debía resultarle favorable; y España, esperando convencer confidencialmente á la diploma

Eran aquellas fragatas la «Fama», la «Medea», la «Flora» (1) y la «Mercedes»; conducían 1.645.542 pesos fuertes las dos primeras y las otras, además de un rico cargamento de efectos, 3.354.458 de la misma moneda; y mandábalas el gobernador de Montevideo, brigadier don José Bustamante y Guerra.

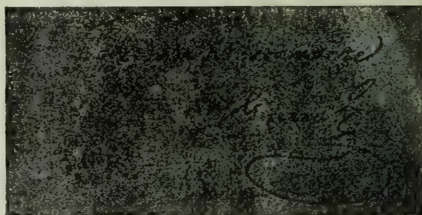
El viaje no ofreció novedad alguna hasta pocos días antes de llegar al punto de destino, en que se descubrió á la distancia un bergantín inglés. No tardó en acercarse y ponerse al habla, disipando todo recelo la afabilidad de su capitán, quien además de trasmitir de viva voz las noticias de España que tenía, suministró al brigadier Bustamante unas gacetas de Madrid que las ampliaban; pero si el jefe español hubiera podido ver más allá de donde alcanzaba su catalejo, habría notado que el bergantín británico, no bien se puso á salvo de toda observación, forzaba su marcha y cambiaba su ruta. Ese barco estaba apostado allí con la mision de informar de la posición, marcha y poder de los buques españoles al comodoro Moore, quien al mando de cuatro fragatas rondaba por aquellas aguas con el encargo secreto del gobierno inglés de salir al paso al brigadier Bustamante, intimarle rendición y batirlo en caso de resistencia. «Que la Inglaterra tenía plena justicia para « obrar de este modo, desde que le constaba la confabu- « lación insidiosa del tratado de subsidios, es incues- « tionable. Pero donde su almirantazgo faltó á todos los « deberes de la humanidad y del derecho establecido en « casos como éste, en que no ha precedido rompimiento, « fué en mandar una fuerza *aparentemente igual* á la que « pensaba atacar *por sorpresa*. Debió comprender que el « deber militar le imponía al almirante español don José

cia británica de que su proceder era una simple sumisión del momento á la fuerza de las circunstancias, y de que al primer triunfo de la coalición europea rompería sus lazos. Sea como fuere, lo que á nuestro objeto importa principalmente, es saber que la cláusula referente á los seis millones debía cumplirse y que tal destino se había señalado al tesoro real de que eran portadoras las fragatas salidas de Montevideo.

(1) La "Clara" según Lobo.

« de Bustamante y Guerra, batirse, aunque inadvertido, « hasta el último extremo ; mientras que si se le hubiera « puesto al frente una fuerza doble ó triple, le hubiera « bastado protestar, y se hubiera evitado la horrible ca- « tástrofe que tuvo lugar el 5 de Octubre de 1804 »(1).





El día está ya indicado: nos resta decir que fué el lugar de la accion á 25 leguas de Cádiz, á la altura del Cabo de Santa María. El brigadier Bustamante, que navegaba ageno á toda idea de sorpresa, hallóse de pronto frente á las cuatro fragatas de guerra inglesas, que marcharon decididamente á cortarle el rumbo, y maniobraron de modo á tomar colocación cada una al lado de una fragata española. A tiempo que el brigadier Bustamante se disponía á inquirir la causa de aquella aparición en son de guerra, del «Infatigable», uno de los buques asaltantes, se desprendió un bote con un oficial que atracando y subiendo á la «Medea», dijo al jefe español: que constándole al gobierno inglés que en las fragatas españolas iban grandes caudales pertenecientes á Bonaparte, era indispensable que siguiera hasta un puerto británico para extraer todo lo que correspondiese al enemigo; en la inteligencia de que ésta era una simple medida de precaución y no de guerra, pues las fragatas no serían consideradas como presas ni sus

---

(1) V. F. Lopez. Obra y tomo citados, p. 476.

oficiales y tripulantes como prisioneros; pero que en caso de resistencia tendría que emplear la fuerza. Bustamante tendió la mirada en su derredor: los buques enemigos surgían ante él con una superioridad desalentadora, apreciable á simple vista, en aparejos y artillería. Instintivamente cerró los puños y se mordió los labios. En seguida preguntó en virtud de qué razón se le aplicaba semejante procedimiento, siendo así que él navegaba en la inteligencia de que su Rey estaba en paz con el gobierno inglés; y como la respuesta no le satisfaciera protestó contra aquella sorpresa, que calificó de un atentado contra el derecho de las naciones. Recordando luego la intimación contenida en las palabras del oficial:

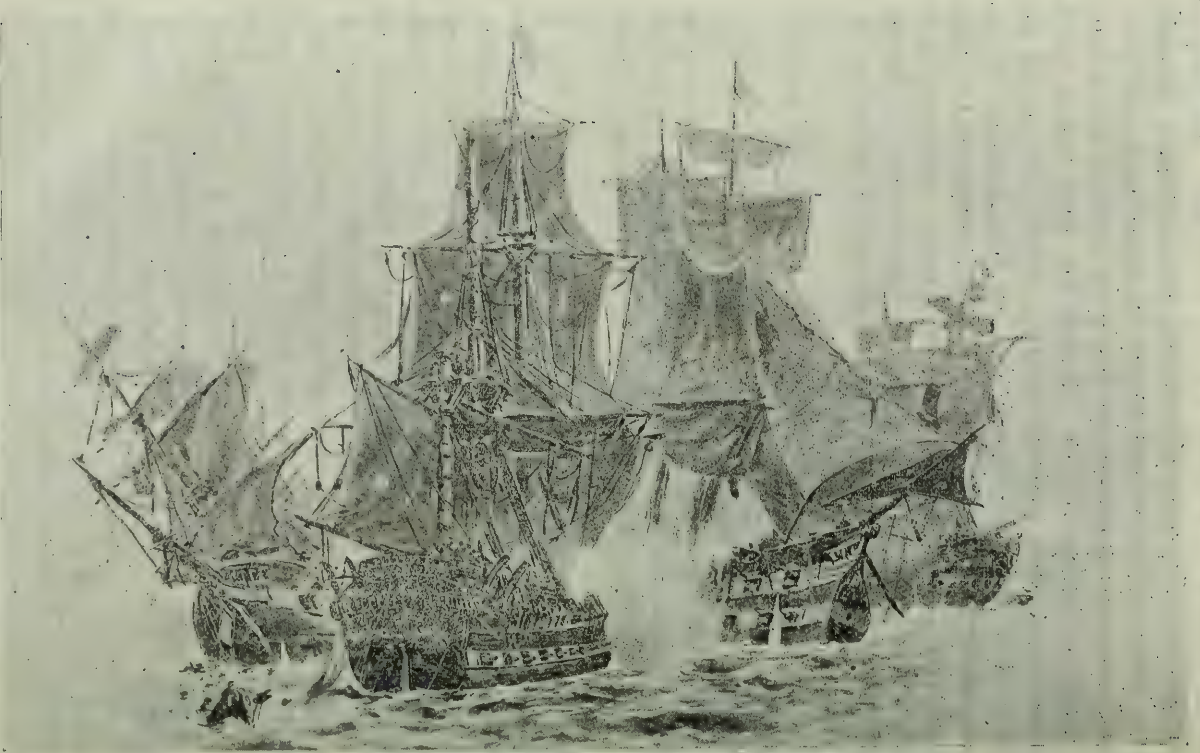
—¿Sabe su comandante de Ud. lo que me pide?—preguntó.

Y como el oficial continuara callado:

—Una humillación—añadió—que no se impone á un marino español, sino cuando las pérdidas y la sangre derramada le han hecho sentir su impotencia, y puesto á cubierto su honor.

Junto con estas palabras señaló al oficial su bote y, dando una órden, aparecieron distintas banderas en los mástiles de la «Medea». Era la señal de: listo el fuego!

Las fragatas inglesas, cuyos jefes se dieron cuenta al instante de lo que pasaba, enarbolaron gallardetones rojos y, apenas de regreso el emisario, rompieron á un tiempo un fuego terrible. Fuese obra de lo certero de sus disparos; fuese, como creen otros, por mala inteligencia de las señales; ó por una y otra causa, como parece más probable, en la «Fama», la «Flora» y la «Mercedes» todo se volvió perturbación y perplejidad. De pronto un estrépito espantoso se produjo: era la «Mercedes» que volaba, sembrando de tablas y cadáveres el mar. Un clamor de misericordia modulado por infinidad de voces, salió de las revueltas olas, entre el bramar de los combatientes y los truenos del cañón; al mismo tiempo que un ¡hurra! frenético escapaba de los pechos jadeantes de los marinos ingleses. La victoria se pronunciaba: una de las fragatas que resistían.



Y ROMPIERON Á UN TIEMPO UN FUEGO TERRIBLE.... *(Dibujo de Fortuny)*

se había rendido; no podían tardar en hacerlo igualmente las otras. Así fué, en efecto, y corto tiempo después las aguas que habían sido teatro de esta sangrienta tragedia, veían marchar desarboladas, sin bandera y como desfallecidas, rumbo á Plymouth, las tres naves restantes de aquella desigual acción, que había sido más que nada un sacrificio al deber. En ellas se lloraba la pérdida no solo de bravos y queridos compañeros de armas, sinó también la de una viajera distinguida embarcada en el puerto de partida, en la confianza de un viaje seguro. Aludimos á la esposa de don Diego de Alvear, de la conocida familia argentina de ese apellido, alojada en la «Mercedes» y que con dicha fragata desapareció bajo las aguas. Su hijo Cárlos María, que debía tener más tarde en su patria tanta actuación y darle al fin de su carrera los laureles de Ituzaingó, se había trasbordado junto con su padre por casualidad á otro de los buques, debiendo ambos á esa feliz circunstancia su salvación (1).

Ante tan inesperada cuanto dolorosa agresión, España no podía elegir otro camino que lanzarse resueltamente del lado de Francia, como sucedió; á lo que si bien había seguido una paz, no por ello había seguido una reconciliación que borrara los agravios y destruyera los apetitos coloniales despertados en Inglaterra por sus éxitos.

Vese, pues, que había sobrados fundamentos para que la presencia de buques británicos en el Rio de la Plata hiciera temer á sus poblaciones un desembarco y las determinara, por lo tanto, á prepararse para resistirlo. Empero el Virrey Sobremonte, primera autoridad de estas colonias por aquel tiempo, se había engañado ya una vez cuando la expedición que creyó contra Montevideo

(1) «Por una inadvertencia (que conviene rectificar) hallándose en la *edición definitiva*) el general Mitre (Belgrano, I, 112) dice que allí «*pereció* con su familia *don Diego de Alvear*». Después de volverse á casar con la inglesa miss Ward, Alvear fué comandante de Cádiz y gobernador militar de la isla de León. Murió en Madrid el 15 de Enero de 1830. Como en el primero, tuvo diez hijos en este segundo matrimonio—lo que es, sin duda, una afirmación bastante enérgica de su existencia». (P. Groussac.—La Biblioteca, t. III, p. 112).

tomó el rumbo del Cabo; y sea que temiera exponerse á un nuevo engaño, (siempre preferible, por lo demás, en tales casos, á las consecuencias de una sorpresa) ó que sus dotes no le dieran para más, no participaba de este parecer. Antes al contrario, aseguraba en su tertulia á cuantos querían oirle que el desembarco no debía temerse, en primer lugar, porque la escuadra descubierta no podía traer fuerzas suficientes que aseguraran ese desembarco contra un contraste; y en segundo lugar, porque corriente como era el rumor de que una escuadra francesa salida de Rochefort para reforzar el Cabo, había virado en redondo al encontrarlo tomado, era más que probable que los buques ingleses avistados, anduviesen buscando aquella escuadra, suponiendo se hubiera dirigido á Montevideo « á refrescar ».

Era el marqués de Sobremonte, en la época en que le encontramos, un hombre todavía jóven, que si bien no gozaba de un gran concepto intelectual tenía en su favor una tradición de buenos servicios. Como secretario del virreynato primero, antes de llegar al alto puesto que ocupaba, habíase conducido con toda diligencia; haciéndose notar, luego, al frente de la intendencia de Cuyo, segundo cargo que desempeñó, como administrador probo y de iniciativa. Córdoba, capital entonces de la Intendencia de Cuyo, debíale grandes mejoras, algunas de las cuales, como el paseo que lleva su nombre, se conservan todavía. Como Sub-Inspector general del Virreynato y Gobernador de Montevideo, ya no mostró tanto acierto. Verdad es, que fundó el pueblo de San Fernando y comenzó la obra del canal; pero, sin mentar su comportamiento en el rechazo de una de las invasio-


El Virrey D. Rafael de Sobremonte

nes de las fuerzas portuguesas sobre la banda oriental, comportamiento del que no se manifiestan satisfechos sus mismos compatriotas por boca del historiador Lobo [1], su carácter empezó á resentirse de ligero y vano. Demostrarán una y otra cosa dos notas que vamos á citar, dirigidas por él á la Corona, y que no eran desconocidas de sus contemporáneos. Fué la primera al poco tiempo de recibirse de Sub-Inspector General y con motivo del envío al Rio de la Plata, que se anunciaba desde España, de tres regimientos de tropas regladas. A pesar de que las escuadras inglesas habían hecho algunos avances sobre puertos americanos y de que no era, por lo tanto, de desdeñar un refuerzo para estas desamparadas regiones, el marqués de Sobremonte informó á S. M. que era inùtil la costosa remisión de aquellos regimientos, cuando á un solo tiro de cañón reunía él en Buenos Aires treinta mil hombres de milicias disciplinadas. Los tres regimientos quedaron por esta razón listos para partir en la Coruña; y de lo desatinado de la información que produjo este resultado, es el mismo marqués quien nos va á dar testimonio, pocos meses después. Lo primero, en efecto, habíalo escrito en 8 de noviembre de 1804; he aquí lo que decía, entre otras cosas, en 22 de enero siguiente: « Puedo asegurar á V. E. que en desempeño el « más fiel y esmerado de mis deberes, de mi honor, celo y « amor por el mejor servicio de S. M. y por las honras « que debo á su soberana clemencia, quedo practicando « cuantos esfuerzos me son posibles para la defensa de « estos puertos y costas, *aunque con el desconsuelo con-* « *siguiente á la insuficiencia de fuerzas con que me hallo*, « repetidamente representada á S. M. POR MÍ (!) y por « mis antecesores, pues para los principales de Buenos « Aires, Montevideo y la campaña oriental limitrophe á « los Dominios de Portugal *apenas puedo contar con mil* « *hombres de tropa veterana* y *cien artilleros* para los « campos volantes que voy á hacer salir á ejercitarse « en campaña con los trenes de batalla, por la enorme

(1) Miguel Lobo. «Historia de las antiguas Colonias del Río de la Plata». tomo I.



ERA LA « MERCEDES » QUE VOLABA... *(Dibujo de Fortuny)*

«baja de los cuerpos de esta clase, á que pienso agre-
«gar igual número, ó los que pueda de los de las
«milicias regladas, previniendo todos los demás en pre-
«caución de las resultas que puede tener el aconteci-
«miento inesperado de las fragatas, como V. E. me lo
«ordena, con el fin de cubrir en la parte posible las
«diversas simultáneas atenciones de estas Provincias,
«con cuyo importante objeto no perdonaré diligencia;
«*pero sin dejar por esto de interesar la alta autoridad*
«*de V. E. por refuerzo competente de tropas de esa Pe-*
«*nínsula,* á vista de una extensión de costa tan consi-
«derable, y accesible á las incursiones de afuera, para
«cuya defensa y sostener el tren de batalla se necesita
«emplear un número suficiente.....», etc. etc. [1]. El marqués de Sobremonte había alcanzado el Virreynato, en parte por obra de la suerte. La muerte de su antecesor, el Exmo. Sr. don Joaquín del Pino y la casualidad de estar él designado en el pliego de providencias para reemplazarlo, en caso de necesidad, hasta el nombramiento del títular, le dió el interinato, para el que supo conseguir posteriormente el carácter de nombramiento en propiedad.

Entre comentarios como los que hemos puesto en boca del Virrey, pasáronse los restantes días hasta el 22 del mes que corría, fecha en que recibió aquél un parte de la Ensenada de Barragán suscrito por el Piloto de la Real Armada don José de la Peña y Zazueta. Decía al marqués este oficial, que en cumplimiento de órdenes de don Pascual Ruíz de Huidobro, que reemplazaba al brigadier Bustamante y Guerra en el gobierno de Montevideo, había recorrido la costa en un falucho, en procura de noticias circunstanciadas acerca del número de buques de que constaba la escuadra enemiga; que el resultado de esa diligencia era haber reconocido cuatro fragatas, tres corbetas y tres bergantines; y que no había podido llevar más adelante sus investigaciones porque, descubierto, se había visto perseguido y obligado á refugiarse en dicha Ensenada, donde esperaba órdenes. El Virrey prosiguió

(1) Comunicación al Príncipe de la Paz de la fecha indicada.

en las atenciones de costumbre, sin dar muestras de que le preocupase la noticia recibida. Todo el día siguiente pasólo de la misma manera; pero por la noche anunciáronle una persona que deseaba hablarle con urgencia. Era el piloto de la Peña, quien no habiendo obtenido contestación á su parte, se presentaba á darlo de viva voz y reforzarlo con todos los pormenores. Las impresiones del Virrey no variaron por ello: despidiendo al piloto pudo oírse que le decía:

—Vaya tranquilo no más. Nada ha de suceder. A lo sumo, lo que puede haber es que los ingleses quieran hacer el corso, resentidos por las presas del año pasado.

Aludía el Virrey á las hechas en la costa del Este por los corsarios *Orian* y *Reina Luisa*, que refieren las crónicas de aquellos tiempos.

El 24 no le faltó tampoco al marqués cómo distraerse de los cuidados del gobierno. Don Juan Manuel Marín, ayudante mayor del regimiento de dragones y futuro esposo de su hija María del Cármen, celebraba su cumpleaños. Agasajándolo le sorprendieron «las oraciones» y con esa hora otro parte de la Ensenada, aunque no ya del piloto de la Peña. Tenía esta vez al pié un nombre que debía en breve hacerse ilustre: el de Liniers, y anunciaba que los ingleses habían intentado desembarcar en dicho lugar, pero retirándose á las primeras manifestaciones de resistencia. El caso se volvía serio; ya no se trataba de una simple posibilidad : se encontraba el Virrey frente á un hecho. Con todo, si se sintió alarmado Sobremonte cuidóse de no demostrarlo, porque se dirigió con su familia á la Comedia como si nada sucediera. Apenas comenzada la representación, vió el público que un oficial penetraba en el palco del Virrey con un despacho, que éste se ponía pálido al leerlo y que, levantándose, abandonaba el local. Algo grave debía de ser para que el Virrey procediera de esa suerte. En efecto : pronto se hizo pública la noticia de que lo que hacía saber aquel despacho era que los buques ingleses se habían presentado frente á Quilmes y comenzaban allí á desembarcar.

¿Comprendió Sobremonte en aquel momento todo el peso de la responsabilidad que había asumido con su

inacción? ¿Se dió cuenta de que lo de la Ensenada había sido solamente un movimiento simulado con el objeto de ocultar el verdadero punto del desembarco? La historia sólo nos dice que dió el marqués esa noche muchas pruebas de desconcierto y que su única medida inmediata, luego que abandonó el teatro, fué trasladarse á la fortaleza, donde ordenó se hicieran señales con faroles á las cañoneras y corsarios del Virreynato y proyectó el envío á dichas embarcaciones de un oficial de mar.[1]

Buenos Aires, empero, tenía ya su historia, y ella garantía que, velaran ó no sus guardianes, había que tener fe en su victoria final. « No habían pasado dos « años desde su reedificación, por el Adelantado Juan « de Garay, cuando el corsario Eduardo Fontana, patentado por Isabel, Reina de Inglaterra, intentó apoderarse « en 1582, de la isla de Martín García, situada en la desembocadura del Uruguay: los nuevos pobladores de « Buenos Aires lo forzaron á retirarse, abandonando enteramente la empresa. En 1587, reinando la misma « Isabel en Inglaterra, cuando Felipe II, Rey de España, « la amenazaba con la escuadra que llamó entónces *Invencible:* otro corsario nombrado Tomás Candich, emprendió tomar por asalto á Buenos Aires; los vecinos « se pusieron en estado de defensa, después de haber « internado las mujeres á la campaña, y el pirata tuvo « que retirarse. En 1628, los holandeses intentaron formalmente apoderarse de esta ciudad, y fueron rechazados; después de este suceso, el Rey Felipe IV declaró « por una real cédula expedida el 5 de julio de 1661, « como un hecho honroso para Buenos Aires, que esta « ciudad había sido la plaza de la América española, « que más habían ambicionado y acometido las naciones extranjeras. En 1680, una expedición de Buenos « Aires recuperó la Colonia del Sacramento en la Banda « Oriental del Río de la Plata, de que se habían apoderado los portugueses. En 1699, los dinamarqueses tentaron otro asalto sobre Buenos Aires, y salieron des-

(1) «Información sobre la Reconquista levantada por el Cabildo».— Declaración del Sargento de Voluntarios de infantería D. Bonifacio García.

« pedazados. Ya en el año de 1658 se había presentado « con igual empeño el general Timoteo de Osmat, cono- « cido por el caballero de La Fontaine, en nombre de « Luis XIV, Rey de Francia: este oficial gozaba ya de « una reputación emprendedora en las posesiones espa- « ñolas del centro de la América; pero su tentativa sobre « Buenos Aires le costó la vida y la pérdida de la capitana « de su escuadra. En 1698, Mr. Poinzis, otro aventurero « de la misma nación francesa, pretendió saquear á Bue- « nos Aires con iguales resultados. En 1705 una segunda « expedición volvió á arrojar á los portugueses de la « Colonia del Sacramento. En 1714, corrieron la misma « suerte los portugueses que se habían establecido en el « punto en que está hoy Montevideo: con la población « de Buenos Aires se fundó entónces la ciudad que se « conserva con aquel nombre; y fué con estos motivos « que el Rey Felipe V expidió la real cédula datada el 5 « de Octubre de 1716, declarando en favor de Buenos « Aires los dictados de Muy noble y Muy leal, que Godoy « atribuye á Cárlos IV por los sucesos de 1806. Entre los « años de I717 á 1720, se apoderó de las islas de Casti- « llos, después de haber amagado á Montevideo, el « capitán francés Estéban Moreau: las tropas de Buenos « Aires recuperaron las islas, dejando muerto al capitán. « En 1762, una expedición más formal, atravesó el Río « de la Plata al mando del general D. Pedro Cevallos; con « ella se tomó á discreción la Colonia del Sacramento, y « en el mismo territorio portugués la posesión del Río « Grande, y las fortalezas de San Miguel, el Chui, Santa « Teresa y Santa Tecla. En 1770, otra expedición de « Buenos Aires, desalojó á los ingleses del puerto de « Ejmont, de que se habían apoderado en las islas Malvi- « nas bajo el reinado de Jorge III. Últimamente, en 1777 « bajo el mando del mismo general Cevallos, primer « Virrey de estas provincias, contribuyó Buenos Aires « á la expedición que este jefe condujo desde España con- « tra las Posesiones Portuguesas en la guerra que terminó « por el tratado militar de límites, celebrado en San Ilde- « fonso este mismo año, entre las Cortes de España y « Portugal. El conocimiento de estas acciones era común

« en Buenos Aires, entre españoles y americanos: sus « datas eran todavía frescas, y tres años antes las había « dado á luz el jóven argentino don José Araujo, bajo la « forma de un bosquejo histórico con que encabezó una « guía de forasteros de todo el Virreynato, que compuso y « publicó en 1803, siendo oficial subalterno de la Conta- « duría de Real Hacienda (1) ». Con tales antecedentes se comprende que Buenos Aires no podía sino oponerse con su legendario valor y sus fuerzas todas, al extranjero que osaba provocarle en sus playas, tanto más si se considera que forzábala á ello aun la necesidad de no aparecer de una manera desairada al lado de otras colonias del continente, que no le eran superiores ni en significación ni en recursos, y habían ya dado honrosos ejemplos de cómo debían afrontarse semejantes situaciones. Cartagena, la Guayra y Puerto Cabello habían sabido mostrar, en efecto, á los marinos ingleses que su poder y sus avances eran nada, cuando tropezaban con pueblos resueltos á sepultarse entre ruinas, antes que doblar el cuello al yugo conquistador: —¿no lo haría Buenos Aires? La misma resistencia de la Habana, aunque empequeñecida por una capitulación arrancada á la inepcia de un jefe indigno, tenía su himno á la valentía y el denuedo, en la heróica defensa del castillo del Morro: —¿no lo tendría Buenos Aires?

Del fondo de todos los corazones hubiera surgido, á ser consultados, un sí entusiasta y unánime.

El pueblo era ciertamente capaz de eso, y aun de más.

Sin organización, sin plan y hasta sin armas, tenía sin embargo algo que suele ser en estos casos decisivo: la resolución de no ceder un solo palmo de terreno sino al precio de su sangre. Fácilmente lo veríamos con un rápido extracto de las referencias que la comprueban.

Mas antes es necesario conozcamos los hechos de la historia americana á que hemos aludido, cuya narración se impone.

---

(1) Ignacio Nuñez.—« Noticias históricas ».

II

INVASIONES DE CARTAGENA, PORTOBELO, LA GUAYRA, PUERTO CABELLO, SANTIAGO DE CUBA Y LA HABANA

Cartagena es un puerto situado en la parte meridional de la América, que propiamente se llama Tierrafirme. El año 1741, en que ocurrieron los sucesos que vamos á referir, se la consideraba una de las plazas fuertes del continente. Tenía, en efecto, varios baluartes alrededor de la ciudad y sobre el monte de San Lázaro, que la domina, un reducto de mampostería con cinco cañones llamado el castillo de San Felipe de Barajas.

La bahía, que es de figura muy irregular, tiene tres leguas de norte á sur, y se comunicaba con el mar hasta 1740 por una sola entrada; mas una impetuosísima borrasca que se desató ese año, y de la que se hacen lenguas los cronistas de aquel tiempo, tragóse una gran lonja de la parte conocida por Tierra Bomba, formando la isla de Bocachica, y desde entónces hubo una entrada más, á la que se dió el nombre de Bocagrande. Las dos entradas, empero, tienen esta particularidad: que no hay que fiarse de sus nombres; la boca grande sólo da fondo para lanchas, siendo entre tanto en la chica donde encuentran paso seguro y fácil los navíos.

En la última, pues, era donde se habían levantado las principales obras de defensa, que consistían, á la derecha de la boca, en una batería de fagina y tierra con catorce

cañones sobre la punta llamada de Abanicos, el fuerte San Joseph con doce cañones algo más adelante, y en el sitio llamado el Varadero otra batería de fagina y tierra con cuatro cañones; y del otro lado, á la izquierda, el castillo de San Luis, tetrágono irregular de 60 toesas de longitud con murallas por diferentes partes descubiertas hasta el pié, y dos baterias con doce cañones sobre la playa de Chamba.

En síntesis, unas fortificaciones suficientes á infundir respeto à cualquier escuadra de las que por aquella época cruzaban las aguas americanas; si bien, examinadas con detención, habrían resultado en su mayor parte sin la consistencia requerida para resistir con éxito un ataque recio.

El almirante inglés Eduardo Vernon, que estaba en la Jamaica al mando de la escuadra enviada por su patria para aislar y ahogar la gran revolución que, alentada abiertamente por Francia y España en correspondencia á pasados agravios, dió á las colonias norte-americanas el rango y la soberanía de nación, había pasado una temporada de ansiedades, temiendo á cada momento que la superioridad naval de los aliados les indujera á llevarle toda clase de hostilidades, cuando se presentó de improviso ante sus ojos la escuadra, largo tiempo esperada en vano, de sir Chaloner Ogle. « Este suceso cambió el aspecto « de las cosas: la desagradable perspectiva de una guerra « defensiva mudóse para todos en ideas de una ofensiva[1].» La escuadra salió entonces de Jamaica con el propósito de batir á la francesa que mandaba el marqués de Autin, la que según noticias fidedignas había permanecido algún tiempo en Puerto Luis, isla española. Resultando de los informes que trasmitieron poco después los barcos destacados en avanzada, que dentro del Puerto Luis había hasta diez y nueve buques grandes, uno de los cuales arbolaba insignia en el tope mayor y otro un gallardetón, avanzó la escuadra hasta dos leguas de distancia de dicho puerto. Empero pronto se vió que

---

(1) « Naval and Military Memoirs of Great Britain », from 1727 to 1783 por Roberts Beatson.

se había padecido una equivocación: los buques que se creyeron de guerra eran mercantes desparejados, excepto una fragata grande cuyo palo mayor, enfilado con la parte superior de una casa pintada de blanco, había tomado á lo lejos el aspecto de una bandera. El almirante Vernon envió dos oficiales á tierra anunciando al gobernador con toda zorrería que las fuertes brisas habían obligado á su escuadra á entrar en la bahía y suplicándole le facilitase leña y agua. El gobernador tragó el anzuelo y no sólo atendió cortesmente la petición sino que al permitir á los emisarios que se pusieran en contacto con las gentes del lugar, dióles ocasión de que recibieran una noticia que les interesaba en alto grado: la de que había abandonado en esos días, con rumbo á Francia, las aguas americanas, la escuadra del marqués de Autin. Era menester, pues, determinar la nueva forma que debían revestir las hostilidades; y convocada una junta de guerra en la nave capitana, se convino en poner la proa á la ciudad de Cartagena, que el almirante Vernon había bombardeado el año anterior sin éxito y tenía resuelto atacar nuevamente en la primera oportunidad, como lo prueba la circunstancia de guardar en su cámara medallas, que acababa de recibir de Lóndres, en las que se veía á don Blas de Lezo, que había sido el organizador y director de la defensa de la plaza en dicha ocasión, en actitud de rendirle la espada al almirante inglés y esta inscripción al pie: *la soberbia española humillada por el almirante Vernon.* El ataque era cosa tan decidida, que hasta la fecha estaba señalada. En el anverso de la misma medalla á que aludimos, se leía: *los héroes británicos tomaron á Cartagena en abril de 1741.* La junta de guerra á que nos hemos referido tenía lugar en marzo de este mismo año.

El almirante Vernon apareció frente á Cartagena el 13 de dicho mes, formando sus buques la más numerosa y fuerte armada que vieron jamás aquellos mares: 8 navíos de tres puentes, 28 de línea, 12 fragatas y paquebots de hasta 50 cañones, 2 bombardas, algunos brulotes y 130 embarcaciones de trasporte que llevaban á su

bordo más de 9.000 hombres de desembarco y 2.000 negros de machete destinados al trabajo de la fagina[1]

« Para resistir á tantas fuerzas sólo había en la « ciudad y sus fuertes la acreditada experiencia del « Virrey de Santa Fé don Sebastian de Eslava, mil y « cien hombres de los batallones de España de Aragón, « de la plaza y de piquetes sueltos ; 300 milicianos ; 2 « compañías de negros y mulatos libres y 600 indios del « monte para trabajadores. Y para la defensa del puerto, « seis navíos de guerra con 400 soldados de su guarnición y « 600 marineros ; los dos navíos para embarazar que por « Bocagrande entrasen los enemigos con lanchas, si lo « intentasen, para hacer por allí su desembarco; y los res- « tantes en Bocachica para impedir el ingreso á la bahía ; « unos y otros, no menos que los castillos y baterías, á « la órden y acertada conducta del teniente general de « marina don Blas de Leso. »[2]

Los dos jefes que hemos nombrado inspiraban confianza al vecindario. El Virrey Eslava « era un hombre « religioso, de severas costumbres, constante en el despa- « cho de los negocios, alimentado con la lectura de la « historia griega y romana, cuyos grandes hombres pro- « curaba imitar, activo y de un valor impertérrito. »[3] Desde que la ruptura de relaciones entre Inglaterra y España hizo temer que las colonias hispano-americanas pudieran ser invadidas, había dado pruebas de diligencia y previsión.

« Él hizo construir baterías para defender las obras « exteriores de la plaza ; él aumentó cuanto pudo la guar « nición ; él preparó víveres en abundancia ; él, en fin, « consiguió inspirar á todos el mismo entusiasmo que le « animaba en servicio del Rey y en defensa de la Mo-

(1) Roberts Beatson da sólo 124 buques en junto. Restrepo, cuyo carácter de historiador de la nación á que pertenece Cartagena presta autoridad á su testimonio, descompone la escuadra invasora de esta suerte : 29 navíos de línea, 22 entre fragatas, bergantines, goletas, bombardas y otros buques menores de guerra y 136 trasportes.

(2) « Diario de todo lo ocurrido en la expugnación de los fuertes de Bocachica y sitio de la ciudad de Cartagena de las Indias ». Edición de 1894, Madrid, p. 196.

(3) J. M. Restrepo.— « Historia de la Revolución de la República de Colombia», t. I. p. 4.

« narquía, en esta guerra que se había hecho nacio- « nal. » [1] En cuanto al teniente general Leso, era nacido en Pasajes (Provincia de Guipúzcoa) en 1687 y tenía acreditada, á la fecha en que le conocemos, reputación de bravo por hechos que le asignaban ya un lugar en la historia de aquellos tiempos. Al servicio de Francia, en cuya armada se formara, se había encontrado en 1704 en el combate librado en las aguas de Velez Málaga contra la escuadra de ingleses y holandeses, en el cual combate, justificando la frase de uno de sus biógrafos [2] quien le llama « valiente que crecía en espíritu á medida que los « proyectiles mermaban los miembros de su cuerpo », una bala de cañón le inutilizó la pierna izquierda. Aunque falto de la pierna siguió su carrera con buena fortuna, y con mejor aún en la marina española, á la que ingresó luego y en la que sus servicios le dieron uno á uno todos los grados hasta el de teniente general que llevaba, con el cual y la escuadra para la escolta de los galeones que periódicamente conducían á la metrópoli las riquezas de América, había arribado hacía ya algún tiempo á Cartagena.

El almirante Vernon llegaba allí, como hemos visto, á poner á prueba la buena fama de estos dos dignos representantes de la autoridad. ¿ Sucumbirían en esa prueba, ó por el contrario saldrían de ella con mayor honra? Ni uno ni otro se detuvieron á pensarlo : sabían sólo que su deber era defender la ciudad hasta el último extremo; y así, resueltos á todo, dió el Virrey sus instrucciones, pasó el teniente general Leso á bordo del navío «La Galicia», echóse una cadena de una á otra márgen en Bocachica y esperáronse los movimientos del enemigo.

El día 17 ya apareció éste sobre Bocachica con cuatro navíos, á los que pronto se incorporaron otros cuatro y gran cantidad de armamento, como preparando un desembarco por la playa de Chamba. Apercibidos empero los jefes de esos navíos de que antes les eran indispensables, so pena de grandes pérdidas, otras ope-

(1) J. M. Restrepo.—Obra citada.
(2) Don Cesareo Fernandez Duro.—« Almanaque de la Ilustración Española y Americana ». 1881.

raciones, se dividieron en dos grupos y en breve batían á un tiempo el castillo de San Luis, uno, y las baterías de San Felipe y Santiago, el otro. ¡Fuego terrible! Las baterías quedaron demolidas ante aquella espantosa lluvia de metralla, y al descubierto la tropa hubo de retirarse para no perecer sin arbitrio ni utilidad. En cambio el castillo resistía con éxito, al mando del ingeniero en jefe don Cárlos Denaux: los navíos que consiguieron la primera ventaja uniéronse á los que veían aquí infructuosos sus esfuerzos, y el fuego arreció como puede imaginarse; mas estaba de Dios que en aquella ocasión recibieran los defensores una recompensa á su valor: al caer la noche, cuatro de los buques asaltantes, se retiraban á remolque haciendo agua.

La playa de Chamba era pisada, entre tanto, por varios piquetes, desembarcados al amparo de la concentración de fuerzas operada por los de la plaza, en el castillo y las baterías atacadas. La noche era de una lobreguez excepcional: ni una estrella en el firmamento, ni una luz en los buques ni en la costa, sombra y sombra doquiera.

Uno de los piquetes que avanzaban apercibióse de improviso de que una fuerza le salía al paso. Prepa/ráronse las armas, ordenóse el fuego y..... ¡horror! cincuenta cadáveres de soldados y uno de un capitán quedaron instantes después sobre aquel campo, sacrificados á una equivocación. ¡Habían disparado ingleses contra ingleses!

En los días 21, 22, 23 y 24 continuó el bombardeo del castillo de San Luis con tan porfiado tesón, que la mayor parte de sus edificios se vinieron abajo y se le desmontaron algunos cañones. El 30 forzaron los enemigos la batería del Varadero, incendiándola y clavando la artillería: triunfo parcial que debía empero costarles caro, porque no precavida la gente que lo consiguió de una balandra que estaba surta al abrigo de la primera de esas baterías y cuyo patrón tenía escondida su fuerza para mejor lograr el lance, al pasar aquellos por su lado descargóles á quema ropa sus pedreros y cañones, matándoles 200 hombres é hiriéndoles otros muchos. [1]

---

(1) Diario citado, p. 291.

Siguió de esta suerte la disputa, favorable unas veces á los defensores, adversa otras, hasta el 4 de abril en que la situación de los del castillo se agravó por la pérdida de la batería de Punta de Abanicos, que caída en poder del enemigo dejó de prestarles apoyo. Ese mismo día la cubierta de « La Galicia » era teatro de un suceso singular : el Virrey y el teniente general Leso dirigían las operaciones desde el alcázar de dicho navío, cuando una bala de cañon llevó los pies del taburete en que se hallaba sentado el primero : aunque las astillas lastimaron los pies al Virrey y al último un brazo, fueron ambas tan leves contusiones, que ni uno ni otro se embarazaron por ellas para continuar en las providencias precisas, sin apartarse un punto del riesgo.

« Continuaron las dos escuadras, las bombardas y las ba-
« terías de cañones y morteros en disparar tan vivamente
« contra el castillo, que abrieron brecha capaz y fácil al
« asalto, desmontaron la mejor artillería y le pusieron en
« el último aprieto; tanto, que viendo su gobernador el día
« 5, dos horas antes de anochecer, que venían los ene-
« migos en tres columnas al avance, y más de 50 lanchas
« con el propio fin, desesperando de poder mantenerse en
« aquel montón de ruinas, contra tan crecidas fuerzas,
« resolvió poner bandera blanca, y tocar la llamada
« para hacer su capitulación ; pero respondiéndole sólo
« con todo el fuego de las baterías y con acercarse la
« tropa en ademán de no oír proposición alguna, deter-
« minó la retirada para salvar aquellos valientes soldados
« y acudir con ellos á la principal defensa de la plaza.
« Había volado el Virrey al primer aviso que tuvo del
« movimiento de los enemigos, con cuantas lanchas,
« botes y canoas tenía juntas su prevención y llegó á
« tan oportuno tiempo, que pudo recoger sin desorden ni
« riesgo aquella tropa, rendida más al dolor de su coraje
« mal satisfecho, que á los insultos del furor británico. » (1)

Perdido el castillo, la defensa entraba en un nuevo período y tenía que cambiar de plan. Abandonáronse los navíos y se procuró obstruir el canal echándolos á

---

(1) «Diario» citado, p. 203.

pique. Sólo al «San Cárlos» se consiguió hundirlo en la forma que se deseaba. El «San Felipe», que quedó levantado por la popa, fué incendiado, prendiéndose el fuego, sin que se pudiera evitar en el «Africa», con lo que se abrasaron entrambos; y en cuanto á «La Galicia», que había tenido á su bordo á las dos primeras autoridades de la región, su suerte fué todavía peor: no abiertos á tiempo sus barrenos, cayó con su capitán, otro oficial y 30 hombres de la tripulación, en manos del enemigo. Obstruyóse también el paso á la altura de Manzanillo con otros buques echados á pique, quedando así cerradas las dos bocas del puerto.

Luchando por vencer todas estas dificultades pasáronselo los ingleses hasta el 12, día en que uno de sus navíos de tres puentes logró atracar á uno de los buques hundidos á designio, el «Conquistador», que había quedado algo boyante, y uniéndose á él por un cable, largó sus velas á la brisa y se lo llevó arrastrando. El fruto correspondió á la intrepidez y acierto del empeño: el paso quedaba libre!

Varias bombardas, una fragata de 50 cañones y algunos paquebots lanzáronse acto contínuo sobre el puerto y comenzó el bombardeo de la ciudad..

¡Cartagena heróica! no en balde en la trabajosa gestación posterior de la idea de la independencia, debías legar á los fastos americanos nuevos y todavía más asombrosos ejemplos; el valor te venía desde lejos: habíaslo recibido en la sangre y estaba ya escrito con caracteres de oro en tu naciente tradición!

Varios días seguidos vió la ciudad, ensordecida y aterrada, el estrago de las bombas y..... como si nada: no se rendía. Era necesario el asalto: el enemigo lo comprendió así y no vaciló.

El día 16, al amanecer, desembarcaban los ingleses, en número de más de cuatro mil (1), por tres puntos á la vez, el Manzanillo, el Tejar de Gracia y el de Alsidia,

(1) «Al desembarcar el ejército en Tejar de Gracia, contaba sólo con cuatro mil trescientos cincuenta hombres, cuyo número habían disminuido las enfermedades y la muerte». Roberts Beatson. Obra citada.

formando cada cuerpo en columnas que marcharon, aunque molestadas vivamente por los defensores, hasta el tejar de Gavala, donde hicieron alto y se fortificaron. El 17 fueron afortunados: el convento de Nuestra Señora de la Popa y el tejar de Lozano cayeron en su poder. El 19 presentóseles también favorablemente: el importante puesto de la Cruz Grande, en el camino de la Boquilla, que estaba al cargo de algunos milicianos, cedió al ímpetu de los enemigos. Poco empero les duró esta vez el gozo, porque cuatro piquetes de veteranos enviados por el Virrey inmediatamente que vió forzada aquella posición, atacáronla con tanto ardimiento que la retomaron.

Y llegamos al momento culminante de esta invasión: el ataque del castillo de San Felipe de Barajas, que inmediato á uno de los barrios de la ciudad, el de Zijimani, y situado según antes hemos dicho sobre el monte de San Lázaro, era puede decirse la llave de la plaza. Dan algunos como causas determinantes de este ataque las disidencias, perfectamente comprobadas por cierto, que perturbaron por aquellos días las relaciones entre el almirante Vernon y el jefe de las operaciones en tierra, general Wenworth. Será así, ó no lo será en la medida que se pretende.

Para nosotros lo esencial es saber que el ataque se produjo el día 20, dos horas antes de que amaneciese, y que lo llevaron todas las fuerzas desembarcadas reunidas, divididas en tres columnas y provistas de gran número de escalas, manteletes y útiles de toda clase para mover la tierra. —Aquella tropa avanzó á despecho del fuego que recibía de todas las posiciones inmediatas al castillo, convenientemente guarnecidas: ni aún la batería lla-



Teniente General Leso

mada de la Media Luna, dirigida en persona con notable acierto por el teniente general Leso, fué parte à contenerle. Los soldados caían unos tras otros diezmados por aquel fuego exterminador; pero ¡adelante! ordenaban los clarines y se cerraban los claros; y continuaba el avance. Eran las seis de la mañana y ni cedían los unos de su arrojado empeño ni los otros de su admirable defensa. Aquello tenía que concluir: todos comprendían la necesidad de un supremo esfuerzo, mas nadie lo ordenaba. Dispúsose por fin la deseada salida y calando bayonetas cayó la tropa de los reductos sobre la ya vacilante masa que subía. ¡ Carga gallarda! Fué una avalancha. El enemigo, acosado y deshecho, no tuvo más partido que volver caras, abandonando sobre el campo cuantos útiles llevara para el asalto y más de 800 muertos y 200 heridos, en su mayor parte graves. (1)

Tan rudo contraste parece que debió haber hecho desistir á los invasores de toda nueva tentativa. Sin embargo no fué así. El 22 procuraron forzar el puesto de la Cruz Grande, siendo rechazados; y el 24 quisieron hacer lo mismo con el de Manzanillo, también sin exitò. Desde el 21 hasta el 25 aumentaron sus baterías de tierra y consiguientemente sus fuegos, pero sin que en los defensores se experimentase pérdida ni se conociese desaliento. El 26 hicieron penetrar al puerto á *La Galicia,* obligándola á tomar parte en el bombardeo de la ciudad y varándola luego sobre el Manzanillo, donde le dieron fuego. El 28, dos horas ántes de amanecer, dejaron de improviso de tronar los cañones enemigos y oyéronse sonar en cambio los instrumentos músicos y bélicos de los enemigos con más continuación y más estrépito que hasta entonces.

¡ La gran expedición se confesaba impotente contra aquella población inflamada por el patriotismo y por el honor! Acababa de ser resuelta su retirada.

---

(1) «Diario» citado, p. 208.—Roberts Beatson sólo confiesa 170 muertos entre oficiales y soldados y 459 heridos «múchos de ellos mortalmente». Aún asì queda patentizada la importancia del rechazo.

Esa misma mañana llegó un bote con una carta del almirante Vernon, proponiendo el canje de prisioneros, el que concedido por el Virrey se efectuó el día 30.

Desde el 1.° hasta el 5 de mayo pasáronselo los enemigos demoliendo los castillos que defendían las entradas del puerto ; el 5, 6 y 7 pasaron á Bocachica todas sus embarcaciones ; el 8 más de veinte transportes y algunos navíos de guerra rompieron la marcha con destino á Jamaica, y una vez hecho lo propio por las demás embarcaciones, cubrió la retaguardia el día 20 el almirante Vernon con 14 navíos de línea y algunos paquebots y balandras.

« Sin exajerar el poder ni el número de los ingleses, « léese en los partes respectivos del Virrey de Santa-Fé, « don Sebastián de Eslava — son dignos de eterna ala- « banza el valor, la constancia y la fidelidad de los gene- « rales y de las tropas del Rey, porque si alguna de estas « circunstancias les hubiera faltado, sin duda hubieran « cedido al inmenso cúmulo de trabajos, al estrago contí- « nuo del fuego, y á los reiterados esfuerzos de un ejército « arrogante y orgulloso. Pero, sin embargo, se ha visto « con evidencia, que el triunfo ha sido completo, porque « uniendo á las deposiciones de los desertores y prisione- « ros las noticias antecedentes de las resultas de los ata- « ques y reencuentros pasados, se infiere con certeza que « á lo menos incendiaron seis navíos, porque en los días « 2, 4 y 6 se vieron en distintas partes de aquel mar seis « grandes humos que no pudieron proceder de otra ma- « teria, y con igual certeza se conoce que los muertos « pasan de 9.000 hombres, porque demás de los muchos « que perdieron en Bocachica y en los reencuentros del « puerto y sitio de la ciudad, habiendo el Virrey enviado « á ocupar los puestos desemparados por los ingleses al « tiempo de su embarco, halló nuestra tropa la dilatada « distancia de tres leguas muy ocupadas de cadáveres y « señales de sepultura recientes, y se confirmó más esta « notable pérdida, cuando visiblemente se reconoció « desde tierra que en las naves de la Armada enemiga « faltaba gente para hacer las precisas maniobras ; al con- « trario, en nuestra tropa ha derramado tan abundan-

«temente sus misericordias, que sólo hemos perdido 200 « hombres en el dilatado espacio de más de dos meses « de defensa, habiendo sufrido el estrago de infinitos ca- « ñonazos y más de 9,000 hombres, sin haberse libertado » de balas rojas, hollas y flechas incendiarias, con que « se hacían más contínuas y menos tolerables las preci- « sas fatigas, siendo también muy digno de considera- « ción que hasta el viento ha sido favorable, porque la « continuación de las brisas frescas ha impedido que pu- « diese llegar á la ciudad el pestilente olor de los cadá- « veres ».[1]

El triunfo de los defensores de Cartagena era tanto más de apreciar cuanto que llegaba á borrar una mancha arrojada el año anterior sobre lahistoria de la dominación española en América, por el á la sazón gobernador interino de Portobelo don Francisco Javier Martínez de la Vega Rétes. Dos nombres y tres apellidos que aún reunidos no daban la medida de un espíritu como el que requieren las empresas de cierta dificultad, ya que según la gráfica expresión de un actor en los sucesos que narramos [2], era un sujeto que « sólo tenía la señal de hombre en los signos demostratibos de la naturaleza »

El mismo almirante Vernon, á quien acabamos de dejar devorando la amargura de una humillación que no esperaba, había sido el héroe afortunado del hecho á que aludimos, como que á sus órdenes había estado la escuadra que atacara y rindiera en la fecha antes dicha, los dos castillos que guarnecían la entrada de este puerto.

Eran estos castillos el de Todofierro y el de la Gloria: nombres que ni puestos de intento para hacer resaltar lo bochornoso de las acciones que se libraron. De la abundancia y calidad del fierro del castillo de Todofierro,

---

(1) «Diario» citado, p 213 y 214.

(2) Don Juan Joseph Rovina. Historia de las Antiguas Colonias Hispano Americanas, por Miguel Lobo, t. II, p. 302.

júzguese por este dato: al primer tiro viniéronsele al suelo dos de sus principales piezas de artillería quedando las demas « embarazadas é incapazes de manejarse »[1]; y poco después estaba arrasado de tal suerte que la gente que lo defendía comenzó á desertarse hasta sólo quedar, al tiempo de hacer el enemigo su desembarco en el muelle del mismo castillo, once soldados. Don Bernardo Gutierrez Bocanegra, Gobernador de Portobelo nombrado por el Rey pero suspendido en el ejercicio de sus funciones, á lo que parece por razón del parentesco que ligaba con el Presidente de Quito al que le sustituía, dice de esta fortaleza que « aunque la huvie- « ran avanzado los enemigos, con toda la tripulación de « los seis navíos, metidos en la Bóveda los nuestros, paso « preciso é inescusable para subir á la plataforma alta, « se pudiera haver defendido solo con el arma blanca, « y dado caso que los enemigos la huvieran ganado, « tenían la retirada en las Torres. »[2]

En cuanto al castillo de la Gloria y una batería llamada de San Gerónimo, que tenía cerca, dá la medida de lo vergonzoso de su resistencia, la afirmación siguiente del mismo señor Gutierrez Bocanegra: « se rindieron « sin haver sido batidos, haviendo inútilmente del cas- « tillo de la Gloria consumido parte de sus muniziones « disparando á el ayre, por no alcanzar su cañón á donde « estaban los Navíos, quedando la bala al medio de la « Bahía ».....

Don Juan Joseph Rovina añade por su parte:

« Al rayar el día embió (el Gobernador Martínez de « la Vega Rétes) á proponer la entrega del castillo al « enemigo con unas capitulaciones tan diminutas y de « expresión que nos concedieron los enemigos aún más « de lo que le pedimos, como el mismo General lo ex- « presa en una de las copias de carta que incluyo á V. E. « y que escrivió á este Presidente. Y siendo una de las « cosas que capituló que havían de salir del castillo los « soldados con vanderas desplegadas y con sus fuciles á

(1) Relación del ya citado don Juan Joseph Rovina.
(2) M. Lobo. — Obra citada, t. II, p. 335.

« toque de tambor y con dos piezas de Artillería, no tuvo
« capacidad para executar este acto ni sacar del castillo las dos piezas que también havían de llebar consigo,
« sino es que se entregaron como unos negros á mi vista
« entrando los Ingleses en él en toda forma militar y
« nosotros saliendo en tropa como un amontonado de
« Brutos ».

El enemigo no permaneció mucho en posesión de la ciudad. « Abandonóla poco después aquel almirante « (Vernon) por convencerse de la imposibilidad de apoderarse de Panamá para cuya operación debía servir « de base ». (1)

Un rasgo apuntado por un inglés y que pinta á lo vivo el caracter de las expediciones que venimos refiriendo: el almirante Vernon estipuló con las autoridades de Portobelo que no sería saqueada la ciudad y que sus habitantes no serían molestados, « *más que todo* (!), « por el deseo de disipar la idea generalizada en aquellos países y justificada por depredaciones anteriores, « de que la principal mira de los ingleses era el saqueo y el robo ». (2)

El provecho de los expedicionarios consistió « en « cuarenta cañones de bronce, dos piezas de campaña, « cuatro morteros y diez y ocho pedreros, ó cosa parecida, también de bronce. De dinero sólo encontraron diez mil pesos fuertes que estaban destinados á « las atenciones del personal de la guarnicion » (3)

Antes de levar anclas, el enemigo, demolió en el puerto lo que restaba de sus castillos, clavó la artillería de los mismos y quebró y arrojó al mar los muñones. En Jamaica, á donde llegó en breve el almirante Vernon y donde le hemos visto aprontándose primero á hostilidades que no pasaron nunca de temores y abriéndolas él luego, no bien se sintió poderosamente reforzado, para solo recoger un descalabro; dicho almirante y el general Wenworth gastaron al-

(1) « Naval and Military Memoirs » etc.
(2) Idem, idem, p. 17.
(3) Idem idem.

gún tiempo en querellas. Alcanzándoles allí órdenes de la metrópoli, dieron la vela con nueve navíos de linea, fragatas y transportes, en demanda de la isla de Cuba, fondeando el 18 de julio á la parte sud este, en una bahía llamada Walthenboun (Guantanamo) á que el almirante, considerando por lo visto segura la partida, dió el nombre de Cumberland. Desembarcaron



Entrada á Santia go de Cuba [1]

las tropas y acampáronse á orillas del rio, veinte millas de su boca; « pero consideróse demasiado fuerte la « ciudad de Santiago para su ataque; y permanecieron « sin moverse varios meses; subsistiendo durante éstos « de víveres averiados y salados; circustancia que hizo « aclarar mucho sus filas, de suerte que el 20 de no-

(1) Del gabinete fotográfico de la fragata Presidente Sarmiento, que dió últimamente la vuelta al mundo.

« viembre tuvieron que reembarcarse y volverse á Ja-
« maica ». [1]

« Así terminó - dice Roberts Beatson - una costo-
« sisima empresa tan mal concertada como detestable-
« mente puesta en práctica. Y aun cuando la hubiese
« coronado el mejor éxito, poco provecho habría repor-
« tado la nación de la parcial conquista de un punto



Santiago de Cuba [2]

« de la isla de Cuba ; no teniendo la ciudad de Santiago
« otra importancia que la de ser residencia del gober-
« nador del distrito oriental y sede episcopal. Debe
« también añadirse, que para asegurar nuestra perma-
« nencia en la isla era indispensable apoderarse de la
« Habana, punto el más importante de las Indias Oc-
« cidentales españolas y en que el enemigo, obrando
« juiciosamente, había reunido suficientes fuerzas de

(1) « Annals of the Wars » p. 17.
(2) Del gabinete fotográfico de la Sarmiento.

« mar y tierra que lo ponían á completo resguardo de « nuestro débil ejército. »

Que el almirantazgo inglés tardó en darse cuenta de esa importancia de la Habana, lo veremos en breve. Por de pronto es necesario sepamos que, llamado á Londres el almirante Vernon, quedó sustituyéndole en el mando de la escuadra un jefe también ambicioso de gloria : sir Chalomer Ogle.

La Guayra y Puerto Cabello carecían de fortificaciones, según noticias de fuente fidedigna que recibió



(1)
El puerto de la Guayra

este distinguido marino al poco tiempo de ejercer sus nuevas funciones ; y confirmando aquello de que nadie escarmienta en cabeza agena, no necesitó más para resolverse á probar fortuna.

(1) Del gabinete fotográfico de la Sarmiento.

Acaso ésta no le hubiera sido tan adversa, si uniendo la acción al propósito hubiese puesto en seguida sus barcos delante de los dos referidos puertos. Empero el comodoro Knowles, á quien sir Chalomer Ogle destacó sobre la Guayra con dos navíos de setenta, tres de cincuenta, un bergantin de veinte cañones y algunos otros buques menores, demoróse más de lo calculado en embarcar en la isla Antigua tropas de desembarco y algunos efectos indispensables, resultando que cuando apareció en la Guayra (el 18 de febrero de 1743) hacían dos meses que el Capitán General de Caracas tenía conocimiento de la expedición en proyecto y había puesto entrambas plazas en el mejor estado que le fué posible de defensa, reparando para ello las antiguas fortificaciones, añadiéndoles otras nuevas y aumentando las guarniciones con las milicias y un numeroso cuerpo de mulatos y negros. Temiendo además que le escaseasen los pertrechos de guerra, había conseguido que su vecino el Gobernador de isla holandesa Curaçao le vendiese una cantidad considerable de municiones.

El comodoro Knowles, aun cuando hubo de apercibirse en seguida de que la sorpresa se había malogrado, no podía retroceder: estaba de por medio una orden, la que como buen marino le tocaba obedecer costase lo que costase; y, por otra parte, tenía confianza en que á pesar de los preparativos hechos en la plaza, la tomaría.

Así pues, apenas pasada una hora de avistados, ya todos los buques ingleses se hallaban empeñados en vivo fuego.

La resistencia cobró tal vigor en los primeros momentos y la resaca, llegando en su ayuda, fué tan excesiva, que la escuadra enemiga hubo de mantenerse sin avanzar; mas no bien observaciones sucesivas revelaron al comodoro Knowles que el fuego de sus cañones comenzaba á imponerse, convirtiendo en ruinas las casas é iglesias y haciendo disminuir visiblemente el de las baterías de la plaza, ordenó á las embarcaciones menores que le acompañaban, preparando

el esfuerzo final, que tomaran ó en último caso quemaran tres buques que se veían en el puerto.

La orden sólo sirvió para poner de manifiesto la incapacidad de los que mandaban esas embarcaciones: reinó entre ellas tal confusión y desorden que el intento se frustró.

Vino á complicar todavía más la situación, para la escuadra asaltante, la rotura del cable del ***Burford***, buque que contaba gruesas averías en la arboladura y aparejo y muchos balazos á flor de agua, y que, rompiendo la linea y yéndose sobre el *Norwich*, obligó á éste y al *Eltham* á hacer lo propio: la fuerza de la corriente echó luego à los tres, muy á sotavento.

De las baterías volvió à recrudecer al mismo tiempo el fuego, y la situación de los barcos se hubiera hecho sumamente crítica á no sobrevenir la noche y junto con ella la desgracia, á los defensores de la ciudad, de que una bomba de la escuadra cayese sobre un almacen de pólvora immediato á la batería que estaba al lado de la montaña: una llama rojísima que osciló un instante en el espacio, y una detonación que pareció conmover á la tierra en sus mismas entrañas, patentizaron la horrible catástrofe que se siguió.

Ella, sin embargo no modificaba el estado de las cosas: el comodoro Knowles llevaba ya muertos cerca de cien hombres y heridos alrededor de trecientos; cinco de sus buques, el *Burford*, el *Advice*, el *Assístance*, el *Eltham*, y el *Suffolk* estaban con grandes averías, el primero de ellos con ciento cuarenta y seis balazos, nada menos; había perdido, además, la mayor parte de los botes, ya por haberse ido al garete ó bien hechos pedazos (1); en una palabra, se imponía la retirada.

Aunque vivamente contrariado no tuvo el comodoro Knowles más remedio que ordenarla; y dejando á la poblaciòn de la La Guayra que se entregara libre de inquietudes el júbilo de la victoria, dió velas y largó otra vez sus anclas en Curaçao, donde se puso con febril actividad á reparar sus barcos y á proveerles de cuanto necesitaban.

Puerto Cabello surgía ante su vista irritada, como el puerto de la reparación.

Entre Curaçao y Puerto Cabello, la distancia es corta. El comodoro Knowles salió, empero, del primero de estos puertos, el 20 de marzo y recién el 15 de abril pudo fondear delante de los cayos 'Barbaret, un poco al este de su destino.

Lo primero que observó en el reconocimiento que hizo acto continuo fué un buque grande atravesado en el canal de la boca, con una cadena que le cogía de proa á popa y otra desde aquella parte á tierra; listo, en síntesis, para ser echado á pique. Vió también tres baterías de considerable extensión levantadas sobre la costa, á la altura del mismo canal de la boca; y en la punta rasa llamada Brava, otras dos, una con doce y otra con siete piezas. Más hacia el puerto divisábanse, además, amarrados, un navío de sesenta, una fragata de cuarenta, doce buques pequeños y tres galeras.

El comodoro Knowles celebró aquella propia mañana un consejo de guerra, una vez aprobado por el cual el plan de ataque, el *Lively* y el *Eltham* rompieron el fuego sobre las baterías del canal; al anochecer éstas dejaron de contestar, lo que interpretado por los ingleses como indicio de debilidad, los resolvió á poner en práctica la segunda parte de su plan, que consistía en flanquear las baterías de Punta Brava.

Esperóse al efecto á la media noche, hora en que desembarcando sigilosamente los voluntarios holandeses reclutados en Curaçao, el regimiento de Dalzell, todas las guarniciones y cuatrocientos marineros: en junto, mil doscientos hombres, se dirigieron hacia las referidas baterías. Seguía á la expedición en su bote, á corta distancia de la orilla, el comodoro Knowles.

La iniciación no pudo ser mejor: una de las baterías fué tomada. Mas un centinela lejano en quien los asaltantes no habían reparado, tuvo tiempo de acercarse y apercibido de lo que pasaba, disparó su arma.

Producida la alarma, la decoración cambió. El fuego de las otras baterías llovió en un instante de tal modo sobre la sorprendida, que, dice un cronista inglés citado por Lobo [1] «haciéndose fuego unos á otros «los que la componían, fué tal el pánico que tirando los «fusiles, huyeron todos con la mayor precipitación «hacia la orilla; no reponiéndose de tan vergonzoso «miedo sino cuando se vieron á bordo de los bu- «ques».

Al dia siguiente viose lo doloroso del malogro de aquella tentativa, en el furor con que se lanzó toda la escuadra al ataque. El *Assistance*, el *Burford*, el *Suffolk*, el *Norwich*, el *Scarborough*, el *Lively* y el *Eltham*, todos á un tiempo comenzaron á vomitar por las negras bocas de sus cañones la destrucción y la muerte. No acercándose bastante el *Norwich* á la posición que se le había ordenado rendir, fué en el acto reemplazado su jefe, el capitán Gregory, por el capitán Henry Stuart: el comodoro Knowles quería vencer á todo trance! Ante tan formidable ataque, los de la plaza se apresuraron á obstruir la canal echando á pique el buque que tenían listo al efecto, y activaron cuanto les fué posible el fuego; empero al concluir el día la resistencia de las baterías comenzó á ceder. «Muchas de sus troneras habían sido conver- «tidas en una sola», dice en conceptuosa frase el cronista inglés antes aludido. Una reacción, sin embargo, que sobrevino junto con las primeras horas de la noche, tornó á volver inexpugnables las baterías, causando grandes daños en sus cascos, arboladura y aparejo á los buques, algunos de los cuales tenían casi enteramente agotadas sus municiones.

El comodoro Knowles no tuvo más recurso que dar la señal de picar las amarras y desviarse del alcance de los cañones de la plaza. Un consejo de guerra celebrado poco después, en los cayos de Barbaret, donde fondeó las escuadra y reparó sus averías lo mejor que

(1) «Historia de las Antiguas Colonias Hispano-Americanas», t. II, p. 296.

pudo, declaró que no se hallaba ella en estado de emprender nuevo ataque, con lo que el comodoro despachó cada buque para el destino que le correspondía y fuese en el suyo á desahogar su despecho en las playas amigas de Jamaica.

Dijimos que los ingleses tardaron en darse cuenta de la importancia de la Habana como posición militar, y ello no es una mera frase. Recién el 8 de junio de 1762, cerca de diez años más tarde, los vemos aparecer en las aguas que bañan las costas de aquella ciudad.

Denunciados en el acto por los vigías del castillo del Morro, el gobernador de la plaza capitán general don Juan de Prado; el marqués del Real Transporte, jefe de escuadra y comandante general de las de América y otros oficiales de tierra y de marina, aun cuando reconocieron á la distancia, á pesar de la oscuridad, seis ú ocho navíos grandes y alrededor de ciento cuarenta embarcaciones pequeñas de distintos portes, creyeron tener á la vista la flota mercantíl que todos los años pasaba por ese puerto en aquella estación, y no una escuadra de guerra. Empero el convoy de velas viró de bordo en breve para el puerto, y siendo esta direción contraria á la que debía llevar en el caso de que la anterior suposición fuera fundada, no quedó ya duda y se puso en pronto movimiento toda la tropa reglada, lo mismo que las milicias y la marina.

Al día siguiente iniciaron los ingleses su desembarco á dos leguas de la ciudad, protegidos por un navío y una fragata, que dirigieron sus cañones contra las torres de Cajimar y Bacuranao, en que habían hecho pié los de la plaza y de las cuales tuvieron que salir, clavando la artillería, por haberse derrumbado sus parapetos.

La acción no había pasado de una escaramuza; mas el gobernador Prado pareció darle importancia, pues á raiz de ella convocó una junta de guerra, á la que

concurrieron el teniente general conde de Superunda, el mariscal de campo don Diego Tabares, el comandante de la escuadra marqués del Real Transporte, el teniente de Rey de la plaza don Dionisio Soler y otras muchas personas de significación. De esta junta surgieron todo género de medidas, entre otras la de recabar el auxilio de todas las guarniciones de la isla y el del Presidente de Santo Domingo: ninguna empero tan acertada como la de reforzar el castillo del Morro y encargar de su defensa al capitán de navío

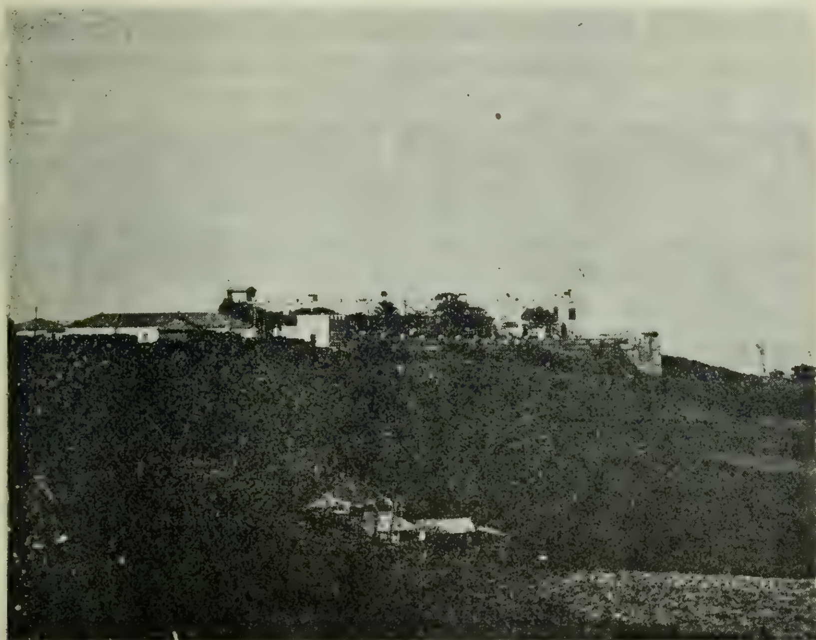


El castillo del Morro (1)

don Luis Vicente de Velasco. Era este castillo por su posición el punto en que podía tentarse la resistencia con mayores probabilidades de éxito; y pertenecía el encargado de defenderlo, como lo vamos á ver, á la raza de los héroes.

(1) Del gabinete fotográfico de la Sarmiento.

Cerca del castillo del Morro había otro llamado de la Punta, cuyo comando se confió á don Manuel de Briceño, también capitán de navío. Tenía en su contra el castillo de la Punta una circunstancia, de significación para el caso de que el del Morro cayera en manos del enemigo: este último castillo, que estaba á mayor altura, lo dominaba; mutuamente apoyados uno y otro podían, sin embargo, hacer mucho, y con razón la población toda había puesto en ellos sus esperanzas.



El castillo de la Punta, ó del Príncipe (1)

El *Neptuno* y el *Asia*, dos navíos españoles, fueron además echados á pique en la boca del puerto, y atravesada con una cadena de maderas y clavos la distancia desde la Punta al Morro, en previsión de que los ingleses intentaran forzar el paso por aquella parte.

Contrastando en la energia que revelaban estas resoluciones, el capitán general Prado dió al mismo

(1) Del gabinete fotográfico de la Sarmiento.

tiempo la orden de que se replegaran sobre la ciudad, sin batirse, las fuerzas que guarnecían el paraje llamado de la Cabaña, lugar de considerable altura que podía constituir, como en efecto constituyó, una excelente base para las hostilidades contra el castillo del Morro. La razón que se dió de tal orden fué que si se levantaba allí una batería y se apoderaba luego de ella el enemigo, lo único que se habría hecho sería ahorrarle el trabajo de subir hasta arriba sus pesadas piezas. ¡Como si la cuestión pudiera ser planteada en esa forma entre militares resueltos firmemente á cumplir con su deber defendiendo el terreno palmo á palmo; y como si el mismo argumento no hubiera podido aplicarse á las reparaciones que á toda prisa se efectuaban en el castillo del Morro, el de la Punta y en la misma ciudad!



Los dos castillos vistos desde la bahía (1)

En tal estado las cosas, un desertor francés que se pasó á la plaza trajo informes completos acerca del enemigo, el que se supo era mandado por lord Albemarle y el almirante Pocok, y se componía de cuatro mil hombres venidos de Inglaterra, seis mil que se le habían agregado de los que sirvieron en la expedición á la Martinica, cuatro mil de tropa de marina y cua-

(1) En el mismo lugar que ocupaban estos dos castillos en la época de los sucesos que narramos, se han levantado posteriormente los que con el nombre de castillo del Morro y castillo del Príncipe se ven en la actualidad á una y otra margen de la bahía de la Habana y cuya respectiva vista hemos dado.

tro mil negros para el servicio de los trabajos; en junto, diez y ocho mil hombres: una expedicion formidable, como se ve.

En tanto que se cerraba todavía más la boca del puerto echando á pique otro navío, el *Europa*; se arrasaban, en el terreno inmediato á la ciudad, todos los edificios, árboles y plantíos de consistencia, para el caso de que el intento de los enemigos fuese el de sorprender la plaza por tierra; y se rompían las cañerías que conducían el agua á la misma, para inundar toda la campiña y parte de las canteras desde el pie del recinto hasta una distancia que hiciera impracticable el acceso á él, la gente del castillo del Morro sintió que el bosque que tenía en sus inmediaciones era talado por la parte izquierda de la Cabaña, á distancia de tiro de fusil. El enemigo se aproximaba. Los cañones del castillo procuraron dificultarle ese propósito, en unión de los navíos *Tigre é Infante* que dispararon también sus piezas con viveza y acierto durante aquel dia; pero todo desgraciadamente sin resultado, porque los trabajos continuaron. Don Luis de Velasco, que como militar observador que era se daba cuenta de lo que esos trabajos podían importar como punto de apoyo para el ataque del castillo, propuso entonces que uniéndose á la tropa de éste alguna más de la plaza, se batiese el monte á bala rasa y metralla y se procurase deshacer con una vigorosa salida las otras empezadas, que podían ser tan fatales. Tuvo la poca fortuna de que en la junta de guerra que convocó al efecto, no predominase su parecer.

El 18, doce días después de presentada la escuadra frente á la Habana, llegó un bote con bandera de paz, trayendo pliegos del conde de Albemarle y del almirante Pocok, en los cuales á vuelta de algunos informes que se pedían sobre varios oficiales de la escuadra que se habían echado de menos en la misma y de quejas sobre supuestos malos tratamientos de los prisioneros, se manifestaba extrañeza por el hecho de que à la llegada de las tropas inglesas á la villa de Guanabacoa hubiesen abandonado las casas de la población sus habitadores. Se dieron los informes pedidos; se aseguró que los prisioneros eran

tratados con igual asistencia á la que experimentaban los soldados y marineros españoles; y repúsose en lo referente à la retirada de los vecinos, que ella dimanaba de su amor é innata fidelidad para con S. M. C. y de los temores á la licencia de la soldadesca.

El 19 los enemigos situados en la parte de la Chorrera cortaron el agua de la zanja que iba á la ciudad, con la que se había inundado la campaña de mar á mar; maniobra que si no perjudicó á la plaza por haber dentro de sus muros muchedumbre de aljibes, todos bien provistos con las lluvias que por aquellos días habían tenido lugar, les aprovechó, sin embargo, para impedir la dicha inundación.

El 21, á eso de las 2 de la madrugada, la población despertó de improviso en el mayor sobresalto. Las campanas tocaban á rebato, la gente se ponía sobre las armas y encendíanse luces en los baluartes. Los centinelas, avanzadas y escuchas que estaban fuera de la muralla, habían dado parte de que los enemigos venían marchando sobre la ciudad. El informe no resultó cierto y recuperaron la calma los espíritus. Seis horas más tarde volvió á repetirse el caso, y volvieron á resultar sin fundamento los partes de los centinelas. Era como para curarse de alarmas. Pero al siguiente día se sintieron detonaciones extrañas, que no podían ser alucinación: acababa de ser iniciado, en efecto, el ataque al castillo del Morro.

Del vigor con que fué llevado puede dar fe este dato: en las primeras veinticuatro horas se dispararon contra el castillo 196 bombas; 35 de ellas cayeron dentro, causando el daño de 6 muertos, 17 heridos y nueve cureñas desmontadas. Al día siguiente, el fuego del enemigo hizo todavía mayores destrozos: tres de las bombas cayeron á un tiempo sobre el almacén de Santa Bárbara arruinándole enteramente y sepultando las municiones y pertrechos que en él había. El bombardeo continuó luego con los siguientes efectos: día 24, 308 bombas, 2 muertos y 34 heridos, la mayor parte mortalmente; día 25, 338 bombas, 5 muertos, 31 heridos; día 26, 356 bombas, 1 muerto, 14 heridos; día 27,

363 bombas, 3 muertos, 38 heridos; día 28, en el diario que narra estos sucesos no se indica el número de bombas, pudiéndose creer empero que no fué inferior al de los días anteriores, ya que se indican 9 muertos y 26 heridos.

Este mismo dìa registróse otro suceso adverso: los ingleses con dos navíos de guerra, algunas fragatas y otras embarcaciones menores hasta el número de 11, acometieron en el puerto de Mariel á la fragata de S. M. C. titulada la *Venganza* y el paquebot el *Marte,* y aun cuando el combate se sostuvo todo lo que fué posible, se hizo menester abandonar entrambos barcos, si bien salvando la gente, pólvora y algunas municiones y dejando abiertos rumbos en ellos para que se fueran á pique, lo que desgraciadamente no sucedió porque el enemigo consiguió apresarlos con tiempo para que su maestranza les aplicara pronto remedio. Las dos embarcaciones referidas fueron, pues, llevadas é incorporadas á la escuadra invasora.

Don Luis de Velasco, encargado de la defensa del castillo del Morro, lograba entre tanto persuadir á sus compañeros de armas de la necesidad de ejecutar una salida que inutilizara las baterías de morteros y cañones que apoyados en los fuegos de la Cabaña habían levantado los ingleses contra el citado castillo. Pedían que se tentara ese esfuerzo poderosísimas razones, y así, la salida se resolvió. Tuvo lugar con 638 hombres repartidos en tres divisiones: la primera, cuyo fin era tomar la espalda á los trabajos del enemigo; la segunda, que debía seguir á la primera y tomando el flanco de las trincheras inglesas atacarlas con la mayor actividad á fin de de que, desalojados de ellas sus guardianes, tuviesen lugar la maestranza y los negros de deshacer los trabajos, para lo cual llevaba orden esta división de empezar sus operaciones luego que sintiese el fuego ó ataque de la primera; y finalmente la tercera división, que debía salir del castillo del Morro y mantenerse á la espectativa en sus inmediaciones, para dirigirse, según lo que resultase del ataque de la primera y segunda división, ya acometiendo por el

frente ó uniéndose á la demás tropa para aumentar sus fuerzas y acabar la función con una segura retirada. Al mismo tiempo, previendo que las fuerzas inglesas de la Cabaña pudiesen acudir al socorro de los asaltados, se determinó hacia aquella parte un falso ataque con dos divisiones. « Conforme á esta disposición salieron la primera « y segunda división del ataque principal, á las doce de la « noche en las lanchas de la escuadra al paraje llamado « el Cabrestante entre el castillo del Morro y la ba- « tería de la Pastora, desde donde á las 2 de la mañana « dieron principio á su marcha con los guías que debían « conducirlas á los puestos de su destino; y habiendo « efectivamente llegado la primera división á un pe- « queño campamento de los enemigos, aunque hizo los « mayores esfuerzos para continuar hasta los atrinche- « ramientos, se lo impidió la posición del enemigo, no « obstante haber sido atacado con bayoneta calada; y « á vista de la superioridad hubo de ceder esta divi- « sión, retirándose con trece prisioneros que al princi- « pio de la acción había hecho, y lo mismo ejecutó la « segunda, á la cual puso algún tanto en desorden el « fuego de los enemigos, que experimentó intempesti- « vamente, y la circunstancia de haber sido herido « muy á los principios del ataque su comandante don « Ignacio Moreno; y aunque la tercera división pro- « curó sostener briosamente conforme á su destino á las « otras dos, divirtiendo á los enemigos, y se adelantó « sable en mano hacia ellos, logrando introducirles al- « guna confusión, hubo también de ceder á la superio- « ridad, cubriendo la retirada con la demás tropa que « se le unió de tierra y de marina al abrigo de la ar- « tillería del Morro, cuyos fuegos detuvieron al enemigo « para que no continuase en perseguir dicha retirada ». [1] Costó este ataque 38 muertos y 60 heridos de la tropa y 6 heridos y 1 prisioniero entre los oficiales. En cuanto al falso ataque que se hizo á la Cabaña, aunque tuvo

(1) « Diario militar de las operaciones ejecutadas en la ciudad y campo de la Habana desde el día 8 de junio de 1762 hasta el 12 de agosto siguiente ».

el favorable principio de haber subido la tropa destinada y sorprendido una guardia que allí existía, no pudo verificar el intento de deshacer las baterías á causa de la superior oposición con que los ingleses al fin lo rechazaron. Costó 37 bajas entre muertos y heridos.

Mientras se llevaban á cabo estas operaciones, cuya ineficacia dependió, según se ve, de la poca gente con que fueron emprendidas, no se crea que dejaron las bombas inglesas de caer sobre el castillo del Morro. Quinientas veinticinco fueron las disparadas contra él ese día, con este resultado: 11 muertos y 48 heridos.

Como si los enemigos quisieran señalar el siguiente día, último del mes, con un hecho culminante, las dos baterías de morteros y otras de cañones del calibre de á 24 y 36, dieron principio á batir el castillo del Morro, á un tiempo con los cañones de la Cabaña y los de tres navíos que se aproximaron por la parte del mar. Recio ataque. Duró cuatro horas, y fué bravamente rechazado, en lo que brilló dice el diario militar á que antes nos hemos referido «la bizarra dirección de don «Luis Vicente de Velasco en todas las providencias «que dió para resistir y superar la violencia de tan «terrible extraordinario ataque, cuyas circunstancias «difícilmente pueden reducirse á una expresión»; pero el castillo sufrió enormemente: un solo cañón quedó montado en sus baterías altas, sólo dos en las de en medio y tres en la que seguía al ángulo citado, habiendo además arruinado las balas todos los merlones de las tres expresadas baterías y sus parapetos hasta el cordón.

Los días sucesivos se pasaron reparando lo deshecho y contestando de la mejor manera posible el fuego de los enemigos, que siguió sin interrupción con este fruto: día 2 de julio, 40 muertos, 196 heridos; día 3, 6 muertos, 25 heridos; días 4 y 5, 14 muertos, 79 heridos; día 6, 4 muertos, 38 heridos; días 7 y 8, 15 muertos, 130 heridos; días 9 y 10, 11 muertos, 64 heridos;

día 11, 6 muertos, 66 heridos; días 12 y 13, 23 muertos, 79 heridos; día 14, 9 muertos, 47 heridos.

El 15, imposibilitado don Luis de Velasco de continuar en la comandancia del castillo por el gran atraso que había experimentado su salud, con un golpe causado por los fragmentos de una bala de cañón y con la inmensa fatiga é incesantes vigilias sufridas en los 38 días contínuos que hacía se hallaba en él, lo abandona de acuerdo con el marqués del Real Transporte y demás oficiales de la junta, y es reemplazado por el capitán de navío don Francisco de Medina.

El 16 causó el fuego enemigo en el Morro 5 muertos y 17 heridos y el 17 4 de los primeros y 32 de los últimos. A juzgar por estas cifras el fuego no pudo haber arreciado. Esto no obstante, léese en el diario ya citado, en la parte correspondiente á ese día: «la «excesiva continuación del fuego del cañón y bombas «del enemigo contra el Morro, no dió lugar á que por «la noche pudiese acabarse perfectamente en él la mon- «tura de los cañones para poder corresponder el día de «hoy, en el cual continuaron con la mayor viveza las «bombas....» De alguna manera había de hacerse sentir la ausencia del organizador, director y alma de aquella gloriosísima defensa.

El 18 inicióse con una salida afortunada: 300 hombres del castillo sorprendieron las fuerzas que defendían una nueva batería de cañones y morteros que habían situado los enemigos en la loma de San Lázaro, la destruyeron, hicieron prisionero al oficial que la mandaba junto con un sargento y 16 soldados, y mataron y pusieron en fuga á los demás. En cambio la conclusión del día no fué tan favorable: tampoco pudo tener efecto la activa diligencia aplicada por la noche al reparo de parapetos y montura de cañones, habiéndose tenido la pérdida de 39 hombres, 10 muertos y 29 heridos.

El 19 se oyeron de pronto en la ciudad exclamaciones de dolor y desaliento: habíase izado en el Morro bandera de socorro. ¿Sería que lo asaltaba el enemigo? Se echaron inmediatamente las campanas á rebato y

corrió á sus puestos la tropa de guarnición y milicias. Empero todo resultó á la postre motivado por la aproximación al castillo, haciendo fuego, de veinticinco á treinta ingleses, los que equivocadamente se creyó eran seguidos por las fuerzas sitiadoras todas.

El 20 tampoco pudieron adelantar en el Morro los trabajos de reparación, por lo que logró el enemigo acercarse á la estacada del castillo, construir una zanja, en la que se resguardó, y formar parapetos con sacas de algodón. Entre los de este día, el antecedente y el 21, que siguió, contáronse 18 muertos y 75 heridos.

El 22, después de una nueva salida que se intentó con el objeto de desalojar al enemigo de las posiciones á que últimamente había avanzado, pero que no dió más resultado que una abundante efusión de sangre, súpose que los rumores de próximo asalto que corrían desde la semana anterior tomaban proporciones inquietantes. No sólo los ingleses no hacían ya misterio de su designio, sino que, como para dejarlo traslucir con toda claridad, se habían puesto á despejar la boca de una antigua mina que comunicaba el castillo con el exterior y cuya existencia había llegado inesperadamente á su noticia.

La perspectiva era, pues, bien sombría. Felizmente los del castillo recibieron el aliento de verse nuevamente mandados por su bravo jefe primitivo, don Luis Vicente de Velasco, quien restablecido de su mal reasumió el día 24 la dirección de la defensa, llevando como segundo al capitán de navío Marqués Gonzalez, que había interpuesto repetidas instancias para que se le diese tal destino.

Los ingleses, que habían recibido en esos días refuerzos de una escuadra procedente de Jamaica que se detuvo algún tiempo en aquellas cercanías, á los que siguieron casi inmediatamente otros no menos apreciables de las colonias del norte de la Florida, activaron á esta sazón la construcción de sus reductos y dieron claras señales de querer concluir una vez por todas su empresa. Su fuego, como de costumbre, causó víctimas en el Morro: 33 muertos y 111 heridos en los días 25,

26, 27 y 28. Mas esto no era lo peor. Lo peor era que ni siquiera se tenían en el Morro buenos fusiles. Don Luis de Velasco lo manifestó así, y consta tal cosa en los documentos relativos á estos sucesos que se conservan; pero á pesar de que las autoridades de la ciudad procuraron, según parece, llenar la deficiencia escogiendo las mejores armas entre las que tenían la tropa y las milicias, no consta que ellas fueran remitidas, y si lo fueron debió tratarse de una remesa de poca monta.

El 19 expuso á la junta don Luis de Velasco los justos recelos que le asistían de que los enemigos intentasen á un mismo tiempo el ataque por mar y tierra contra el castillo, y las muchas dificultades que tendría el haberlo de resistir en aquella fortaleza, reducida á un montón de ruinas, sin parapetos ni resguardo en que poderse mantener su guarnición, á consecuencia de lo cual pedía se le instruyese sobre lo que debería hacer en caso de un asalto: si resistir, capitular, ó evacuar con tiempo aquel lugar. Se le contestó que obrase según se lo aconsejaran las circunstancias del tiempo y según lo que le dictasen su acreditado espíritu y su experiencia. Llevaba anotados 10 muertos y 43 heridos aquel día don Luis de Velasco, cuando recibió esta respuesta. Quería una contestación categórica, y así, no se conformó y oficio de nuevo recabando instrucciones precisas.

Dictábalas en respuesta delante de su enviado la junta de la ciudad, cuando una explosión que retumbó como un trueno hizo volar en mil pedazos la pared del castillo llamada del Caballero de la Mar. Cañones, centinelas, piedras todo desapareció envuelto en una negra nube de tierra y pólvora, al mismo tiempo que se precipitaban por la brecha, en una inmensa aclamación de victoria, fuerzas apostadas en las inmediaciones.

Don Luis de Velasco ordenó se izara la bandera de socorro y corrió con la mayor parte de su gente á contener la invasión.

Vano empeño.

Cayó sobre el campo su segundo, el capitán Mar-

qués Gonzalez, acreditando así su ardimiento lo mismo que la honrosa determinación que voluntariamente le había llevado á aquel destino. Cayeron 146 de sus soldados. Cayó también Velasco. Y el enemigo, aumentando más y más á cada instante, arrancó por fin de aquella ambicionada fortaleza la bandera que flameaba desde hacía tantos años sobre su torre.

Las lanchas que conduciendo refuerzos de la ciudad rompían desde la playa la marcha en ese momento, no necesitaron más para comprender que se hacía inútil su misión, y así, retrocedieron.

Horas después, con gran sorpresa de todos, alzó el castillo bandera de tregua y tocó llamada. Enviado un bote, se supo que el fin era entregar á la ciudad varios heridos distinguidos, entre otros don Luis de Velasco. Sólo imponía á ese efecto el general inglés una condición: que un oficial suyo había de acompañar á este ilustre moribundo hasta la cama que se le destinara, como homenaje de que era merecedor por haber sabido dar á las armas de su príncipe la gloria de aquella heroica defensa.

Rasgo tanto más digno de ser recogido por la historia como ejemplo de magnanimidad y gentileza, cuanto que hubo de acentuarse imponiéndose á viva fuerza.

Efectivamente: sólo como condición *sine qua non* aceptó el capitán general Prado aquella cláusula, que era sin embargo la mejor corona que podía ambicionar para sus soldados y para su patria.

Fundó su actitud el capitán General Prado, en que el oficial acompañante podía informarse del estado de la ciudad. ¡Era de noche! Esta sola frase fué el juicio de los contemporáneos y es el de la posteridad.

Perdido el Morro, sólo la ciudad podía ofrecer una resistencia seria, puesto que el castillo de la Punta, lo hemos dicho ya, era dominado casi por completo por los fuegos de aquel; á lo que se agregaba haber sido reducido á tal extremo de debilidad, que según manifestación de su propio comandante en esos días, el capitán de navío don Pedro Castejón, « al sólo es-

«trépito de los cañones se deshacían sus murallas».

El enemigo, con todo, no hizo manifestación de sus intenciones de poner término á la campaña una vez por todas, hasta el 10 de julio; día en que uno de sus oficiales se presentó con bandera de tregua en las inmediaciones de la plaza, conduciendo una carta del conde Albemarle para el gobernador. Prevenía aquél en ella tener tomadas sus disposiciones para la reducción de la ciudad y que un principio de humanidad le estimulaba á hacerlo presente para que se entregase á las tropas de S. M. B., evitando de ese modo las desdichas y calamidades que serían indispensables en el caso de ser tomada por asalto, pues tal vez entonces no podría contener á su tropa, como lo había ejecutado en la rendición del Morro, para que no pereciesen al filo de la espada todos los que se encontraran armados; añadía que se hallaba en posesión de dicho castillo y de la Cabaña, llaves de la plaza, según una carta del mismo gobernador que había sido encontrada entre sus papeles, y que tenía un ejército considerable al que llegaban refuerzos todos los días, disponiendo además su almirante del puerto de Mariel para el abrigo de la escuadra, en caso necesario. A cuya instancia se le respondió por dicho gobernador, con acuerdo de la junta, que las obligaciones heredadas y juradas en que se hallaba para haber de emplear en la defensa de la plaza de que estaba encargado, todos los mayores esfuerzos que son regulares y acostumbran en iguales casos los oficiales de honor para cumplir con la fidelidad debida á su príncipe y con las leyes que, por común aceptación, tiene establecidas la práctica de la guerra, no le permitían condescender con su proposición por el distinto concepto en que estaba de la actual constitución de la misma plaza y de sus proporciones para llevar adelante la defensa con esperanza de feliz éxito; dándole asimismo á entender, que la expresión en la carta á don Luis de Velasco sólo era significativa de la importancia del castillo del Morro en cuanto servía de mayor resguardo al cuerpo de la ciudad.

Era la respuesta que correspondía. La situación del

gobernador, aunque aflictiva por los avances que había conseguido realizar el enemigo, no era ni con mucho desesperada. Aun dejando de mano el castillo de la Punta, que aun cuando tendría que ser entregado á las primeras recias embestidas siempre podía vender su posesión al precio de bastante sangre, quedábale para refugiarse una ciudad cuyas calles enfiladas por el cañón y la fusilería podían sembrar la muerte de una manera que ningún ejército se atrevería á afrontar sin pensarlo mucho. Los refuerzos pedidos tenían además que llegar tarde ó temprano: ya algunos habían sido avistados buscando el lugar más seguro para desembarcar; y por otra parte, con ó sin ellos, el camino á seguir sólo podía ser el único decoroso señalado para tales casos: resistir hasta el último trance.

Empero el gobernador Prado, que se opuso con tanta decisión á que penetrara el oficial inglés que acompañó á Velasco hasta su lecho de muerte, por temor sin duda de que fuera á penetrar los grandes planes que tramaba su genio en el misterio de las sombras; el gobernador que cuando se le habló de rendición faltó poco para que por toda respuesta diera despreciativamente la espalda al enviado británico: no bien se apercibió de que apretaba el fuego contra el castillo de la Punta y que se activaban á ojos vistas los preparativos del asalto á la ciudad, comenzó vacilante á pedir informes sobre la cantidad de pólvora que existía en los repuestos generales y particulares. Sería realmente ó nó esa cantidad la muy exigua que ha quedado anotada en sus partes: 27 quintales y 54 libras; lo necesario apenas para que los cincuenta cañones de la plaza sostuvieran el fuego durante cuatro ó cinco horas. Pero es indudable que de todas maneras el gobernador resulta con responsabilidades de aquellas que no admiten atenuación ni disculpa. Si la pólvora esenseaba, ¿cómo y por qué no lo vió antes, cuando en posesión del castillo del Morro podía todavía tratar altivamente al enemigo? ¿cómo y por qué no lo vió á lo menos cuando envió éste proposiciones, evitándose así el bochorno de hacerlas á raiz de desecha-

das? Son cosas éstas que no se han aclarado y es muy difícil lleguen á aclararse. Sólo queda el borrón histórico: la aparición de la bandera de tregua en la ciudad al mediodía del 11, y su entrega final mediante una capitulación que con las modificaciones que le introdujo el general inglés no dejó á salvo del todo ni siquiera el honor de los defensores de la misma.

La Habana fué recuperada al año siguiente por España, en virtud de la paz de Versalles.

III

EL DESEMBARCO

Dejamos al Virey Sobremonte dictando en el Fuerte las primeras disposiciones para la resistencia. En la madrugada del día siguiente, ellas se exteriorizaban en la forma del toque de generala por todas las calles de la ciudad. Ese toque fué repetido por la tarde y en ambas ocasiones con el mejor resultado, según se infiere de los documentos de la época. En todo aquel día no se vió otra cosa que grupos de gentes, con armas y sin ellas, que á pesar de la copiosa lluvia que caía, entraban de todas direciones á la ciudad para hacer su defensa. [1] El pueblo se condujo con noble ardimiento, prontitud y entusiasmo siendo ello « un hecho de notoriedad incontestable », porque « se le vió « correr á la Fortaleza con más celeridad y gusto que « si se dirigiera á una función de puro regocijo ». [2] Eso se observó no sólo en los soldados sino también en todos los vecinos capaces de tomar las armas, lo mismo

(1) Información hecha por el Cabildo de Buenos Aires, sobre la pérdida y reconquista de esta ciudad en 1806. Declaración de D. Fermín Tocornal, teniente de voluntarios de caballeria.

(2) Manifestación de D. Jaime Alsina y Verjes, teniente coronel comandante del Batallón de Urbanos de Comercio.

que en los jóvenes de poca edad, « que sin esperar « las órdenes de sus padres, así que sintieron el toque « de alarma se introdujeron en la fortaleza á pedir armas para combatir ». [1] «Los hombres se ofrecían á « porfía manifestando un empeño á toda prueba de acabar con el enemigo ». [2] La decisión del vecindario fué tan manifiesta, que la gente que acudió á la Fortaleza no cabía dentro de ella. [3]

Empero si la buena voluntad y el patriotismo del pueblo quedaron demostrados de una manera inequívoca, notóse desde los primeros momentos la falta de algo muy esencial: capacidad en los hombres dirigentes. « Conducido del honor — dícenos con su autorizada « palabra uno de nuestros próceres más ilustres, que « hizo en aquella ocasión sus primeras armas — [4] volé « á la fortaleza, punto de reunión: allí no había orden « ni concierto ni cosa alguna, como debía suceder en « grupos de hombres ignorantes de toda disciplina y « sin subordinación alguna: allí se formaron las com« pañías, y yo fuí agregado á una de ellas avergon« zado de ignorar hasta los rudimentos más triviales « de la milicia y pendiente de lo que dijera un oficial « veterano, que también se agregó de propia volun« tad, pues no le daban destino ». En la información levantada por el Cabildo, á que venimos aludiendo, se hallan referencias todavía más expresivas. Las tropas urbanas y la compañía de artillería sólo reciben un sable para el servicio de centinelas, sable que tiene que pasar de soldado en soldado junto con el relevo. [5] Las balas de los cartuchos suministradas á la caballería, resultan de mayor calibre que las pistolas en que debían calzar. [6] En una de las compañías enviadas á

(1) Declaración de don José Pereyra de Lucena, teniente de voluntarios de caballería.

(2) Manifestación de don Juan Antonio Olondriz

(3) Declaración de don Bonifacio García, sargento de voluntarios de infantería.

(4) El general don Manuel Belgrano, en su « Autobiografía ».

(5) Declaración de don Bernardo de Guanes, cabo de la compañía de Artillería.

(6) Declaración de don Manuel Martinez, capitán de voluntarios de caballería.

campar en el bajo de las Catalinas, algunos soldados, pasada con exceso la hora de rancho, preguntan ¿qué comían? á un oficial del Estado Mayor, llegado providencialmente al parecer: — un churrasco — contesta éste; le observan que no tenían carne, y responde que la compren; agréganle que no tienen dinero y sería por eso mejor se les mandase aquélla: — bien, bien, — contesta el oficial y retirándose no piensa más en la cosa. (1) Varios individuos inteligentes en la formación de lineas de defensa piden picos y palas para construir una trinchera regular, y se les contesta que no los hay. (2) No se encuentran caballos sino expropiándolos por la fuerza, y meses antes, según un rumor generalizado, se habían entregado por la Real Hacienda, para comprar caballada, treinta mil pesos al Ayudante Mayor de Dragones y futuro yerno del Virrey don Juan Manuel Marin. (3) El Sr. don Jaime Alsina y Verjes, teniente coronel del batallón de Urbanos de Comercio, encuentra en la quinta de don Ventura Marcó del Pont 4 cañones del calibre de 8 montados en sus cureñas y pidiendo con tal motivo pólvora, metralla y cuatro artilleros, el Virrey le contesta con esta inexplicable negativa: «no hallo convenir la provisión de muni-« ciones ni artilleros para los cuatro cañones de á 8 « que dice». (4)

Empero, desorganizadas y todo, algo podían hacer las fuerzas reunidas, conocedoras como eran del terreno en que debían operar y con una importante plaza de abastecimiento y refugio á sus espaldas. La confianza, pues, no se había perdido, y contribuía á ello en no pequeña parte el buen concepto en que como militar era tenido el Sub-Inspector General don Pedro de Arce, que encargado de salir al encuentro al enemigo hacía sus últimos preparativos de marcha.

La primera medida de dicho funcionario fué desta-

---

(1) Declaración del ya citado don José Pereyra Lucena.
(2) Declaración del ya citado don Bonifacio García.
(3) Declaración de don Joaquin Estéfani Banfi, teniente coronel retirado de los Reales Ejercitos.
(4) Información ya citada: documento n. 2.

car en observación hacia Quilmes el Regimiento de Voluntarios de caballería, del cual á las primeras jornadas se desprendió una compañía con la misión de hacer el servicio de descubierta en los bañados y caminos, dando cuenta de cualquier ocurrencia. No tardó en presentarse á los ojos de esta avanzada el espectáculo de que eran teatro aquellos lugares: vióse primeramente la costa, con la escuadra inglesa á la distancia, sueltos al viento sus gallardetes y repletas de hombres sus cubiertas; luego una cadena de botes, también repletos, entre la plaza y los buques; después varios ginetes galopando en distintas direcciones por entre los juncales, y por fin, hacia la parte de afuera del bañado en dirección de Quilmes, una fuerza enemiga considerable, formada ya en dos alas.

El oficial, sorprendido por lo adelantado del desembarco, se apresuró á dar cuenta. No ya uno, cuatro chasques mandó avisando la operación del enemigo y aconsejando se marchase sobre él sin demora, pues de lo contrario no daría lugar á formar la linea.

En esos momentos circulaba en toda la campaña el siguiente manifiesto del Virrey:

« Buenos Aires, 26 de junio de 1806.

« Hago saber á todos los habitantes y fieles vasallos « del Rey Nuestro Señor en toda esta campaña y fronte« ra, que nuestros enemigos los ingleses están desem« barcados en los Quilmes, donde han acudido llenas « de valor y patriotismo las gentes más inmediatas, « manifestando deseos de vencerlos y destruirlos, y á « fin de que todos los demás concurran con la mayor « celeridad con cuantos caballos y armas tengan y pue« dan recoger los oficiales, sin distinción de personas, « se pongan en marcha para el Puente de Galvez, donde « hay otro cuerpo de tropa, y para todo ello autorizo « al Teniente de Blandengues D. José Ruiz, que sal« drá ganando los instantes, para ir remitiendo así « gente como caballadas, para que las armas del Rey « triunfen y los fidelísimos habitantes de este país

« tengan la gloria de haber vencido al enemigo de su « Santa Religión, de sus bienes y familias, como este « Superior Gobierno lo espera, puesta su confianza en « el Dios de los Ejércitos y en el amor de estos va- « sallos al mejor de los soberanos. *Sobre Monte* ».

Los ingleses, entre tanto, apresuraban su movimiento lo más que podían. Harto debían comprender el peligro que corría su empresa, si una fuerza, aun cuando fuera desorganizada y de poca consideración, les alcanzaba en los botes. Las órdenes de los superiores recomendando la rapidez se sucedían sin interrupción, y la tropa, de la que formaba parte el regimiento n.° 71, afamado á la sazón por su brillante comportamiento en Georgia durante la guerra de la independencia norte-americana, procuraba secundar aquellos deseos de sus jefes, ávida de mostrar lo que valía.

Componíase la expedición de las fragatas « Diadema » y « Raisonable » de 64 cañones, la « Diomedes » de 50, las corbetas « Leda «, « Narcisus » y « Encounter » y cinco transportes; barcos que conducían en junto de 1600 á 1800 hombres [1] al mando de un marino ya ilustre, sir Home Popham, que tenía como segundo al brigadier Guillermo Carl Beresford, también de probado valor y pericia militar. [2]

Realizaba el comodoro Popham con esta expedición uno de sus más acariciados ensueños, surgido de conversaciones que celebrara años antes, durante la época de su privanza con Pitt, con el primer propagandista de la independencia sud-americana, extraña mezcla de vulgaridad y grandeza, de incapacidad y de genio, alma noble, abnegada, espíritu admirable siempre, que fué más tarde el

(1) Beresford en su parte de 2 de julio de 1806, se da una fuerza de 1635 hombres. Nuñez en sus « Noticias », p. 22, la hace ascender á 1866.

(2) « Como crei muy esencial en todos respectos, que el mando del destacamento se confiase á un oficial de rango, y de acreditada habilidad, juicio y zelo, me decidí á elegir al brigadier general Berresford, que yo sé posee todas esas calificaciones en grado eminente ». (Nota de sir David Baird al Honorable Vizconde Castereagh).

general don Francisco Miranda. Confundiendo éste los anhelos de su corazón con la realidad de las cosas, había pintado en varias ocasiones á las colonias españolas de Sud-América, ante el primer ministro inglés, como prontas á sacudir, á la primera ayuda extraña, el dominio de España; olvidando que si los naturales tenían motivos de queja para con la madre patria, la idea de la independencia no era aún otra cosa que una vislumbre



Sir Home Popham

para unos pocos, vislumbre de la que éstos mismos, en lucha con la tradición, apartaban vacilantes el espíritu; y que si sola y en toda la fuerza de su seducción encontraba escollos aquella idea, qué no sería presentada como imposición de un pueblo que los habitantes de Sud-América habían aprendido á no amar desde la cuna. Aunque Pitt tenía suficiente buena vista para darse cuenta de lo utópico de aquellos planes, iban contra una nación que se había permitido inferir al

orgullo británico la herida de coadyuvar á la separación é independencia de las colonias anglo-americanas, y tenían en su favor la circunstancia de refluir en bien de las aspiraciones del comercio inglés, que interesado en penetrar á los mercados de la América del Sur se estrellaba siempre contra el monopolio. Pitt no necesitó más para alentar á Miranda; y si complicaciones inesperadas de la política europea impidieron que esto tuviera consecuencias, quedó empero deslumbrado con el proyecto, y resuelto á tentarlo en la primera oportunitad, un hombre; el que puede decirse había servido de intermediario: Popham.

Enviado éste con la expedición que se apoderara en 1805 de la Colonia del Cabo, organizaba allí todo lo referente á la nueva dominación, cuando arribó á esas playas, procedente del Rio de la Plata un capitán norte-americano llamado Waine, quien dirigió al almirante inglés la siguiente carta: « (Profundo « Secreto) Cabo de Buena Esperanza, Marzo 28 de 1806. « Señor: Os pido me permitais representaros, que he « estado tres veces en Buenos Aires y en Montevideo; « que las dos plazas tienen la mayor abundancia de « trigo, harina, y ciertamente toda clase de víveres. « Por mi conocimiento de la mente y disposición de « los habitantes, puedo aseguraros que la escuadra de « su Majestad bajo vuestras órdenes, con un pequeño « auxilio de tropas de tierra, tomaría fácilmente po- « sesión de esas dos plazas: y si se pudiera efectuar una « posesión permanente, no hay la menor duda que se « podría obtener cualquier cantidad de harinas; y para « probaros que no es una sugestión ociosa para estra- « viar á los Ingleses, no tendría inconveniente de ser « uno de los quinientos hombres que atacasen cual- « quiera de las dos plazas. Estoy tan cierto que sus « habitantes están tan oprimidos por sus Gobiernos, « que para impedir que se disparase un tiro sobre Mon- « tevideo, si fuesen amenazados por los buques de « guerra, ellos enviarían cualquier cantidad de harina « ó galleta, para impedir todo perjuicio; pero las pla- « zas pueden tomarse como llevo dicho, y si se abre

« el libre comercio, todos los habitantes se apoderarían « y conservarían de la mejor voluntad la plaza para « la nación británica, sin necesitad de tropas, lo que « sería una mina de riquezas. Espero que no hareis « importunamente mención de mi nombre, porque esto « me perjudicaría grandemente. Yo mismo con mi bu- « que Elizabeth, estoy á vuestro servicio para hacer « lo que gusteis para tomar posesión de Buenos Aires. « Soy &. *T. Waine* ». A los pocos días, el 9 de abril, sir Home Popham dirigía desde á bordo un oficio á sus superiores, diciéndoles que en vista de ser muy improbable, dado el tiempo transcurrido desde las primeras noticias, que la escuadra enviada desde Francia para reconquistar el Cabo, fuera hasta donde se hallaba él, se proponía ponerse en marcha inmediatamente con destino al Río de la Plata, aguas en las cuales era probable anduviera dicha escuadra, « por « cuya consideración — agregaba — pienso que emplear « la escuadra en cruzar por poco tiempo sobre esta « costa en vez de permanecer ociosa, será una dispo- « sición que producirá algunas ventajas y que espero « parecerá tan evidente á sus Señorías que los indu- « cirán á aprobar la medida ». Concluía Popham su oficio insinuando hábilmente que esas no eran las únicas razones del viaje; que había otras « adicionales » que las expresaría no bien tuviera oportunidad de conducto. Esta oportunidad no tardó, porque cuatro días más tarde, el 13 del mismo mes, Popham comunica á los Lores comisionados del Almirantazgo la carta del capitán Waine, les informa del propósito que ella ha hecho resurgir en él de apoderarse del Río de la Plata, y agrega: « No vacilo en confesar á sus Señorías « que yo he urgido esta medida con todos los argu- « mentos que han estado á mis alcances, por la con- « vicción de los grandes y espléndidos beneficios que « el país reportaría de una conquista de tal natura- « leza en este momento: que comprende consideracio- « nes de varias ventajas no sólo á la Madre Patria, « sino á esta colonia que, más ó menos, ha estado « durante muchos años amenazada del hambre, á causa

« del malogro de sus cosechas ». Explica á continuación su proyecto, como también las razones en que él se apoyaba, y termina: « Me lisonjeo de que la vista « que he dado á sus Señorias de mi conducta, y los « motivos que tan fuertemente me han inducido á ur- « gir á sir David Baird la oportunidad de emprender « un proyecto de zelo, empresa y esfuerzo que pro- « mete tanto honor y prospectos de ventaja al Impe- « rio, será considerada por sus Señorías mucho más « preferible á la alternativa de preferir que la escua- « dra que tengo el honor de mandar enerve su nativa « energía, invernando en *False Bay*, y quedando even- « tualmente paralizada, después de permanecer tan « largo tiempo como el que ha pasado en un estado « de fria y defensiva inactividad ». Esta carta es seguida muy en breve por otra del Mayor General sir David Baird, jefe superior de las fuerzas del Cabo, al Honorable Lord Castereagh, del gabinete de Londres. Campea en ella una franqueza completa, como puede verse por sus primeros párrafos, que son los siguientes: « *Cape Town*, 14 de abril de 1806 — Milord: La « noticia últimamente obtenida de una variedad de o- « rígenes, del presente estado indefenso de los estable- « cimientos Españoles en el Río de la Plata, me ha « inducido, después de muy madura consideración, á « destacar una fuerza, con la mira de intentar la po- « sesión de ellos, conjuntamente con la escuadra bajo « el mando de sir Home Popham. Al formar esta de- « terminación, tengo la perfecta certeza, que el como- « doro y yo mismo hemos contraído una alta respon- « sabilidad; pero la grave importancia del objeto, en « un punto de vista Nacional, espero que nos servirá de « apoyo y nos escusará ante su Majestad por empren- « der un servicio sin haber previamente recibido sus « órdenes especiales. (1) El débil é indefenso estado del

(1) Á este respecto, aun cuando es presumible que con los cambios que había sufrido la politica europea el gobierno ingles no hubiera autorizado la expedición, conviene tener presente lo que dice Groussac, en su estudio sobre Liniers, (La Biblioteca, tomo III, p. 272, demostrando que las glorias de Inglaterra están mezcladas de logrerías y su grandeza complicada de espe-

« del enemigo ciertamente que me ha impulsado á muy « fuerte tentación; pero á no ser por un tal funda- « mento, no me podría justificar del paso que he da- « do. La posesión de un establecimiento sobre las cos- « tas de la América del Sud, la considero henchida de « incalculables ventajas, tanto para nuestra nación en « general, como para la colonia en particular; y no « necesito indicar á vuestra Señoría el beneficio pecu- « liar que ha de derivarse de la apertura en nuestras « manos, de un nuevo y proficuo canal para la exporta- « ción de nuestras manufacturas nacionales, que tanto « ha estudiado y deseado obstruir y disminuir el actual « gobierno francés ». Popham, empero, no deja de comprender que la erogación extraordinaria que ha de demandar la expedición, puede ser un poderoso argumento en su contra, y dirigiéndose directamente á lord Castereagh, con las disculpas propias del caso, pues en su carácter de militar sólo le era dado hacerlo por intermedio de su superior, sir David Baird, le dice: « Si « este cálculo tuviese sólo que considerar la importa- « ción de granos en el Cabo, yo confío que en este « solo artículo las consecuencias benéficas, aun to- « madas especulativamente, excederán con mucho á « cualquier riesgo ó gasto, que sinceramente se diga

culación. « Abrid — dice — la más humilde de esas innumerables relaciones « geográficas que obstruyen la literatura inglesa y hallaréis bajo la pluma « de un clergiman ó de un rudo *pioneer* el mismo sentimiento de la solida- « ridad británica, esa misma preocupación, acaso inarticulada, de la « mayor « Inglaterra » que revienta magnificamente en los ensayos de Macaulay y « las arengas de Disraeli. Por eso es que, secreta é implicitamente y á pe- « sar de las protestas ó desaprobaciones exteriores de su gobierno, cada « jefe de expedición lejana, por subalterno que sea, se siente independiente « y, como vamos á verlo, impelido á intentar de su cuenta cualquier em- « presa que tenga por objeto el engrandecimiento británico: desautorizado « en público por el gobierno, cuenta con su aprobación oculta. Sabe que será « aceptado cualquier triunfo, si bien condenado cualquier desastre. Ante el « derecho internacional el éxito es siempre un elemento de juicio: en In- « glaterra es su criterio casi absoluto. A igual de todos los argonautas de « su país, sir Home Popham, al emprender sin órdenes la conquista de Bue- « nos Aires, no ignoraba á qué condición estaba de antemano sometida: te- « nía en frente el ejemplo del almirante Byng, fusilado por su desastre ante « Menorea; pero quiso correr el albur y, como allá se dice, *to try his luck*, « probar su suerte. El único delito era la victoria, la que fué acogida con « entusiasmo: el Almirantazzo vituperó la derrota. — En el fondo, hay que « confesarlo, la lógica inglesa es la lógica humana ».

« ser anexos á esta empresa. Esta, señor, es la con-
« sideración menos importante; y si se examinasen los
« archivos del Almirantazgo, ó la evidencia mejor to-
« davía, los testimonios vivientes de los comerciantes
« de Londres á que se ha ocurrido, no tengo duda que
« encontrareis que Buenos Aires es la mejor situación
« comercial de Sud América. Es el gran centro y em-
« porio del comercio de todas sus provincias, es el ca-
« nal por el que anualmente pasa una gran porción de
« las riquezas de los reinos de Chile y del Perú. Es-
« tas ventajas han sido tan fuertemente excitadas en
« una publicación provincial y semanal, que tengo en
« mi poder, *(El Telégrafo Mercantil de Buenos Aires)*
« que el gobierno español fué obligado á intervenir y
« detener su ulterior progreso; puesto que estaba evi-
« dentemente escrito para invitar la proteción extran-
« jera, y para inducir á la Gran Bretaña á que se apro-
« vechase del negligente estado en que se dejaban esas
« valiosas colonias de la madre patria. Según esas no-
« ticias, las producciones, excluyendo el oro, la plata y
« piedras preciosas, son el cacao, índigo, cochinilla, co-
« bre, lanas, cáñamo, crin, trigos, resinas, drogas, cuer-
« nos, á más cueros y sebo, que considero los princi-
« pales artículos. Aparece también, por la obra ya ci-
« tada, que anualmente entran en el puerto de Mon-
« tevideo seiscientos buques costaneros, y ciento treinta
« buques europeos; y que próximamente sale el mismo
« número; pero en esta comunicación comercial las
« exacciones, impuestos y restricciones, son tan ar-
« bitrarios, que los naturales están en estado de re-
« vuelta. Hasta aquí me he fijado principalmente en
« el comercio de exportación de esas colonias, que
« goza de todas las ventajas de fácil transporte por
« el Paraguay y otros grandes ríos que son nave-
« gables centenares de millas desde Buenos Aires.
« Estas ventajas son también aplicables á la impor-
« tación de manufacturas de la Gran Bretaña, y cuan-
« do consideramos que cuando menos seis millones
« de habitantes están al alcance de un tal surtido,
« me atrevo á someteros si aun un estímulo tempora-

« rio á nuestros pueblos manufactureros, no será suficiente para justificar la tentativa que ahora se agita, « aun bajo menos favorables esperanzas de buen éxito ».

Deshecho el argumento ecónomico, quedaba sólo el del riesgo, y he aquí como también lo destruía el marino inglés en el mismo oficio anterior: « En aumento « y corroboración de todas las noticias que obtuve en « la última guerra, el Sr. Wilson, un eminente comer- « ciante de la ciudad de Londres, me informó, pocos « días antes de mi salida de la misma, y cuya comu- « nicación pasé al Sr. Pitt, que Montevideo estaba muy « indefenso, que mil hombres obtendrían fácilmente po- « sesión de la plaza y de Buenos Aires, que es un pue- « blo abierto; que después que las tropas españolas se « separen del país, los naturales conservarían fácilmen- « te posesión de él, mediante las mejoras de sus de- « rechos de exportación é importación, y de otros im- « puestos pesados y opresivos. En San Salvador, donde « hay una comunicación comercial contínua con el Río « de la Plata, obtuvimos iguales noticias á las ya men- « cionadas; y un inglés que había estado en Montevideo « once meses trabajando como carpintero de ribera, y « recientemente llegado allí en su buque Español, des- « pués de un prolijo examen, ha adherido sin varia- « ción á estas noticias, que en Montevideo no hay « en la actualidad arriba de doscientos cincuenta hom- « bres de tropas de linea, con alguna caballería de « milicia provincial; que las murallas de la plaza están « en un estado ruinoso; y que él cree que los habi- « tantes los forzarían á rendirse sin disparar un tiro. « La carta del Sr. Waine, capitán del buque ame- « ricano « Elizabeth », participa de los mismos senti- « mientos y él está ahora á bordo del *Diadem* (desde el « cual escribía Popham). Hay también un inglés, que « fué tomado por el *Poliphemus*, quo ha residido ocho « años en Buenos Aires, dos de los cuales ha sido in- « térprete en la Aduana; sus noticias con respecto á « Montevideo son idénticas á las de la persona precedente, « y mucho más positivas con respecto á Buenos Aires, « que es un puerto abierto. El asegura que nunca ha

« habido en Buenos Aires mil soldados de linea, mien-
« tras que ha estado allí ; que en este momento no
« concibe que pueda haber seiscientos en ambas Pla-
« zas ; y que la disposición de los habitantes es tan
« adversa al gobierno existente, que ayudarán material-
« mente á la conquista de la Plaza. Tenemos otros mu-
« chos testimonios semejantes de su debilidad militar,
« y de su desafección política. Por lo tanto, bajo tales
« informes debemos prometernos buen éxito ; y si ha de
« obtenerse por el número de nuestra fuerza, debemos
« con anticipación mirar con placer un feliz desenlace,
« por su celo, energía y buen espíritu ».

Se adivina fácilmente, pues, cuán esperanzado habría salido del Cabo el comodoro Popham y lo que esas esperanzas se habrían fortalecido con el viaje feliz que acababa de realizar.

Dicho viaje no había presentado, en efecto, sino un incidente, y de carácter más bien lisonjero, que determinó la adopción, salvo la variante del lugar del desembarco, del plan de ataque que parecía contar, cuando se propuso, con menos probabilidades. Las instrucciones que obraban en poder de todos los jefes de los barcos expedicionarios, trazaban cuatro temperamentos : 1° ataque de las fortificaciones de Montevideo y desembarco de las tropas en Punta Brava ; 2° desembarco en el puerto de la ciudad ; 3° desembarco al este de Montevideo, al abrigo de la isla de Flores ; y 4° desembarco en la Ensenada de Barragán y Buenos Aires. Este último plan, puede decirse que había sido establecido más que nada para el caso de que las circunstancias lo impusieran como una necesidad : no se concibe, de otro modo, que hombres de reconocidas aptitudes militares como los que mandaban la expedición, imaginaran apoderarse de estas regiones, sin dominar la fuerte posición que primero les salía al paso y tenía que ser necesariamente para España un excelente centro de recursos : Montevideo. Empero poco antes de llegar á su destino la expedición apresó un buque que iba rumbo á Europa, y obligado á optar su capitán entre la muerte ó la delación de lo que hubiese visto en

las dos ciudades que baña el Plata, refirió entre otras cosas que estaban prontos en la capital del virreynato para ser remitidos á España, el *situado* del Perú y los caudales de la Real Compañía de Filipinas: « más de « un millón de dollars — dice Groussac — en un solo « rebato! Los ojos del noble aventurero echaron lla- « mas, y fué resuelto el ataque á la capital — al « ca- « pital ». (1)

El lugar elegido para el desembarco era una planicie situada, como ya se ha visto, á inmediaciones del pueblo de Quilmes, llamado entonces de la Reducción. Sitio muy pantanoso, podía creerse que opusiera por sí solo dificultades insuperables á los expedicionarios, y esta confianza tuvo parte, sin duda, en la lentitud con que se aproximaron las fuerzas de la ciudad; pero el general Beresford había tenido cuidado de informarse bien al respecto, y sabía por sus guías que si dicho lugar era impasable en lo más crudo del invierno, no así todavía en aquel mes, durante el cual, á menos de sobrevenir grandes lluvias, podía efectuarse el paso hasta con cañones.

A las once de la manana, más ó menos, del día 26, aparecía el sub-inspector Arce con sus fuerzas formadas sobre el frente de un cerrillo inmediato al pueblo de la Reducción. « La naturaleza del terreno era tal « — dice Beresford en su parte — que me hallé en la « necesidad de caminar directamente á su frente, y de « extender mi linea tanto como podía igual á la suya. « Formé todas las tropas en una linea, excepto la in- « fantería de Santa Helena que constaba de ciento cin- « cuenta hombres, los cuales formaron á 130 varas á « retaguardia con dos piezas de tren, con orden de ha- « cer frente á la izquierda, y al mismo tiempo á nues- « tros costados si fuesen amenazados por su caballe- « ría. Yo tenía dos cañones de á 6 en cada costado y « dos obúes en el centro de la primera linea. En este « orden avancé contra el enemigo, y después de haber « dirigídonos en derechura á sus cañones, una legua

(1) Liniers, por Paul Groussac. « La Biblioteca », t. III, p. 280.

« de bañado atravesó nuestro frente y me obligó á ha-
« cer alto, mientras los cañones hacían un pequeño
« rodeo para salvarlo, el que escasamente fué ejecutado
« cuando el enemigo rompió sus fuegos de artillería
« sobre nosotros .....» Un alferez de voluntarios de caballería que esperaba en la misma orilla de la barranca la aproximación de su regimiento para incorporarse, pudo ver de cerca el efecto de la artillería del sub-inspector: «los dos primeros disparos — dice — cau-
« saron daño en las filas enemigas matándoles diez y ocho
« ó veinte hombres que quedaron tendidos en el suelo»; á vista de lo cual «los enemigos empezaron á flaquear, saliéndose muchos soldados de las filas y corriendo hacia atrás, pero en el momento fueron contenidos por dos jefes que andaban á caballo y sus claros fueron completamente cerrados y continuaron avanzando; vuelta á hacer fuego la batería del sub-inspector, sus tiros no causaron daño á los enemigos, como los primeros, ni llegó á tiempo el tren que marchaba con la caballería, á pesar de las voces que daba el declarante para que se apresurase á llegar al lugar donde él estaba, que era á donde se dirigía el trozo principal de la fuerza enemiga, de lo que resultó que éste pudiese formarse en la barranquera y abrir desde allí sus fuegos sobre los nuestros . . (1)
La distancia entre una y otra fuerzas sería de unas cuatro cuadras, y el fuego llevaba de duración cosa de diez minutos, cuando el coronel don Florencio Terrada, que acababa de llegar con dos cañones de á 4, un obús de á 8 y más de cien hombres, hizo alto á cuadra y media del lugar de la acción y mandó pedir órdenes al sub-inspector: contestó éste que los cañones y el obús pasasen por su retaguardia «al costado
« derecho donde estaba la artillería con que él hacía
« fuego, para que ellos lo verificasen mientras él ha-
« cía su retirada, que ya la había ordenado, y que en el
« caso de traer los cañones descargados que huyesen. pues

(1) Información antes citada. Declaración de don Juan Ignacio Terrada.

« ya iba á hacer cumplir su mandato ». [1] Lo que se siguió de aquí no es difícil adivinarlo: las fuerzas del sub-inspector se llevaron por delante en su desordedenada retirada á las que llegaban, « de que resultó « estropearse unos, rodar otros y envolverse todos, al « mismo tiempo que el enemigo redoblaba sus fuegos « de fusilería y alguno de cañón, sirviéndose entonces, « de algunas de nuestras piezas que ya habían caído « en su poder ». [2]

El sub-inspector ha intentado jnstificar aquella orden, diciendo momentos después, sobre el mismo campo de la acción, á los señores don Julian del Molino Torres y don Tomás de Rocamora, al oirles lamentar lo sucedido: « ¡qué quieren Vds! pongo el cielo « por testigo de no haber tenido parte, pues el fuego « me ha rodeado, he sufrido las balas hasta la última « hora y he tocado retirada con la idea de que lo- « grando cinco minutos de tiempo me ponía con los « caballos fuera del fuego de los enemigos, quienes po- « dían avanzar poco porque vienen á pié, y repenti- « namente volverles á hacer fuego »; [3] y los soldados, por su parte, no queriendo tampoco cargar con la responsabilidad, han manifestado que ellos estaban dispuestos « á combatir y defender la patria, en el con- « cepto de que no los habían de poner de carnada: « pero que estando como estaban, armados solamente « con la espada, era claro que no pudiesen resistir al « nutrido fuego de fusilería que habían hecho los In- « gleses »; [4] mas lo cierto es que la acción se tradujo en la pérdida de la artillería volante del sub-inspector y en un concepto de nuestra preparación bien poco honroso, que envalentonó á los que invadían lo que puede imaginarse.

Algunas horas después, á eso de la cuatro de la tarde, en las inmediaciones del puente de Galvez se

(1) Declaración de don Juan Manuel Alzaga, teniente de voluntarios de caballería.

(2) Declaración del ya citado don Fermin Tocornal.

(3) Declaración de don Manuel Martinez, capitán de voluntarios de caballeria.

(4) Declaración del ya citado don Juan Manuel Alzaga.

sintió tropel de caballería: eran las fuerzas derrotadas que pasaban dicho puente con tanta precipitación como desorden.[1] El sub-inspector, que venía á su frente, preguntado en ese momento por el número de los enemigos, contestó que «eran 4.000 hombres bien dis-«ciplinados y aguerridos y que no pasaría de la ora-«ción sin que los tuviéramos en el Puente». [2] Más adelante óyesele decir que «eran muy numerosas y «aguerridas las tropas enemigas y que no había me-«dio de hacerles resistencia». [3]

De este pesimismo no debían empero participar los demás defensores de la ciudad, á juzgar por lo que se veía. La arboleda que había del otro lado del río fué echada abajo para evitar que al amparo de ella se aproximase el enemigo, así como también los ranchos inmediatos á la misma, con lo que el terreno quedó despejado y abierto á la metralla. Dejáronse sólo sin destruir, lo que por cierto hubo de lamentarse más tarde, la pulpería y casa de Galvez y una lancha de dos palos varada á la otra margen del Riachuelo, que podía facilitar el paso de los invasores, mediante la colocación de planchas á las embarcaciones de esta banda. Por fin, no bien las primeras sombras de la noche cayeron sobre la ciudad, un resplandor rojizo iluminó aquellos lugares. Era el puente que ardía, incendiado en aras de la salvación común.

Formada sobre aquel lado la linea de defensa, no se oía poco más tarde sino el alerta avisor de los centinelas. Una racha helada que soplaba desde la mañana extremaba sus rigores al amparo de la prohibición, hecha por rigorosa orden superior, de todo fuego. Los relojes marcaron las 9. El silencio se hizo general y la tropa camenzó á entregarse al descanso. De pronto observóse en la oficialidad cierta inquietud: los unos

---

(1) Declaración del ya citado don Francisco Vidal.
(2) Declaración de don Manuel de Lezica, capitán de voluntarios de infantería.
(3) Declaración de don Leonardo de San Pedro y Pazos, subteniente de voluntarios de infantería.

se llamaban á los otros y todos salían agazupados de la linea, y miraban hacia adelante.

Al resplandor de las últimas llamas, veíanse del otro lado del puente grupos que reconocían el terreno.

Uno de los batallones comenzó á formar en silencio.

— ¡ Fuego ! — gritó, pasados algunos instantes, la voz de su jefe, el comandande Eustaquio Yanini.

El ruido de una descarga y el estampido que le siguió de algunos cañonazos, obtuvieron apenas una debil respuesta. Evidentemente la fuerza que se había acercado era sólo una avanzada.

Restablecida la calma, pasóse parte al Virrey. A la media hora llegaba la respuesta. Era la siguiente : que el obùs y las tres piezas de á 4 que estaban apostadas en aquella linea fueran retiradas hacia la ciudad, junto con los oficiales y artilleros de marina que las servían. ¿ Premio por haber tronado á tiempo ? En el pecho de los defensores debió agitarse una tormenta y en su mirada centellear una protesta.

IV

LA RENDICIÓN

Dijimos que indublamente era sólo una avanzada la fuerza que había aparecido del otro lado del riachuelo. En efecto: nos lo confirma el propio parte de Beresford, en el cual después de referir la acción de Quilmes dice:

Luego me puse en marcha con la esperanza de « evitar la destrucción del puente del Riachuelo, río « no vadeable en esta estación del año, y que se ha- « llaba entre nosotros y la ciudad, distante de ella cerca « de tres millas, y ocho de nuestra situación entonces; « y aunque usé de toda diligencia, tuve la mortificación « de verlo incendiado antes de llegar á él. Hice parar « las tropas en la noche á una milla de él y adelanté « tres compañías del regimiento 71 bajo el mando del « teniente coronel Pack, con dos obúes abocados al « puente para estorbar en lo posible su entera destruc- « ción. Yo acompañé á este destacamento; pero al lle- « gar al puente le hallé enteramente consumido por las « llamas; y como había sentido que el enemigo, durante « la noche había conducido allí cañones, retiré el des- « tacamento antes de amanecer, por ser nuestra posi- « ción enteramente descubierta y expuesta á los fuegos « enemigos, que se rompió à las nueve de la mañana « así por sus cañones como por una considerable línea

« de infantería, con motivo de haberse aproximado alguno de nuestros soldados al río por agua ».

Los defensores de la ciudad, que se habían retirado durante la noche tres cuadras hacia adentro en virtud de una disposición del Virrey que el comandante Yanini, aunque persuadido de su inconveniencia, no se atrevió á desobedecer, vieron desde allí como los ingleses se apoderaban por pronta maniobra de la casa de Galvez y la pulpería que estaban á entrambos costados del puente, y por lamentable falta de previsión no se habían destruido. Vieron también como los mismos colocaban en ellas su artillería, asegurando así por completo sus flancos.

El río — prosigue Beresford — no tenía treinta « varas de ancho; como nuestra situación y circunstancias no podían admitir la menor demora, determiné forzar el paso, y con este objeto ordené se bajasen á la orilla las piezas del tren, que añadiendo aquellas que se tomaron al enemigo el día antes eran siete (habiendo dejado clavada una por no serme posible el conducirla) y ordenando á la infantería se mantuviese á retaguardia excepto la compañía ligera y los granaderos del 71. — Así que nuestros cañones se acercaron, el enemigo rompió un fuego muy mal dirigido de cañones gruesos, y de mosquetería; aquellos cesaron luego que se rompió nuestro fuego, y esta prosiguió en él por más de media hora, pero aunque tan inmediatos á nosotros apenas nos hicieron daño, tan mal dirigido era. Entonces nosotros encontramos arbitrio por medio de botes y balsas de hacer pasar unos pocos hombres, ordenando cesase todo el fuego, habiendo ejecutado lo mismo los pocos que quedaron de los enemigos ».

El jefe inglés dice más adelante que las tropas que se le opusieron en aquellos días parecían haber sido enteramente provinciales.... La apreciación puede ser exacta, pero no hay que atribuir á sólo eso el mal éxito de la defensa. En el mismo combate del Puente Galvez se observó que los cañones ingleses barrían las filas en las fuerzas de la ciudad, mientras los de éstas

tronaban en vano, pues sus balas no alcanzaban á las filas enemigas. Es evidente que en estas condiciones el resultado no podía ser dudoso, y así, la retirada se hizo indispensable y hubo de efectuarse en desorden, aun cuando no por cierto sin el siguiente honroso rasgo: dos cañones que habían quedado abandonados en la confusión de aquella hora ingrata, son vistos por el abanderado Vasquez, quien corre en el acto hacia ellos resuelto á salvarlos, seguido de varios soldados dispersos que se contagian de su arrojo; concentrado sobre ellos el fuego enemigo, silba la muerte á su rededor y pagan varios con la vida su audacia, pero nada es parte á que los demás se acobarden, y á que, arrastrándolos á brazo, consigan sacarlos del peligro y de las zanjas y pantanos que obstruían el camino, hasta entrarlos en la Fortaleza con el orgullo del deber cumplido.

¿Mientras tanto, que era del Virrey? Lo hemos visto dando la orden de retirar los cañones que previnieron la noche anterior á la plaza del avance del enemigo. Acababa de ser actor, cuando hizo eso, en una escena que su protagonista, el cabo de la compañía de artillería don Bernardo de Guanes, narra diciendo: Que « como á las doce de dicho día el exponente recibió « un oficio de su comandante el capitán Anillo, y con « él la orden de ir á entregarlo al oficial de servicio « en el Parque del Retiro, quien le entregó dos cañones de á 6, tres carretas de municiones y siete artilleros, ordenándole los condujese al Puente de Barracas: mas no pudiendo hacer mucho camino por falta « de bueyes y el mucho fango que había, llegó después « de oraciones y se presentó á S. E. que se hallaba « allí con algunos oficiales, á quien le dió cuenta de la « comisión que llevaba, el cual enterado de ella le dijo: « — *Pues ya se los puede Vd. volver á llevar porque « aquí no hacen falta ni se necesita nada,* á lo que el « declarante replicó, movido por su entusiasmo y su amor « á la patria y á la causa del Rey, contestándole que « aquellos cañones eran los mejores que tenían en el « lugar de la defensa: — *Pues señor, si ya no se ne-*

cesitan cuando está el enemigo al frente, será porque estamos perdidos ó porque S. E. nos habrá vendido á todos. — Que al oir estas palabras el Sr. Virrey cayó al suelo, corriendo entonces á alzarlo tres de los oficiales que lo acompañaban, y luego que se incorporó se dirigiò á los oficiales y les gritó: *Tirenle; mátenlo*; á lo que el exponente contestó: *Que lo hagan; prefiero morir en este sitio á que me maten los enemigos sin hacer resistencia.* - Que entonces se le aproximó uno de aquellos oficiales, y poniéndole la espada desnuda sobre el sombrero, pero sin darle golpe, le dijo: *Cállese paisanito que esto ya no tiene remedio*; pero volvió á alzar la voz el sr. Virrey, diciéndoles: — *Amárrenlo*; se acercó una partida y lo trincaron ». [1] Por aquellas inmediaciones había permanecido Sobremonte, hasta que apercibido de que cedían las tropas defensoras del puente, marchó á la cabeza de los soldados que le acompañaban con intención de reforzarlas. Cerca ya, sin embargo, del lugar de la acción é informado por un oficial que le salió al paso del sesgo cada vez peor que tomaban las cosas, detúvose vacilante, y desandando lo andado, marchó precipidatamente hacia el oeste hasta llegar al Monte de Castro, á donde había enviado, no bien desembarcaron los ingleses, todos los caudales que existian en las arcas del Rey y los ahorros propios y de la Virreyna, la cual también le esperaba allí. En el camino había sido alcanzado el Virrey por dos enviados del comandante interino de la plaza, quien informaba por ese conducto al marqués, de las proposiciones con que el general inglés quería que aquélla capitulase. « No pudimos orientarnos por la distancia — dice un testigo presencial, el brigadier don José Ignacio de la Quintana — del informe dado por los enviados, sobre este punto á S. E., con quien hablaron á solas, pero pudimos comprender muy bien su contestación, que fué en altas voces y en los términos siguientes: — *Dígale Vd. al comandante de la plaza, que si tiene tropa*

(1) Informe del Cabildo antes citado.

« *y armamento que la defienda, y si no que la entre-* « *gue* ». Lo primero que hizo el Virrey, una vez en el Monte de Castro, fué convocar una junta de guerra, la que, aprobando lo hecho, se expidió declarando que el único partido y situación que podía elegir aquél con el fin de sostener el territorio y el gobierno de lo interior, como la defensa de los caudales de S. M., era no encerrarse en la ciudad. Procedimiento de cuyo acierto puede juzgarse por la siguiente atinada manifestación de un autorizado historiador: « A la altura « que desgraciadamente habían llegado las cosas, y « atendido los elementos con que se contaba en Bue- « nos Aires, aconsejaba la sana razón reconcentrar « estos elementos dentro de la ciudad, cuya disposi- « ción de calles y caserío se prestaba y se presta á « fácil defensa, tomando por base la Fortaleza y su in- « mediata plaza, protegidas las entradas de ésta por « piezas de artillería. Así, al menos, se hubiera de- « mostrado, que si bien sobra de descuido, no había « escaseado el ánimo para mirar por la honra del pa- « bellón ». (1) No bien terminó la junta, el Virrey prosiguió su marcha hacia el interior: « Semejante á un « hombre que se ahoga, sólo hizo esfuerzos para aga- « rrarse de la rama que pudiese salvarlo con todo aque- « llo que más amaba; es decir, su familia, sus bienes, « sus doblones y el ceremonial de los Virreyes ». (2) La huida, que fué su única inspiración en aquellas críticas circunstancias, se volvió doblemente inescusable por el hecho de haber sido friamente concebida y adoptada, ya que entre los papeles presentados á las autoridades cuando se trató de esclarecer todo lo referente á su conducta, figura la carta que va á leerse, dirigida á su hija María del del Carmen por su novio don Juan Manuel Marin, desde Montevideo, á donde se había ausentado en compañía del Virrey cuando la

(1) Miguel. Lobo « Historia de las Antiguas Colonias Hispano-Americanas », t. I, p. 397.
(2) Deán Funes. « Ensayo de la Historia Civil del Paraguay, Buenos Aires » etc., t. III, p. 412.

aparición de laexpedición que conquistó el Cabo, y al pie de la cual éste, como se verá, escribe unas líneas significativas. Carta y posdata dicen así: « Montevideo, 26 de diciembre de 1805, á las 2 de la tarde-
« Amabilísima Mariquita mía — Acaba de fondear en
« este puerte una fragata Americana, y Altolaguirre
« ha recogido de abordo tres envoltorios que lleva Mi-
« chelena para entregar á nuestra madre, y también
« me ha dicho que trae un famoso forte-piano para tí,
« el cual ha quedado en recojerlo y remitirlo á tu ma-
« dre con otros encargos; y el forte-piano para tí, aun
« cuando tú no lo toques, servirá para adornar á la
« primera Mariquita que tengamos, como espero. — Me
« llaman á comer y dejo la pluma con un suspiro tierno
« que con el corazón te ofrece tu más fino hasta la
« muerte — *Juan Manuel* ».

— « Amada Juana é hija — De dos horas á esta
« parte que salió el extraordinario, es gana de escri-
« bir — No hay novedad mayor, y *si la hubiese, tomar*
« *los coches* y *mudarse más lejos,* que Cajigas recojerá
« lo nuestro. — Tuyo — *Sobre Monte* ».

El general inglés avanzó, pues, libre su frente de enemigos, y hubiérase dicho que entraba á una ciudad á la que nada le escocía al cambio de dueño, á no mostrar elocuentemente su dolor las escenas que en ese mismo momento se producían en la Fortaleza.

Un grupo considerable se revolvía amenazador dentro y alrededor de ella, clamando: ¡guerra, guerra! ¡no queremos entregarnos! ¡queremos morir peleando! Se había exigido al pueblo la entrega de las armas, á título de estar convenida y firmada una capitulación, y el pueblo se resistía. Como el tumulto creciera cada vez más, dos conocidos militares, los coroneles don José Ignacio Merlo y don José Caballero salieron al balcón diciendo: — ¡Pena de la vida al que no obedezca la orden del señor Virrey! — « Costó
« mucho — dice un testigo ocular — hacer retirar á
« aquellas gentes, que en su desesperación hacían pe-
« dazos, para que no cayeran en poder del enemigo,
« las armas que habían recibido ».

Entre tanto las tropas de Beresford seguían pasando el río. A las once de la mañana ya lo había hecho la mayor parte.

No viendo apariencias de ulterior oposición — dice luego él mismo — y habiendo oído que las tropas « en general habían abandonado la ciudad, motivos de « humanidad me indujeron á despachar por el honorable Ensing Gordon la intimación al gobernador para « que me entregase la ciudad y fortaleza, para evitar « los excesos y calamidades que probablemente ocurrirían si mis tropas entrasen de una manera hostil, « informándole que el carácter británico debía asegurarles del ejercicio de su Religión, y protección á « sus personas y á todas las propiedades privadas. El « gobierno español me dirigió un oficial pidiendo algunas horas para mandarme algunas condiciones, [1] « pero yo no pude consentir en dilatar mi marcha, que

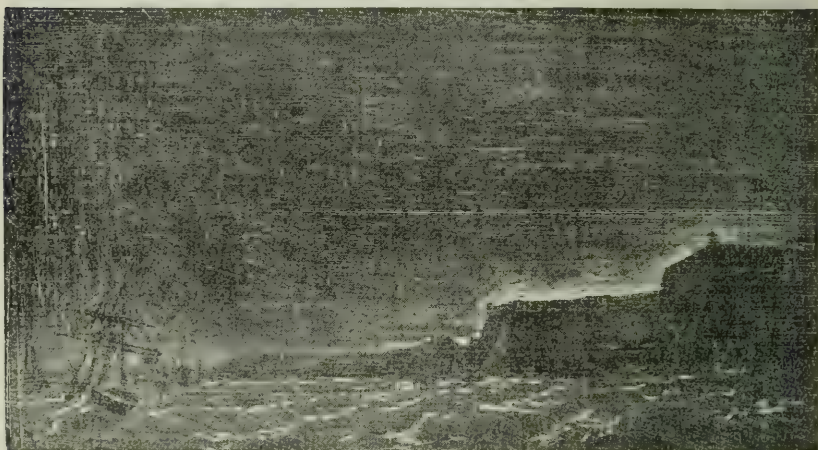
---

1) Fueron las siguientes:

« 1. Saldrá la tropa de esta Real Fortaleza con los honores de la « Guerra, banderas desplegadas, Harmas al hombro, tambor batiente y dos « Cañones de Batalla. Que rendirán las Armas á las tropas de S. M. Británica en la Plaza de esta ciudad, conservando los oficiales sus espadas y « entregándose la Fortaleza y los Cuarteles. 2. Serán comprehendidos según la anterior capitulación todos los individuos que por su oficio ú empleo, « dependan de las Tropas, como asi mismo sus equipajes y criados. 3. Se « nombrarán reciprocamente Comisarios para formar el inbentario de Artillería, Municiones y demás que hubiese en los Reales Almacenes. 4. Serán respetadas las Personas, Bienes y Familias de los Magistrados permitiéndoles el libre exercicio de su Administración con arreglo á las leyes; « y en su defecto que puedan salir libremente á establecerse en qualquiera « otro pueblo del Vireynato; lo mismo se entenderá con los demás Tribunales y oficinas de la Real Hacienda y sus dependientes, quienes manifestarán al Sr. General sus Arcas y papeles en comprovación de que la « noche del Miércoles veinte y cinco salieron los caudales por disposición « del Sr. Virey, con las demás satisfacciones correspondientes. 5 Serán protegidas las propiedades y Personas de todo el Besindario, y no se les « obligarán á tomar las Armas contra S. M. C. ni sus Aliados. 6. Que se « conservará la Religión Católica y el Culto en todo su exercicio. 7. El comercio merecerá igual protección en sus expediciones marítimas y terrestres y en sus bienes almacenados y su giro. 8. Se respetarán los Archivos « Públicos de la Ciudad y los individuos de su Cuerpo Municipal serán tratados con las consideraciones correspondientes y libres en el exercicio de « sus funciones, bajo la protección de las armas de S. M. B. 9. Se espera « que el Sr. General dará las órdenes competentes para que entren con el « arreglo propio de su disciplina y de modo que no se turbe la paz del Besindario, y por parte de este se promete lo mismo. 10. Las presentes capitulaciones se guardarán religiosamente, y en fe de todo se firma ésta « en Buenos Aires á 27 de Junio de 1806, á la una y media del día ».

la ejecuté luego que todas las tropas hubieron atravesado el riachuelo; y á mi arribo cerca de la ciudad, llegó un oficial despachado por el gobernador con cierto número de condiciones á las que yo no tuve entonces tiempo de escuchar; pero dije que firmaría por escrito lo que había prometido, cuando estuviese en posesión de la ciudad.... ».

Yo he visto en la plaza llorar muchos hombres — dice don Mariano Moreno en sus Memorias — por la infamia con que se les entregaba; y yo mismo he llorado mas que otro alguno, quando á las tres de



El Fuerte, visto desde el rio.

de la tarde del 27 de junio de 1806 ví entrar 1560 hombres ingleses, que apoderados de mi Patria se alojaron en el fuerte y demás quarteles de esta ciudad .

Torrente por su parte añade:

El dolor y la irritación se apoderaron á porfía del corazón de los habitantes: corridos de vergüenza no sabían atinar el modo con que un puñado de extranjeros había dado la lei á una ciudad de más de 50.000 almas, bien provista de armas i artillería, i dotada de recursos y brazos, capaces de haber sepul-

« tado en aquellas plazas á cuantos habieran tenido la temeridad de profanarlas ». (1)

Beresford cumplió su palabra y firmó la capitulación que prometiera. (2)

---

(1) Torrente — « Historia de la Revolución Hispano-Americana ». t. I, p. 7.

(2) No empero la que se le presentara, sino la siguiente:

« CONDICIONES CONCEDIDAS Á LOS HABITANTES DE LA CIUDAD DE BUENOS AI-« RES Y SUS DEPENDENCIAS, POR LOS GENERALES EN JEFE DE LAS FUERZAS DE « MAR Y TIERRA DE SU MAJESTAD BRITÁNICA.

1. Se permite á las tropas de Su Majestad Católica, que estaban en la « ciudad al tiempo que entraron las de Su Majestad Británica, juntarse en « esta fortaleza y salir de ella con todos los honores de la guerra, rindiendo « entonces las armas y quedando prisioneras de guerra; pero los oficiales « que sean naturales de la América del Sud, ó casados con nativas del país, « ó domiciliados en él, podrán continuar residiendo aquí mientras se con-« duzcan como buenos vasallos y ciudadanos, jurando fidelidad á Su Majes-« tad Británica; ó podrán ir á la Gran Bretaña con los debidos pasaportes, « dando previamente palabra de honor de no servir hasta que se haga el « canje regular.

« 2. Toda propiedad privada, de buena fe, perteneciente á empleados « así militares como civiles del gobierno anterior, á los magistrados y habi-« tantes de esta ciudad y sus dependencias, al Ilustrísimo Señor Obispo, « Colegios, Fundaciones y otras instituciones públicas de esta clase, perma-« necerá como siempre libre, y en nada se le molestará.

« 3. Toda persona de cualquier clase y condición que sea, de esta ciu-« dad y sus dependencias, será protegida por el gobierno británico, y no se « le forzará á tomar las armas contra su Majestad Católica, ni persona al-« guna las tomará ni obrará hostilmente contra el gobierno de Su Majes-« tad Británica.

« El Ilustre Cabildo con todos sus miembros y los habitantes todos « conservarán todos los derechos y privilegios de que han gozado hasta aho-« ra, y continuarán en el pleno exercicio de sus funciones legales, así civi-« les como criminales, bajo todo el respeto y protección que se les pueda « dar, por el gobierno de Su Majestad Británica, hasta saberse la voluntad « del Soberano.

« 5. Los Archivos públicos de la ciudad tendrán toda protección y ayuda « del Gobierno de Su Majestad Británica.

« 6. Quedan como hasta ahora los varios derechos é impuestos, que exi-« gían los Magistrados y oficinas recaudadoras, quienes cuidarán por ahora « de colectarlos y aplicarlos del mismo modo y á igual efecto que antes, « por el bien general de la ciudad, hasta saberse la voluntad de Su Majes-« tad Británica.

« 7. Se protegerá el absoluto, pleno y libre ejercicio de la Santa Reli-« gión Católica, y se prestará el mejor respeto al Ilustrísimo Sr. Obispo y « á todos sus venerandos Ministros.

« 8. La Curia Eclesiástica seguirá en el pleno y libre ejercicio de todas « sus funciones, y precisamente en el mismo orden que antes.

« 9. Se conceden gratuitamente á sus dueños todos los buques del trá-« fico de la costa del río según la proclamación de 30 del próximo pasado.

« 10. Toda propiedad pública, de cualquiera clase que sea, perteneciente « á los enemigos de S. M. Británica, se deberá fielmente entregar á los « apresadores; y así como los generales en jefe se obligan á hacer cumplir

Buenos Aires quedaba, pues, entregada; pero la mancha de esa capitulación, que pudo perfectamente evitarse, no caía sobre sus hijos.

« El rendimiento ha sucedido — dice uno de los « militares distinguidos de aquel tiempo — por una com« binación de causas raras veces vistas, cuya desgra« cia comparada con el corto número de los consejos, « y con los obstáculos poderosos que ofrecían el terre« no y el tiempo, forman un contraste difícil de con« cebirse. La posteridad apenas podrá creerlo, y Nues« tro Augusto Soberano cuando sepa la pérdida de una « capital numerosísima, que es la llave de sus más ri« cos dominios, conquistada sin efusión de sangre y « con admiración aun de los mismos enemigos, es « preciso que mire tan extraordinario acontecimiento « con los últimos extremos de su Real indignación. « Sepa, pues, que una ciudad á quien sus augustos « predecesores honraron con el decoroso título de Muy « Noble y Muy Leal, no lo ha desmerecido en las crí« ticas circustancias de verse por la primera vez su« jeta á extraño dominio, y que si ha sido bastante « desgraciada para ceder á la fuerza, ha quedado en « salvo el honor y la fidelidad de su noble vecindario. « Sepa en fin que hizo cuanto podía de su mano; y « que con sólo dejarla obrar hubiera quizás obtenido « la victoria ó al menos la gloria de hacer costoso su « rendimiento. »[1] La falta de buenas disposiciones

« con exacta escrupulosidad todas las condiciones anteriores para el bene« ficio de la América del Sud, así el Ilustre Cabildo y Tribunales se obligan « de su parte á hacer que esta última condición se cumpla, fiel, debida y « honorablemente.

« Dadas con nuestro sello y manos en esta fortaleza de Buenos Aires, « hoy 2 de julio de 1806.

« Firmados — W. C. BERESFORD, *Mayor General*.
— HOME POPHAM, *Commodore Commanding in chief*.
— JOSÉ IGNACIO DE LA QUINTANA.

« Testigos de las firmas precedentes:

— FRANCISCO DE LEZICA.
— ANSELMO SAENZ VALIENTE ».

(1) Información del Cabildo antes citada. Manifestación de don Jaime Alsina y Verjes, teniente coronel comandante del Batallón de Urbanos de Comercio.

ha sido la causa principal, y sólo ellas pudieron hacer que llore este pueblo la no creída pérdida de esta ciudad. El día 25 fué público que el enemigo desembarcaba frente á los Quilmes, pero también es constante que ni por el río ni por tierra se les hizo la menor oposición. En el pueblo de los Quilmes fué notorio que en la playa se mantenía el enemigo desembarcado la noche del 25, pero también se vió que no se le molestó en lo más leve. En la mañana del 26 estuvieron de manifiesto varias partidas enemigas que andaban en el bañado haciendo lo que querían, sin que nadie les dijese nada. El mismo día 26, perdida parte de nuestra artillería, y vueltas á reunir nuestras tropas con 4 cañones volantes, se siguió para el puente, se pasó éste y no se les impidió que avanzasen sobre nuestra retaguardia, sirviéndoles de guía nuestras mismas tropas y dejándolos acercarse por nuestro mismo rastro cuando todo pudo evitarse con haber dividido las fuerzas á uno y otro costado, hostilizándolos por los flancos antes de llegar al Puente, medidas de guerra indicadas por la misma situación, por todo lo cual la falta de disposiciones es lo que ha causado la desgracia que se lamenta, sin que de nada pueda culparse á las tropas, pues éstas no pudieron mostrarse más obedientes y decididas, como lo mostraron, para sacrificarse por el Rey y la Patria, y sin embargo de que las milicias de caballería se encontraban sin ningun instrucción. [1] Se perdió la plaza, no por falta de ánimo en los soldados, pues estaban poseídos del mayor ardor y entusiasmo, demostrando en distintas ocasiones su voluntad de batirse con el enemigo, sin que haya nada que pueda desdecir de su patriotismo, sino por que les faltó la dirección de un jefe previsor. [2] Con otras disposiciones de guerra más acertadas, aun después de perderse la acción de

1 Información del Cabildo antes citada. Declaración de don Manuel Martinez Muñoz, teniente de voluntarios de caballería.

2 Idem. Declaración de don Manuel Falque, teniente de voluntarios de caballería.

«los Quilmes, los ingleses no hubieran podido penetrar más adelante de las barrancas de Santo Domingo; desde que había en la plaza artillería suficiente para defenderla, y entusiasmo sobrado en sus moradores». [1] «Otra dirección en la defensa habría hecho imposible la toma de la ciudad, y acaso asegurado la victoria de nuestra parte». [2] «Es indudable que aun cuando nuestras milicias, por su falta de disciplina no podían competir con tropas de linea organizadas y aguerridas, como eran las inglesas, tampoco se ha hecho nada por suplir aquella falta con los inmensos recursos de defensa y aun de triunfo que nos daba la plaza y otras ventajas naturales de que ningún provecho se sacó, pues hasta la caballería, que después de la acción de los Quilmes pudo ponerse á los flancos y retaguardia de la columna inglesa é incomodarla incesantemente sin temor alguno, porque el enemigo marchaba todo á pié, lejos de hacerlo así fué retirada á la campaña. En cuanto al número de tropas respectivas, puede asegurarse que en la plaza podían ponerse seis mil hombres armados, porque había armas suficientes y buena artillería, mientras que el total de las tropas inglesas que hicieron el desembarco eran sólo mil novecientos hombres, lo que induce á creer que lo atrevido del desembarco turbase el juicio del Sr. Virrey, haciéndole suponer que las fuerzas invasoras eran infinitamente mayores, pues lo que es personalmente parece que no pretendió verlas». [3] «Aunque el desembarco de los enemigos se hizo de improviso, sin que de nuestra parte se hubiesen tomado de antemano medidas de prevención; á pesar de todo eso, con el gran número de cañones que había en la ciudad, con los considerables recursos de armas y municiones que tenía, y con

(1) Información del Cabildo antes citada. Declaración de don Bonifacio García, Sargento de voluntarios de infanteria.

(2) Idem. — Declaración de don Francisco Vidal, capitan de voluntarios de infantería.

(3) Información del Cabildo antes citada. Declaración de don Andrés Lista, teniente de voluntarios de infantería.

« los seis ó siete mil hombres que concurrieron á la de-
« fensa, tenía la capital más que sobrados elementos
« no sólo para luchar con suceso, sino hasta para triun
« far de los invasores, si á tales elementos se hubiese
« dado una dirección inteligente y resuelta; pues si
« bien por parte de los enemigos había superioridad en
« la destreza y disciplina, por la nuestra la había en
« sentimiento que inspira la defensa del lugar y la
« patria, en la posesión de la ciudad y en el número
« de sus defensores ». [1]

Si las apreciaciones que anteceden son ó no fundadas, lo veremos cuando las mismas fuerzas que hoy aparecen entregando la ciudad, vuelvan por su honor con otra organización y con otros jefes.

(1) Información del Cabildo antes citada. Declaración de don Manuel Lezica, capitán de voluntarios de infantería.

V

Buenos Aires en 1806

Era Buenos Aires á la sazón una de las ciudades americanas más importantes y adelantadas. Sobre su población de entonces hay diferencia de pareceres; algunos historiadores llegan á asignarle hasta 60.000 habitantes; puede empero afirmarse con seguridad, según Groussac, que no podía ser ella inferior á 40.000 ni superior á 45.000 almas.

En cuanto á su aspecto y costumbres, Estrada nos ha dejado algunos curiosos apuntes.

El viajero —dice— que por el año 1800 pisara la Alameda de Vertiz, y esquivando los hondos lodazales de la ribera marchara á la sombra de sus ombúes hasta dar con las gruesas murallas del Fuerte, edificado para alcázar de los virreyes y defensa de la ciudad, hubiérase sorprendido, al torcer á su derecha, con el cuadro desenvuelto en la regia fortaleza y las casas particulares. Este espacio era formado por dos manzanas de tierra divididas con una arquería de arte híbrido que se llamaba la Recoba. [1] Formaba de esa manera dos cuadros, en el primero de los cuales, hoy plaza del 25 de Mayo, se agrupaban los pescadores, y en el segundo llamado pla-

(1) Demolida en 1885.

« za de la Victoria después de la Reconquista, los ven-
« dedores de aves, para surtir de sus respectivos ar-
« tículos al vecindario de la capital. Este mercado de
« abasto sólo ocupaba la mitad de la plaza del Cabildo.
« La otra era ocupada por mercerías portátiles que se
« llamaban entonces *bandolas*.

« Supongamos que su entrada tuviera lugar en do-
« mingo. Nuestro viajero después de tomar un ligero
« descanso en la fonda de los *Tres Reyes* situada en la
« calle del *Santo Cristo*, [1] se dirigía por la de la *San-*
« *tísima Trinidad*, [2] hacia el Retiro, [3] sitio del pa-
« seo en los días festivos antes de la construcción de
« la plaza de toros, que fué uno de los puntos estra-
« tégicos en el asalto de 1807.

« Al salir del templo, las damas enviaban á su casa
« las negras que les conducían ricos tapices, tejidos
« en Mendoza ó traídos de Europa y que usaban para
« arrodillarse durante la misa, dirigiéndose en seguida
« hacia el paseo del Retiro. Las más ricas se almace-
« naban en enormes carruajes arrastrados á la cincha
« por dos tiros de mulas: el resto emprendía á pié
« esta peregrinación á la Meca de la elegancia colonial.
« La tribu ya conocida en Buenos Aires de los *leones*,
« pero que circulaba entonces bajo el nombre de *peti-*
« *metres*, y que despreciando como ahora los servicios
« de nuestros modestos sastres recibía de España sus
« trajes, competentemente empolvada su larga y reco-
« gida cabellera, seguía la corriente del bello sexo.

« El forastero arrastrado por la oleada del pueblo
« que se divertía, podía contemplar en lo largo de una
« calle edificada con casas de un solo piso y techos
« de teja, las mansiones lujosas de la gente rica: ta-
« pices europeos, muebles de jacarandá, muros forra-
« dos en damasco de tintes regios; aposentos adorna-
« dos por la industria americana, con muebles del Bra-
« sil ó de maderas paraguayas, bordados salteños, etc. etc.

(1) 25 de Mayo.
(2) Florida.
(3) Plaza General San Martín

« Los paseantes del Retiro regresaban al acercar-
« se la hora de la comida en la ciudad, de dos á tres
« de la tarde. Las damas vestían angostas ropas de
« telas lujosas que dejaban descubrir algo más que el
« cuello, y como no llegaban al suelo, en precaución
« de enojosos accidentes, se les daba peso con una guar-
« nición hecha de municiones ocultas con los adornos
« del traje. La típica mantilla ponía su sello al aire
« peculiar de la andaluza nacida en el Río de la Plata,
« y cuyas formas se dibujaban oprimidas por la escasa
« tela de sus vestidos como los contornos de una es-
« cultura. Las hileras de ambos sexos seguían la calle
« en aquella hora, marchando las damas por la acera
« y los hombres lo más próximos á ellas que la cere-
« monia les permitía, y sólo al llegar á las esquinas
« toleraba la galantería colonial que fueran ayudadas
« á bajar, tomándolas del codo, nunca de la mano.
« Mediaba entre ambos sexos una formidable muralla
« de etiqueta que habría parecido sacrílego romper,
« en público á lo menos.
« Las diversiones públicas se limitaban á un mal
« teatro y á las corridas de toros de la plaza Monserrat.
« Recien en 1804 se construyó en la esquina de las
« calles de *la Merced y San Martín* (1) el teatro *pro-*
« *visional*, centro de los placeres y hazañas galantes de
« tres generaciones. ¡Cuántas ilusiones brotadas mis-
« teriosamente en el fondo de las almas entre el in-
« cierto resplandor de las primitivas luces de cebo de
« nuestro teatro, se habrán convertido en deliciosas
« realidades para el corazón, y tal vez para la fami-
« lia y para la sociedad! »....

Recuerda en seguida Estrada que cada vara de ba-
yeta de la que servía para el rebozo de las señoras de
lujo valía diez á doce patacones, y un rebozo entero
casi tanto como una manzana de tierra; que era ne-
cesario hacer traer de España los vidrios para las ven-
tanas ó suplirlos con hojas de papel; que se preferían

(1) Cangallo y Reconquista.

por económicas la vajillas de plata á las de losa, y añade:

« La clase privilegiada tenía aún sus pasatiempos, « sus bailes del Fuerte, sus banquetes preparados por « *Monsieur Ramon* y el confitero de la calle de San « Francisco, [1] sus formalísimas tertulias de las noches, « y las cenas diarias á que concurrían en las casas de « rango los amigos íntimos, acompañados por su es- « clavo para alumbrarles el paso de las bocacalles te- « nebrosas y solitarias: tenía también sus regalos, sus « confituras de las provincias, sus vinos de España, y « los trabajos de las huérfanas de San Miguel. Pero « la vida de la clase media se reducía á un trabajo « infructífero, y sus placeres á la romería de Santa « Catalina y la Recoleta, ó las riñas de gallos, juego « tan inmoral como bárbaro, que por una aberración « que no me explico, subsiste sesenta años después de « haberse derribado la última plaza de toros que nos « dejaron los virreyes. Había ciertos barrios sobre todo « arrogantemente despreciados por la aristocracia, y « se distinguía en esta ojeriza el barrio del alto [2] re- « ceptáculo de toda miseria por albergar al *compadrito* « y al *guarango*, héroes en las primeras explosiones de- « mocráticas del país ».

Groussac, suponiendo por su parte que contempla al Buenos Aires de entonces desde la torre de una de nuestras iglesias, dice:

« ¡Cuán reducida y mezquina aparecía desde la « altura la capital del virreynato, limitada al este « por la Alameda y la desnuda ribera, hasta las « mal pobladas barrancas de la Recoleta y Santa Lu- « cía, y al oeste por las tapias de San Nicolás y Mon- « serrat! Unas ocho hileras de doce manzanas en su « base, cortadas rectangularmente por calles sin em-

(1) Hoy Moreno.

(2) El barrio del *alto* que tanto desdeñaba la aristocracia porteña, es lo que hoy forman las parroquias de la Concepción y San Telmo. Su verdadera clasificación de tiempo inmemorial *es barrio del alto de San Pedro* y así se denominaba una capilla que existió hasta 1761, donde hoy está el templo consagrado á la Inmaculada Concepción (esquina Independencia y Tacuarí).

« pedrar, cuyas aceras estaban jaloneadas por innú-
« meros postes de algarrobo y ñandubay: tal era pro-
« piamente en su compacto conjunto la Buenos Aires
« colonial. Fuera de ese triángulo casi del todo edifi-
« cado, cuyos vértices eran al norte, el convento de
« las Catalinas, al sud el hospital de los Betlemitas y
« al oeste la manzana comprendida entre las calles del
« Cabildo y las Torres y la sin nombre que fueron
« más tarde de Salta y Santiago del Estero, —el case-
« río raleaba más y más entre quintas y huecos aban-
« donados, y parecía inverosímil que debajo de ese
« montón de techos rebajados cupieran más de cuaren-
« ta mil habitantes. Más allá, los arrabales se tornaban
« montes ó potreros, terminando, por fin, en la zona
« conquistada de la pampa hasta la cercana frontera,
« salpicada de pagos y escasas rancherías. En más de
« dos siglos, Buenos Aires no había rebalsado de las
« 144 cuadras que componían la antigua traza de D.
« Juan de Garay.

« Asi mismo, la extensión material de la ciudad
« constituía su aspecto más imponente, pues en la es-
« tructura urbana y arquitectónica la aventajaban po-
« blaciones menores, no sólo de Europa sino de la A-
« mérica española. Buenos Aires era chata como su
« Plata sin ribazos y su pampa sin relieve. Esa monotonía
« general se hacía más sensible aún para el espectador que
« la miraba desde un alto observatorio y casi en proyec-
« ción. Dominando el ancho rio, la enorme y achaparrada
« Fortaleza real, á la vez palacio de gobierno, despacho de
« la Audiencia, cuartel de tropas y armería, ostentaba su
« macizo parapeto acribillado de cañoneras y flanquea-
« do de bastiones angulares, con su portón central y
« su puente levadizo sobre el ancho foso que contor-
« naba al murallón; pero las cañoneras estaban vacías
« ó artilladas con material fuera de uso, el foso se te-
« rraplenaba con escombros y detritus, y la fábrica
« toda estaba tan ruinosa como el régimen vetusto de
que era símbolo. Los arcos de la Recoba vieja ba-
« rreaban hacia el este la Plaza Mayor; al frente se
« alzaba el Cabildo abovedado con su miserable cárcel

« anexa; y, por el lado del norte, la Catedral, con sus
« dos campanarios sobresalientes hacia la calle de las
« Torres y un cementerio contiguo, vecino del lúgu-
« bre « hueco de las Animas » — en esa esquina de San
« Martín (Reconquista), desde entonces destinada á
« evocar las fantasmagorías del arte después de ater-
« rar al vulgo con los fantasmas de la superstición.
« Un poco más allá, en la misma calle que era pro-
« longación de la de Santo Domingo y San Francisco,
« los templos de la Merced y de las Catalinas levanta
« ban sus torres y campánulos vulgares, vaciados en el
« molde de los de San Miguel, San Nicolás, la Concep-
« ción, Monserrat y todos los conventos y capillas que
« en cada barrio rompían con su monotonía monacal
« la uniformidad de las casas bajas y desteñidas, casi to-
« das de un solo piso, con sus balcones y rejos salien-
« tes, sus patios espaciosos, sus puertas macizas y, bajo
« la techumbre de teja azotea, sus invariables cor-
« nisas de grueso cimacio y media caña. Con escep-
« ción de la gran plaza de toros en el Retiro, disforme
« prisma de ladrillos pintados á cal, cuyas ventanas
« ovales se divisaban á la derecha del Socorro, nada
« enseñaba la desagraciada capital que tuviera el sig-
« nificado exterior de la vida colectiva — nada más que
« el Fuerte, el Cabildo y la Iglesia.... Todos los otros
« órganos sociales ya del trabajo, ya del placer, se
« mantenían atrofiados ó embrionarios y, por lo tanto,
« sin manifestación visible. La campaña, el desierto y
« hostil, apenas transitable á caballo, rodeaba y estre-
« chaba esta isleta de sociabilidad, sirviendo de región
« intermedia las chacras y quintas frutales, cercadas
« de pitas y tunas, que formaban el ancho marco ver-
« de de la ciudad. Las carretas de bueyes y las récuas
« de Cuyo se estacionaban en las calles centrales; ca-
« da casa de familia tenía un caballo, cuando no dos
« ó tres, atado al poste de su acera; — y esta playa
« de mar que recibía después de setenta días la ola
« tarda y débil de la civilización europea, pasada por
« el tamiz español, necesitaba otros tantos para trans-
« mitirla al centro del virreynato por su única via te-

« restre, el camino real cuyas huelles seculares llega-
« ban al Perú......

« Entre tanto, la plácida existencia colonial deva-
« naba sin ruido su deteñida madeja. Nada estaba
« cambiado por defuera y la mayoría burguesa que
« poco leía de allá ó de acá, — pues de la gaceta se
« manal, órgano de todo el virreynato, no se vendian
« doscientos ejemplares, nada sabia de lo que en la
« sombra germinaba; y así si en sus pláticas de los
« portales del Cabildo ó de la Alameda, alguien men-
« taba tal cual proyeto de Belgrano ó arenga de Caste-
« lli, las « cosas de muchachos » no tenían más alcan-
« ces y pasaban sin otro comentario. Al rededor del
« pequeño campo juvenil, que se decia sembrado de
« grano misterioso y exótica la buena huerta de an-
« taño seguía produciendo en abundandancia las fru-
« tas tradicionales y las previstas legumbres de la es-
« tación. General era el bienestar, como que entre
« ricos y pobres de la clase decentes, todos relacio-
« nados y más ó menos parientes, las diferencias de
« fortunas poco trascendían á los costumbres y gastos
« caseros, igualmente sencillos. Con excepciòn de algu-
« nas familias opulentas, de altos funcionarios y re-
« presentantes de pingües monopolios, que gastaban
« lujo importado y servidumbre de estilo, las demás se
« confundían en la misma medianía bonachona, exenta
« de ostentaciones y apuros. Hacendados, curiales, co-
« vachuelistas reales, ó comerciantes eran propietarios
« de su lugar, dueños de muchos ó pocos esclavos de
« ambos sexos, cuyas variadas industrias casi redu-
« cían el gasto exterior á los trapos y artículos de
« tienda », como ya se decia. Lo precario é intermi-
« tente de las licencias para introducir renglones de
« colonias extrangeras daba lugar á bruscas escaseces;
« faltaba de repente el vino ó el aceite en todos los
« almacenes y hasta en los depósitos de la calle de los
« Mendozinos, por las guerras inglesas, por la mala
« cosecha en Cuyo; (1) y el Virrey tenía que entrea-

(1) En 1805, la langosta taló las mieses y chacras de varias provincias.

« brir la puerta á la importación. Pero nunca esca-
« seaba la carne, ni el pescado, ni el agua en el río
« ó en los aljibes, y la frugalidad unida á la fé hacía
« llevadera la voluntad de Dios. Baratísima la vida,
« modestos los gastos y poco menos que gratuitas las
« diversiones lícitas, se atesoraban los ahorros de mu-
« chos años para hacer frente á cualquiera eventuali-
« dad: es así como los « emprestitos » para socorrer al
« Rey, y á la madre patria, en los años 4 y 5, repre-
« sentaron sumas considerables, y la suscripción pa-
« triótica iniciada después de la Reconquista pasó de
« ochenta mil pesos en pocos meses, fuera de las do-
« naciones de Chile y del Alto Perú.

« Los felices patricios de principios del siglo cavi-
« taban poco, trabajaban algo, comían bien y dormian
« mejor. El *Semanario* fomentaba el sibaritismo hasta
« el grado de recetar el modo de tener sueños agrada-
« bles, en un artículo que comenzaba así: « Como pa-
« samos gran parte de la vida durmiendo.... ». [1] Des-
« pués de mediodía, oficinas, almacenes y casas parti-
« culares se cerraban durante la comida y la siesta,
« para volverse á abrir un par de horas antes de la
« oración. A raíz del mate ó la merienda, los hombres
« salían según el tiempo y la estación, á los portales,
« á la Alameda, ó á la acera del próximo boticario; los
« más rumbosos, á tomar chocolate á la fonda de los
« tres Reyes (25 de Mayo), al café de Musiú Raymond
« ó de Mallo, en frente del Colegio, que eran los men-
« tideros centrales de la ciudad. Allí convergían las
« novedades y chismes del día, abultándose al andar,
« como la Fama de Virgilio: la entrada de un buque
« de Cadiz con mercancías y noticias igualmente fres-
« cas — el *Semanario* reproduce, en abril de 1806,
« el boletin de Austerlitz; — el anuncio de haberse
« descubierto un camino carretero en la cordillera por

Las mangas formaban verdaderas nubes que obscurecian el sol. El *Semanario*, al describir el flajelo, encuentra rasgos dignos de Flaubert: « De repente se sintió un ruido como de pájaros que pasaban a mucha altura ».

(1) Traducido de Franklin: Works III, The art of procuring pleasant dreams.

el ingeniero francés Sourriére de Souillac; los comentarios sobre la reciente ejecución de cinco bandoleros, ahorcados y descuartizados en la Plaza Mayor, por haber salteado al pueblo de las Víboras, resistido á los blandengues « y otros excesos »; los adelantos del canal de San Fernando; la arribada de la corbeta *Dromedario*, armada en corso por el capitán Mordeille, héroe futuro de la Reconquista, y que volvía trayendo á remolque dos fragatas inglesas, etc. etc., y luego, otras referencias más locales y domésticas, como el último « bochinche » entre el obispo Lué y el Cabildo por cuestiones de lugar y procedencia; los ecos de alguna jugarreta ó jarana de tono en casa del Factor de la real Hacienda, don Felix Casamayor, quien tuteaba á Liniers hablándole francés ante testigos, aunque siempre castellano en la intimidad... De vez en cuando un escándalo social de formato mayor rompía la telaraña de la crónica diaria: era una humorada de Anita P.*** la apetitosa criolla de la isla Mauricio, muy festejada de los hombres y abominada de las mujeres — sobre todo, por las feas — (1) ó una barrabasada del coronel Bourke, inglés que se daba por alemán, tahur y espadachín, además de espía, y que desempeñaba á maravilla, su triple papel... Esos y otros lances exóticos caían en la juiciosa sociedad patricia como piedras en un estanque, levantando un oleaje de círculos concéntricos cuyas últimas ondulaciones duraron hasta la revolución.

A la diez, la gente honrada se envolvía en su capa y, con un farol encendido los que vivían á tres ó cuatro cuadras de la Plaza Mayor, volvía cada cual á su hogar, encontrando todavía en la sala á las señoras tomando mate, y si había visita de galán, tocando el píano ó la guitarra. — Era la existencia

(1) Llegó á inspirar un odio feroz á la Serenísima princesa Carlota del Brasil, el marimacho que mandaba presos los oficiales « melindrosos » y en pleno palacio real, se sacaba un zapato para educar *in natibus* al futuro Don Miguel.

« femenina, naturalmente, más uniforme aún que la « del hombre. Ocupando la iglesia todas las mañanas « y muchas tardes, las horas intermedias eran pocas « para el mate, el arreglo de la personita y las visitas « del barrio.... Algo de música y canto, muy poco que « hacer doméstico, fuera de los trajes propios que se « cortaban y cosían en casa, con ayuda de una morena « habilísima — y el inagotable picotear con las ami- « gas: tal era la trama monótona de su vida exte- « rior.....

« Con todo, eran tan bellas y seductoras como las « de hoy, y la impresión de los forasteros de entonces « no era menos favorable que ahora. En uno y otro « sexo el tipo español predominaba aún, pero ya eman- « cipado del molde paterno, y la mujer, con una ele- « gancia y esbeltez propia que difería de la languidez « limeña y el donaire andaluz. Ella poseía ya este don « de la sana alegría, reflejo de la prosperidad ambiente, « que hasta muy tarde le conserva en la risa algo de « la gracia infantil. Y por bajo de los accidentes lu- « gareños y las modas anticuadas, corría el mismo « raudal de pasión humana que en la presente capital « cosmopolita, con algo sin duda de menos ficticio y « artificial; se amaba, se sufría, se luchaba en la al- « dea de antaño; la idéntica y eterna juventud encen- « día su sangre y desgarraba su corazón en los mis- « mos conflictos del deber y del deseo; la misma deli- » rante ilusión juntaba á la distancia las almas des- « unidas; recorrían aquellas generaciones desvaneci- « das, nuestro propio estadio, entre iguales ensueños « de imposible felicidad; entonces como hoy, había « una hora suprema en cada vida, á cuyo resplandor « el universo entero se condensaba en un ser amado; « seguían luego las mismas decepciones, las mismas « angustias ante las cunas vacías y las tumbas abier- « tas, — era, por fin, la misma existencia terrestre « con su cadena de goces y miserias: y si es verdad « que la pobre humanidad sólo viva por el alma, que « poco tiene que ver con las frivolidades del mundo « y las baratijas de la « civilización », puede decirse que

« en la Buenos Aires de las mantillas y las rejas voladas, que fué también la Buenos Aires de Pueyrredon y Moreno — no se vivía menos intensa y realmente que hoy ».

VI

BAJO LA DOMINACIÓN BRITÁNICA

Lo primero que procuró el general Beresford una vez dueño de la ciudad, fué quitar á su conquista todo lo que pudiera hacerla odiosa.

Ya hemos visto la tolerancia y suavidad que respiran las condiciones de la Capitulación concedida. Eso mismo vemos en este otro documento que expidió á poco de estar la plaza bajo su autoridad:

Hallándose la ciudad de Buenos Aires y sus dependencias sujetas ahora á S. M. B., por la energía de las armas de S. M., el Mayor General, con el objeto de establecer una completa confianza en la liberalidad y rectitud del Gobierno de S. M., y tranquilizar los ánimos de todos los habitantes que están al presente en la Ciudad, ó de aquellos que, de aprensión de las casualidades generales de guerra, hayan salido de ella, juzga que es indispensable proclamar, sin perder un momento de tiempo, que es la más graciable intención de S. M., que la gente de Buenos Aires y cualesquiera otras Provincias en el Río de la Plata, que pueden eventualmente caer bajo su protección, gocen del entero y libre ejercicio de su religión Católica, y que se prestará todo respeto á sus Santos Ministros.

« Que los Tribunales de Justicia continúen en el « ejercicio de sus funciones en todos los casos de pro- « cedimientos civiles y criminales, refiriéndose al Ma- « yor General en aquellos casos en que se hacía al « Virrey en anteriores ocasiones, garantiendo el Ma- « yor General en lo que dependa de él, que todo se « hará para traer los procesos á su más pronta y justa « sentencia.

« Toda propiedad privada de cualquier naturaleza « que sea, recibirá su más amplia protección, y todo « lo que pueda pedirse para tropas, ya sean víveres « ú otros artículos, se pagarán inmediatamente á los « precios que prefije el Cabildo.

« Por lo mismo el Mayor General invoca al Ilus- « trísimo Señor Obispo, sus coadjutores y Ordenes « Eclesiásticas, Fundaciones, Colegios, Jefes de Corpo- « raciones, Mayor, Alcaldes de Ciudad y barrios, para « que hagan entender á los habitantes en general, que « serán siempre protegidos en la Religión y propiedad « y que serán gobernados por sus propias Leyes Mu- « nicipales, hasta que se sepa la voluntad de Su Ma- « jestad Británica.

« El Mayor General juzga necesario hacer saber, « en el interés general y el de los comerciantes del « país, que es la más graciable intención de S. M. que « se abra un comercio libre y permitido á la América « del Sud, semejante al que disfrutan todas las otras « Colonias de S. M., particularmente la Isla de la Trini- « dad, cuyos habitantes han conocido los beneficios « peculiares de estar bajo el el gobierno de un Sobe- « rano bastante poderoso para protejerlos de cualquiera « insultos, y bastante generoso para darle aquellas ven- « tajas comerciales de que no podrían gozar bajo la « administración de ningún otro país.

« Con la promesa de tan rígida protección á la re- « ligión dominante del País y el ejercicio de sus Le- « yes civiles, confía el Mayor General que todo buen « ciudadano se unirá con él en sus esfuerzos para man- « tener la Ciudad quieta y pacífica, pues pueden ahora « gozar un comercio libre, y todas las ventajas de las

relaciones mercantiles con la Gran Bretaña, donde no hay opresión que, como entiende, ha sido lo único que han deseado, las ricas Provincias del Río de la Plata, y los habitantes de la América del Sud en general, para hacerlo el país más prospero del Mundo.

El Mayor General no tiene ahora más que acudir á los Magistrados, para que éstos lo hagan saber á los diferentes labradores y hacendados del país, é inducirles á que traigan á las Plazas y Mercados, víveres y vegetales de toda especie, que se les pagarán inmediatamente, atendiendo sin demora á las quejas que se le den. Habiendo entendido el Mayor General que algunos de los derechos ahora existentes, son muy gravosos á las empresas comerciales, ha determinado aprovecharse de la más pronta oportunidad, para informarse de este particular de los comerciantes más instruidos del país, y entonces hará aquellas reducciones ó rebajas, que parezcan más conducentes al interés del país, hasta que se sepa la voluntad de Su Majestad Británica. Dios guarde al Rey de la Gran Bretaña. — GUILLERMO CAR BERESFORD — *Mayor General y Gobernador* ».

Halagando todavía más las aspiraciones al comercio libre que se agitaban de tiempo atrás en la población, y que como hemos visto no habían escapado á la penetración del general inglés: puso poco después en vigencia una reglamentación que mejoraba visiblemente la situación de las cosas y despertaba además la esperanza de una reforma aún más amplia. La introducción de ese reglamento decía asi:

El Comandante Británico, con el fin de que el comercio de esta plaza pueda tomar toda la actividad de que son susceptibles las presentes circunstancias del país, no demorará por más tiempo la publicación de las disposiciones y reglamentos, que servirán de norma para el gobierno de la aduana de esta ciudad, hasta que se sepa la voluntad de S. M.

« B., no quedando duda que el Gobierno británico « formará otros más perfectos y más benéficos á los « habitantes de estos países. Por ahora se contenta el « Comandante británico con manifestar al pueblo que el « sistema de monopolio, restricción y opresión ha lle- « gado ya á su término; que podrá disfrutar de las « producciones de otros países á un precio moderado; « que las manufacturas y producciones de su país es- « tán libres de la traba y opresión que las agobiaba y « hacía no fuese lo que es capaz de ser, el más flore- « ciente del mundo, y que el objeto de la Gran Bretaña es « la felicidad y prosperidad de estos países ». (1)

Pero si las primeras medidas de Beresford concurrieron á hacer llevadero al pueblo el cambio de dominación, no por eso éste se resignó á su suerte. De nada sirvieron todos esos hábiles recursos. Aun cuando las resoluciones anunciadas destruyeran el monopolio comercial y aunque los hechos mismos produjeran un cambio radical en los precios y en el movimiento de la plaza, « el sentido práctico de los hijos « del país comprendía bien que todo eso era ilusorio « y deceptivo. Porque á un país conquistado por la « fuerza militar y colocado en insurrección natural « contra el conquistador, no le sirven las libertades y « las franquicias sino después que se le ha absorbido « en el seno de la raza, de la lengua y de los inte- « reses de los conquistadores ». (2)

Por otra parte, las circunstancias no podían sino imponer al general británico procedimientos que debían tener la virtud de reavivar la resistencia.

Dos días después de la rendición fué citado el Cabildo á la Real Fortaleza. Presentóse, y manifestóle Beresford que notaba poca actividad en la diligencia que les había encomendado al entrar en la ciudad, de proporcionarle víveres para el ejército.

(1) Los artículos siguientes los hallará quien tenga interés en consultarlos en Lobo, « Historia de las Antiguas Colonias Hispano Americanas » t. III.

(2) V. P. Lopez. « Historia de la R. A.» tomo I, p. 535.

— Van ya tres días — añadió el general británico — que mis tropas no tienen alimento caliente. Ustedes se quejan de excesos cometidos por ellas. Yo los repruebo también, y he mandado arrestar á los delin-



Sir Guillermo Car Beresford

cuentes para castigarlos, porque deseo dar plena satisfacción al vecindario; pero mal podré yo contenerlas según la disciplina, si ustedes no ponen de su parte lo indispensable, que es lo que les he pedido.

Contestó el Cabildo que las raciones de pan estaban prontas y, en cuanto á las de carne de vaca y verdura, que no se extrañase la demora, pues era irremediable por las muchas lluvias.

— Esta misma escasez solíamos sufrir siempre — agregaron los del Cabildo — en las estaciones de invierno, aun sin el suceso lastimoso en que por los azares de la guerra nos vemos envueltos.

El general Beresford frunció el ceño; pero siguió escuchando:

— Es pues indispensable — continuaron aquellos — tener un poco de paciencia. La tenemos nosotros y la tiene también todo el pueblo, no obstante haber entre él y V. E. una diferencia: que él está agobiado por los males de ser conquistado, mientras que V. E. está bien indemnizado de toda demora con la gloria y ventajas de la toma de esta ciudad.

— ¿Y los caudales del tesoro real? ¿dónde están? ¿por qué no se me han entregado? — preguntó Beresford interrumpiendo.

— Disculpará V. E. le observemos — replicaron los interrogados — que no es asunto ése de nuestro resorte. La cuenta y razón del Real Haber pertenece al Superintendente General, que es el Virrey. Por nuestra parte, lo que sabemos es que dichos caudales salieron de esta capital para el interior la noche del veinte y cinco, de orden de aquél, no habiendo podido quedar comprendidos, consiguientemente, en las capitulaciones propuestas por esta plaza al entregarse y concedidas y aprobadas por V. E. bajo palabra de honor.

— ¿Capitulaciones? — dijo el general inglés haciendo un gesto desdeñoso — Es verdad que el gobernador me remitió un papel, pero también lo es que yo no lo tomé en cuenta. Si entré en la ciudad no fué por virtud de ese papel, sino por no haber hallado oposición, lo que quiere decir que la tomé á discreción.

— Ha habido evidentemte poca formalidad — insistieron los de la plaza — en no hacer que antes de

entrar en ella firmara V. E. dicho documento. Fué sin duda por estar persuadido nuestro gobernador de que la palabra de honor de un militar equivalía á la materialidad de la firma. Mas, nos permitimos recordar á vuestra excelencia que si no firmó, fué por la ninguna proporción que para el efecto había en su ejército como nos lo mandó decir por intermedio de su edecán, con el agregado de que por la misma causa trasmitía verbalmente ese mensaje.

El general, visiblemente alterado, contestó:

— Cuando yo intimé al gobernador la entrega de la plaza, ofrecí respetar la religión, las personas y las propiedades, y lo he cumplido.

Lo demás es inexacto: exigí el tesoro real. (1)

No se dieron aún por vencidos los miembros del ayuntamiento, pues agregaron:

— El oficial que trajo la intimación de V. E. se retiró dando al gobernador tres horas de plazo para resolver. Nosotros estábamos presentes. A las tres horas volvió y se le dijó que se entregaría la plaza pero bajo las condiciones que iban apuntadas en el papel que se le leyó y dió, y que debe estar en poder de V. E. Léalo V. E. y verá la satisfacción que se le da en cuanto al real tesoro, vista la imposibilidad del gobernador de entregar unos caudales que no existían ya en la ciudad.

— Lo supo á tiempo V. E., y sabiéndolo, consin-

(1) La verdad histórica, á la que debemos sacrificar toda consideración, nos exige reconocer que esta exigencia de los caudales fué hecha realmente por Beresford cuando se le presentó la capltulación que convino en firmar una vez estuviera en el fuerte. Aun cuando el que se la llevó, don José Ignacio de la Quintana, haya hecho posteriormente manifestaciones susceptibles de otra interpretación, existe un documento ante el que desaparece toda duda. Es la nota siguiente en que el propio don José Ignacio de la Quintana dió cuenta al virrey del resultado de su comisión, á raíz de desempeñada: «Excelentísimo señor: Con el mayor sentimiento acompaño á V. E. «copia de la capitulación que á más no poderse he propuesto al general «de las tropas británicas con acuerdo del ilustrísimo señor Obispo, real au- «diencia, cabildo y jefes militares, la que ha admitido, añadiendo que «segun costumbre de su nación deben quedar suyos todos los barcos flo- «tantes; *también los caudales pertenecientes al rey y los de la compañía* «*de las Filipinas*, sobre que determinará V. E. á quien manifiesto mi do- «lor en que haya recaído en mi tanta desgracia, juntamente con la de «quedar prisionero. Dios guarde á V. E. muchos años. — Buenos Aires, 27 «de Junio de 1806. — *José Ignacio de la Quintana*».

tió en las capitulaciones. ¿Como, pues, no ha de extrañar el cabildo que se le haga cargo de los caudales, mayormente no siendo el negocio de su incumbencia?

En este momento se presentó al general inglés á hacerle su visita de cumplido, el brigadier don José Ignacio de la Quintana, que mandaba la plaza al tiempo de la rendición.

Beresford le saludó afablemente; pero apenas cambiadas unas cuantas palabras, volvió á la interrumpida conversación, preguntando también por los caudales al recién llegado, quien, aunque sorprendido, contestó, como sus convecinos, que habían sido remitidos al interior el día veinticinco, por disposición del virrey.

— ¿Y dónde se halla el virrey? — añadió Beresford.

— No lo sé, señor.

— ¿Que número de tropas tiene?

— Tampoco lo sé.

El general inglés meditó un momento y dijo al cabo:

— De cualquier manera, es necesario que los caudales vuelvan á la ciudad y sean puestos á mi disposición.

Los miembros del ayuntamiento, á quienes Beresford miraba al decir esto, contestaron:

— Todos los arbitrios que penden de nuestro mando, son nulos para el efecto. Más práctico sería que vuestra excelencia acudiese á los suyos. Tiene tropas suficientes....

— ¿Qué, quieren ustedes que vaya yo con los ojos vendados y hallen mis soldados algún tropiezo sensible en el camino?

— Pues qué, ¿pretende vuestra excelencia que nosotros tengamos que pelearnos hermanos contra hermanos, por los caudales que quiere vuestra excelencia?

A esta proposición, montado en cólera el general, dijo que de todas maneras él quería los caudales reales, *que así lo quería.*

Hubo un rato de silencio, y contestaron al fin los miembros del ayuntamiento que el único arbitrio que que-

daba era escribir al virrey, al paraje donde se hallase, suplicándole que consintiese en que volviesen los caudales á esta ciudad.

La mejor prueba de lo inhábil de esta respuesta, que contrasta tanto con la destreza de los cabildantes en la conversación arriba reproducida, es la inmediata aceptación que mereció al general Beresford.

— Pues, bien — dijo — que se le escriba, pero que sea al momento.

Los miembros del cabildo, que acaso habían pensado darle largas al asunto por ese procedimiento, vieron en el acto por tierra todo su plan. No tenían más remedio que obedecer, y obedecieron; y como dados los antecedentes del virrey no era de temerse una negativa, pronto se recibió la deseada conformidad, que llegó concebida en estos terminos;

« El virrey de las provincias del Rio de la Plata, « marqués de Sobremonte y capitán general de sus tro« pas, en campaña, ha visto la solución que el reque« rimiento que pasó ayer veintiocho á los señores co« mandantes de tierra y de mar de S. M. B. sobre las du« das que le ofrecían las reclamaciones que después « de cumplídas las capitulaciones en virtud de las cua« les se entregó á las armas del rey de la Gran Bre« taña la ciudad de Buenos Aires, se han hecho por « dichos señores generales, sobre la entrega del cau« dal perteneciente al rey su Soberano, que se extrajo « de dicha ciudad el día antes de su rendición, como « también el de la Compañia de Filipinas, y aunque « persiste siempre en que la guerra no da á los con« quistadores de una pueblación derecho á otros efec« tos, armas, municiones, ni tesoro que los que se ha« llan dentro de ella á tiempo de establecerse y fir« marse las capitulaciones de su rendición; y que tam« poco considera á la compañia de Filipinas como la « consideran dichos señores, en atención no obstante « al buen tratamiento de las personas, bienes y fami« lias y á la seguridad de las propiedades de todo el « vecindario, que se estipularon y convinieron en di« chas capitulaciones; y al expediente propuesto por

« los referidos señores generales de remitir el punto « cuestionado á la Real decisión de las cortes respec- « tivas con obligación de conformarse á ellas, accede « y conviene al dicho expediente y á su consecuencia « promete que hará regresar desde el paraje en que « se hallase el caudal perteneciente á su majestad el « Rey de España, y á la compañia de Filipinas, que « se extrajo de lo ciudad de Buenos Aires el día vein- « ticinco de junio de mil ochocientos seis, quedando hasta « la decisión de la cuestión este tesoro, en la misma « ciudad de Buenos Airee, lo que así ofrece cumplir « á ventinueve días del mismo mes y año ».

Debidamente acatadas las disposiciones del virrey, los caudales fueron entregados á la altura de Villa de Lujan á las partidas que con tal objeto destacó Beresford, sin perdida de tiempo.

Alcanzó lo entregado allí á un valor de 544.674 pesos fuertes; distribuidos como sigue:

114	zurrones con 3.000 $ cada uno	$	342.000
2	cajones de vajilla.	»	5.932
1	texo de oro.	»	563
71	barras de plata.	»	115.000
21	cajones de doblones y pesos.	»	76.354
1	» » » » .	»	4.825
		$	544.674

Añadiéronse bien luego á esta suma otras no menos importantes, que el general británico exigió de los representantes de la autoridad que permanecieron en la ciudad.

Así:

A don Felix Casamayor, que guardaba fondos del tesoro, arrancóle:	$	208.519
Al apoderado de la Compañía de Filipinas	»	238.720
Al correo	»	55.872
A la administración de tabaco . .	»	94.325
A la aduana	»	57.000

Al consulado (fondos de propiedad de privados)	»	208.176
A los comisarios de presos. . .	»	40.230
	»	893.341
Suma anterior. . .	»	544.673
Total	$	1.438.014

Este dinero (deducidos 30.279 $ que se acredita á sir Home Popham y cuya inversión no se ha justificado hasta la fecha, 198.170 devueltos al consulado, 31.000 de gastos del ejército inglés autorizados y comprobados y 91.130 que se recuperaron con la reconquista), fué embarcado inmediatamente para Londres en la fragata de S. M. B. la Narcissus.

¿Faltó ó no con ello el general Beresford á la fé empeñada? Los que con él trataron han opinado que sí y él que no. Como sucederá también más adelante con otro sonado suceso en que le tocó ser protagonista. Porque la particularidad mayor que presenta el general Beresford durante su estadía en Buenos Aires, es que cuantas veces formalizó convenios con las autoridades de esta ciudad, otras tantas ha pretendido el extraño privilegio de no haber sido comprendido bien, ó haber sido engañado....

Defendiendo él su causa, dice en oficio de fecha 22 de agosto de 1806: «El virrey no mandó ese dinero de resultas de un orden mía ni me acuerdo que hubiese comunicación entre nosotros tocante á tal asunto, pues justamente jamás consentí en que ese dinero quedase aquí hasta la decisión de las cortes, sino que al contrario tengo presente haber dicho al inspector (el sub-inspector Arce), cuando él me preguntó eso, que no podía ser, y que el dinero debía ser remitido á Inglaterra, y que las dudas que hubiesen se hiciesen presentes á las cortes donde pertenecían; y sería cosa extraña, que después de ser remitido el dinero para esta ciudad por consentimiento

« del cabildo y brigadier Quintana, como también en
« conformidad de la capitulación, diese yo mi palabra
« de honor sin necesidad en un asunto tan desventajo-
« so. Y como el inspector se atreve á decir, que los
« generales ingleses no han cumplido con lo que tra-
« taron en este particular, me parece que ha de ser
« necesario que él muestre documentos que lo acredi-
« ten, y pido que manifieste. Siento mucho que las
« copias de mi correspondencia aquí se remitiesen á
« bordo dos días antes de la reconquista, y que por
« esto me vea obligado á hablar de memoria. Vuelvo
« á repetir que para probar lo que dice el inspector,
« es preciso que él pruebe haber yo dado mi consen-
« timiento respecto al expresado asunto ». Pero á eso
replica Arce con la persuasiva contestación que va á
leerse: « Es desde luego muy extraño que este gene-
« ral pida, que yo presente en comprobación de mi
« dicho un documento que él sabe que no existe, ha-
« biendo quedado este negocio entre hombres sobre la
« palabra de honor; pero existe un documento en el
« oficio que yo le traje del excelentísimo señor virrey,
« en la tarde del veintinueve de junio, en que expre-
« samente dice este jefe, que dará la orden para ha-
« cer venir el dinero con tal que se deposite en Bue-
« nos Aires, y la aquiescencia á esta condición es bas-
« tante prueba de haberse admitido. — Por consiguiente,
« está á favor de mi dicho este documento, que origi-
« nal debe existir en poder del señor Beresford, y quando
« no, es fácil traer la copia que quedó en la secreta-
« ría de vuestra excelencia. — Ahora resta que el ge-
« neral inglés muestre documentos de su inadmisión
« de la expresada condición, el que yo no sé si diri-
« giría por otro conducto, pues para señorearse de unos
« caudales, de que nunca podía disponer el brigadier
« Quintana, y mucho menos el cabildo, debió mediar
« alguna razón que obligare el señor virrey á dar la
« orden de su remisión desde una distancia á que nunca
« alcanzó la victoria. Yo no sé á qué capitulación se
« refiere el oficio inserto, pues ni en la veintisiete de

« junio, ni en la del dos de julio se habla palabra
« de la entrega de caudales en questión.

« El artículo 4º de las primeras dice al contrario, « que se manifestarían al señor general las arcas y « papeles, en comprobación de que la noche del miér- « coles veinte y cinco salieron los caudales por dispo- « sición del señor virrey, y las segundas se desentien- « den ya de este asunto, por haber entre unas y otras « mediado la negociación que sobre él corrió por mi « mano como parlamentario. Creo que he comprobado « bastantemente mi dicho, y que en esta virtud debe « V. S. estrechar sus oficios para que el general in- « glés esclarezca este punto con menos ambigüeda- « des ».

Como quiera que sea, los caudales no han vuelto á nuestro poder, ni volverán jamás probablemente, y « entraron á Londres en medio de una pompa triunfal, « en carros tirados por seis caballos pintorescamente « adornados. El primer carro iba cubierto con la ban- « dera real de España tomada en la fortaleza, y en cada « uno de ellos se leía en letras doradas la palabra: « *Tesoro,* haciendo flamear banderolas con las inscrip- « ciones: *Popham, Berresford, Buenos Aires, Victoria!* « Precedían y seguían al convoy dos destacamentos de « marineros, de los que habían combatido en Buenos « Aires, llevando dos de los cañones tomados en Quil- « mes y las banderas de las milicias provinciales de la « ciudad conquistada.

« Con esta solemnidad, fué depositado el dinero en « el Banco de Londres, en medio del entusiasmo po- « pular que aclamaba los nombres *Popham* y *Berresford*, « imaginándose que el Río de la Plata era el antiguo « *Eldorado,* según la expresión de un historiador de la « época ». (1)

Entretanto la población daba claras muestras de no haberse resignado al cambio de amo. Las armas cuya devolución se había ordenado por el general Beresford, no eran devueltas y las tiendas de mercan-

(1) Mitre. Historia de Belgrano, t. 1, p. 154.

cías, menestrales y oficios mecánicos, como también los almacenes y pulperías, permanecían cerradas. El general Beresford comenzó á entrar en cuidado. Son de ello prueba dos decretos que creyó deber dictar, advirtiendo, por uno, que todo aquel que pasado el día 22 del mes resultara con armas, municiones ú otros pertrechos de guerra pertenecientes á S. M. Católica, sería penado con una multa de doscientos pesos por cada artículo que se le encontrase; y disponiendo, por el otro, que las casas de negocio se abrieran. Para esta última resolución, el general británico, que era como hemos visto hombre diestro en recursos, supo hallar un disfraz. No la presentó como imposición sino que se valió de ella para aparecer protegiendo al comercio, al que declaró no se seguiría perjuicio alguno de reanudar sus operaciones, pues estaba resuelto á castigar severamente á toda persona de cualquiera calidad y condición, «aun de la tropa británica», que atropellara, insultara de palabra ú obra ó infiriera el más leve perjuicio á dichos tenderos, pulperos, almaceneros y menestrales.

Empero si las casas de comercio se abrieron, no por eso recobró la tranquilidad el general inglés. Por el contrario, las deserciones que venía notando en su ejército, y que aumentaron como una contestación á sus dos últimas medidas, le hicieron perder la calma hasta el extremo que verá el lector en este otro decreto que hizo circular.

Guillermo Car Beresford, mayor general comandante en jefe de las fuerzas de S. M. B., empleadas en la Costa Oriental de la América del Sur; y gobernador de Buenos Aires y todas sus dependencias.

Habiéndose probado sin la menor duda que muchos habitantes de esta ciudad y otros de la campaña están poniendo en uso todo medio para inducir á los soldados y sujetos ingleses á que desistan de su fidelidad y deserten sus banderas, el mayor general hace saber por estas proclamas, que cualquier habitante ú otro que sea descubierto, empeñándose en

« seducir así algún soldado ó sujeto inglés, será castigado inmediatamente con pena de muerte; que « cualquier persona que reciba, dé acogida ó ampare « de algún modo á algún soldado, ó marinero inglés « en su designio de desertar é internarse en el país, « será castigada con la misma pena de muerte, ofreciendo el mayor general la recompensa de cien pesos « á cualquiera que dé aviso de alguno que reciba, dé « acogida, ampare ó tenga parte en la deserción, ó huida « al interior del país de algún soldado ó sujeto inglés; « y cualquiera que se vea en compañia de soldado, marinero ó sujeto de esta descripción, se considarará « como cómplice. Y previene el mayor general á todos « los habitantes, que cuiden de su conducta en lo que « respecta al objeto de esta proclama, pues ha tomado tales « medidas, que hará se castiguen aquellos que procuren « seducir ó seduzcan á los sujetos de S. M. B.

« Cuidarán todos los oficiales militares y civiles, « así en la ciudad como en sus dependencias, de asegurar y arrestar á todos los soldados ó marineros ingleses, y á los que los acompañen, ó los hayan auxiliado en su fuga, remitiéndolos con la custodia suficiente á este fuerte de Buenos Aires ».

Los hechos contra los cuales iban las resoluciones del general inglés, eran obra de una activa propaganda en pro de la resistencia, emprendida por algunos animosos vecinos; trabajos que se hallaban ya bastante adelantados.

Señalábanse, entre éstos, los iniciados por un grupo que había celebrado su primera reunión en casa de don Gerardo Esteve y Llac. El resultado no podía haber sido más satisfactorio: los presentes, pocos en número por el secreto que requería la empresa, pero todos de accendiente y empuje, se habían manifestado unánimemente dispuestos á no omitir esfuerzo ni sacrificio para conseguir la anhelada libertad.

La segunda reunión, que tuvo lugar en una sala alquilada al efecto, ya mostró un principio de disidencia. Se trataba de adoptar un plan, y los planes, como sucede siempre en estos casos, eran varios. Se re-

solvió por fin organizar gente y armarla en una quinta de las inmediaciones, perteneciente á la testamentaría de Belgrano, y conocida por de Perdriel (1) que se ofreció á conseguir en buenas condiciones uno de los concurrentes, y preparar dos minas de polvora, bajo del fuerte una y bajo el cuartel de la ranchería la otra, que dieran la señal y facilitaran con sus destrozos al estallar, y con el pánico consiguiente, un ataque eficaz. Para autorizar este proyecto fué menester desechar otro todavía más violento, aunque descabellado, de dos sujetos, Juan Trigo y Juan Vásquez de nombre, que infundian ya cierto recelo á varios de los conjurados por su poca formalidad; quienes propusieron empeñosamente que se pasara á cuchillo á todos los ingleses á la hora de lista fuera de los cuarteles.

La llegada á la ciudad del capitán de navío don Santiago Liniers y Bremond, en quien tenía que fijar su atención el vecindario así por su grado y sus antecedentes honrosos, como por la circunstancia de haberse negado á prestar el juramento de fidelidad á la autoridad británica so pretexto, que aceptó Beresford, de no haberse hallado allí cuando la rendición y de que pasaba por la ciudad al solo objeto de ver á su familia, debió interrumpir los trabajos que venimos refiriendo, porque durante varios días no se halla rastro de ellos en los documentos de la época. Empero si se informó á Liniers de dichos trabajos, cosa que no está probada si bien es presumible, es evidente que no se consiguió decidirlo á que se pusiese á la cabeza, porque partió casi en seguida para Montevideo. Aun cuando durante su permanencia en la ciudad guardó una reserva impenetrable sobre sus intentos, creyóse leer en su pensamiento ante el hecho de haberse pasado toda la noche anterior al día de su partida, velando en uno de los templos de la ciudad el Santísimo Sacramento, cual si pusiera bajo la protección del cielo alguna empresa de consideración, y ante las voces que corrían de que el gobernador de Montevideo, don Pascual Ruiz

---

(1) Llamada así por su primitivo dueño, un francés del mismo apellido.

de Huidobro, preparaba una expedición contra Beresford.

Entre tanto no cabe duda de que los conjurados habían perdido la esperanza de tenerlo á su frente, pues el 15 del mismo mes procedieron al nombramiento de otro jefe, como se verá por el siguiente documento, que no nos explicamos, atento su mérito, como ha podido mantenerse tanto tiempo sin que se lo hayan disputado para la publicidad los eruditos:

« En la Mui Noble y Mui Leal Ciudad de la Sma. « Trinidad Puerto de Sta. Maria de Buenos Aires que « fué del dominio de nuestro mui amado Monarca, Don « Carlos quarto, que Dios guarde por muchos años, « y presentemente conquistada por las armas del Rey « de Inglaterra, en el día de la fecha juntos y congre- « gados por diferentes ocasiones, y en distintos para- « jes nosotros los abajo firmados en representación de « nuestros aliados, después de haber tenido largas ce- « siones, ó sean conferencias para arbitrar los medios, « y modos más oportunos, y eficaces para libertarla de « las calamidades, hostilidades y desgracias que actual- « mente se están experimentando, y ha de experimen- « tar en lo subcesivo todo el vecindario con semejante « dominación extraña, y violenta por todos sus aspec- « tos, con el aditamento de que el General Inglés ha « faltado en parte á las condiciones concedidas á los « avitantes, y estantes de ella, firmadas á dos del pre- « sente mes, vaxo de las cuales entró aposesionarse de « esta capital: hemos acordado la restauración de nues « tro primitivo ser, en circunstancias de hallarse toda « la gente de este pueblo resueltamte, dispuesta al e- « fecto, de un modo el más seguro, y glorioso en su execu- « ción, según nuestro saver y entender, para lo que « se ha levantado el correspondnte. Plano y caudillo, « tomando pr. Patrona del proyecto á la Sacratísima « Virgen Maria Nuestra Señora de la Concepción, con « cuios auspicios hemos de obrar todas las operaciones « que abraza el plano, y las demás disposiciones subse- « quentes y respectivas á los acaesimientos futuros, « conforme se explicará seguidamte.

« Habiendo sido nuestro principal conato, y sumo « desvelo en juntar todos los bandos, ó parcialidades « levantadas en esta capital contra los Ingleses á fin de « desalojarlos de ella, como también uniformar los di- « ferentes proyectos de acometerlos en un solo obje- « to para operar de acuerdo y conformidad en nro « plano, y en la distribución de fuerzas á los puntos « que ocupan ventajosos á efecto de asegurar la vic- « toria con la menos posible efución de sangre de « ntra parte, y aun de la contraria: conseguido en la « mayor porcion lo relacionado á esfuerzos de nuestra « representación, y constantes diligencias: con concep- « to á ser fieles servidores de ntro soberano, y « amantes de la libertad de nuestra Patria, hemos ad- « vertido la urgente necesidad de que ante todas co- « sas nombremos un xefe, ó cabeza principal que nos « dirija en la empresa meditada contra los iniquos In- « gleses que ocupan este suelo, reducido por aora en « su recinto á una colonia incomunicable con ntros « circunvecinos y amados compatriotas, de donde se « nos originan á ellos y á ntros inmensidad de ma- « les, daños y perjuicios dificiles de calcular, é im- « posibles de numerarse; pr. lo tanto, y siendo de evi- « dencia moral que todos los cuerpos politicos, socie- « dades ó reunión de gentes, deben tener un caveza « á quien obedecer en las leyes, ordenanzas, estatu- « tos, fueros, y privilegios con que se establezcan, « pues esto nadie se atreverá á negarlo sin caer en « manifiesta temeridad, porque si los hombres no tu- « bieran un xefe que respetar, y obedecer sería el con- « junto de ellos un monstruo diforme, y prontamente « se reducirían las comunidades á los mayores excesos, « escándalos, confución indecible, y á una anarquía « destructiva de ellos mismos; nosotros teniendo mui « presentes estos principios fundados, de un comun « acuerdo, y apluralidad de votos, hemos nombrado y « elejido por tal xefe á D. Felipe de Sentenach, en « quien hallamos la capacidad y talentos que se re- « quiere pa. el fin propuesto, dándole facultad en « cuanto la tenemos á nxo nombre y representaciones,

« pa. que en su gobierno pueda elejir á su voluntad « uno, ó más consultores, con cuios votos ó pareceres se entenderá para las disposiciones ulteriores, « como así mismo se la conferimos para que pueda « nombrar secretario de su confianza, por que esto estamos firmemente persuadidos que será en todo tiempo « de la Real aprobación de nro Augusto Monarca, res- « pecto á que lo hemos acordado sin aspirar á ninguna « especie de ambición, ni clase de interés, ó premio « más que aquel que su Soberana Piedad, quiera dis- « pensarnos en vista de que nuestros corazones infla « mados por el grande amor, y fidelidad que tenemos « á su Real Persona, nos hemos propuesto sacrificar « nuestras vidas para ver si conseguimos el que « no se obscurezca la gloria de sus Armas, y la de « nuestros aliados los Franceses que dignamente manda « y gobierna el Grande Napoleon Bonaparte Emperador de la Francia y Rey de Italia: en inteligen- « cia que el nombramiento de nuestro xefe, y sus am- « plias facultades, se entiende en todo aquello que « tenga intima conexión y relación con nuestro intento de restauración de esta capital á nombre del Rey Don Carlos Quarto, sin que la autoridad se di- « late á otras facultades, ni que se comprehenda á otras « funciones que acaso pudiera abrogarse revestido de « la investidura de nuestro caudillo, principalmente si llegase el caso de salir con la victoria, pues se so- « mete desde aora pa. todo tiempo á que nosotros « lo contengamos en los deberes de su instituto, y condicion como qualquier otro ciudadano, en cuia cla- « se debe quedar igual á nosotros después de ganada « la accion, aunque nada de esto, y otros recelos que « pudieran explanarse, esperamos de su providad y de- « mas qualidades que adornan su individuo: por lo « cual, le damos la más bastante autorisación en nom- « bre del Pueblo que nos está reunido pa. el laudable fin « de restaurarlo, y luego que se consiga según lo es- « peramos, súbitamente cesarán todos sus poderes, fa- « cultades, y funciones, pues en el mismo acto junto con « él depositamos las Llaves del Pueblo en manos del

« Alferez Real de este Ilustre Ayuntamiento, estando « todos los miembros que lo componen presentes, Es« tandarte Real vaxo de docel, y observandose con la « mayor riguridad todo el ceremonial correspondiente « en iguales casos.

« Siendo factible, é indefectible la restauración de « este Pueblo pa. dárselo á su lexitimo Señor Nuestro « Rey, nosotros los principales cavezas pr. si, y pr. « nuestras representaciones del Pueblo, pretenderemos « el privilegio de entrar á Cabildo pleno pa. la ele« ción de ntros. jefes que supremamente han de go« bernar hasta que otra cosa se determine por ntro. « Monarca con los documentos y demas que se obre y « actue: declarando entonces nosotros, los individuos « que han conyuvado y fomentado esta empresa pa. « que conste el servicio y mérito que tienen contraido; « y entregaremos este pliego, ó una copia testimoniada « de él, que signamos de nuestro puño y letra á quinze « de julio de mil ochocientos seis años.

« *Apruebo, y confirmo en cuanto puedo lo antecedente es« tipulado, en mí nombre y el de quinientos hombres que están « prontos auxiliarme á todo lo que sea referente á la defensa « de las católicas armas.*

GERARDO ESTEVE Y LLAC.

« *Apruebo y ratifico el documento que precede por mí, y « en nombre de trescientos individuos, que están prontos á se« guirme.*

TOMÁS VALENCIA.

« *Apruebo y ratifico el documento que precede por mí, y en « nombre de quinientos individuos que están prontos á seguir« me.*

JPH. FORNAGUERAS.

« *Confirmo en todos sus puntos el Poder antecedente en « nombre de trescientos cinquenta hombres que están prontos ar» marse contra el enemigo.*

MIGUEL DE EZQUIAGA.

« *Apruebo y ratifico el documento que precede por mí, y*

« en nombre de doscientos y cinquenta individuos que están
« prontos para seguirme.

José Franci.

« Apruebo y ratifico el poder, ó documento antecedente pr.
« mi, y en reprecentaciónde las gentes de armas que conste de
« las listas que tengo reclutadas.

Juan de dios Dozo ». (1)

Don Felipe de Sentenach era un catalán, ingeniero de profesión, llegado hacia poco á Buenos Aires. Para que sin arraigo en esta ciudad fuera preferido como jefe sobre tantos otros vecinos antiguos y capaces, debe haber poseído algunas condiciones sobresalientes. Las que le han acreditado indiscutiblemente los trabajos que bajo su dirección se ejecutaron, son gran audacia y suma laboriosidad.

Casi en seguida de firmado el compromiso que antecede, se estableció una carpintería en una casa situada en la esquina de la Alameda, á espaldas del edificio actual del Banco de la Nación, en el punto más ó menos en que se halla hoy la Bolsa de Comercio. Entre los bancos de trabajo, tablas y demás enseres necesarios á ese negocio, pasaron por las barbas de los soldados ingleses, sin que se despertara la menor sospecha, las herramientas y esportillas que se precisaban para la mina que debía hacer volar el Fuerte. Su adecuada construcción exigía, empero, conocer el sitio preciso en que se depositaba la pólvora, y se aglomeraba la tropa para dormir, así en aquel cuartel como en el de la Ranchería: á entrambos penetró disfrazado con tal objeto, y lo llenó cumplidamente, el mismo Sentenach. Para la otra mina se eligió una casa propiedad de don José Martinez de Hoz, la que cerrada completamente, como si nadie lo ocupara, dió lugar á que los zapadores encargados de abrirla Bartolomé Tast y Pedro Arnau, asistidos por ocho peones, realizaran su obra sin ser sentidos. La mina del Fuerte no llegó á concluirse: los hombres que la tenían á su cargo,

(1) Secretario particular de D. Martin de Alzaga y su brazo derecho.

José Galpon y dos peones, habían abierto apenas 47 varas de galería cuando recibieron orden de suspender el trabajo. ¿Se temió algo? ¿los dominadores dieron muestras de husmear lo que se hacía? No se sabe Mientras tanto, la gente comprometida en la empresa aumentaba día por día. Cuatro jefes de sección dirigían todo lo relativo al reclutamiento y la retribución de esa gente, á la que se abonaban cuatro reales diarios; cada jefe de sección tenía cinco cabos de grupo, que sólo se comuuicaban con ellos, y cada uno de los cuales tenía á su vez reunidos otros cinco hombres, de manera que formando cada sección 125 hombres, todos ellos reunidos componían el número fijo que se quería, de 500 hombres.

Las reuniones se efectuaban indistintamente en casa de Sentenach, en la de Llac ó en la de Valencia, un librero cuya trastienda, que había sido siempre muy concurrida, fué también la que sirvió para que acudieran constantemente los cabos de grupo á recoger los fondos que demandaba el sostenimiento de su respectiva legión.

Al mismo tiempo, se organizaba otro poderoso contingente en la campaña á expensas de varios generosos y resueltos jóvenes de entonces, entre ellos don Diego Alvarez Baragaña y don Juan Martin de Pueyrredón. Este último, á quien tan señalado papel reservaba la historia de la nueva nación que surgiría en el Plata al glorioso grito de mayo, tenía la dirección de dichos trabajos, en los cuales demostró ya muy superiores condiciones.

En tal estado las cosas, recibió Sentenach, por un emisario secreto, la siguiente carta del gobernador de Montevideo, que estaba al cabo de todo por haberlo informado oportunamente el propio Sentenach:

« *A 15 de julio 1806.*

« Muy señor mio; desde que supe la perdida de « esa capl. concebí la necesidad de su reconquista á « toda costa; po. para realizarla me eran precisas

« las noticias que Vd. me comunica en su carta de 3
« de julio qe. recibí el 12 del mismo, pr. desgracia
« carecimos de toda correspond. con esa ciudad hta.
« el día 8 qe. tuvimos sus primeras y aunqe. no cir-
« cunstanciadas como las de Vd. sin embargo fueron
« bastante para poner en movimto. mis primeras pro-
« videncias y ya están las cosas en disposición de qe.
« podrán marchar al menos mil hombs. de buena tropa,
« y por la costa irán 12 Lhs. cañoneras con 5 go-
« letas de 2 cañones cuya fuerza será irresistible al
« enemigo. El punto de desembarco qe. me propongo
« ha de ser por Los Olivos por ser paraje próximo á
« la ciudad preferible por esta Razon á algun otro en
« razon de no cansar la tropa, esta será trasportada
« desde la Colonia en los citados Buques cuios la
« protejerán en caso qe. el Enemigo tratase de opo-
« nerse á él En cuio supuesto habrian de abandonar
« la ciudad, y Vd. la ocuparía con su Gente. Aun
« qdo. esto no suceda, como es probable, deberá Vd.
« luego que sepa el desembarco de ntra. tropa correr el
« velo, y presentarse con su Gente armada, sorpren-
« diendo si fuese posible la Enemiga, en sus quarte
« les ó en algs. de ellos, cuio Golpe sería la decisión
« del éxito feliz de la justa Empresa. la fuerza de mar
« atacará la Enemiga qe. le es muy inferior, y en
« esta forma cortada la retirada habrá de Entrar en
« una capitulación como único partido que le presentará
« el momento. La artillería de 24 no puede ir ny se
« necesita para la Empresa; lo qe. les es necesario que
« haya valor en los buenos patriotas qe. Vd. pueda
« juntar qe. no serán pocos ps. tengo noticia de un
« cuerpo de mil hombs. que con artill^a^ Está reunido
« para qdo. llegue el momento.

« En medio de la satisfaccion que me ocasiona la
« buena disposicion de Vd. y demás que se han con-
« gregado como buenos y Leales vasallos para defender
« la Religion, los dominios del Rey, el Honor de sus
« armas, y la Patria, tengo la Pena de no poder en
« Persona acistir á la reconquista ps. hace 4 meses
« qe. perdí la salud, y cada día me Encuentro más

« agravado, cuya causa me impide ponerme á la ca-
« beza de las tropas y Esponer con ellas my vida en
« defensa de la Patria y de los sagrados deberes en
« qe. todo vasallo, y particularmte. yo Estamos cons-
« tituidos.

« Esta contextas. va por las personas qe. Vd. me
« incinua, y puede Vd. estar seg° de mi reserva como
« yo lo Estoy de la suya.

« Hágame Vd. el Gusto de decir á Capdevila qe.
« he recivido la suya y qe. esta puede servir de con-
« textasion.

« Tenemos hace días á la vista 4 navíos, 2 frag
« tas, y 2 ó 3 Bergs, los Prim. pueden ser del Porte
« qe. Vd. me dice p° en my concepto son de la Compa-
« ñía de la India. — *Pascual Ruiz Huidobro* — Sr. D. Ge-
« rardo Esteve y Llac ». (1)

Era el gobernador de Montevideo, según Presas, « un hombre que tenía más olores que una perfumería », y en lo referente á su capacidad, al decir ingenioso de Groussac, una segunda edición apenas mejorada de Sobremonte.

El prestigio que le daba su cargo era grande, con todo, y de aquí que el anuncio contenido en la carta anterior de que no vendría con la expedición, causara en los conjurados algún desaliento. Mas pronto nuevos informes pusieron las cosas en claro: Ruiz Huidobro no mandaría la expedición pero ella tendría á su frente un jefe de la preparación de Liniers, quien resuelto efectivamente, como se había supuesto, á tentar la reconquista de la ciudad, había conseguido la adopción de su plan, por los que proyectaban en la otra margen del Plata análoga empresa.

Sentenach redobló entonces sus esfuerzos, al mismo tiempo que enviaba á su destino el siguiente oficio:

(1) El original no está firmado; pero existe constancia de que Ruiz Huidobro ha certificado posteriormente ser su autor.

« *Al Comandante Olavarria:*

« Persuadidos de qe. Vd. como comandante de esas « fronteras, tendrá noticias del Sr. gobernador de Mon- « tevideo, consequentes á una carta qe. se sirvió remi- « tirnos con fha. 15 del pasado julio, en qe. nos pre- « viene qe. sus operaciones de desembarco, y ataque de « mar al enemigo, deberán formalizarse con la convina- « ción de entreambas fuerzas á fin de desalojar á los « ingleses de esta capital; nos tomamos la libertad de « suplicar á Vd. se ponga de acuerdo con nosotros pa. « su marcha, y pa. acamparse cerca de ntro. cuartel « en la chacra de Perdriel, cavezadas de la costa de « San Isidro, sin acercarse más al pueblo, pr. qe. en- « tonces sería aventurar la acción propuesta, y puede « que su mal resulta».

Preparadas así las cosas, comenzó á circular el rumor de que el general Beresford se disponía á atacar y disolver el campamento de Perdriel. No tardaron los conjurados en obtener informes completos sobre el particular por sus espías.

El siguiente parte de uno de ellos que, borroso y todo emendado, hemos tenido en nuestro poder, es bien expresivo:

« Estando nosotros constatemte. velando sobre las « disposiciones, operaciones y demás acciones de los « ingleses, encontramos pr. mui oportuno poner en co- « nocimiento de V. S. lo sigte:

« Ayer hicieron consejo de guerra, y el General « con uno de los Coroneles sostuvo salir á dar la ba- « talla al campo de V. S., pr. qe. así se hiso pr. noso- « tros quando ellos vinieron en los Quilmes pr. qe. no « pereciera en nada el pueblo, y pr qe si eran derro- « tados sería prisionero de una nacion qe. amaba. Este « fué el dictamen raciocinio de ambos, pero los capi- « tanes unánimemente opinaron qe. se hiciese otro plan « de defensa, reduciéndolo aponer de fatiga 800 hom- « bres en la Plaza mayor pa. hacerlos mudar con otro

« igual número de dos en dos oras, situar cañones en
« la recova, en los portales de cavildo, y en las bocas
« calles de la plaza, donde habrán de fixar su real, y
« desalojados de este punto tan ventajoso acoxerse á
« la fortaleza pr. último recurso. Quedó oprobado este
« sistema oplan, y en seguida han pedido las llaves de
« la casa consiotrial q' se les entregan de noche, las de
« la casa de D...., Recova, y azoteas de la de Esca-
« lada, bien sea con el objeto de qe. nosotros no nos
« apoderemos de ellas, ó con el fin de apostar fusile-
« ría pa. cortar nuestra comunicación con el Fuerte.
« Esto se ha savido, ó se ha podido indagar afondo pr.
« uno de ellos, qe ha revelado el secreto, y nosotros
« pr. considerarlo importantisimo procedemos al aviso
« correspondte.

« También han tomado la Torre del colegio, donde
« tienen gente de vigía pa. los avisos convenientes, y
« como desde ella registran todo el campo, y los mo-
« vimientos del Pueblo, así mismo creemos útil ponerlo
« en aviso de V. S.

« Aunque nosotros no podemos dar regla aquien
« tiene penetracion y alcances militares como V. S.
« sin embargo nos atrevemos adecirle se sirva no per-
« mitir qe nadie venga de su acampamento, ya sea de
« los qe. van de aquí, ó de la gente qe. tiene aislada,
« pr. qe. savemos mui de positivo qe. un sujeto de ese
« campo cuio nombre no nos han querido revelar pr.
« ningún modo, le ha traido anoche aeste General ra-
« zón circunstanciada del estado de sus fuerzas, y todo
« quanto podia apetecer asi en el plano de ataque, co-
« mo en las demas maximas de la operacion qe tiene
« intentada V. S., sin dexar de referirle el modo y for-
« ma, parciales originarios, y todo lo demas relativo
« á la expedición del mando de V. S., su principios, y
« fomento: Por lo cual, convendrá en las presentes
« circunstancias qe V. S. no de tránsito á persona al-
« guna de su exercito y de los que se le agreguen, al
« menos qe. no sea de toda su confianza, pa. qe. asi se
« ignoren las ulteriores disposiciones qe. medite pa. se-
« guridad de la empresa.

« Ayer á las 3 de la tarde entró el Belén y su piloto, oriundo de este suelo, que tomó partido en los « barcos ingleses que estaban bloqueando Montevideo « y se embarcó con ellos en el Cabo pasando la plaza « de natural de Galicia, ha dado la noticia de qe. con « el temporal pasado se le han perdido á los ingleses « dos barcos de la India, qe. ellos llaman Enchimanes. « lo qual participamos á V. S. pr. si acaso lo ignorase; « y pr. lo qe. pueda convenir en lo subcesivo.

« Nos han asegurado que tienen los enemigos 500 « negros armados y prontos pa. su defensa, voluntarios « en razón de la libertad qe. pretenden y se les ofrece « por el Gral, los quales tratarán de matar á sus amos « quando tengan el aviso oportuno pr. el qe. hace cavesa de ellos, qe. no hemos podido averiguar, pues « aunque se ha buscado nos ha sido imposible descubrirlo; lo qual sea cierto, ó incierto es necesario preever sus consequencias, como así mismo las presuntas de qe. el Inglés pa. un caso apretado, parece qe. « tiene determinado echar un bando ofreciendo la libertad á los demás esclavos, pa. qe. lo ayuden á la « defensa de la plaza: esto es sin contar con las compañias formadas por los espías y otros parciales del « inglés, qe. como han tenido dinero suficiente para « todo, presumimos con bastante fundamento lo han « conseguido.

Ntro. Sor. gue á V. E. ms. a. — B. Ay. Ag. 9 de 1806 ». — El original en vez de firma tiene esta nota: *Conducido por Luis Montes de Oca.*

Los conjurados tropezaban, entretanto, con una dificultad fastidiosa; la presencia en todas sus reuniones de Trigo y Vásquez, dos individuos sin las miras levantadas necesarias para apreciar la grandeza del esfuerzo que se proyectaba. Con el fin de librarse de ellos, resolviéronse á darles la jefatura de la gente congregada en la quinta de Perdriel. Poco después llegaban á este mismo lugar las fuerzas reunidas por Pueyrredón, que formaron grupo aparte, porque se cometió el error de no subordinar todo de una ma-

nera clara y neta á una sola autoridad. « Conjunto
« colecticio y no bien armado, sólo poseía una de las
« condiciones necesarias para la guerra: el valor. In-
« corporado al cuerpo expedicionario (el que organi-
« zaba Liniers en Montevideo) podía ser de mucha
« utilidad, en empresa que tal vez habría de resolverse
« dentro de los muros de una población; mas ni re-
« motamente podía inpirar confianza para ponerlo en
« una llanura frente de tropas aguerridas y bien dis-
« ciplinadas, dirigidas además por oficiales de gran pe-
« ricia y valor ». (1)

El 31 de julio por la noche, Sentenach tuvo noticia de que la jefatura de Trigo y de Vásquez en su grupo resultaba inconveniente por muchas y graves razones. Reunió á sus compañeros y se resolvió separarlos del mando. Esto empero ofrecía sus dificultades, por el caracter indómito de los aludidos y el número de parciales que tenían consigo. Convínose entonces llamar á la ciudad á los dos, so pretexto de darles una comisión delicada, y una vez allí, encerrarlos hasta tanto su resistencia ó su indiscreción no pudieran ser funestas á la empresa acometida.

Trigo no estaba en el campamento cuando llegó el mensajero que llevaba dicha orden: Vasquez la obedeció complacido, pero como las personas secretamente encargadas de reemplazar á los dos jefes separados, sufrieran un retardo en el camino, la gente de los conjurados quedó sin autoridad que obedecer. Y este fué el momento en que replegándose las avanzadas y trasmitiendo partes apresurados, el campamento se puso en conmoción. Estaba á la vista una columna inglesa de quinientos hombres del afamado regimiento 71, con seis piezas de artillería.

Las fuerzas de Perdriel habían sido bastante aumentadas en esos últimos días: habíaseles incorporado el comandante don Antonio Olavarria con el regimiento de blandengues y dos pedreros de dos traídos de la frontera; en el momento mismo en que se anunciaba

(1) Miguel Lobo. — Obra citada, t. I. p. 419.

la presencia del enemigo, tres de los más eficaces cooperadores de la conjuración apellidados Esquiaga, Anzoátegui y Zerpa, llegaban con cincuenta voluntarios y cuatro carronadas; pero asimismo no era dudoso que la prueba que se iba á exigir á aquellas tropas, podía fácilmente resultar superior á su preparación y á su poder.

La columna enemiga avanzó confiada y serena sobre la línea de defensa improvisada, detrás de la cual se había colocado la caballería voluntaria de Pueyrredón y á retaguardia de ella, en calidad de reserva, los Blandengues; y á poco las voces de aliento y de mando se confundían con el estampido de los primeros disparos de artillería.

Fué la victoria cuestión de minutos para los ingleses. Sólo de dos grupos de 23 y 18 tiradores, respectivamente, mandados por el cabo Zerpa y por Antonio Cuevas, y desde atrás de una tapia en que se había colocado la artillería, se opuso resistencia.

La gente de los conjurados y la caballería de Pueyrredón, como si se la hubiera tragado la tierra; en tanto que el Regimiento de Blandengues se retiraba delante del enemigo alegando su comandante que si se comprometía combate se expondría el fin de la reunión « que era esperar el ejército de Montevideo y proveerlo de caballos reforzándolo ». Avergonzado Pueyrredón de aquel espectáculo, púsose á la cabeza de 12 soldados y acometió enfurecido por la derecha la artillería enemiga de la retaguardia. Uno de los artilleros ingleses cayó para no levantarse más, derribado por su espada, y un carro de municiones pasó á su poder; pero una bala de cañón mató en ese instante su ca-



D. Juan Martín de Pueyrredón

ballo, dejándole sobre el campo en medio de una verdadera lluvia de plomo. Un oscuro soldado, precursor del futuro Cabral que salvaría en San Losenzo la vida de San Martin, le ve en ese peligroso trance y se detiene. Subiéndosele entonces Pueyrredón á la grupa, huye á media rienda y logra salvar la presa y la vida.

Este rasgo, indudablemente atenuó lo desairado de aquella refriega.

Pero ¿qué sucedía que no se concluía la acción?

El enemigo había abandonado su campo, y sin embargo continuaba el fuego. El jefe inglés llamó á uno de sus ayudantes y supo por él que un cañón quedaba luchando solo desde atrás de la tapia.

— A tomárlo! — ordenó nerviosamente.

Arreció el fuego de todos lados contra la tapia y se intimó rendición al artillero que sostenía aquel combate original.

Otro disparo fué la respuesta.

Acosado al fin de todos lados, tuvo que entregarse. Era un desertor de las tropas inglesas llamado Miguel Skennon.

Irlanda, de la cual era hijo, renovaba por medio de él su eterna protesta.

A los pocos días, juzgado Skennon en consejo de guerra, era condenado á la última pena y fusilado.

Su sangre generosa no caería en terreno estéril A tiempo que ella regaba la tierra de Buenos Aires, desembarcaba en el puerto de las Conchas la expedición de Liniers. Beresford podía matar al hombre pero no mataría el pensamiento de resistencia, la idea de lucha hasta el sacrificio simbolizada por ese mártir oscuro, sobre cuya memoria se inclina respetuosa, descubriéndose, la posteridad.

VII

LA RECONQUISTA

Para el transporte de la expedición de una á otra banda, había sido necesario vencer grandes dificultades.

Propuesta ya antes de que llegara Liniers, por el capitán de fragata de la Real corona don Juan Gutiérrez de la Concha y otros oficiales de marina [1] que firman también el oficio respectivo al gobernador Ruiz Huidobro que se conserva en los archivos de la vecina ciudad, y resuelta ante la elocuencia persuasiva del jefe llegado de Buenos Aires, quien á la vez de suministrar informes precisos sobre el estado de la plaza por reconquistar, aportó á los proyectos en gestación el concurso de un claro y experimentado criterio, una noticia imprevista la puso á pique de fracasar. « Sir Home Popham, comprendiendo que sólo « había hecho la mitad de su conquista si dejaba sub- « sistir á Montevideo bajo el dominio español, comenzó « á agitarse en el sentido de atacar esta ciudad. Cam- « biado que hubo ideas sobre ese tópico con Beresford, « cenvinieron ambos en tentar la agresión con el mayor

(1) Los siguientes: Baltazar Unquera, José Obregón, Antonio Leal Ibarra, José Corbera, Juan Angel Michelena, José de Córdoba, Cándido Lasala, José Quiroga y Francisco Pareja.

« golpe de gentes que se pudiera, reembarcando al efecto « 800 hombros en los mejores barcos de Popham, y encargando á este de la operación mientras Beresford « mantenía en quietud á Buenos Aires ». [1] Imagínese el efecto de semejante nueva en Montevideo, amenazado de quedar sin gobernador y además con su guarnición considerablemente reducida. Las voces que aconsejaron el aplazamiento de la expedición, fueron empero desoidas, y quedó solucionado el incidente con la sola variante del jefe, que en vez de Ruiz Huidobro, fué el marino que le seguía en grado: Liniers.

Faltaba resolver, con todo, un problema no menos serio: el de hacer pasar el río á la expedición, sin que le saliera al encuentro la poderosa escuadra inglesa.

Gutiérrez de la Concha, á cuyo inmediato cargo estuvo esta delicada parte del plan, iba á dar la vela desde Montevideo á los buques de su mando en la tarde del 27 de julio, rumbo á la Colonia, para donde habían marchado ya por tierra las tropas y donde debían ser embarcadas, cuando se aproximó á tiro de cañón un navío de guerra inglés. Fué menester aplazar la salida. La noche que sobrevino fué muy tempestuosa y oscura. Gutiérrez de la Concha avanzó osadamente á favor de las sombras y del viento hacia la boca del puerto, bloqueada á la sazón por 17 buques. La suerte fuele propicia: al medio día siguiente fondeaba en la Colonia, sin más pérdida que dos lanchas pequeñas arrebatadas por el temporal.

Este mismo temporal impidió durante varios días el embarque de las tropas; días empero que no transcurrieron sin algunos incidentes con barcos ingleses empeñados en acercarse más de lo tolerable, incidentes en los cuales se señalaron á la consideración de los superiores, dos jóvenes marinos que debían más tarde hacer su figura eu la historia de estos países: don Jacinto Romarate y don Juan Angel Michelena.

A los vecinos de Buenos Aires, que tenían noticia

(1) F. Bauzá. « Historia de la dominación española en el Uruguay», tomo II, pág. 226.

de todo, se les hacían siglos, entre tanto, los días que tardaba en presentarse una buena oportunidad para que los buques expedicionarios largaran las amarras. « Todos los ciudadanos impacientes deseaban este mo- « mento; corrían sus habitantes de punto á punto en « observación de sus velas, y quisieran atraerlas con « los ojos ». (1)

El 1º observáronse señales de próxima partida. Liniers proclamó á la división, recomendándole el orden, la subordinación y la disciplina; y advirtiendo á los medrosos que si algunos, olvidados de sus principios, volviesen la cara al enemigo, estuviesen en la inteligencia de que habría un cañón á retaguardia encargado de hacer fuego sobre los cobardes fugitivos. y por fin el día 3, aprovechando un momento favorable, levó anclas la expedición.

¡ Viaje accidentado, en que á cada momento se creía descubrir sobre las aguas velas enemigas!

Todo marchó felizmente hasta la noche, que estuvo tan oscura, y tan fresco el viento — son palabras de Gutiérrez de la Concha en su parte — que no fué posible mantener reunidos los buques.

Sin verse los unos á los otros, por esa razón, como también por haberse prohibido el uso de las señales, y con la ansiedad que puede imaginarse, transcurrieron las horas, hasta que á eso de la una comenzó á fondear la goleta que conducia á Gutiérrez de la Concha y á Liniers.

Subieron todos gozosos á cubierta. El viento no había cesado y los relámpagos se sucedían con una rapidez é intensidad que presagiaban la inminencia de nueva tormenta.

A la luz de uno de esos relámpagos vióse de improviso algo que debió alarmar extraordinariamente á todos, porque súbitamente se produjo un silencio general, y órdenes en voz baja, prontamente obedecidas, pusieron otra vez en movimiento el barco. A medio tiro de cañón había sido sido reconocida una fragata

(1) Oficio del cabildo de Buenos Aires al rey sobre la reconquista.

inglesa, con otro buque menor á su costado. ¿Habrían sido sentidos?

El comandante Gutiérrez de la Concha activó la marcha cuanto pudo, y allá al amenecer su corazón, descargado de un peso enorme, se elevó al cielo en un ferviente voto de gratitud: la expedición estaba á la vista toda, sin más falta que la de una balandra con setenta hombres de la Colonia y una lancha particular con cañón, cuyos buques, que habían anclado en Martin García, se incorporaron después.

No siendo posible verificar el desembarco sobre los Olivos, como estaba proyectado, á causa de la mucha mar y viento que había, tomóse el fondeadero de las Conchas, el que al poco rato presentaba, con la multitud de hombres y pertrechos puestos en tierra, un cudro de extraordinaria animación.

Componíase la expedición, según López, (1) de 260 marineros europeos de la escuadrilla del Río que mandaba el capitán de navío don Juan Gutiérrez de la Concha; 286 dragones y blandengues desmontados, que seis meses ante habían sido remitidos de Buenos Aires á reforzar la guarnición de Montevideo; 150 Miñores; 90 granaderos de Buenos Aires, que habian ido con los dragones y blandengues; 100 artilleros veteranos; 120 voluntarios de la animada estirpe oriental, dispuesta siempre á tomar parte en las empresas militares, 150 voluntarios de la Colonia y 79 marineros del corsario francés « Dromedario » con su jefe á la cabeza, un hombre de temerario valor apellidado Mordell; ó sea, en junto, 1235 hombres; (2) y venían con ella personas muy vinculadas á la buena sociedad uruguaya, como don Victorio García de Zúñiga, don Cristóbal Salvañach, don Jaime Ferrer y el presbítero don Dámaso Antonio Larrañaga.

En cuanto á su jefe, del que nada hemos dicho aún, había nacido en Niort (Francia) el 25 de julio de 1753. « Cumplió, pues, 54 años exactamente el día en

---

(1) H. de la R. A. t. I. p. 540.
(2) Bauzá da sólo 1123. Mitre no determina cifra precisa.

« que llegó á San José, camino de la Colonia, con los « mil de la Reconquista. Es muy sabido que, hasta « esa fecha inolvidable, la carrera de Liniers, descen- « diente de soldados y marinos valientes, se había des- « envuelto como la de sus abuelos en el claroobscuro de « la notoriedad casera y sin marcado relieve exterior, « pero toda ella es honrosa en su medianía y merece « recordarse rápidamente, puesto que algunos biógra- « fos argentinos y hasta franceses han dado en pre- « sentar á Liniers como una suerte de aventurero y « advenedizo feliz.... » (1) Hijo tercero de un noble en tiempos en que imperaba todavía el derecho de la primogenitura, y obligado por consiguiente á labrarse por su propio esfuerzo un porvenir, eligió la carrera de las armas é ingresando en la orden de Malta tomó parte en las expediciones llevadas por la misma contra los piratas berberiscos.

Vuelto á su patria en 1768, alistóse como subteniente de caballería en el regimiento de Royal-Piemont.

« Liniers se consumía obscuramente en la inacción « de la paz continental que siguió á la guerra de siete « años. En 1774, su regimiento estaba de guarni- « ción en Carcasonne. Rumores de guerras lejanas en- « cendieron su imaginación juvenil, despertando quizá « el instinto atávico de trashumancia que, desde el « siglo XV, dispersó por Europa y particularmente en « España á varios de sus ascendientes. Llenaba el am- « biente militar el rumor de la expedición que, con pre- « textos más ó menos fundados, pregonaba el gobierno « español contra Marruecos y Argel.

« Por lo demás, habíase criado, en una atmósfera « de combates contra los musulmanes y todo ello fué « causa sobrada para que se sintiera impelido, como « otros nobles voluntarios, á la inminente cruzada. En- « tregó, pues, su *brevet*, de teniente al comandante ge- « neral del Languedoc — fuera de estar en plena paz, « no había nada entónces que se pareciera al moderno

(1) P. Groussac. «Liniers», p. 119 de *La Biblioteca*, tomo III.

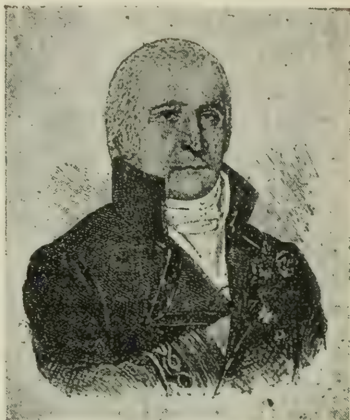
« servicio obligatorio; —aceptada la dimisión, Liniers
« pasó la frontera española y sentó plaza de voluntario
« en la escuadra reunida en Cartagena para empren-
« der una funesta campaña contra los moros argelinos....
« La escuadra de cuarenta y seis buques, al mando de
« Castejon, llevaba veintidos mil hombres de desembar-
« co.... Deplorable fué el éxito de la empresa. Recha-
« zados los españoles con pérdidas enormes, por esos
« mismos argelinos que más tarde opusieron tan débil
« resistencia á la conquista francesa, sólo debieron á
« un descuido del enemigo el poder embarcarse diezma-
« dos y en desorden para ganar Cádiz ó Cartagena;
« sinó, dice Fernán Nunez, también voluntario en la
« campaña, no hubiera quedado sinó la memoria de nues-
« tra desgracia.

« Felicitado por su conducta, el jóven Liniers dió
« en Cádiz exámen de guardia marina y, á poco fué as-
« cendido á alférez y embarcado en la expedición que
« don Pedro Cevallos, el flamante virrey del Rio de la
« Plata, trajo al Brasil en noviembre de 1776.

« Venían 9000 hombres de desembarco en diez y
« nueve buques. El virreinato tuvo glorioso es-
« treno: tomada la isla de Santa Catalina, Ceva-
« llos atacó á los portugueses en la Colonia, que
« se rindió á discreción. Inmediatamente se dispu-
« so la marcha á Rio Grande, cuando llegó la no-
« ticia del tratado de San Ildefonso que, con ex-
« cepción de la Colonia conservada por España, neu-
« tralizaba los resultados de la campaña. A la vista
« del Pacto de Familia, tuvo nuevamente España que
« unir su flota á la francesa contra la de Inglaterra,
« durante los años de 1779-1781.

« Liniers hizo campaña á bordo del *San Vicen-*
« *te* y posteriormente de la *Concepción*, en la es-
« cuadra de don Luis de Córdoba, mereciendo que
« uno de sus actos de arrojo fuese celebrado en la
« *Gaceta de Francia* (diciembre de 1781.) En el
« famoso sitio de Mahon y conquista de Menorca,
« en que las tropas españolas al mando de Crillón
« se cubrieron de gloria, el teniente de fragata Li-

« niers se distinguió por su habilidad y bravura,
« recibiendo una herida durante una acción dirigida por él y calificada de «heróica» por una autoridad competente. (1) Mahon se rindió el 5 de febrero de 1781 y Liniers fué ascendido á teniente de navio. No menos brillante fué su entrada en el sitio de Gibraltar, que se inició el mismo año por el victorioso duque de Crillón, si bien con éxito menos feliz. Tocóle mandar en segundo, á las órdenes del principe de Nassau, la batería flotante *Talla Piedra*, á cuyo bordo se hallaba precisamente el ingeniero d'Arzon, inventor de este sistema de naves que tan mal resultado dieron en la práctica. Bajo los fuegos de la plaza, las baterias flotantes, teóricamente incombustibles, se incendiaron como yesca, y desde luego la *Talla Piedra*, que se tuvo que abandonar después de una lucha encarnizada. El príncipe de Nassau y Liniers se salvaron á nado. Con todo, el sitio continuó sin mejor éxito hasta el tratado de Versalles, frustrándose para España la esperanza de recobrar el Peñón. Fué uno de los últimos episodios del bloqueo, la toma del corsario inglés *Elisa* por Liniers, que mandaba el bergantin *Fincastle*, de 18 cañones; por este atrevido golpe de mano fué promovido á capitán de fragata. Este rápido ascenso de un extranjero, después de siete años de servicios, es el mejor comentario de su conducta militar. Pocos meses después, una segunda expedición contra las regencias berberiscas, al mando de Barceló, y no



Don Santiago Liniers y Bremond

(1) El almirante Pavia, *Revista Militar.*

« menos infructuosa que las anteriores, reveló en « Liniers las dotes de diplomacia y atracción per- « sonal que más tarde le atrajeron tanto prestigio « en más vasto teatro. (1) Encargado de presentar « al rey de Trípoli, Alí Bajá, los presentes del rey « de España, durante los preliminares del tratado de « 1784, á tal punto supo granjearse la voluntad del « soberano, que éste le regaló su propio alfange y le « concedió la libertad de varios cautivos europeos. A « vuelta de esta negociación, Liniers contrajo matri- « monio en Málaga con la señorita Juana de Menviel, « que murió cuatro años después; único fruto de ese « matrimonio fué Luis de Liniers, á quien veremos fi- « gurar un momento en el drama argentino ».

El día 11 llegaron al Retiro los dos cañones de á 18 de la goleta de guerra la Dolores, que desde San Isidro se habían mandado desembarcar por falta de artillería de batir. Montados sobre las cureñas que se encontraron en aquel mismo lugar, quiso Liniers hacer el primer disparo. No había perdido su ojo certero de otro tiempo: el pabellón inglés de una cañonera enemiga que se divisaba á cierta distancia, fué derribado por aquella bala. ¿Presagio de lo que vendría más tarde?....

Un rumor según el cual los enemigos habían resuelto destrozar la escuadrilla que había dejado en las Conchas, movió á Liniers ese mismo día, á la vez que á señalar el siguiente para el ataque definitivo, á ordenar la salida, para defender el punto amenazado, del capitán Gutierrez de la Concha y la mayor parte del cuerpo de reserva. La falta de proporción para emprender de inmediato marcha tan dificultosa, y otras razones, hicieron aplazar veinticuatro horas el cumplimiento de aquella orden. A esa circunstancia debieron dichas tropas el encontrarse en la gloriosa acción del siguiente día, que amaneció apacible y hermoso.

---

(1) Conformes con el distinguido biógrafo, excepto en lo de la diplomacia. Precisamente es diplomacia lo que faltó siempre á Liniers.

Durante la noche las hostilitades aisladas no habían cesado un momento, á tal punto que casi todos los centinelas del ejército británico habían sido muertos ó alejados por el pueblo. Esas hostilidades continuaron á pesar de las órdenes en contrario, durante las primeras horas de la mañana. « Don « Santiago Liniers — dice Gutiérrez de la Concha — « me manifestó entonces su idea de atacar al enemigo « al medio día á viva fuerza, con todas la tropas di- « vididas en tres columnas que debían entrar en la « plaza, mandando él en persona la de la izquierda, « el coronel don Agustín Pinedo la de derecha, y yo « la del centro. Habíamos de ir precedidos de nuestra « artillería y apoderados de la que tenían los enemi- « gos en todas las bocacalles de la plaza Mayor, reu- « nirnos en ella para batir desde allí el Fuerte con la « artillería enemiga y la nuestra. Estábamos tratando « el plan de este ataque para el que debía oirse el « parecer del tercer jefe, don Agustín Pinedo, y el de « algunos otros oficiales, cuando avisaron que las tro- « pas que habían salido por la mañana á rechazar al « enemigo, se hallaban cerca de la plaza, y pedían el « auxilio de gentes y municiones ».

¿Qué pasaba? Un puñado de hombres del más esforzado espíritu, había resuelto de su cuenta y riesgo entrar por la calle de la catedral á la plaza á quitar al enemigo el cañón que lo defendía. Ejecutan ellos el atrevido proyecto despreciando el peligro evidente á que los conducía su determinación. Apenas puede imaginarse como pasaron por entre los fuegos, sin ser todos víctimas de su animosidad. Pero atacados impetuosamente á su vez, se veían precisados á pedir ayuda.....

« Vuela por los aires en pocos instantes la voz del « empeño de estos valerosos hasta nuestro campamento, « que distaba 1|4 de legua de la plaza. Decide el ge- « neral Liniers anticipar el ataque al tiempo que te- « nía meditado. Su ejército viene al auxilio de los « compañeros y ¿quién de ellos que se acuerde del temor, « ni se sorprenda á la vista del peligro? Corren pre-

« surosos á sostenerlos, émulos de la gloria de los pri-
« meros. Un grito general de avance! avance! es el
« único alarma que despreciando el terror de la muer-
« te, lleva adelante la competencia con que se dispu-
« tan unos á otros el empeño.

« Nuestro general intrépido, anima á todos con su
« su presencia y serenidad, y persuade con su ejem-
« plo: expone al frente su persona, que las balas y
« cascos de metrallas respetan sin ofenderle ni ate-
« rrarle, hiriendo solamente en más de tres partes su
« vestido. Este heróico ejemplo difunde en todo el ejér-
« cito la confianza, aviva el ardor de la acción, y no
« hay un instante, no se da un paso que nó señale
« un prodigio de valor. Arrímanse á las cuadras de
« entrada á la plaza; ven de cerca al enemigo, y reu-
« niendo el esfuerzo y el furor se dicen unos á otros:
« á ellos! á ellos! allí, allí están los que insultaron
« nuestro honor, los que atentaron nuestra lealtad,
« los que usurparon nuestros derechos! Hay un estro
« irresistible, y el vivo incendio del cañón y del fusil
« arde sin cesar casi dos horas.

« El estruendo no se intermite; enardecen más y
« más los dos partidos, y crece en el inglés la resis-
« tencia en razón del empeño que adelanta el acome-
« tedor; éste no pierde un punto de terreno, ni cede
« de su intento, aunque llueva un granizo de balas
« y metralla; irrita más su cólera ese mismo estrago,
« y tal vez rechazado, vuelve con más ardor á cargar
« al enemigo; nuestra artillería acierta á obrar en e-
« llos un destrozo que obliga á las fuerzas á dejar el
« puesto. Caen entonces los nuestros con la furia de
« su enojo, y haciendo una irrupción violenta en la
« plaza, no hay resistencia capaz de detener su ím-
« petu. Abandonan los enemigos este asilo de su de-
« fensa, y batidos de nuestros fuegos, corren con pre-
« cipitación desordenada á esconder en la fortaleza el
« terror que los acompaña.

« Débil resguardo para defenderlos de la saña de
« nuestros vengadores: persíguenlos éstos en el ímpetu
« de su retirada hasta la puerta mayor de la real for-

« taleza y pie de sus muros: arriman al instante las
« escalas: trepan osados, y en el momento de tomar
« la última satisfacción, se eleva bandera parlamenta-
« ria. Besa el general inglés su espada y arrojándola
« á los pies de los que ninguna otra cosa quieren escu-
« char, se rinde á discreción con toda su tropa pri-
« sionera de guerra ». [1]

Sobre si el general inglés arrojó ó no su espada, se ha escrito y discutido mucho. Declaran no haberlo visto varios de los testigos á quienes fué tomada declaración en el proceso indagatorio que después de la reconquista formó el cabildo. Mas lo afirman varios otros con tal seguridad y con tanta abundancia de detalles, confirmados por todas las demás declaraciones, que aun prevenido en contra, el espíritu del investigador se siente inclinado á creer. Según los testigos á que aludimos, se había levantado en el Fuerte bandera de parlamento y había entrado á él, enviado por Liniers, el ayudante don Hilarión de la Quintana, cuando como no cesara el fuego se acercó á la muralla el general Beresford, gritando: *no mas fogo, no mas fogo*. [2] El capitán Mordell, uno de los que primero habían llegado allí haciendo prodigios de bravura, tomó la palabra y á nombre de la gente apiñada á su rededor, que era una enorme y agitada masa, le contestó en francés que se rindiera á discreción si quería que se cumpliera su deseo y que no fuesen sus tropas pasadas á cuchillo. El general inglés sacó entonces su espada é hizo ademán de entregarla al ayudante Quintana, rechazada por el cual en respeto á su persona y carácter, un oficial británico que estaba muy inmediato al general, tomóla y la arrojó á la multitud. Mordell obedeciendo indicaciones de Quintana y satisfaciendo el impulso de todos los presentes, compadecidos de aquel valiente en

(1) Informe del Cabildo al rey sobre la Reconquista.

(2) El general Beresford habia estado en Portugal y hablaba el idioma de esta nación.

desgracia, recogió la espada y la devolviò á los que estaban sobre la muralla, valiéndose para el efecto de varios pañuelos que unió por sus extremos.

El pueblo empero no se retiró de allí, por eso. Por el contrario, sin modificar su actitud amenazante, comenzó á pedir á gritos que se levantase en la fortaleza el pabellón de la plaza. Como Beresford manifestara no hacerlo por carecer de bandera española, como por arte de encantamiento apareció en el acto una entre la multitud, y fué izada al instante.

Poco después, las fuerzas vencedoras formadas en dos filas à la entrada de la fortaleza, veían pasar por en medio al general inglés y sus oficiales. « Era objeto verdaderamente raro y singular, — se lee en un « romance de la época, — ver pasar la tropa inglesa, « compuesta de oficiales muy aseados, por entre las « filas de los nuestros, negros, sucios, descalzos y empochados ». Al llegar Beresford al Cabildo, se encontró con el general Liniers, á quien quiso entregar su espada. Este, abrazándole, no se la admitió. La tropa comenzó á presentarse en seguida. Salía para el Cabildo, según un testigo presencial, (1) armada con todas sus armas y mochilas, y luego que llegaba á la puerta del cabildo, se las iba quitando y eran llevadas en carretillas al fuerte.

« El enemigo había perdido en el combate — escribe Mitre — cerca de 300 hombres, entre muer« tos y heridos, y rindieron las armas frente á las « casas consistoriales 1.200 soldados, que quedaron « prisioneros de guerra, dejando por trofeos de esta « victoria sus banderas y estandartes, 35 cañones de « batir y 4 morteros de la fortaleza, 56 desmontados « y 29 piezas de tren volante (de las cuales siete in« glesas) además de 1600 fusiles. El ejército reconquis« tador perdió como 200 hombres entre muertos y he« ridos.» Entre los muertos de la reconquista, de resultas de sus heridas, se contaban don Tomás Valen-

(1) Don Juan Balbin Gonzalez Vallejo.—Biblioteca del Comercio del Plata, tomo X.

« cia y don Diego Alvarez Baragaña, que tanto se « habian distinguido por sus trabajos para preparar- « la » (1)

« Tal es,—exclama el Cabildo en su antes citado « informe—el rudo bosquejo de la imágen de aquel dia « de gloría, que dará nombre eterno de admiración y « respeto á los habitantes de esta ciudad y de Mon- « tevideo.

« Día singular que hará conocer con asombro has- « ta donde puede alcanzar el valor inflamado por el « entusiasmo del honor, de la lealtad y del patriotis- « mo: del entusiasmo, que transformando los espiritus « y despojando á los instrumentos mortíferos de las « cualidades que inspiran terror al ánimo, obró una « creación nueva de hombres guerreros que hicieron « su primer ensayo de la última y más peligrosa de « todas las operaciones del arte de la guerra, dando « principio á sus funciones por donde acaba el valor « consumado: metamórfosis prodigiosa en la que el « sexo débil substituyó al dulce poder insinuante de « Venus el furor terrible de Marte y en que el niño « tierno, mezclado con el varón fuerte, pudo tal vez « disputarle la gloria del combate.

« Jamás se vió la edad pueril tan dignamente em- « pleada. Niños prodigiosos, que jugando entre los pe- « ligros con toda la alegría con que ahora celebrais el « triunfo, teneis suspendida la admiración de los que « presenciaron vuestro entretenimiento; que prestando « un servicio importante al auxilio de nuestra artille- « ría, asidos á los cañones, los hicisteis volar hasta « presentaros con ellos en medio de los fuegos: que « impávidos á la presencia de los estragos, perdisteis sin « turbación otros compañeros, victimas tiernas del he- « roismo de la infancia: que estimando en nada vues- « tra edad preciosa, la expusisteis en obsequio de la

---

(1) Del primero ya hemos hablado al referir detalladamente la conjuración de que se nombró jefe á Sentenach. En cuanto al último, era miembro de una de las principales famlias de la ciudad y uno de los que, desde que se iniciaron los trabajos para la reconquista, pusieron al servicio de tal empresa su persona y su bolsillo.

« causa de vuestros padres, y aspirando al fin que an-
« helaban vuestras ansias, consumasteis vuestro útil
« ministerio, acompañando á los bravos ciudadanos que
« llevaron el terror hasta los muros.

« Vosotros que en la serenidad de vuestros ánimos
« observasteis la perspectiva terrible que ofreció á la
« expectación pública el cuadro del conflicto de la fuerza
« obligante de los acometedores, á la imágen del aba-
« timiento y sorpresa de los acometidos: vosotros que
« visteis á los leones y fieras al alcance de la presa,
« abatida ya y pavorosa al aspecto terrible del vence-
« dor; dad al mundo el testimonio irreprochable de
« vuestros labios inocentes, y confundid el descarado
« atrevimiento de esos enemigos intrigantes, que des-
« pués de haber obtenido con lágrimas el indulto de
« las vidas, que no esperaban del que iba á extermi-
« narlos, intentaron deslucir vuestra gloria á la som-
« bra de una figura de capitulaciones que no han po-
« dido adquirir en el papel un ser que no ha existido,
« y que lo desacredita la realidad notoria del suceso ».

Buenos Aires había vencido, sí, y su victoria era una proeza de que justamente podía sentirse ufana. El Cabildo añade con este motivo:

« ¡ Qué delicada sensación la de este feliz momento
« de gloria, en que sobreponiéndose á la humiliación
« del orgulloso poder británico, se elevó nuestro pa-
« bellón real triunfante entre el alborozo de los vivas
« y aclamaciones de un pueblo inmenso! ¡ Feliz des-
« gracia! si puede decirse, la del día de nuestro cau-
« tiverio, que franqueó el campo espacioso de tanta
« gloria. Dichosa aflicción superabundantemente re-
« compensada con el desahogo de la libertad que se
« respira! ¡ venturosos héroes, cuya sangre vertida en
« obsequio del estado y de la patria, hará vuestra me-
« moria eterna en los fastos de la historia de la na-
« ción! »

VIII

DESPUÉS DE LA VICTORIA

« La alegría del pueblo de Buenos Aires no tuvo
« límites al contemplarse libre del dominio inglés. Fue-
« ron especialmente agasajados los expedicionarios con
« distinciones de todo género provenientes de los par-
« ticulares y de las corporaciones públicas. A don Be-
« nito Chain que había perdido la hoja de su espada
« rota de un balazo en el ataque de la plaza Mayor,
« le fué regalada por el cabildo una magnífica hoja
« con un puño y guarnición de oro. La misma cor-
« poración mandó acuñar medallas commemorativas de
« la reconquista, adjudicando seis á Montevideo, que
« las recibieron Ruiz Huidobro, Viladerbó, Maciel y
« otros notables. Y para coronar su noble agradeci-
« miento, en 16 de agosto pasó un oficio al cabildo de
« Montevideo en que le decía: « Cuando esta ciudad
« reconquistada en 12 del corriente por las tropas que
« se presentaron al mando de don Santiago de Liniers
« ha llegado á cerciorarse de los oficios que ha hecho
« V. S. y parte que con ese vecindario ha tomado en
« la reconquista, no halla expresiones con que mani-
« festar su gratitud. Cuanto pudiera decirse es nada
« con respecto á los sentimientos que la asisten.

« Por tanto, da á V. S. las más encarecidas gra-
« cias, se ofrece gustosa á acreditar en todo tiempo

« su agradecimiento y suplica se sirva hacerlo entender así á ese noble vecindario, cuyos auxilios han contribuído para una empresa en que consiste nuestra común felicidad y el más acreditado servicio del mejor de los soberanos ». [1]

A designio hemos elegido para referir lo que antecede, lo escrito por un historiador uraguayo: se ha pretendido que Buenos Aires fué ingrata con los que tan generosamente le prestaron el concurso de su brazo, y nada más persuasivo de la sinrazón de esa tacha que el testimonio transcripto. Los levantados conceptos del Cabildo, como las demás distinciones á que alude el párrafo reproducido, revelan á ese respecto una nobleza de corazón que desafía sin temor aun el fallo de los espíritus prevenidos. La confesión de la ayuda es franca, hidalga su apreciación y el agradecimiento sincero y amplio. ¡Que no se reconoce la reconquista como obra exclusiva de Montevideo! Pero eso habría sido cerrar los ojos á la evidencia: olvidar el importante contingente de soldados de Buenos Aires que vino con la expedición, la procedencia de su propio jefe, la gente que se le incorporó hasta cuadruplicar su efectivo, el trabajo silencioso que tenía á la ciudad en convulsión, los brazos espontáneos que como por arte de magia transportaron los carros y cañones por calles en cuyo fango los cuerpos se hundían hasta la cintura, y la multitud que avanzó como una inmensa irresistible oleada sobre la fortaleza, el día del triunfo, hasta rendirla.

Si es ó no esto cuerdo y justo, dígalo la propia razón de cada uno; y diga también si ante el papel poco airoso (porque el sentimiento de la envidia no domina jamás las almas sin afearlas) en que hubo de aparecer Montevideo por las cartas irónicas de su Cabildo, no es como para condenar con todas las fuerzas del alma su causa principal: la malhadada rivalidad entre estas dos ciudades del Plata, que hicieron surgir en hora in-

---

(1) F. Bauzá. «Historia de la dominación española en el Uruguay», tomo II, página 230.

fausta los sentimientos de campanario, y á la que parece mentira no se haya puesto aún término por completo, ni siquiera entre los que tienen en el vecino país la representación del pensamiento y la cultura.

Las cartas á que aludimos son las dirigidas en aquel tiempo por el Cabildo de Montevideo, la una al Cabildo de Oruro, con motivo de la resolución adoptada por éste de erigir en la sala capitular de Buenos Aires una gran lámina de plata guarnecida de oro que inmortalizase la memoria de la victoria de dicha ciudad sobre los ingleses, y la otra al ilustrísimo señor arzobispo de La Plata (nombre que tenía entonces la diócesis de Buenos Aires) con ocasión de ciertos edictos de análogo carácter hechos circular por ese prelado. (1)

---

(1) En esas cartas se leen los párrafos que siguen:

DE LA PRIMERA

«Esta ciudad de San Felipe y Santiago de Montevideo, (que también pudiera « llamarse de Borbón por haver sido fundada bajo los Rs Auspicios del Pri» mer Príncipe de dha. esclarecida Dinastía, Abuelo de Nro. Católico mo« narca reynante) no ha podido desentenderse de tributar á V. S. las más « expresivas gracias por aquellas Públicas demostraciones, como tan inte« resada en los aplausos de ambos Triunfos, pues siendo privativamente « suyo, como es notorio, el de doce de Agosto, y haviendo tenido no pe« queña parte en el del cinco de Julio las reliquias que salvaron de la do« minación Británica quando el tres de Febrero del presente año tuvo esta « Plaza la desgracia de ser tomada por asalto, se prueba con todo funda« mento que sin la existencia de esta hija, huviera permanecido aherrojada « aquella Madre, y que acostumbrados los Enemigos á experimentar los gol« pes y dura resistencia de estos havitantes, pasaron á embestir la Capi« tal con cierto abatimiento de ánimo que dió anticipado anuncio de su « plausible reciente derrota.

« Repite pues á V. S. este Cavildo su agradecimiento con toda since« ridad, bien Persuadido de que el honor y gloria de los Padres recae so« bre los hijos por lo qual es cierto que la parte de inscripción dicernida « por V. S. á que es acrehedora esta Ciudad, no ha podido ser mas bien « colocada que en la Sala Capitular del M. I. Ayuntamiento de la Ciudad « de Buenos Aires, á manera de joyel pendiente del amoroso Seno de la « Madre, en memoria y grato recuerdo de las atenciones y respeto filia« les ».

DE LA SEGUNDA

« Aun quando la Ciudad de Montevideo no los tuviese, motivos y muy « particulares para congratularse en los satisfactorios elogios con que todas

Estas cartas se produjeron recién á raiz de la defensa, pero el espíritu que las anima existía ya en los días que siguieron á la reconquista, si bien acaso no se notó bastante por la absorción que operó de la atención pública, una cuestión de trascendencia, que era menester resolver en el acto: la de la persona en quien debía recaer el mando. Ya hemos visto en el compromiso de los conjurados que eligieron por jefe á Sentenach, una cláusula que establecía se convocaría, en caso de triunfar, á Cabildo abierto con aquel objeto. Esa cláusula interpretaba el sentimiento general, su-

---

« las Provincias del Virreynato han mostrado su gratitud á la Ciudad de « Buenos Aires, celebrando los dos utilisimos insignes triunfos, conseguidos « en ella el doce de Agosto y cinco de Julio del pasado y del presente año, « la lectura por si sola de las dulces eloquentes producciones de V. S. I. « huvieran hecho ingenioso á este Cavildo para hallar un racional pre- « texto de manifestar directamente á V. S I. quan prendado se halla de « su respetable Persona, Virtud, Sabiduria y grandes talentos; Pero quando « resulta que esta ciudad no ha sido exempta de las Piadosas Paternales « Solicitudes de V. S. I. en sus afectuosos desvelos, fervorosas Preses, y « Compasivas lágrimas, se forma un dever este Cavildo de tributar á V. S. I. « el más sincero reconocimiento juzgándose deudor de todos los Pastorales « afanes y aflicciones de espíritu que ha padecido S. S. I. en estos calami- « tosos tiempos, para atraher sobre este Vecindario la misericordia y ven- « diciones del Cielo. Si, Señor, Illmo. Somos deudores á V. S. I. porque se « ha acordado de nosotros en los dias de nuestra tribulacion y ha honrrado « la memoria de nuestros hermanos de Armas que murieron en defensa de « esta Plaza por la gloria de la Religión, del Rey y de la Patria; conoce « este Cavildo que V. S. I. está bien persuadido del mérito de esta Ciudad, « y que no ha sido por afectación el dejar de explanarlo decorosamente, « sino por falta de suficientes informes ó por no irritar sin provecho los « Celos del Poder ó porque en particularizar circunstancias se hace la ver- « dad incierta, mayormente en los acontecimientos de la guerra, donde la « ira, el temor, y otros afectos arrebatan el juicio de manera que apenas « podrá cada uno ser Chronista de sus propias obras.

« Es sentencia muy verdadera, que el mundo juzga siempre del Valor « por la última fortuna, y así nada tiene de extraño el que no hayan lle- « gado á la noticia de V. S. I. nuestros prósperos marciales sucesos con la « vehemencia y coloridos que se le presentarían nuestras desgracias, por- « que en la adversidad más bien se merece la fama que no se alcanza......

« No hay remedio; el Mundo ha de seguir siempre los vestigios de la « última fortuna. Nada importa que estos valientes Patriotas desplegando « su esfuerzo en varios Puntos de la Capitanía General, en la acerrisima « defensa de esta Plaza hayan contrastado y contenydo contra toda espe- « peranza, el ímpetu de los Enemigos. En vano es que hayan sido el ante- « mural de todo el Virreynato y el Propunaculo en que empezaron á fallar « las Armas y los bríos del orgulloso Británico. Por demás el que aqui se « desengañase sobre estas Playas la Inglaterra de que cada paso abanzado « sobre ella, le havía de costar arroyos de sangre: nada de esto aprove- « cha: se perdió la Plaza y es preciso que perezca la memoria. Celébrese « con Armoniosos Hynnos la Suerte de la Capital dichosa. Ciñan Coronas « Civicas las Sienes de sus venturosos habitantes. Erijanse Sublimes mo-

blevado bien de atrás, como se ha visto, contra el que legalmente investía la autoridad: el virrey Sobremonte. La voluntad del pueblo, que acababa de conocer su poder, se hacía sentir de una manera tan imperativa reclamando aquella asamblea, que á despecho de las vacilaciones de Liniers y otras corporaciones, que temían las responsabilidades en que podían incurrir ante la corte, la municipalidad convocó á cabildo abierto.

Tuvo lugar él con asistencia de ciento noventa y seis vecinos. A la primera proposición que se puso en discusión, la audiencia (1) allí presente, se alarmó.

« numentos y Tropheos que trasmitan á la Posteridad las acciones de los « brabos y el Ynclito Prez de la Victoria. Suden las Prensas noche y dia « para dar asunto á la fama por toda la redondez del Orbe, que mientras « tanto tranquila esta Ciudad, y satisfecha con el más completo desempeño « de sus más sagrados deveres vivirá consolada y alegre sin remordimien- « tos y sin embidia, cantando al compás de sus desechas Cadenas, no sus « pasadas glorias, sino las aclamaciones de todos géneros que se atributan « con ahinco á su Madre Capital.

« Dispense S. S. Illma. este enagenamiento de un Noble Entusiasmo. « Esta Ciudad se considera con deuda de su Restauración á la Capital de « Buenos Aires á quien ama con intimo cordjalísimo afecto: pero no puede « tolerar se disminuya ú holvide el verdadero mérito que tiene contrahido « en la presente guerra; del qual la Posteridad siempre mas justa é im- « parcial, á quien apela, juzgará con equidad y justicia. Los Pueblos de las « Provincias interiores, atribuyendo al Lugar de la Scena el mérito de las « acciones, han depositato en una sola las Palmas que devieron distribuirse « á las dos Ciudades; y como la Capital admite por entero estos aprecia- « dos obsequios, y además los publica por medio de su Imprenta, juzga este « Cavildo que, en guardando silencio, daria derecho á que la Capital los « prescriviese con mengua y desdoro de estos Ilustres Ciudadanos y Cuerpo « Capitular.

« No es justo pues que observe silencio aunque las circunstancias cons- « triñen á callar; en cuio conflicto le ha parecido á este Cavildo que debe « protextar la fuerza ante la respetable garantia de V. S. I. que sabrá « reservarlo y dar testimonio de ello al Orbe literario á su devido tiempo. « Tales son los Votos de esta Ciudad que ama á V. S. I. por la blandura « y unción de sus Palabras, como la Sed al agua: y este Cabildo que le Ve- « nera y respeta con la mayor sinceridad, reproduce á V. S. I. repetidas « gracias por aquella buena Memoria y por esta condescendencia que es- « pera conseguir de su paternal bendición.

« Dios guarde á V. S.I. muchos años.

« Sala Capitular de Montevideo, veinte y ocho de Octubre de mil ochocientos siete.

«Antonio Pereira —Lorenzo Ulivarre — Rafael Fernández — Josef Mamuel de Orteza — Miguel Conde — Antonio de San Vicente — Francisco Juanicó.

« *Illmo. Sor. Dn Benito Maria de Moxó*».

(1) « Corporación política y judicial á un mismo tiempo, que servía de equilibrio á la autoridad absoluta de los virreyes en América ». Mitre.

Pretendíase que se determinara el número de tropas que necesitaba la ciudad para estar el abrigo de toda nueva intentona de los ingleses, como también que se señalasen los fondos con que debería atenderse á su sostenimiento. Si el pueblo no era contenido sin armas ¡cuánto menos lo sería militarmente organizado! La audiencia lo comprendió así y se opuso. Conocedora empero de la eficacia en estos casos de los procedimientos dilatorios, no afrontó abiertamente la resistencia; apeló al recurso de ponderar lo delicado y grave del asunto tratado, que requería á todas luces meditación, y pidió se sometiera á la decisión de una junta especial. La táctica dió resultado: la mayoría se adhirió á la proposición, y no sólo en lo referente al proyecto de organización militar, sino también en la otra delicada cuestión que se planteó en seguida: la de la acefalía gubernativa. Levantada la asamblea, sus miembros comenzaron á dispersarse: mas he aquí que de pronto se deja oir una gritería ensordecedora, seguida de ruido de lucha y apóstrofes en las puertas del Cabildo. Era el pueblo, que acababa de saber lo sucedido y no se conformaba. ¡*Queremos á Liniers*! ¡*Liniers*! ¡*Liniers*! ¡*Fuera Sobremonte*! clamaba la muchedumbre. Asustados los miembros del congreso, se replegaron á la sala de que salían. Un alto funcionario de aquella época, el fiscal del supremo consejo de Indias, don José Gorvea y Badillo, propone en tal situación salir llevando á la cabeza el retrato del rey, ante el que en su opinión se contendría seguramente el pueblo.

A pesar de lo informal y extraño del procedimiento, es aceptado y sale Gorvea seguido de otros. Era el momento en que vencida la resistencia de las guardias, invadían algunos grupos las galerías y patios de la casa. La procesión con retrato y todo tuvo que volver caras en desorden, corrida y silbada por aquella gente que no escuchaba razones. Resistir hubiera sido agravar las cosas, tan grande era la excitación. El Cabildo volvió, pues, á reunirse y resolvió, como lo pedía el pueblo, que asumiera el mando Liniers y que

se procediera á poner la ciudad en pié de resistencia.

Fué el primer paso en la senda que condujo á las colonias rioplatenses al rango de naciones libres. Entonces no se comprendió: los tiempos eran confusos; los partidos no habían definido aún sus banderas; españoles y criollos procedían siguiendo más los impulsos instintivos del momento que las sugestiones del cálculo; pero el hecho del desconocimiento del funcionario en quien la metrópoli había delegado la representación de la autoridad, quedaría grabado en el alma de la multitud, y daría más tarde sus frutos, como la semilla que en los misteriosos procesos de la naturaleza hace surgir á su debido tiempo sobre la tierra la sazonada mies. (1)

Producida la resolución, faltaba comunicarla á Sobremonte. Se hizo en la siguiente forma:

« Exmo. Sr: Habiendo tenido esta capital la incom-
« parable gloria de ser reconquistada el día 12 del co-
« rriente por todo su vecindario, que tomó las armas
« en unión de la expedición que vino de Montevideo
« al mando del capitán de navío de la real armada el
« señor don Santiago Liniers, se celebró en esta fecha
« junta general, compuesta por los principales vecinos
« de este pueblo, Ilmo. señor Obispo, tribunales y pre-
« lados regulares y seculares, para tratar en ella de
« su conservación y defensa sucesiva; y fué acordado,
« entre otras cosas, á solicitud de todo el pueblo, en

(1) «Cualesquiera que hubieran sido los cargos que resultasen contra el virrey Sobremonte, no era el pueblo quien debía erigirse en juez, sino el soberano español: he aqui el primer eslabón desprendido de la gran cadena política, en la que estaban enlazados los intereses de aquellos paises. Empeñados los buenos aireños en despojar del mando al gefe legítimo, y en imbestirlo en el libertador Liniers, se vió precisado el gobierno provisional á condescender con tan enérgicas reclamaciones que llevaban el sello de la insubordinación y rebeldia. Esta fué la primera revolución de estado en que se ensayó el pueblo argentino para emprender muy pronto la de su independencia. Los hombres sensatos y entre ellos el mismo Liniers, veian con el mayor dolor el pernicioso ascendiente que tomaba el mismo pueblo en las deliberaciones públicas; desde luego se vió la formación de un peligroso partido, que apoyado por el ayuntamiento y agitado por el intrigante manejo de algunos astutos conspiradores, iba minando la base de la obediencia, é introduciendo una peligrosa afición á la representación popular, tan contraria al gobierno y las leyes españolas». Torrente, (historiador español,) H. de las Colonias Americanas, tomo 1, páginas 10 y 11.

« pública aclamación, que para el efecto se recono-
« ciese hasta la resolución de S. M. por Gobernador
« político y militar de esta plaza, al enunciado señor
« Liniers, su reconquistador, que sabría ponerla á cu-
« bierto del ataque de las armas británicas que próxi-
« mamente se esperan y de que está amenazada de re-
« sultas del refuerzo pedido á la corte de Londres por
« la anterior entrega: de que avisa á V. E. este Cabil-
« do en nombre de todo el pueblo por medio del señor
« don José Gorvea y Badillo, Fiscal del Supremo Con-
« sejo de Indias, del Señor don Lucas Muñoz y Cu-
« bero, Regente de esta real Audiencia, y del Síndico
« Procurador de la Ciudad, á quienes ha comisionado par-
« ticularmente para una diligencia tan interesante al es-
« tado de la defensa de la patria; con lo cual no duda
« se aquietará V. E. propendiendo en cuanto sea dable
« al logro de los mismos fines.

« Sala Capitular de Buenos Aires, 14 de Agosto de
« 1806.

« Martin de Alzaga — Esteban Vilanueva — José Santos Incháurregui — Jerónimo Merino — Francisco Herrero — Manuel de Ocampo — Francisco Belgrano — Martin Yañiz — Benito Iglesias ».

El Virrey contestó como sigue:

« Impuesto del oficio de V. S. de 14 del corriente
« sobre lo acordado en junta general de tribunales y
« del reverendo Obispo con los principales del pueblo,
« sobre tratar de su defensa encargada al Sr. capitán
« de navío Don Santiago Liniers, con el gobierno polí-
« tico y militar, es mi contestación ceñida á que no hay
« otra autoridad que la del Rey Nuestro Señor que sea
« capaz de dividirme ó disminuirme el mando superior
« de Virrey Gobernador y Capitán General de las Pro-
« vincias del Río de La Plata y la ciudad de Buenos
« Aires; ni tampoco otra que aquella que pueda juz-
« gar sobre el desacierto de mis disposiciones: asertos
« tan evidentes que no se citará un solo ejemplar en
« contrario; ni posible hacer uso de la voz común con-

« tra los derechos del Soberano, que están todos re-
« presentados en la persona de su Virrey, por más
« que se cohonesten en cualesquiera causales ó moti-
« vos; y en esta virtud lo que únicamente es dable,
« que yo, conociendo la aceptación que logra en el pú-
« blico y en la tropa el Sr. Capitán de navío D. San-
« tiago Liniers, por su Reconquista, le distinga con
« preferencia en todo, como lo he hecho ahora y siem-
« pre, y lo comisione en lo que estimase relativo á la
« defensa de esta ciudad, respecto á que S. M. lo puso
« á las órdenes inmediatas de este superior gobierno;
« pues no alcanzan mis facultades á rebajarme, ni á
« hacer adición de ninguna de las que el Rey me ha
« dado, hasta que por su soberana resolución sea re-
« levado por otro Virrey y Capitán General ó por quien
« S. M. dispusiese. Dios guarde á V. S. muchos años.
« — Campamento de las Pontezuelas, 19 de agosto de
« 1806 ».

El campamento de las Pontezuelas estaba situado entre el puerto de San Nicolás y el de las Conchas, á un paso, como se ve, de la capital. Hasta allí había llegado el Virrey con las fuerzas que consiguiera en Córdoba, donde había sujetado su huida. La entrada á esta ciudad no había sido menos desatinada que su abandono de Buenos Aires. Refiriéndola, nos dice Funes: « La costernación que era consiguiente
« en un ánimo serio y adherido al bien del estado, nos
« había inducido á creer hiciese su entrada con aque-
« lla modestia que exigía el estado lúgubre de las co-
« sas. Pero este error con que le honrábamos se di-
« sipó en breve, y llenó su lugar nuestro desprecio.
« ¡Cuál fué la sorpresa del autor de este Ensayo, cuando
« gobernando la diócesis en sede vacante se halló con
« un oficio suyo, datado á seis leguas del pueblo, en
« que le prevenía debía ser recibido con *Tedeum* y toda
« la pompa del ceremonial! Poco me faltó para res-
« ponderle que era sacar de su destino al sagrado
« himno del *Tedeum* en el momento que sufríamos el
« azote del cielo, y que para aplacarlo sería más pro-
« pio una lamentación de Jeremías: mas reflexionando

« que este pobre hombre llamaba todo ese aparato « exterior en socorro de su ignominia, desistí de mi « pensamiento por no hacer más duro su suplicio ».

La nota con que hemos visto repuso Sobremonte á la comunicación en que se le hacía saber su sustitución por Liniers, es acaso la única muestra de destreza dada por él en ese triste período de su gobierno. Estaba calculada con habilidad para mover en su favor el ánimo de los hombres apegados á la rutina que constituían la mayoría del Cabildo; y á no haber sido casi segura una revuelta en el caso de que persistiese en sostener al virrey, hubiera dado el resultado de anular lo hecho. Esta impresión produce el oficio repleto de excusas con que respondió á su vez el Cabildo. Pero al fin el procedimiento de la *delegación* propuesto por Sobremonte triunfó, y mientras pasaba él á la vecina villa, so pretexto de ser en ella necesaria su presencia, tomaba Liniers el mando en la capital.

En el noble deseo de disimular un tanto ante el pueblo lo amargo del trago que apuraba el virrey, trasladóse acto continuo el jefe reconquistador á las Conchas, donde estaba aquél á punto de embarcarse con la gente que no se le había desbandado. El desgraciado, ni con los últimos recios golpes había aprendido á tener tino. Lo primero que hizo fué reprochar á Liniers el haber efectuado la reconquista sin esperarlo á él y sus tropas.

Liniers, que era hombre de buenas salidas, contestó de esta suerte:

—Exmo. Sr., el enfermo estaba muy de riesgo y el remedio en V. E. muy distante.

La primera preocupación de Liniers, una vez nuevamente en Buenos Aires, fué preparar la ciudad contra cualquier ataque que pudieran traerle los refuerzos pedidos por Beresford, y que parecía esperar el comodoro Popham, en el hecho de no abandonar las aguas del Río de la Plata. Es en este período donde hay que buscar principalmente el mérito y la trascendencia de la acción pública del jefe de la reconquista.

« El general Liniers llamó todas las clases de la « sociedad á las armas, y la capital se convirtió de im- « proviso en un campamento general. Los mostradores « y los talleres, los bufetes y los colegios, los ociosos y « los esclavos, blancos y gente de color, todos corres- « pondieron á este llamamiento de voluntad, con de- « sinterés, y animados del más entusiasmado patriotismo, « alistáronse en los diferentes cuerpos que se estable- « cieron, distinguidos por provincias y uniformes, co- « mo la primera base de emulación, en que el general « Liniers hizo estribar la concurrencia activa y deci- « dida de todos los ciudadanos. En los primeros días « de septiembre principió la instrucción de los nuevos « cuerpos, en las tres armas de artillería, infantería y « caballería; la ribera, las plazas, los huecos desocu- « pados por los edificios, se poblaban en los ejercicios « diarios; en lugar de coches rodaban cañones por las « calles; en lugar de fardos, los carros transportaban « fusiles y fornituras; á toda hora se oían tambores, « clarines y descargas; á cada paso se tropezaba con « hileras de reclutas. Los hombres lo abandonaron todo, « intereses y comodidades, por la disciplina; y las mu- « jeres ni cosían ni rezaban por asistir á los ejerci- « cios y entretenerce en balancear los progresos de sus « predilecciones. Los niños se repartían en guerrillas « por las calles, y se ejercitaban á pedradas en las mis- « mas horas en que sus padres se ejercitaban en el « manejo del fusíl ó del cañón.»(1)

Aunque con una convicción del propio mérito que no realza su modestia, Liniers nos describe también este curioso cuadro en las siguientes lineas de su parte á Napoleón:

« Hice domar los caballos y mulas para el tren; me « fué preciso mandar hacer el correaje y utensillos ne- « cesarios al servicio de la pieza y su tren; asimismo « grandes cuadras para encerrar los animales de tiro « que acostumbrados á ser traídos del campo para ser- « vir veinticuatro horas sin comer nada, y ser rele-

(1) Ignacio Nuñez. «Noticias históricas».

« vados por otros, no me convenía. Tuve necesidad
« de acostumbrarlos al fuego y al tiro, y sobre todo á
« habituarlos á los alimentos secos que les dá más vi-
« gor que el verde. Encontré dos mil fusiles en la sa-
« la de armas y tenía tomados otros tantos al general
« Beresford, necesitaba el duplo para armar el resto
« de mi infantería. Hice juntar todas las armas viejas
« que había en la ciudad é interior del campo y á
« fuerza de penas y cuidados se hicieron servibles y
« útiles. No tenía más que cuatrocientos quintales de
« pólvora, y necesitaba seis veces más, no para una
« acción, sino para la instrucción de mis nuevas tro-
« pas. A pesar de la grande distancia me proveí de
« la de Chile y del Perú, y consumí más de mil quin-
« tales en ejercitarlas en toda suerte de maniobras.
« Igualmente faltaba el plomo. Los habitantes hicie-
« ron el sacrificio de todo lo que tenían en sus casas
« y de todas las vajillas y utensilios de estaño. En
« fin, tenia que defender el frente de una ciudad que
« no tenía en la extensión de una legua que presen-
« ta por la orilla del río, sino un mal fuerte de una
« elevación grandísima sobre su nivel, y que por con-
« siguiente era inútil la artillería, y que además o-
« frece al norte y sur unas playas donde se podía e-
« fectuar un desembarco con facilidad. Yo remedié es-
« to haciendo construir buenas baterías y reductos que
« podían sostenerse cruzando sus fuegos mutuamente
« y hacer la resistencia necesaria para darme tiempo
« de socorrerlos.... Puede considerarse qué no trabajaría
« yo en los once meses después de echar á los ingleses
« de Buenos Aires, para hacer guerrero á un pueblo
« de negociantes, labradores y ricos propietarios; en un
« país en donde la suavidad del clima, la abundancia y
« la riqueza debilitan el alma y la quitan la energía
« que tiene bajo un sol más árido y un clima menos
« dulce, donde el hombre tiene necesidad de ejercitar sus
« facultades para asegurar su subsistencia. Además de
« esto, la subordinación tan necesaria para hacer obrar
« los grandes ejércitos con utilidad, ¿cómo podía esta-
« blecerse entre gentes que se creen todas iguales? Mu-

« chas veces el dependiente de un negociante rico era « más apto para el mando que su patrón, acostumbrado « á mandarlo con despotismo, y que venía á ser su su- « balterno; me fué preciso vencer todos estos obstáculos « y una infinidad de otros.»

Entre los cuerpos que nacieron como consecuencia de los trabajos que dejamos referidos, descollaron bien pronto dos de nativos que debían tener activa participación en el movimiento libertador del año diez: eran esos cuerpos el de « Patricios » y el de « Arribeños », compuesto de hijos de Buenos Aires el primero y de naturales de las provincias del interior el último.

Si Liniers se hubiera concretado á demostrar de esta suerte en el gobierno sus aptitudes, todo habría marchado á maravilla, y al recuerdo de su gloriosa entrada en la ciudad y el de la meritísima labor de organización referida, no se uniría el de uno de los errores que comprometen más ante la historia, la pureza y el brillo de su nombre. Pero con más bondad que energía, con las pasiones frívolas de un hombre superficial y con el corazón mejor puesto que la cabeza, según Mitre; hombre, según Lobo, de esos que como caudillos pueden decidir en un día, en un momento crítico, con su arrojo y ascendiente militar, la suerte de una batalla, de un país, pero no para regir éste, y mucho menos en circunstancias delicadas y espinosas, cuales fueron las en que se encontró Buenos Aires á luego de rechazados definitivamente los batallones británicos; con un fuego de imaginación y una fecundidad de sentimientos generosos que le hacían desvíar de las austeras obligaciones afectas á su cargo, según Funes: Liniers pudo ser y fué el brazo militar de la resistencia á Inglaterra; mas no era, como no fué, el gobernante de cerebro superior y firme voluntad que las circunstancias pedían.

« Inocentón y caballeroso, era de una indiscreción « lamentable cuando los sentimientos primos de su co- « razón lo ponían en conflicto con aquella seriedad de « conducta y reserva de los procederes con que un « hombre público debe estar siempre prevenido con-

« tra las asechanzas y la perfidia de los que pueden
« explotar sus favores y crearle dificultades desdoro-
« sas para la dignidad de su persona y de su puesto.
« Fácil, amable y poco respetuoso de sus propias res-
« ponsabilidades, Liniers había nacido *buen príncipe,*
« como se dice; no sabía negar y se creía que todo
« le era permitido para hacer gracia, según las incli-
« naciones benévolas y las debilidades de su ánimo.
« Llevado de improviso á la cumbre del poder, se fi-
« guró que el gobierno era asunto de amistad, de fa-
« vores y de condescendencias, sin reparar en las con-
« secuencias á que esta laxitud de principios debía
« llevarlo. Por desgracia suya dió con Beresford que
« era un hombre de muy distinta índole. Sagacísimo
« y hombre de mundo consumado, el prisionero inglés
« comprendió en una hora el natural indiscreto y des-
« prevenido del personaje en cuyas manos había caí-
« do. De maneras insinuantes, y capaz de disimularlo
« todo hasta llegar á sus fines, puso un esmero ad-
« mirable en mostrarse satisfechísimo de haber sido
« vencido por un caballero de tan elevadas prendas
« como Liniers. Todo era bueno y lisonjero para él:
« no se le vió un solo momento de encono ó de re-
« serva; y fué tan diestro en el trato habitual con
« sus vencedores, que Liniers acabó por agradecerle
« su afabilidad, por lisonjearse de ser su protector, y
« por mirarlo con una amistad tanto más peligrosa
« cuanto que debía sostenerla y fomentarla con actos
« de generosidad y de favor que poco á poco debían
« ir exagerándose á medida que su benevolencia fuese
« siendo más y más necesaria para contentar al nuevo
« amigo que le había dado su triunfo: orgullo y can-
« dor á la vez de un alma inexperta que no sabía pre-
« venirse contra los accidentes de la vida política.

« Sabido es que en estos casos, el que beneficia y
« protege ama más al protegido que lo que éste ama
« al protector: el amor propio satisfecho arrastra los
« favores del primero, mientras que el amor propio
« ofendido contiene al segundo en los limites de su in-
« terés. Convencido pues, de que no había consideración

« personal que no debiera tener con su ilustre pri-
« sionero, Liniers lo hizo alojar lujosamente en la
« casa de don Félix de Casamayor, hombre de cos-
« tumbres fáciles tambien, de vida elegante y jugador
« de buena sociedad como Liniers y como Beresford,
« en cuya tertulia se reunían por la noche damas y
« caballeros distinguidos por su familia, por sus em-
« pleos y por su posición. Beresford, que tenía en su
« mirada observadora toda la malicia que tiene la mi-
« rada de los bizcos, no tardó mucho en conocer las
« gentes que lo rodeaban, y se captó el favor de las seño-
« ras: de una sobre todo, que era omnipotente en el
« corazón del triunfador; (1) cuando se sintió apre-
« ciado y querido comenzó poco á poco á lamentarse
« de la malhadada posición en que lo había dejado la
« estúpida tentativa de sir Home Popham. El ilustre
« prisionero decía que la severidad de las leyes ingle-
« sas era tal que consideraba cortada su carrera para
« siempre; y que como la paz con España había de
« hacerse día más ó día menos, tendría que responder
« en un consejo de guerra por haberse rendido á dis-
« creción y sin pacto alguno que salvase siquiera las
« apariencias. Con este motivo narraba en términos
« espantosos el proceso y la ejecución reciente del al-
« mirante Byng, condenado por causas más ó menos
« parecidas á lo que le había ocurrido en Buenos Ai-
« res; y lograba interesar vivamente á sus amigos y
« protectores, en que no le cupiese tan horrenda
« suerte.

« Fingiéndose poco á poco preocupado y caviloso
« con estos crueles sentimientos, comenzó á negarse á
« ir al salón de las visitas donde se jugaba y donde
« todos lo reclamaban: se encerraba en su aposento y
« permanecía á obscuras; hasta que el mismo Liniers,

---

(1) Y que lo había sido, según díceres, en el del general inglés durante su rápido gobierno de la ciudad. Aludimos á una aventurera de rara belleza oriunda de la isla Mauricio, Mme. Perichón de nombre, que comprobó con su funesta influencia sobre el caudillo de la reconquista, cuán ciertamente son de temer en la vida las consecuencias de no saber vencerse en las pasiones.

« instado por Casamayor y las damas del círculo, le « insinuó que para el caso que temía se le podía dar « una capitulación fingida, que no debía figurar sino « después de la paz y en caso que fuese sometido á « juicio ». [1]

Beresford se apresuró á aceptar y extendióse la capitulación en inglés, firmándola Liniers, sin prestar á su texto gran atención. Poco después, como la noticia de esa capitulación se difundiera en la ciudad causando la natural sorpresa é irritando como puede suponerse los ánimos de aquellas gentes, que conscientes del mérito y la totalidad de su victoria, no estaban dispuestas á ver impasibles que fuera amenguada, alarmóse Liniers; y al serle presentada en copia definitiva y traducida la capitulación, puso sobre su firma y la palabra *concedido*, que la precedía, esta expresión: *en cuanto puedo*. Esta salvedad, que alegó como excusa de su cándida concesión al comparecer ante el Cabildo, el cual lo llamó escandalizado a su seno acto continuo, pudo evitarle que se descargara por el momento sobre él todo el peso de la indignación pública, mas no le libró de las protestas de Beresford, quien no tardó en manifestarle por escrito que no sabía explicar cuál había sido su espanto al ver que en la copia que enviara se había puesto una adición no concertada entre ellos ni consentida por él.

« El fin con que se ha puesto tal cosa — decía el « general inglés — lo sabe V. S. mejor que yo: con « todo, permítame V. S. hacerle la más solemne pro- « testa contra semejante adición por estar puesta sin « mi consentimiento y asenso, en contrariedad al po- « sitivo convenio que hicimos firmado por V. S. en « inglés. Así que lo recibí en los términos que venían « firmados por V. S. volví á enviar mi edecán para « que protestase contra tal conducta, y para preguntarle « si ese era el modo usual de firmar, así de su clero « como de su país: de ningún modo me justificó V

(1) V. F. López. — H. de la R. A., t. II, p. 22.

« S., y por lo mismo considero de mi obligación el « exigir que V. S. me envie mi firma, ó protestarle « contra cualquiera interpretación que V. S. ó los su- « yos puedan dar á las palabras que de un modo tan « extraordinario juzgó V. S. conveniente introducir.

« Sobre este asunto solamente diré que el papel « enviado á V. S. es copia literal de lo que V. S. fir- « mó con la excepción que requirió se hiciese al fin « del primer capítulo relativo á las tropas inglesas « por su destino á su partida de aquí, que el señor « don Félix Casamayor, oficial civil del rey de Es- « paña de la más alta respetabilidad, escribió en « español enteramente conforme al que V. S. en su « presencia reconoció ser nuestro convenio yque V. « S. también en su presencia y del teniente coronel « firmó sin la nota de *en cuanto puedo* que pone ahora ».

Liniers contestó como sigue:

« Señor: Cuando se trató de usar de los derechos « de la guerra, y preparar el ataque de las fuerzas de « V. S. que ocupaban esta capital, acepté con tanto « más gusto esta empresa gloriosa, cuanto más alto « concepto había formado de la persona con quien ha- « bía de lidiar. Vine efectivamente: ataqué á V. S. y « la fortuna de las Armas me favoreció después de « un combate el más empeñoso, V. S. izó bandera parla- « mentaria, la cual antes de haber tratado ningún « punto de capitulación arrió izando la Española; de « este modo salió V. S. del Fuerte y encontrándose « conmigo me preguntó qué condiciones le concedía, y « habiéndome apuntado las suyas, le dije que en « primer lugar le concedía todas las honras de la « Guerra, y que los oficiales quedarían con sus armas, « obsequio debido á la honra con que se habían de- « fendido, y muy propio de la generosidad acrisolada « de la Nación cuyas tropas tenía yo el honor de « mandar.

« Por una serie ó secuela de estos mismos princi- « pios, condescendí á las propuestas posteriores de V. « S.; mas habiendo tratado en acuerdo de condiciones « de formalizar éstas en inglés y en español, las he

« firmado con la restricción de mis facultades, de que « había impuesto á V. S. ya en nuestras conferencias « verbales. Efectivamente, contra mis más fervorosos « deseos de complacerle, tengo hallado tanto en los « Gefes de la Provincia como en el Pueblo, una opo- « sición irresistible al cumplimiento de mis deseos « y de los de V. S., y este asunto pende de la supe- « rioridad de la Provincia, delante de la cual me es- « fuerzo á reclamar el cumplimiento de las expresa- « das condiciones.

« De esta relación de sucesos constantes deducirá « V. S. que en cuanto esté de mi parte propenderé al « cumplimiento de las condiciones que concedí á V. S., « con lo que se evitarán los riesgos que recela; mas « siendo un Oficial subalterno en la Provincia, tendré « que pasar, aunque sea contra mi deseo, por lo que « mi superior me ordene; y es cuanto puedo contes- « tar á sus oficios, que no he satisfecho antes por que- « rer hacerlo anunciándole una resolución más termi- « nante. — Tengo el honor de ser de V. S. — Buenos « Aires, 25 de Agosto de 1806. — *Santiago Liniers.* »

Beresford sabía perfectamente la forma privada y el carácter de mera concesión que la capitulación tenía, « y se guardaba bien de discutir los hechos; pero con una flema esencialmente inglesa mostraba la capitulación firmada por Liniers y dejaba correr los sucesos ». (1)

Liniers acabó por irritarse. El 30 de agosto le dirigió un oficio, en el que se lee este párrafo:

« La anterioridad que V. S. ha dado en su oficio del 27 « del corriente á los consuelos privados, que extendi- « dos por su mano y á su gusto muchos días después « de caer prisionero, me pidió por gracia al fin único « de evitar su total ruina, y le firmé de un modo no- « ble y generoso, no solamente es incierta en quebran- « tamiento de la buena fé, sino dolosa. Sesenta mil « testigos han visto izar en el fuerte de Buenos Ai- « res la bandera blanca, é incontinenti la española, sin

(1) V. F. López. — Obra citada.

« haber precedido al menor convenio; como asímis-
« mo salir á V. S. del fuerte con mi ayudante Quin-
« tana, después de haber arbolado la bandera nacional
« mia; dígalo la oficialidad de V. S.; díganlo los innu-
« merables testigos que presenciaron en la Plaza de
« Buenos Aires estos actos públicos; y pronuncie al-
« guno si se puede poner en duda, que la rendición
« de V. S. ha sido á discreción en esta circunstancia
« de hecho positivo y público ».

Beresford fingiendo una indignación que no sabemos como conciliaría con los dictados de su honor, y con una inconsecuencia claramente puesta de manifiesto por uno de nuestros escritores distinguidos [1] escribió sin pérdida de tiempo al gobernador de Montevideo, en esta forma:

« Buenos Aires, 24 de Agosto de 1806.

« Por fin me concedió el señor Liniers lo que yo
« tanto deseaba, que era una ocasión de entenderme
« con V. S. sobre la capitulación tratada al tiempo de
« la entrega del Fuerte de Buenos Aires á las tropas
« de S. M. B., no pudiendo yo entonces prever que
« tuviese que dar el menor paso sobre el cumplimien-
« to de estas condiciones; por lo que estimo dirigirme
« á V. S., cuyo corazón estoy persuadido está lleno de
« honra y de franqueza Española. Tengo el honor de
« enviar á V. S. una copia de los artículos de la Ca-
« pitulación ajustada entre el señor Liniers y yo, y
« de la que firmó una copia en Inglés; mas solicitan-
« do después que se pusiese en los dos Idiomas se la
« envié firmada por mi el día 20 del presente, igno-

(1) Groussac, quien en su estudio sobre Liniers dice: « Entre los artículos de la capitulación impuestos por Beresford á los holandeses, habìa uno por el cual los militares heridos y caidos en manos de los ingleses no gozaban del derecho general « concedido á las tropas por su bizarra conducta » de ser embarcados y enviados á Holanda: « Siendo ya estos prisioneros de guerra, *cualquiera decisión á su respecto pertenece únicamente al comandante en jefe británico.* » Es poco más ó menos la tesis que sostuvo Liniers contra el mismo Beresford prisionero, *pati legem quam fecisti.* El general inglés no admitió en Buenos Aires como necesaria la ratificación del comandante en jefe nominal.»

« rando que la firmase de distinto modo; pues juntó « á su firma — « *En cuanto puedo* ». Acompaña tam- « bién una copia de la carta que le escribí con este « motivo, á cuya vista calculará todo hombre de honra « si semejante proceder es ó no impropio. Yo ignoro « lo que se haya determinado respecto á estas tropas « Británicas, pues la única respuesta que he alcan- « zado á mis cartas es que él se vería conmigo en el « resto del día para contestarme verbalmente y reite- « rarme sus promesas que no ha cumplido: de lo cual « infiero que el coronel Liniers necesita las órdenes « de V. S. para cumplir ó no cumplir lo tratado. Yo « tendré poca dificultad sobre el asunto si V. S. se « informa de la verdad, y le remito un oficial para que « le aclare cuanto V. S. desee saber y le explique el « trato que los oficiales y soldados Británicos han re- « cibido.... Ahora me limito á pedir el cumplimiento « de un sagrado convenio que ha sufrido demasiado « tiempo sin verificarse: y conociendo á quien me di- « rijo no dudo con esta manifestación de los hechos, « que se disponga luego el embarco de mis tropas ».

Popham unía su voz al mismo tiempo á la del compañero de armas derrotado, con un oficio concebido en términos todavía más exigentes.

A este último, que había tenido la dirección general de la expedición, dirigió Ruiz Huidobro su respuesta, que verdaderamente le hace honor:

« Deseando poner fin — decía en ella — á toda con- « testación en que pueda faltarse á la delicadeza y de- « generar en el resentimiento particular ó público, « diré á V. E. que su instancia por el cumplimiento « de dicha capitulación no sólo es muy distante de lo « justo, sino también de la eficacia con que yo deseo « manifestarle que no tiene límites la generosidad Es- « pañola. Con efecto, insta V. E. por el cumplimiento de « un tratado nulo y vicioso, que lo formó á su arbi- « trio é interés personal el mayor general Beresford « y que lejos de ser conforme á los derechos genera- « les ó particulares de los hombres, es una especie

« de animosidad contra los principios de la naturaleza
« y de la constitución civil de todo gobierno

« Era forzoso que hubiéramos perdido todo crite-
« rio, todo discernimiento y discreción para que fuese
« obligatorio un acto irritante, viciado y defectuoso.

« V. E. no puede ignorar
« que dicha capitulación se
« firmó por el coronel Liniers
« cuatro días después de tener
« reconquistada la Capital, y
« por una mera condescenden-
« cia, ó mejor diré por un
« exceso de generosidad á los
« humildes ruegos del Gene-
« ral Beresford, que lo impor-
« tunaba en los términos de
« su causa sobre la rectitud
« de los Tribunales de su corte



Don Gaspar Ruiz de Huidobro

« que debían juzgarlo: la memoria de tan lastimosos
« futuros; las voces tétricas de una súplica rendida,
« el concepto de ninguna responsabilidad y otras cir-
« cunstancias equitativas exaltaron la sensibilidad del
« Coronel Liniers en un grado en que triunfó la hu-
« manidad contra el rigor de sus deberes: obra que
« autorizará la cultura de todas las Naciones con pre-
« ferencia á la crítica No es dudable que la capitu-
« lación se firmó con posterioridad á los actos milita-
« res dal día 12 en que se acabó toda la función de
« guerra, como lo manifiesta la ingenuidad del Coro-
« nel Liniers en su carta al Mayor Beresford de 30
« de Agosto, de que acompaño á V. E. una copia. En
« ella verá los producidos más simples de la conducta
« inocente con que el Coronel Liniers quiso dulcificar las
« amarguras del señor Beresford; se nota en ella la
« sorpresa natural sobre el uso intempestivo, y dolo-
« roso de un Documento privado y particular que fué
« formado solamente por el mismo señor Beresford
« para libertarlo en Londres del último golpe de su
« desgracia. En ella finalmente se ostenta aquel sem-
« blante majestuoso con que en todas partes se presenta

« la verdad. Para conseguir el señor Beresford la li-
« bertad que le dispensó generosamente el señor Li-
« niers, hubo empeños como consta, y hubo un inter-
« locutor especial que dirá siempre la hora, el día, y
« el lugar en que el señor Liniers se prestó por últi-
« mo, y extendió incautamente la mano á fuer de ca-
« ballero para firmar un papel en Inglés delante de
« muchas personas, al cual se le quiere llamar ahora
« capitulación; pero aun cuando estas y otras muchas
« reflexiones que pueden tomarse por fundamentos só-
« lidos de las menudas y económicas circunstancias del
« suceso de la Reconquista de Buenos Aires en la ma-
« ñana del 12 de agosto no existieran, y se hubiese de
« estar solo á la fe pública, sería siempre indudable
« que dicho papel, aunque se llame capitulación, fué
« un puro efecto de la compasión, fué una confianza
« privada, y siempre nulo, y de ningún valor en el
« juicio público, donde deben prevalecer religiosamente
« las leyes y los derechos constituidos por los princi-
« pios elementales de toda sociedad; aunque faltasen,
« vuelvo todavía, todas las pruebas y asertaciones con
« que llanamente puede justificarse la condescendencia
« del señor Liniers, quedaría todavía la irrefragable
« fuerza, el respetable peso de la notoriedad en prueba
« de que tal capitulación es nula, de ningún valor ni
« efecto absolutamente; porque es constante al nume-
« roso pueblo de Buenos Aires, á todas las tropas
« reconquistadoras y á los británicos rendidos, y al
« mismo mayor general Beresford, quien no puede con-
« tradecir los testimonios de su honor y de su con-
« ciencia, que desde que las armas de ambos sobera-
« nos comenzaron los fuegos del ataque del día 12 hasta
« el momento con que se arboló la bandera española
« en el fuerte sin haber hecho caso de la parlamenta-
« ria que le precedió, no cesó ni hubo acción de sus-
« pensión de Armas ni por un solo minuto. Es pues
« naturalmente imposible que hubiese precedido ni
« intervenido el menor ajuste de capitulación; ésta
« debe por necesidad preceder al acto del rendimiento,
« porque no habiendo sido completo el triunfo, debe-

« capitularse por no haberlo alcanzado; pero incesante « el fuego de ambas partes, á pesar de la bandera par- « lamentaria, y enarbolada la española para cesar el « ataque, se hizo el rendimiento preciso y completo el « triunfo. La capitulación es un acto precisamente me- « dio entre el principio y fin de la acción, como que « se dirige á suspensión de armas para que acabe á « voluntad de un convenio amistoso lo que comenzó « el justo derecho de la guerra; y todo lo sucedido al « contrario está clasificado en la misma notoriedad: y « prescindiendo del parte que al momento me dió el « coronel Liniers del rendimiento á discreción del Fuerte « de Buenos Aires, queda justificado por el infinito « número de los que vieron el triunfo de las armas « del Rey en aquella Reconquista, sin haber mediado « el menor intervalo desde el principio hasta el fin del « combate, con que científicamente está probado que « ni hubo ni pudo haber capitulación en el modo y « forma conocidos por los derechos de la Guerra, y el « de Gentes. Si V. E. humillado á la pasión de ha- « cer valer unas capitulaciones viciosas quiere desen- « tenderse del rendimiento á discreción del Mayor « General Beresford, vuelva la memoria sobre los mu- « chos cadáveres de los soldados ingleses que quedaron « tendidos el día 12 en la Plaza mayor de Buenos « Aires; sobre el precipitado refugio de las tropas bri « tánicas en aquella R. Fortaleza y sobre el público « hecho en fin de haber arrojado su Espada á los piés « de los oficiales Españoles el mismo General Beresford « á vista de todos y en demostración de estar rendido; « y hallará por estos clásicos antecedentes ser todo « ello incompatible con el valor y fuerza de la preten- « dida capitulación; verdad que deben conocer las cor- « tes de la Europa, y todas las naciones del Ecuador, « à cuyo juicio me resigno con toda la satisfacción que « inspira la buena fe y la sinceridad, dispensándome « V. E. que le diga que contemplo poco decoroso á los « talentos que me manifestaron sus escritos, el haber « hecho una instrucción tan repetida sobre un Tratado

« que en sí mismo manifiesta su ineficacia, y sobre el « que dejo hecha mi total contestación ». [1]

Concluida así la disputa, Popham, á quien comenzaron á llegar en aquellos días los refuerzos esperados, se preparó á tomar la venganza que ansiaba su corazón rencoroso, atacando á Maldonado. Aquel punto, que debía servir como base de las operaciones futuras contra Montevidéo, fué tomado aunque con trabajo.

Beresford y sus soldados quedaron entre tanto prisioneros.

« El papel que Liniers tuvo que hacer en este mal« hadado incidente — dice justicieramente don Vicente « F. Lopez — fué bastante desairado. No fué leal ni no« ble el que hizo Beresford. Pero había entre ellos una « enorme diferencia: el uno había faltado á los suyos « con una insigne y vergonzosa inocentada: mientras « el otro había servido y salvado el honor de su ban« dera, con una insigne picardía ».

---

(1) El gobierno inglés mismo se manifestaba dudoso, poco después de estos sucesos, de la total seriedad de la capitulación alegada por Beresford, según se deduce de las siguientes líneas que se léen en las instrucciones que trajo Whitelocke, cuando reemplazó á Popham:

« No es posible averiguar con claridad, en este momento, hasta què punto fué violada la capitulación hecha con estas tropas, ni cuál en consecuencia es precisamente la demanda que conviene entablar en su favor ».

organizara en el acto una salida en debida forma que contuviese á los invasores. Ruiz Huidobro resistió, temeroso según parece de un nuevo revés. Pero el pueblo logró interesar en su favor al cabildo, y ante tan poderosa presión se resolvió la salida, bien que prévia reclamación á Sobremonte de alguna fuerza de la que tenía consigo, y que hacia falta. Llegada ésta cayeron sobre los ingleses las fuerzas de la ciudad en número de 3.500 hombres, al mando del brigadier de ingenieros don Bernardo Lecocq y el mayor don Francisco Javier de Viana. La marcha se emprendió por una calle con grandes zanjas á los lados en toda su extensión, que desembocaba en otra á cuyos costados se veían unos inmensos maizales.

« No por la falta de escuchas, y sí por la poca ó « ninguna práctica de guerra, pasó desapercibida la « proximidad del enemigo; quien observando la salida « y también el camino tomado por sus contrarios, apro« vechó lo crecido y espeso de los maizales, para ocul« tar dentro de ellos uno de sus cuerpos ligeros y « otro de rifleros, que al estar á muy corta distan« cia, y al sonar un fuerte disparo de fusil, de ante« mano fijado como la señal para ello, dió aviso á las « fuerzas de la plaza con una descarga cerrada, que « echando al suelo gran número de hombres, cuando « aun no se creía cerca á los ingleses, introdujo tal « espanto en la columna, que puestos en huida todos « los que la componían, y continuando sobre ellos el « fuego del enemigo, los agolpó en la expresada calle « cayendo muchos, y echándose otros voluntariamen« te en las mencionadas zanjas, dentro de la cual mu« rieron casi todos fusilados por los soldados ingleses « que emprendieron la persecución. Una vez salidos « de esa calle, empezaron muchos de los nuestros á « reunirse, aprovechando un leve accidente del terre« no; haciendo cara por un rato al enemigo, y gri« tando á la caballería de Sobremonte para que carga« se en su apoyo. Pero fué vana la petición, porque « cuando todos creían que así sucedería, viéronla vol« ver grupas, con el virrey á la cabeza, y tomar en

« completo desórden la vuelta de la campaña no pa « rando hasta el arroyo de Cufré, treinta leguas de « Montevideo.» (1)

« Un ligero conocimiento del carácter de los es- « pañoles, será bastante para formar juicio de la exal- « tación con que se pronunciarían desde ese día, no « sólo contra el virrey, sino contra su mujer, contra « sus hijos y contra todos sus descendientes hasta la « última generación». (2)

Este volvió á su campamento de las Piedras, á cosa de cuatro leguas de Montevideo, donde reunidos sus oficiales en consejo de guerra fueron de opinión que se dividieran las fuerzas en columnas volantes que hostilizaran constantemente al enemigo y que el virrey debería internarse á un punto más distante de aquel en que se hallaba, á fin de poder irse «internando por el continente», según la urgencia. «El virrey se « conformó con el parecer en lo respectivo á la clase « de hostilidades y manera de practicarlas, reserván- « dose resolver sobre la retirada «cuando lo estimase « oportuno.» Sin embargo de tal determinación, como « nada se tenia previsto de antemano, y como nada « tampoco era posible con soldados de la especie « de los que acompañaban al virrey, á pesar del tiem- « po que llevaban de estar organizados á sus órdenes « poquísima ó ninguna incomodidad resultó de ello á « los sitiadores y ningún provecho á los sitiados.» (3)

El Cabildo de Montevideo volvió entonces nuevamente la mirada á Buenos Aires, é insistió en el pedido de socorro mediante un oficio en que pintando el estado de la plaza decía:

« Él no puede ser mas infeliz, sin embargo no « desmayamos, y este vecindario conserva toda su cons- « tancia en defenderse, pero es contando con los auxi- « lios de V. S., pues si tuviésemos un competente nú- « mero de tropas que incomodara al enemigo por las « espaldas, ni podría formar trincheras, ni tendría ví-

(1) Miguel Lobo.—H de las A. C. H. A.
(2) Ignacio Nuñez.—Noticias históricas.
(3) M. Lobo.—Obra citada.

« veres, y se vería en fin tan reducido á la miseria,
« que sería posible se rindiese y se le estorbase el
« reembarco cuanto menos en gran parte. De ese mo-
« do también quedaba imposibilitado para emprehen-
« der la conquista de esa capital, que contemplamos
« perdida si el Inglés toma este puerto principal. Lle-
« no de auxilio para conducir tropas por mar y por
« tierra no tardará un momento en marchar contra
« ella, aprovechándose de nuestra propia Artillería,
« de un sin número de bombas de Varios Calibres,
« morteros, infinidad de balas, granadas y otras mu-
« niciones. Hará uso de nuestros cañoneros, y arma-
« rá muy fácilmente más de ciento para batir esa
« ciudad, y al fin la rendirá después de destrozarla,
« según Opinión de todos los inteligentes ».

El Cabildo se empeñaba á continuación en demostrar que las precedentes previsiones no eran obra de su deseo de auxilios.

« Este Cabildo sabe bien —añadía— que á V. E.
« le sobra talento para discernir si es ó no verosimil
« cuanto decimos, y sabe también que no necesita de tales
« razonamientos para hacer las más exquisitas diligen-
« cias de contribuir á nuestra felicidad; aun cuando
« no fuese V. E. tan estrechamente interesado en ello.
« Lo que sí podemos asegurar á V. E. es que en tanto
« no seamos vencidos de nuestro común enemigo, no
« tiene esa ciudad el más leve motivo para recelar
« que él pase á invadirla. Si él fuese vencido por
« nosotros, no podría reembarcar sus tropas sino cuando
« estuviesen disminuidas, y no se hallará en estado
« de intentar la conquista de esa ciudad. Y si lo hi-
« ciese sabe V. S. por esperiencia que ésta, sin repa-
« rar los peligros de su indefensión, sabría acudir con
« todas sus fuerzas á dar ayuda á esa capital ».

La contestación á este razonable oficio fué ordenar que activara todo lo posible sus jornadas la columna de 500 soldados veteranos que, al mando de don Pedro de Arce, había salido satisfaciendo el primer pedido, y organizar otra con toda premura que se encargaría de conducir el mismo Liniers.

La de Arce, arribó á la Colonia con toda felicidad. «Con anticipación habíase advertido á las auto« ridades de la Colonia la salida de la expedición « y el punto de desembarco, para que hicieran llegar « el anuncio de ello á la misma plaza sitiada y de con« siguiente al Virrey. No obstante, al desembarcar « el Brigadier Arce, no encontró auxilio alguno ni « persona á quien dirigirse para reclamarlo ». [1] Sin caballos y sin carne ni fuego, calcúlese lo que podía adelantar la columna. Asimismo, cuatro días después estaba en la Guardia del Rosario, á distancia de treinta leguas de la Colonia.

Allí recibió Arce la visita de dos emisarios del Virrey, — su yerno don Juan Manuel Marín y don Francisco Castellanos, — quienes le exhibieron una orden de aquél, según la cual debía dirigirse á su campamento de las Piedras y no á la ciudad. Entre vacilaciones de Arce sobre si obedecía ó no, se perdieron algunos días. Por fin el sub-inspector se movió de nuevo y alcanzó á llegar hasta el Arroyo Chico, á nueve leguas de Montevideo, siempre en lucha con la falta de víveres y medios de movilidad. « Hallábase detenido « en Arroyo Chico, por no serle posible obtener ca« ballos hasta la mañana del siguiente día, cuando reci« bió nuevo oficio del Virrey, en que le prevenía for« zase su marcha, por asistirle entera evidencia de « que el enemigo disponía para aquella misma noche « el asalto de la plaza.

« Sin embargo, el Virrey no lo proporcionaba, con « el oficio, medio alguno de poder darle cumplimiento. « Indignado de semejante proceder, apresuróse Arce « á contestarle, que el no haber podido hacer más di« ligencias y el encontrarse todavía en Arroyo Chico, « no reconocían más origen que la detención de unas « doce horas que le habían causado sus mismos Ayu« dantes en el Rosario, los cuales, además, lo habían « engañado, asegurándole que estaban preparados to« dos los auxilios necesarios para su marcha hasta

(1) Miguel Lobo. -H. de las A. C. Hist. Americ., t. II p.39.

« Montevideo, siendo así, que ni aun leña había en-
« contrado ». [1] Al día siguiente consiguió Arce ponerse al habla con el Virrey y celebrar con él una entrevista, acerca de la cual poco puede decir la historia, porque no tuvo testigos, pero que se supone no fué del todo cordial.

Cuatro días después que Arce, había salido de Buenos Aires la otra expedición al mando de Liniers, y sus peripecias no habían sido menores. Detenida por los vientos, había arribado á duras penas al punto de su destino y encontróse también sin caballos y sin víveres. Emprendida á pié la marcha, pues no era Liniers hombre de retroceder una vez metido en una empresa, á la altura del paso de la Orqueta recibió comunicaciones del Virrey. Abriólas creyendo que ellas traerían las indicaciones precisas para obtener lo que tanto necesitaba, y encontróse con que eran reducidas á prevenirle que su autoridad en aquella campaña debía limitarse al mando de los cuerpos militares á cuya cabeza iba.

Si Liniers hubiera podido ver á través de la distancia, el desagrado que debió causarle esta impertinencia se hubiera trocado en intensa satisfacción y en aliento. Si el Virrey, en efecto, le negaba su confianza y aun le hostilizaba, todo el pueblo de Montevideo le abría en cambio los brazos.

Al mismo tiempo que llegaba á sus manos el oficio referido, recibía Sobremonte otro del Cabildo de aquella ciudad, en el que se leen los siguientes expresivos párrafos:

« Exmo Sr: Si fueron siempre admiradas de este
« Cabildo las sabias y bien meditadas disposiciones de
« V. E., no lo es menos lo que ahora se sirve anun-
« ciarle por copia del oficio pasado al Sr. Don San-
« tiago Liniers con fecha del 31 del mes ppdo. La pers-
« picaz penetración de V. E. conoce que es insopor-
« table la manía general de los pueblos, que infundada
« que sea, ellos jamás saben hacer discernimiento ni

(1) M. Lobo.—Obra citada.

« pesar las circunstancias de los sucesos; sólo les sir-
« ve de guía el resultado de ellos. Fueron desgracia-
« dos los de V. E. y no necesitan de otro fundamen-
« to para mirar con odio las dignas operaciones de V.
« E. por más acertadas que ellas sean. V. E. lo co-
« noce bien, y no se le oculta á este Cabildo; pero su
« debido respeto á la persona y autoridad de V. E.
« no le permitió manifestarlo abiertamente. V. E. es
« capaz de sacrificar su vida, su autoridad, y aun cree-
« mos que su propio honor, por el servicio del Rey y
« defensa de las Provincias que tan sabiamente gobierna.
« En todas ellas no hay, creemos, ni mil hombres
« de tropa veterana y subordinada; toda nuestra de-
« fensa consiste en los pueblos; ellos quieren defen-
« derse bajo la dirección del Sr. Liniers, y no de o-
« tro; todo se aventura si en esta parte no se les da
« gusto. ¿Qué cosa habrá más laudable, en tales cir-
« cunstancias, que ver que V. E. sacrifica su alta
« autoridad por el mejor servicio del Soberano y por
« la defensa de todo este Reyno?..... No hay una per-
« sona sensata que no alabe mil veces esta resolución
« de V. E».

Lo que hizo el Virrey ante tan marcadas insinuaciones, lo veremos en breve. Mientras tanto, volvamos la vista, que ya es tiempo, á la ciudad sitiada.

Sus soldados habían resistido con bravura los 13 dias de incesante combate que habían trascurrido, y la resistencia prometía seguir con buen éxito en las murallas.

Por dentro, empero, las divisiones propias de las horas en que se pierde la cabeza, complicaban bastante la situación. Las autoridades eran objeto de la desconfianza del pueblo; á tal extremo que habían tenido que ser resguardadas con fuerza armada.

Cada proyecto, cada reunión de las juntas en que residía el gobierno, era motivo de quejas y protestas que acababan á menudo por degenerar en tumultos. Uno de estos momentos, había provocado una revelación imprudente. El pueblo, alarmado por los avances que realizaba el enemigo á pesar de la firmeza y

acierto con que se contestaba diariamente á sus fuegos, se había congregado en actitud que amenazaba agregar la gravedad de la situación los males de la anarquía.

Las autoridades, sacrificando á toda consideración los intereses de la tranquilidad pública, descubrieron á la multitud el secreto que guardaban de la proximidad de los refuerzos de Buenos Aires. Si llegó ó no la noticia al enemigo nunca se ha sabido con certeza, pero ello es de presumir ante la mayor vigilancia de las entradas á la ciudad que se notó enseguida, y ante los preparativos que se le vieron reveladores de que se había resuelto á no retardar el asalto.

« Asi llegó Escribe uno de los historiadores antes « citados — el dia 1° de Febrero. Era deplorable el « estado de la plaza, demolidos como estaban los mer « lones de la parte de tierra de la ciudadela, batería « de San Sebastián, parque de Artillería y Cabo del « Sur. En el portón de San Juan existía abierta y « practicable una brecha de 16 varas Sin embargo, ni « las autoridades ni el pueblo se desanimaban por esto. « Fué requerido el auxilio del vecindario para tapiar « la brecha y muchos acudieron á porfia á verificarlo « distinguiéndose don Juan Francisco García de Zú- « ñiga entre todos, que donó 10.000 cueros de su ba- « rraca para ese fin. Recompuesta un poco la parte « más mal tratada de la muralla del Sur cobraron ma- « yor ánimo los defensores. A boca de noche envió el « general inglés un parlamentario para pedir la ren- « dición de la plaza, y fué rechazada sin oirle. »

Algunas horas mas tarde la población era impresionada por una noticia que sacudió aun á los indiferentes: don Pedro de Arce acababa de entrar á la ciudad burlando la vigilancia de los sitiadores. Era un desquite honroso de la desairada acción de Quilmes, en que le tocara ser actor tan principal; y el pueblo de Montevideo demostró en cuanto lo apreciaba, fraternizando con su tropa en el más espontáneo de los regocijos.

Esa noche no se durmió hasta muy tarde en la

ciudad: los comentarios del hecho y su celebración lo absorvieron todo. La gente se recogió cansada, de lo que como es natural no pudo menos de resentirse la vigilancia.

Gozos lamentables, porque debía tener una funestísima consecuencia.

En la madrugada del día siguiente, que era el 3, un súbito grito de alerta puso en pié de un salto á la guarnición del portón de San Juan donde mandaba el capitán Mordell y existía la brecha cerrada con cueros. Veíanse al rededor de la muralla sombras inquietas que la tanteaban buscando la entrada. Sonó un disparo y luego otro, y otro, de los cañones que miraban hacia aquella parte, echaronse las campanas á rebato y propagada la alarma como una chispa en un reguero de pólvora, Montevideo quedó envuelto como dice Lopez « en un círculo tremendo de fuego « que no interrumpía ni por un segundo sus espantosos « resplandores y estampidos. Todo el Oeste y el Norte « estaba batido por la escuadra; el Sur, el naciente, « por la artillería de tierra. En las murallas el fuego « era igualmente violento del uno al otro extremo ».

El enemigo, ignorante del refuerzo que se había recibido pero previendo que podía llegar y ser seguido de otros, había resuelto probar fortuna con una tentativa cuya primera parte — el aproximarse hasta la muralla sin ser sentido — estaba realizada.

La noche era en extremo oscura; léese en el « parte de Anchumuty — la cabeza de la columna erró « la brecha, y cuando se acercó estaba tan cerrada, que se engañó no pudiéndola tocar. En esta situación permanecieron las tropas un cuarto de hora, bajo un fuego vivo hasta que se descubrió la brecha por el capitán Remy del 40 de infantería ligera, quien se dirigió y cayó gloriosamente muerto al motarla. Nuestros valientes soldados la acometieron y por dificultoso que fuese el acceso, forzaron el camino hácia la ciudad. A la boca de las calles principales se habían colocado cañones y su fuego por un corto

IX

LOS INGLESES EN EL URUGUAY

Los refuerzos que habían llegado á Popham eran de la colonia del Cabo y se componían de 1400 hombres al mando del teniente coronel Juan Jaime Backhouse. El comportamiento de ellos á raíz de su victoria en Maldonado, (población distante cosa de treinta leguas de Montevideo y al puerto de la cual sirve de resguardo la pequeña isla Gorriti, que también hubo de capitular, aunque después de un bombardeo de once días), no les hace honor. La población fué presa del más horroroso saqueo durante tres días. « Quién cree- « ría, — dicen los vecinos de Maldonado en una expo- « sición que hicieron sobre estos sucesos, — que esta « resistencia, este conato en defender nuestros hoga- « res, y en no sujetarnos á dominación extranjera, no « nos hubiese hecho acreedores, no sólo á la compa- « sión sino también á la honra y estimación de una « nación que se jacta de culta y llena de patriotismo? « Desde luego que esto nos hubiera sucedido con cual- « quiera de las naciones civilizadas. Pero la Inglesa « nos sumergió, olvidando toda ley, y los sentimien- « tos de la humanidad, en un mar de males y de pe- « nalidades indecibles ». Y narra Bauzá: « No se res- « petó ni la edad ni el pudor de las mujeres: atrope- « lláronse los lugares sagrados y cada casa fué teatro

« de robo y escándalos. Avergonzados muchos oficia-
« les enemigos de aquella conducta de sus tropas, de-
« fendieron espada en mano las casas donde se aloja-
« ban, unicas que se salvaron de la devastación. Los
« archivos públicos y todos los papeles de importan-
« cia se arrojaron á las calles, destinándose buena can-
« tidad para hacer cartuchos ó envolver objetos deli-
« cados que se enviaban á bordo. El obraje de la nue-
« va iglesia en construcción fué declarado buena pre-
« sa, así como los útiles, tablazón y otros objetos per-
« tenecientes á la compañía marítima de la pesca de
« la ballena que estaba establecida en la ciudad. El
« hospital fué saqueado, sin compasión á los enfermos
« que allí había. A los prisioneros de la guarnición se
« les encerró en los cuarteles, donde un número tri-
« plicado de gentes hacía notable la estrechez, y por
« todo alimento se les daba tres espigas de maiz crudo
« y una ración de agua impotable, sacada de pozos.
« inmundos, cuando la ciudad tenía fuentes en la me-
« jor condición y en próximo paraje. El cura párroco
« y su teniente fueron arrestados y conducidos á pri
« sión en el momento en que se ocupaban de ente-
« rrar los muertos ». [1] Es empero de justicia recono-
cer que esto sólo duró tres días, el tiempo necesario para que llegara el gobernador nombrado por Popham, que lo fué el coronel Vassal, cuyas medidas tendieron todas no sólo á borrar el recuerdo de tantos y tan injustificables excesos, sino aun á hacer simpaticar á la población la dominación representada por su persona.

Los nativos y españoles de aquellos lugares no se resignaban empero á su desgracia, y procuraban con empeño no ser merecedores de ella desalojando al invasor. Varias tentativas hicieron en ese sentido, señalándose la que tomó á su cargo el teniente de fragata don Agustín Abreu, y las que emprendió luego su sucesor en dicha comisión, el teniente coronel don

(1) F. Bauzá—«Historia de la dominación española en el Uruguay»—Tomo II, p. 234.

José Moreno. Las tropas del primero encontraron á los ingleses en los inmediaciones del pueblo de San Carlos, á las que atacaron sin vacilación y con vigor.

Los ingleses esperaron serenos la acometida, lanzando su caballería á vanguardia.

« Abreu — refiere Bauzá — destruyó aquella fuerza « precipitándose sobre la infantería que la apoyaba, y « el combate se trabó á la bayoneta entre los volun- « tarios de á pié y los ingleses. En lo más reñido de « la pelea, cayó mortalmente herido Abreu; y el capi- « tán de dragones don José Martinez al tomar el mando « como segundo jefe, corrió igual suerte. Entonces la « fuerza expedicionaria tocó retirada, haciendo lo mis- « mo los ingleses que caminaron la vuelta de Mal- « donado encerrándose dentro de la ciudad ». En cuanto al teniente coronel Moreno, su acción fué afortunada. Aplicando la táctica de la guerra de recursos, hostilizó de tal suerte á los ingleses con pequeñas partidas que estaban siempre donde no se les esperaba y nunca donde eran buscadas, que los ingleses, impedidos de aprovisionarse por tierra de municiones de boca, hubieron de alimentar á los habitantes de Maldonado — escribe el autor citado — « con los víveres acopiados « para su escuadra y ejército, mermando así los ele- « mentos de conservación que tanta falta les hacían ».

Así las cosas, arribó á las aguas del Plata y se in corporó á la escuadra enemiga el general sir Samuel Auchmuty con 4.300 hombres y un jefe naval de categoría, el almirante Sterling, que debía remplazar á Popham, llamado á Londres para ser juzgado en consejo de guerra.

El estado de la opinión en dicha ciudad no podía ser más favorable á la prosecución de la iniciada conquista. « Las esperanzas más firmes se depositaban por « el público en esta expedición (el refuerzo de Auch- « muty) diciéndose en todos los círculos que la con- « quista del Plata importaba el complemento de la « grandeza comercial de Inglaterra, y abría las puertas « á la realización de las miras de sus más adelantados « estadistas. Los pobres y los ricos, los industriales y

« los desocupados, todos pedían á una la prosecución « de la conquista ofreciéndose á ayudarla dentro de la « esfera de sus personales esfuerzos, y el gobierno in- « glés fomentaba aquella inclinación como gaje de los « más lisonjercs designios ». [1]

Lo poderoso del ejército inglés así reforzado, no pudo menos que alarmar al Cabildo de Montevideo, quien pidió en seguida auxilios eficaces de tropa y armamento á Buenos Aires, por medio de dos emisarios distinguidos.

« Debieron haberse dado con profusión, estando al « juicio que se forma de los sucesos cuando se miran « de pasado. Es indudable que si Montevideo hubiese « sido bien apoyado con dos ó tres mil hombres más, « hubiera podido resistir: y allí hubiera terminado la « segunda invasión inglesa. Pero se presentaron dos « obstáculos insuperables para dar ese oportuuo soco- « rro. El primero era, que allí había ocurrido el vi- « rrey Sobremonte con la representación de la autori- « dad soberana que era inherente á su persona. Para « mandar pues esos auxilios era menester ponerlos bajo « su mano; y esto era de todo punto inaceptable para « los hijos de Buenos Aires. Si se hubiese tratado de « un ejército de veteranos, nada habría costado ha- « cerlo salir de la ciudad é ir á donde era indispensa- « ble su presencia. Pero tratándose del vecindario ar- « mado, era necesario contar con su buena voluntad y « ésta se levantó con una indignación tan general, a- « penas se supo que se pensaba en mandar una parte « de sus batallones á la plaza vecina, que Liniers tu-

(1) F. Bauzá —H. de la dominacion española en el Uruguay.—T. II, p. 238.

Con motivo de esto publicaba un periódico inglés, *El Semanario*, la siguiente noticia en 24 de octubre de 1806: «Se ha fletado un barco bajo los « auspicios del gobierno para llevar gratuitamente los artesanos que quieran « ir á establecerse en Buenos Aires; y ya se han embarcado albañiles, car- « pinteros, zapateros, sastres y modistas».—Se exageraban la fertilidad del suelo, la abundancia del oro, las necesidades del consumo y hasta el vigor descomunal de los hombres. Ni el fantástico *El Dorado* habia entusiasmado tanto á los españoles, como entusiasmó é hizo delirar á los ingleses la posesión del Río de la Plata, y contando con que era la llave de las colonias españoles de América. dieróuse ya por sus dueños y hasta se avanzaron á preparar expediciones para someter á Chile y á Méjico.

« vo que aplacar los ánimos prometiendo desistir de « toda operación de ese género.

« La otra razón era, que la capital se conside- « raba más inmediatamente amenazada que Monte- « video, porque se suponía que el intento principal « del enemigo era volver á apoderarse de ella como « antes; y después de tener en sus manos lo princi- « pal, tomar fácilmente Montevideo con más tiempo y « una división subalterna apoyada con los cañones de « la escuadra. Además, el armamento de la capital « era malísimo y muy escaso. Aunque sobraban bra- « zos y podían haberse armado quince mil hombres « no había fusiles, ni cañones ni municiones bastantes « para ellos. Se contaba apenas con ocho mil y tan- « tos hombres que pudieran decirse armados para la « batalla. Más ó menos los ingleses contaban ya con « el mismo número, entre soldados de línea y mari « nos de desembarco, además de un armamento infini- « tamente superior. Disminuir pues la guarnición en « semejante situación, le parecía al pueblo un atenta- « do, pues estaba alarmadísimo por su propia seguri- « dad.

« Por otra parte un sacrificio semejante no podía « hacerse sino entregando los batallones urbanos al « mando de Liniers, que era el único hombre en quien « se tenía confianza. Pero, si éste iba á encerrarse en « Montevideo ¿quién reemplazaba en Buenos Aires al « caudillo querido y admirado del pueblo?. . . No había « nadie que pudiera suplirlo: el pueblo no creía posi- « ble su salvación con otro alguno. Se temía tambien « que los ingleses, después de haber hecho amagos so- « bre Montevideo para disminuir la guarnición de Bue- « nos Aires, se reembarcasen prontamente en la po- « derosísima escuadra de que disponían y cayesen de « improviso sobre esta ciudad.

« En vano era que algunos, entre otros el mismo « Liniers, alegasen la obligación en que Buenos Aires « se hallaba de hacer por Montevideo lo que Montevi- « deo había hecho unos meses antes por Buenos Ai- « res. En los momentos de suprema angustia no es la

« generosidad, ni la indulgencia individual la que « se capta el oido y la razón de las masas; á eso « se respondía que cuando Montevideo había expedi- « cionado, toda la fuerza inglesa disponible estaba en- « cerrada y clavada en la capital: sin que le quedase « medio alguno de abandonarla para ir á operar al la- « do oriental del Río; mientras que ahora el caso era « muy diverso, porque era preciso defender el hogar, « ó ir á perderlo irremediablemente en otra parte ». [1]

Vemos por lo que antecede, que Liniers seguía siendo objeto de la confianza pública. ¿Cómo conciliarlo con su censurada actitud de poco antes? El cabildo, ya celoso quizás de su prestigio, se había apresurado á formarle un proceso. Empero.

« Por más munidos de pruebas que el Cabildo y « el Ayuntamiento estuviesen contra Liniers y por « mas vehemente que fuera el deseo que tuvieran de « hacerlo bajar del pedestal á que había subido, ¿qué « podían hacer contra él en aquellas circunstancias? « Destituirlo como lo habían destituido á Sobremonte « era imposible. El pueblo alzado y la tropa que había « arrojado con menosprecio al uno, tenía aversión por « el otro; y el negocio de la capitulación era dema- « siado oscuro entre los telones oficiales, demasiado « diplomático, para que pudiese apasionar á la multi- « tud contra el caudillo querido que acababa de ha- « cerla triunfar. Por otra parte, aunque hubiese sido « posible ese acto de reparación gubernativa ¿dónde « encontrar al hombre que podía sustituir á aquel « sobre cuyos hombros gloriosos reposaba toda la ta- « rea de organizar al pueblo en armas y llevarlo á las « nuevas batallas con la confianza y el brío que le « inspiraba el jefe adorado y feliz de la gran causa « nacional? ¡Imposible! No había otro. Liniers era « irreemplazable. Y la Audiencia y el Cabildo y los es- « pañoles más emperrados contra el *francés aventurero* « tenían que inclinar su cabeza al peso de las circuns- « tacias. El episodio de la capitulación simulada quedó

(1) V. F. Lopez—Historia de la R. A. t. II pág. 68 y sig.

« pues como olvidado por el momento; y el Cabildo « hubo de contentarse con remitir á la corte un me« morial justificado de todo lo que había ocurrido, acu« sando severamente á Liniers, y pidiendo á toda pri« sa un general de crédito, que con alguna tropa, vi« niese á restablecer el vigor de las autoridades cons« tituidas, que se hallaban demasiado comprometidas « ya por el desorden popular que comenzaba á preva« lecer ». (1)

Entre tanto, el enemigo se presentó á la vista de Montevideo con todas sus fuerzas, consistentes en 5000 soldados veteranos. Sobremonte, que según sabemos era acatado como virrey en la otra banda, tomó inmediatamente el mando de las fuerzas que se destacaron para impedir el desembarco, las que ascenderían á unos 4000 hombres, dejando á Ruíz Huidobro la defensa de la ciudad.

Alcanzó á llegar hasta la playa del Bucco, donde recibió la siguiente intimación, suscrita por Sterling y Auchmuty:

« Señor: teniendo bajo mis órdenes fuerzas suficien« tes pertenecientes á S. M. B. y habiendo recibido « instrucciones para atacar el territorio español en el « Río de la Plata, quiero tener el honor de intimarle « á V. E. la rendición de la fortaleza de San Felipe « y sus dependencias, con el grande deseo de salvar la efu« sión de sangre, y evitar á los inocentes habitantes de « las miserias que trae una pertinaz defensa. Me indu« ce esto á prevenir á V. E. que me hallo pronto á ga« rantir una capitulación en términos liberales, y al mis« mo tiempo puedo asegurar á V. E. que son mis fuer« zas ampliamente suficientes para la rendición de la « fortaleza y lo interior de la provincia. »

Sobremonte contestó de esta suerte:

« Excelentísimos señores: para contestar al oficio « de V. Exas. de fecha de ayer, poco tengo que de« tenerme ni en que trepidar, reproduciendo lo que « dijo al señor almirante en respuesta del que me di-

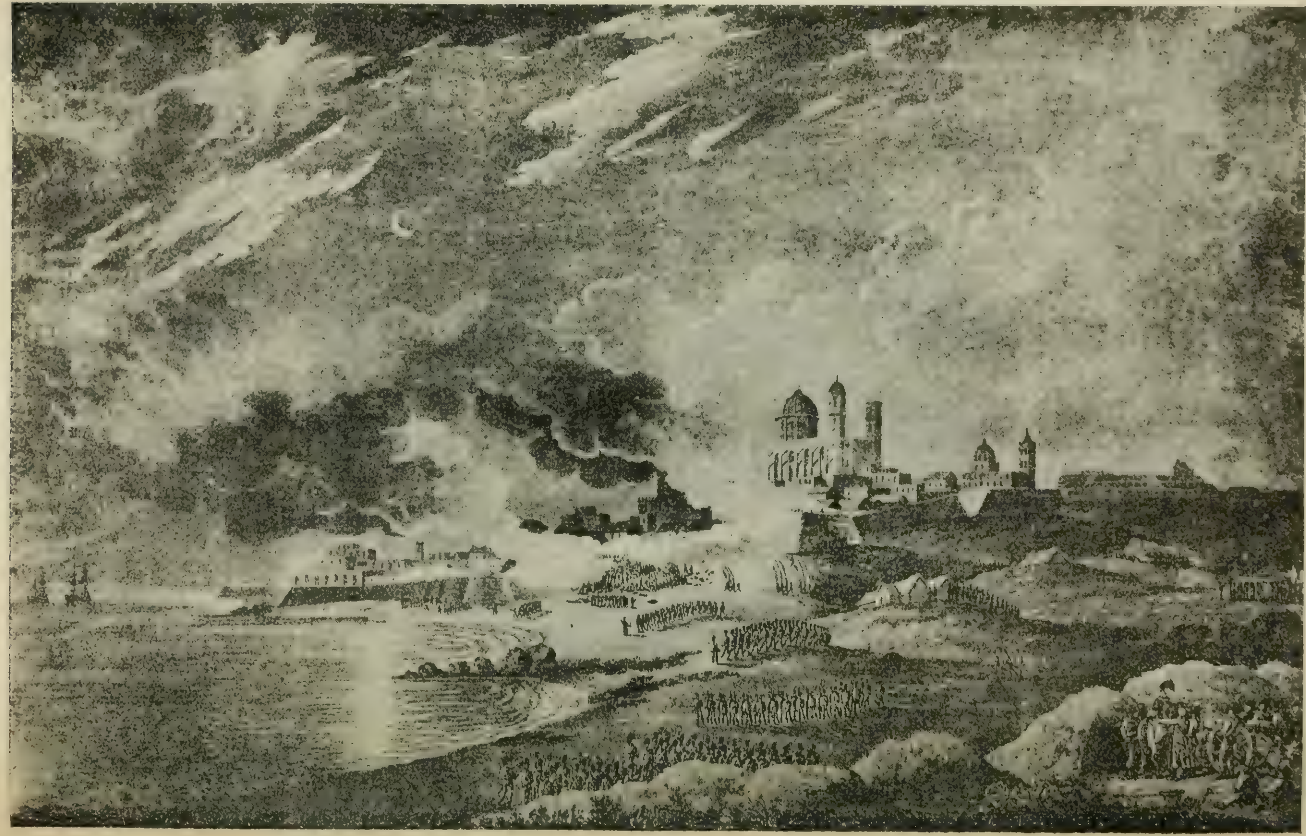
---

(1) V. F. Lopez—H. de la R. A., Tomo II, pág. 31.

« rigió á su ingreso al mando de esas fuerzas de S.
« M. B. á la vista de esta playa; pero sí debo añadir,
« que sobre aquel concepto, es considerada la propues-
« ta del día por el señor gobernador de ella, por sus
« tropas de la guarnición y del ejército exterior, por
« todos sus vecinos y habitantes, y por mí que tengo
« el honor de mandarlos, un insulto á nuestro honor
« y á la lealtad que profesamos á nuestro amado so-
« berano el Rey de España, de que nos gloriamos. Asi
« pues, por tan digno objeto, todos estos sus vasallos
« miran la efusión de sangre y la entrega de su últi
« mo aliento, como el más gustoso sacrificio, antes que
desmentirla ni en un ápice ».

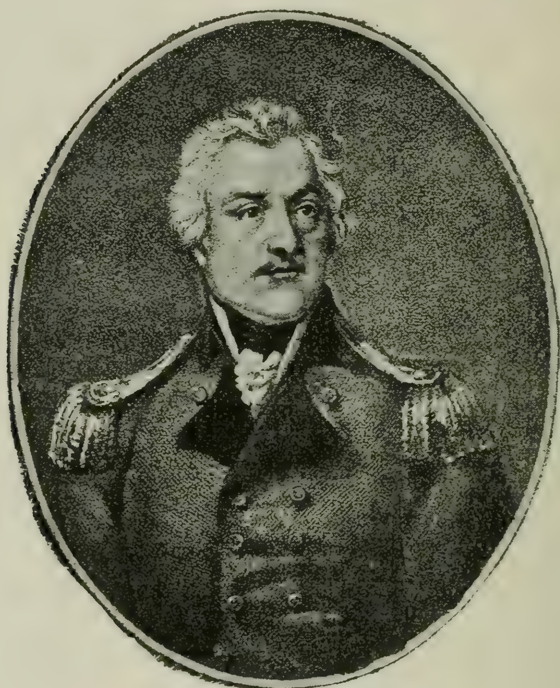
Mas las energías del infeliz Virrey, ya hemos visto que no pasaban del papel; y así, el enemigo comenzó á desembarcar, cañoneólo Sobremonte durante dos días con un fuego suficientemente ruidoso para que se sintiera en la ciudad y suficientemente inofensivo para que los ingleses realizaran su operación sin más riesgo que una que otra víctima casual; hasta se permitió devolver á la plaza, sin duda por no considerarlo necesario, un refuerzo de 1400 hombres que se le envió al juzgarse por el estruendo de los disparos que se había empeñado una acción seria: pero no bien los ingleses concluyeron de organizarse á satisfacción, á su vista y paciencia, y no bien rompieron la marcha hacia él, que les amenazaba el frente y los flancos, aguantó un momento, lo bastante para perder un cañón, y tomando enseguida las de Villadiego fué á detenerse en las Piedras.

En la ciudad corría entre tanto la voz de que el virrey había hecho reembarcar los enemigos, tomándoles 500 prisioneros. « Esta noticia, — escribe un au-
« torizado historiador, — causó tal alegría que en el
« instante que llegó á la del gobierno y todas las gen-
« tes del pueblo, se hizo una salva con toda la arti-
« llería y un golpe de repique en todas las iglesias el
« más completo. » Calcúlese la sorpresa y la indignación que sucedería al conocimiento de la verdad. El pueblo irritado clamaba en todos los tonos por que se



"MONTEVIDEO QUEDÓ ENVUELTO EN UN CÍRCULO TREMENDO DE FUEGO"

« tiempo fué destructor: pero las tropas avanzaron en « todas direcciones limpiando las calles y baterías con « sus bayonetas y derribando los cañones. El regi- « miento 40° con el coronel Browne le siguió después; « ellos también erraron la brecha y dos veces pasa- « ron por el fuego de las baterías antes de encontrarla. « El regimiento 87° estaba apostado cerca de la punta « del N. la que debían abrir las tropas que entrasen



Don Manuel Auchmuty

« por la brecha, pero su ardor era tan grande, que no « pudieron esperar, escalaron las murallas y entraron « en la ciudad, cuando las tropas de adentro se acer « caban. Al ser de día todo estaba en posesión nues- « tra, excepto la ciudadela que hizo una muestra de « resistencia y por la mañana bien temprano la ciu- « dad estaba quieta, y las mujeres paseaban pacífica- « mente por las calles.

¡Que cuadros, emero, los que se habían presenciado!

« El aspecto de ciudad tan reducida, como en-
« tonces Montevideo, - escribe Lobo — fué el más á
« propósito, durante varias horas, para deplorar y co-
« brar aborrecimiento á los azares de la guerra. Sem-
« bradas las calles de cadáveres y de heridos, muchos
« de estos en lucha con la muerte exhalando los ayes
« mas lastimeros, empapado el suelo en sangre; frag-
« mentos de armas, mezcladas en el mismo suelo con
« los muebles de las casas saqueadas por la tropa; per-
« sonas de ambos sexos, que impulsadas por la deses-
« peración no se cuidaban de los desmanes de la sol-
« dadesca, para buscar entre los muertos y heridos á
« los mas caros objetos del corazón; soldados vencedo-
« res dando libertad al vicio de la embriaguez y de-
« jándose también arrastrar de la tentación del pillaje
« y de la conscupiscencia. Tal fué, aunque por breve
« espacio, el cuadro de la ciudad de Zabala, en el
« trance del 3 de Febrero ».

Las pérdidas fueron grandes de ambas partes. Aunque rápidamente decidida la acción, se había peleado recio, especialmente en la brecha que defendía Mordell, quien haciendo honor á su fama de bravo, sólo dió paso cuando cayó sin vida. Cerca de ochocientos muertos y quinientos heridos atribuye Auchmuty en su parte á los de la plaza, cifra empero exagerada á todas luces; pues se diferencia casi en la proporción del doble de la que dan los testimonios consultados por nuestros historiadores y los del Uruguay. Los ingleses por su parte tuvieron 560 muertos — dice Bauzá — entre ellos los coroneles Vassal y Browning, y una multitud de heridos que llenaron la Iglesia Matríz, los salones del hospital de caridad y algunas casas particulares.

Lo primero que hicieron los ingleses, una vez dueños de la ciudad, fué exigir á sus habitantes juramento de la fidelidad á la Gran Bretaña. Luego se preocuparon de captarse la voluntad de la población, para lo que se valieron de los mismos medios que empleara Beresford en Buenos Aires, con las ampliaciones que les aconsejaba la experiencia.

Tuvieron en su contra al principio la impresión

de dolor y de protesta que causó su determinación de enviar á Londres los prisioneros hechos en el asalto de la ciudad, incluso el gobernador Ruiz Huidobro, todos los cuales partieron efectivamente en compañia del comodoro Pophan, á quien como hemos dicho esperaba un consejo de guerra.

Pero les favoreció en cambio el movimiento extraordinario que cobraron los negocios con la libertad de comercio que establecieron en seguida, y junto con la cual llegaron los buques repletos de mercaderías que habían salido de Londres detrás de la expedición.

« Tan aciaga fué la estrella de estos pueblos, que « manos extrangeras hubieron de abrir la demostra- « ción práctica de los principios preconizados. Corto « era el alcance de su propaganda si la comparamos « con la elocuencia de los hechos realizados por los « conquistadores de Montevideo, y en cuya virtud se « abarataban por la abundancia de la oferta todas las « mercaderías de primera utilidad, contrastando la si- « tuación anterior de un pueblo en que la bayeta de « los rebosos para las señoras valía tanto como « una manzana de tierra, y en que se preferían por « económicas las vajillas de plata á las de loza. Las « comodidades de la vida se generalizaban así y de « consiguiente se mejoraban las condiciones de la clase « media cuya depresión emanaba de aquellas herejías « económicas ». (1)

Estas palmarias ventajas fueron seguidas de promesas de libertad individual y política, autonomía é independencia del gobierno propio y municipal, derecho electoral, policía propia, libertad de cultos, que se hicieron circular al mismo tiempo. Pero aun así no bastaba : « nadie se conformaba con la conquista, ni « creía que semejantes cosas fueran reales ó pudieran ser « aceptadas viniendo de la mano de un conquistador « extranjero y agresor del país á mano armada » (2).

---

(1) J. M. Estrada. — Lecciones sobre la historia de la República Argentina», t. I, pág. 308.

(2) V. F. Lopez. — H. de la R. A.

Sir Samuel Auchmuty pensó entonces en hacer apoyar sus miras por la acción tan poderosa de la prensa y resolvió formar un órgano de su política. Tenía á su lado hasta el hombre indicado para el caso, un cochabambino despierto y emprendedor apellidado Padilla, conquistado por el general Beresford como va á verse junto con don Saturnino Rodriguez Peña, hijo de Buenos Aires.

« Ligado (Rodriguez Peña) con Beresford y con « Pack por la circunstancia de ser el oficial encarga- « do de entregarles la pensión con que se les socorría « y en la necesidad por esto de pasar con ellos mu- « chos días en el Luján, no cesaba de reprocharles el « error que habían cometido atacando á Buenos Aires, « como conquistadores en vez de presentarse como li- « bertadores. Si Vv. (les decía) hubiesen proclamado « la independencia el 29 de junio, jamas habrían vuelto « estos paises al poder de la España, y la Inglaterra « habría tenido en ellos todo lo que necesitaba. ¿Porqué « no hicieron ustedes con nosotros lo que España y « Francia hicieron con los Americanos del Norte ? « Lo justo y lo natural habría sido pagar ese ser- « vicio en la misma moneda. Beresford se disculpaba « diciendo que Sir Home Pophan había venido sin « instrucciones; que el 28 de junio no podían ellos « resolver por si cosa tan grave; pero que él había « oficiado al gobierno inglés varias veces en el sentido « de la independencia... . Ahora que conozco mejor « el país (añadía) estoy persuadido que la Inglaterra « no tiene interés en su conquista sino en su inde- « pendencia. Ella no tendrá nunca fuerzas bastantes « para avasallar todo el virreynato. Sus triunfos en « la costa serán efímeros mientras que la independencia « sería permanente, y el cuidado de defenderse mi- « litarmente quedaría sobre los hijos del país, al ha- « cerse la paz (1)

De estas conversaciones acabó por resultar una inteligencia entre el inglés y el criollo, sobre la base

(1) V. F. Lopez. Obra citada.

de perseguir la independencia de estas colonias bajo el protectorado británico. Uno y otro pusiéronse á la obra con empeño, pero con mal resultado porque despertadas las sospechas de Alzaga, que había sido nombrado alcalde de primer voto y que no perdía pisada al prisionero, exigió á Liniers que se levantara una investigación y se tomasen medidas que desbaratasen cualquier trama iniciada. Liniers tuvo que decretar la ocupación de los papeles de Beresford y su internación á Catamarca so pena de quedar sindicado de connivencia con los manejos de que se creía haber descubierto el hilo. Rodriguez Peña y su confidente y compañero de empresa don Manuel Aniceto Padilla resolvieron entonces fugar en unión del general inglés.

« Para lograr el objeto era indispensable adormecer la vigilancia del alcalde de primer voto don Martín de Alzaga, harto alarmado ya con indicios vehementes de que algo se tramaba en contra del predominio español. Padilla y Peña echaron mano de un recurso ingeniosísimo y audaz, con el que hicieron que Alzaga mismo les sirviera de instrumento. Peña se avocó con el Alcalde y le pidió una conferencia secreta haciéndole presentir que se trataba de una grande intriga en la que estaba complicado un alto personaje según entendía. Alzaga presumió que ese personaje era Liniers, su enemigo capital, y le dió cita á Peña para las ocho de la noche en su propia casa, después de haber ocultado en una pieza contigua á cuatro de sus más fieles amigos para que fueran testigos de lo que Peña le iba á revelar. Este, que probablemente sospechaba lo que había detrás de la puerta, comenzó por grandes protestas del respeto que le tenía al Alcalde, y le dijo que un individuo llamado Padilla, muy metido en el gobierno, lo había invitado á un vasto plan y combinación con los ingleses, en que estaban ya individuos de grande importancia y de mucho poder en el país. Pero que antes de revelarle todo, le habían exigido juramento de adherirse á la conjuración, para mostrarle documentos y ponerlo en rela-

« ción con los que la dirigían. Peña pretendía que « había perdido tiempo para contestar, porque quería « ante todo decírselo á Alzaga como lo estaba haciendo « y pedirle sus consejos sobre lo que debía hacer. Des- « pués que Alzaga lo oyó, lo animó á que se prestase « y convinieron entre si el modo con que debían se- « guir comunicándose para que nadie se apercibiese « de que estaban en relación hasta tener en la mano « todos los hilos y las pruebas del complot. Alzaga « quedó mistificado; y Peña autorizado para moverse « sigilosamente como agente suyo se entregó á todos « los preparativos de la fuga. Munidos de disfraces « y caballos él y Padilla fueron al Luján y sacaron « por la noche á los dos jefes prisioneros. Un comer- « ciante, don Francisco Gonzalez, barquero portugues « contrabandista del río y muy relacionado con Liniers, es- « taba ya convenido y listo para embarcarlos y tras- « portarlos á Montevideo ». [1]

El los conducía á ese puerto, cuando á cosa de mitad de camino salióles al paso un barco de la escuadra británica. Dirigíase hacia la ribera porteña con orden de adquirir informes de lo que allí sucedía. De ninguna manera podía desempeñarse mejor esa comisión, que llevando á presencia del general Auchmuty á Beresford y Pack. El jefe del barco lo comprendió así, y cargó en el acto con todos.

Padilla ya hemos visto en que fué ocupado. El periódico que apareció bajo su direción se llamó *La Estrella del Sur* é hizo una propaganda activísima, enderezada á poner de manifiesto la necesidad de concluir con el régimen restrictivo y opresor que pesaba sobre estas regiones. La influencia moral que ejercie-

(1) V. F. Lopez, Historia de la República Argentina, t. II, p. 92. Cita este historiador en apoyo de esta version, que difiere totalmente de la de Mitre, quien pinta á Rodriguez Peña como enredado en una celada de Alzaga, conversaciones con don Nicolás Rodriguez Paña confirmadas por don Manuel José Garcia, el cual había oido hablar al respecto á su padre don Pedro Andrés Garcia; é invoca además el conocimiento y trato intimo mantenido por èl con los descendientes del protagonista principal de aquella prematura y sin duda alguna mal encaminada tentativa de independencia.

ron estas cosas, dichas en voz alta y por órganos de circulación pública, fué grande. Sin que ellas hicieran más simpáticos á los ingleses en el concepto de la gente, fueron enfriando el sentimiento de amor al gobierno español por el convencimiento de sus faltas y errores. Se comprendió que tenía razón *La Estrella*, y bien que nadie sintiese deseo de cambiar de soberano eligiendo por suyo el inglés, cuando menos pensó alguien que podía pasarse el país sin ninguno. (1)

Rodriguez Peña y Beresford siguieron manteniendo activa correspondencia con sus parciales de Buenos Aires, hasta que un buen día el primero se embarcó para Londres, deseoso según dijo de cumplir el juramento que había hecho de no volver á tomar las armas en el Río de la Plata.

En cuanto al coronel Pack en quien se unían en extraña mezcla aptitudes militares muy superiores con toda clase de sentimientos innobles, ni pensó siquiera en su juramento, y organizando no bien llegó, una expedición contra la Colonia, tomóla y plantó en ella el pabellón británico. Los excesos que toleró hacen que su nombre no pueda pasar sin grandes sombras á la historia. ¡Como serían esos excesos, cuando motivaron de parte del Cabildo de Buenos Aires y Liniers, que se estableciera una recompensa para el que entregara su persona y que se enviaran fuerzas contra él desde la misma ciudad!

El mando de estas fuerzas fué confiado al coronel don Francisco Javier Elío, que acababa de llegar de la corte, nombrado comandante general de la campaña del Uruguay. Elío no era por cierto el individuo más apropiado para realizar una operación de tanta importancia, que requería sigilo, mucha prudencia y fría calma. De natural atropellado y jactancioso, duro con sus subalternos y poco sufrido con sus superiores, gustábale hacer alarde de valor

(1) F. Bauzá. — Historia de la dominación española en el Uruguay, t. I, pág. 254.

« en todas las ocasiones, y sin que viniera al caso « muchas veces. Hablando siempre de sí mismo, de « sus campañas, de sus heridas y hasta de sus lances « más insignificantes, parecía querer arrastrar la opi- « nión del universo tras de su persona en cualquier « empresa á que se dedicaba ». [1] Sin embargo fué afortunado; porque no le esperaban en la Colonia, y tomando á la guarnición del todo desprevenida, consiguió ponerla en fuga de tal modo que hasta en camisa corrían los soldados á refugiarse en los barcos. Pero Elío no contaba con la huéspeda, que era el propio Pack, refugiado en la confusión de los primeros momentos en una casa de la vecindad.

Rápido y sereno, detiene éste unos cuantos de sus hombres, que huían despavoridos, organízalos, los proclama y con ese ascendiente que dá la superioridad, los lleva al fuego. Era de noche y Elío no pudo distinguir el número de los que le atacaban cuando creía tener conquistada la victoria. El que había ido á sorprender se encontraba sorprendido. Para humiliación de soberbios y vanidosos, ese primer ensayo de Elío fué su primer descrédito. No atinó él, al sentirse atacado, sino á tocar retirada. Acampado á algunas leguas de la Colonia, entregóse á reparar con bombásticos manifiestos lo que no había sido capaz de hacer con su brazo. Recordaba todos los títulos que tenía conquistados en las guerras europeas y explicaba su retirada de la Colonia como una medida de estrategia cuyos furtos habían aún de verse. Pack, á cuyo conocimiento tenían que llegar estas cosas, quiso sin duda darle una nueva lección, y se fué sobre él cuando más lejos é inactivo se le suponía. Perdió en esa ocasión Elío hasta los cañones, y asimismo —¿se creerá?— todavía persistía en considerarse una de las capacidades militares que actuaban en el Río de la Plata. Una oportuna orden de regreso qne le llegó de Buenos Aires, puso término á su campaña.

(1) F. Bauzá —Historia de la dominación española en el Uruguay - t. II, pág. 257.

Montevideo entre tanto no bajaba la cerviz al dominador. Desde los primeros días de la entrega de la ciudad, la idea de la reconquista había surgido en todas las mentes. Nació de aquí un proyecto consistente en provocar un alzamiento en la ciudad, apoderarse de los cuarteles ingleses y abriendo las puertas á los conjurados de la campaña, obligar á los invasores á reembarcarse. El proyecto contaba ya hasta con la aquiescencia de Liniers, y se habían dado los primeros pasos para realizarlo, cuando la infidelidad de dos agentes que cayeron en poder de Auchmuty lo descubrió. Produjéronse con este motivo infinidad de prisiones; pero el general inglés, que á todo trance quería ganarse la población, tenía ya su plan, y resolvió sólo hacer justicia en los dos agentes antes referidos.

« Con este objeto levantó un alto patíbulo en la « Plaza Mayor. La actitud de cada inglés de los que se « encontraban, denunciaba alarmas y sospechas; al paso « que la de los españoles denunciaba temores y desa- « liento. Para dar á la ejecución la posible solemnidad, « se hizo que todas las tropas de la guarnición saliesen « de sus cuarteles en formación y guarnecieran el lugar « de la escena ».

« Los otros habitantes ingleses llenaban también « por todas partes el recinto; y todos aquellos que « entre los españoles no habían cedido al desaliento « causado por este suceso, vagaban envueltos en sus « capotes ó capas y presenciaban el imponente espectá- « culo. Las ventanas y balcones estaban coronadas de « espectadoras que, aunque temblorosas, posponían « su temor á la curiosidad: una docena de frailes ves- « tidos de blanco, con cruces negras y rojas sobre « sus pechos, llevando los guiones y otras enseñas, « guarnecían las calles; y con unos cánticos plañide- « ros, y tristes salmos, solicitaban el favor de Dios « para aquellos desgraciados, pidiendo al mismo tiem- » po limosnas para enterrarlos y decirles misas. To- « das las numerosas campanas de las Iglesias redobla- « ban el toque de muerte, todos los almacenes y tien-

« das estaban cerrados, y un terror general dominaba « la ciudad.

« Sacados al fin de la cárcel, los dos espías, fue« ron puestos en carros y traídos en procesión por « muchos sacerdotes que los acompañaban y exhorta« ban á morir con resignación y suaves sentimientos. « Toda la plaza estaba completamente rodeada de tro« pas; y sin embargo, era tan intensa la ansiedad de « todos, que de cualquiera de sus ángulos se podía per« cibir la voz de los exhortantes y los suspiros de los « predestinados á la muerte.

« Cuando todo estuvo preparado, subieron, apoya« dos en otros, á la plataforma de donde debían des« pedirse de la vida. Estaban anudadas sus gargantas, « vendados sus ojos y la última, la suprema exhorta« ción salía de los labios de los sacerdotes, movién« dose el fatal pañuelo en señal de muerte. No mu« rieron sin embargo: el indulto estaba en manos del « Oficial que mandaba la ceremonia del cadalso. Tanto « cuanto había tenido de angustiosa la escena de un « momento antes, tuvo de sublime un momento « después. Los absortos é insensibles desgraciados fue« ron sacados de allí, pero estaban tan anonadados, « que no podían mover los labios. Fueron alzados en « coches y restituidos á sus amigos y familias. Ellos, « con otros muchos miles de sus compatriotas, bendecían al General inglés; y mostraron la gratitud « debida á este acto de clemencia tan sensato como « oportuno, sometiéndose para en adelante á su Go« bierno con una respetuosa diferencia ». (1

En esta situación, arribaron á Montevideo nuevas fuerzas, con el general designado en Londres para dirigir las operaciones futuras, sir John Whitelocke.

Era éste un militar joven, de cuarenta y cinco años más ó menos, nacido en el condado de Berck. Bastardo de origen, no tardó en dejar los sitios donde era conocido desde la cuna. A los veintiún años le ve-

(1) «Compilación de documentos relativos á sucesos del Río de la Plata» pág. 230 y 231.

mos ya como alférez en Jamaica, donde dió el primer paso en el camino de sus éxitos conquistando el corazón de la señorita de Lewis, hermana de un alto empleado del ministerio de la guerra en Londres. Desposado con ella, deja de ser un desamparado. A los nueve años ostenta los galones de mayor. Sus aptitudes militares se pretenden nulas por la mayor parte de los historiadores; pero antes de la derrota que sufrió en Buenos Aires, teníase de él una opinión bastante diversa. En el mismo proceso que se le formó á su regreso á Inglaterra, interrogado sobre sus antecedentes el general White, á cuyas órdenes había estado en Puerto Príncipe, contesta: « Estando yo con el « mando en Puerto Príncipe, el general Whitelocke desempeñaba las « funciones de intendente « general del ejército sin « sueldo ni emolumento, « en cuya clase entró con « la condición de que encabezaría una de las « principales columnas « contra dicha fortaleza, « *lo que cumplió con la mayor bravura* ». Lo que está fuera de duda, es que el general Whitelocke no había nacido para diplomático. Antes de que el jefe que acabamos de citar llegara á la isla de Santo Domingo, Whitelocke, que ya era teniente coronel, quiso presentarse al superior cuyo arribo esperaba por momentos, con un hecho que le recomandara. A tal objeto, despachó un oficial al enemigo, con bandera de parlamento y una carta en que ofrecía á Laveaux, el jefe que mandaba las fuerzas contrarias, 5.000 libras si se entregaba. Laveau, después de leer la carta, exigió al parlamentario declarase bajo su palabra de honor si sabía su contenido; y habiéndole asegurado el oficial que lo


GENERAL WHITELOCKE

Sir John Whitelocke

ignoraba, Laveaux le dijo que estaba bien, puesto que de lo contrario le habría mandado ahorcar al instante.

Después de haber enterado del contenido de la carta á los que se hallaban presentes, Laveaux contestó en los términos siguientes: «Vd. ha tratado de deshon-
« rarme en presencia de mi tropa, suponiéndome tan
« vil, tan soez y tan corrompido como capaz de trai-
« cionar mi puesto con un cohecho; es ésta una a-
« frenta por la que Vd. debe darme una satisfacción
« personal, y se la exijo en nombre del honor. Por
« lo tanto, antes de entrar en alguna acción general,
« propongo á Vd. un combate singular, hasta caer
« uno de nosotros dos, dejándole la elección de las ar-
« mas, ya sea á pie ó á caballo. La posición de Vd.
« como mi enemigo, por parte de su país, no le daba á Vd.
« derecho de hacerme un insulto personal, y como parti-
« cular, pido satisfacción por una injuria hecha á mi
« por un individuo.» La contestación de Whitelocke fué caer de improviso sobre el puesto de Ocul, cerca de Leojane, el que tomó á pesar de la viva resistencia que se le hizo—lo que parece mostrar que no era un inepto.

No fué tan felíz en otro ataque que llevó enseguida al punto llamado Bombarde; pues se vió rechazado con pérdida de 16 muertos y 26 prisioneros: mas no debió considerarse esta obra de una dirección deficiente, cuando el general White eligió precisamente á Whitelocke, una vez terminada la campaña, para informar minuciosamente sobre la misma al ministerio respectivo en Londres, y escribió una carta en la que presentaba este párrafo:

« El teniente coronel Whitelocke, que será quien
« tendrá el honor de entregaros este parte, podrá me-
« jor que nadie, dar noticias fidedignas de este país;
« *él ha mandado aquí con infinito mérito, desempe-*
« *ñando en muchas ocasiones empresas arduas y de*
« *prueba, de modo que ha contribuido al triunfo de las*

« *armas reales y al honor de si mismo.* » Valió esto á Whitelocke el grado de coronel.

Incorporado al estado mayor, que no en balde tenía buenas *cuñas* en su familia, fué sucesivamente ascendido á brigadier general, mayor general y teniente general, además de ser agraciado con el coronelato del regimiento número 89 de infantería. Segundo en el mando en Portsmouth, demostró allí buenas aptitudes en las paradas de servicio de guarnición, como en la inspección y revista de los diferentes cuerpos circunvecinos. En 1800 fué remitido de Portsmouth para el mando del depósito de Carisbroke, en la isla de Wigth, puesto de mucho trabajo y de considerable responsabilidad, en el cual permanecía cuando se le designó para lavar las armas británicas, en las playas del Río de la Plata, del rudo contraste infligido á Beresford.

¿Lo conseguiría? Whitelocke no parecía abrigar al respecto la menor duda, y á raíz de llegado manifestó sin reservas su designio de llevar sin pérdida de tiempo un nuevo ataque á Buenos Aires.

Su primer proclama, que circuló profusamente enseguida, decía, asi:

« Por órden del Excmo señor don Juan Whitelocke
« coronel del regimiento 89 de infantería de S. M. B.
« gobernador y comandante de las fuerzas de S. M. B.
« en la América del Sur:

« Habiéndose dignado S. M. el Rey, mi amo, confiarme el gobierno civil de todas las posesiones de la América Meridional, y nombrarme también comandante de las fuerzas de estos países, por la presente mando y ordeno á todos los fieles súbditos de S. M. B. residentes en las varias comarcas que están bajo mi autoridad, que me obedezcan conforme es debido.

« Dado bajo mi mano y sellado con el sello de mis armas. — Montevideo, 11 de Mayo de 1807. — *Juan Whitelocke*, Teniente General. — ¡Viva el Rey! »

Poco después todas las fuerzas acumuladas en Montevideo, eran embarcadas. Formaban un convoy de

noventa trasportes defendidos por veinte barcos de guerra, al mando del almirante Murray. El punto de destino había sido dado al partir, la Ensenada.

X

LA DEFENSA

El desembarco tuvo lugar el 28 de Junio, y el mismo día emprendió el ejército la marcha hacia la capital, bajo la dirección inmediata del segundo de Whiteloke, el general Lewison Gower, organizado en cuatro grandes divisiones al mando de los generales Crawfurd, Auchmuty y Lumley y del coronel Mahon.

Ascendían estas fuerzas, en cifras exactas, según Dominguez, (1) á un total de 11.771 hombres, constituyendo así el cuerpo de ejército más formidable que había pisado hasta entonces las orillas del Plata.

El general Whitelocke no se imaginó sin duda las enormes dificultades que le habían de ofrecer las doce leguas que mediaban entre la Ensenada y Buenos Aires.

Tuvo que luchar primero contra lo intransitable del terreno. « Era un pantano cubierto con una su-
« perficie de agua, que variaba en profundidad desde
« dos pies para arriba; no podré decir cuán profundo
« era en algunos parajes, porque no he tenido tiempo
« de sondearlo; pero al tratar de buscar mejor paso
« para la marcha de las tropas que el que se me ha-
« bía indicado como el camino más frecuentado, me

(1) L. Dominguez. «Historia Argentina» t. I. pág. 233. (ed. de 1762).

« metí en muchos lugares de que, con no poca difi-
« cultad, salía con el caballo que yo montaba ». [1] En
todo el tiempo de mi servicio en las Indias, tanto
« en las orientales como en las occidentales, no re-
cuerdo haber marchado nunca por entre un bañado
semejante al que existe desde la bahía hasta las al-
« turas de la Ensenada de Barragán ». [2]

Vióse luego el general británico con otra dificultad: la de un aislamiento absoluto.

« A mi llegada—declara Whitelocke—esperaba en-
« contrar una gran porción de los habitantes prepara-
« dos á secundar nuestras miras; pero resultó ser un
país completamenta hostil, en el cual, ni por con-
« ciliación ni por interés, nos era posible dar con
« un amigo que nos ayudase, aconsejase ni proporcio-
nase los datos más insignificantes ». [3] Declaración que es todo un título de honor para el pueblo que la mereció, y á la que se añade todavía esta otra: «Ja-
« más había podido creer que hubieran sido tan im-
« placablemente hostiles como por cierto lo eran. Ex-
« ceptuando el contrabandista, que era según creo,
« portugués de nacimiento, no creo que haya habido
« un solo hombre realmente adicto á la causa britá-
« nica en la América española ». [4]

La carencia en las brigadas de ciertos auxiliares indispensables hacía, por otra parte, aún más penosa la situación. « No teníamos *enlazadores*. — No sé si el
« tribuual comprenderá esta palabra; hay muchos bue-
« yes no ariscos que la gente de ese país coge con la
« mayor facilidad y destreza, echándoles un lazo con
« uaa larga tira de cuero. Todos los paisanos que ví,
« parecían diestros en esto. Como he prestado jura-
« ramento de decir verdad, no puedo dejar de decla-
« rar que yo consideraba un grande error no agre-
« gar á cada división del ejército cierto número de
« esos hombres para conseguir lo que tanto abunda en

(1) Proceso Whitelocke: declaración del general Gower.
(2) Idem. Idem: declaración del coronel Torrens.
(3) Idem. Idem.
(4) Proceso Whitelocke: declaración del general Gower.

« aquel país — la carne — y que si los hubiéramos lleva-
« do, después de una jornada, habríamos cogido un nú-
« mero suficiente de bueyes fáciles de enlazar de ese
« modo únicamente. Quise hacer coger algunos á bala,
« pero no lo pude conseguir: así es que estábamos ro-
« deados de ganado en abundancia sin poderlo utili-
« zar... Otra deficiencia muy notable en el apresto de
« las tropas, y que jamás se encontrará nada que la
« justifique, fué el haber dejado de traer las calderas
« de campaña, en cuya consecuencia mi opinión es
« — aunque el general Whitelocke la encuentra er-
« rada — que, hervido el trigo, que abundaba extra-
« ordinariameute en las chacras, habría suplido muy
« bien la falta de galleta, que no se repartía al ejér-
« cito con mucha liberalidad que se diga. Así, pues,
« teníamos trigo y no lo podíamos comer, por no te-
« ner en que hacerlo cocer ». (1)

Con todo, la marcha siguió sin interrupción aunque dejando cada una de las divisiones en el camino un número crecido de rezagados. En Quilmes, á donde llegó Whitelocke el 1° de julio, recibió un emisario de Gower, quien pisaba ya las lomas próximas á la ciudad, pidiendo órdenes. La contestación del general en jefe fué « que se descubriera un paso por el Riachuelo. » « Tal vez deje yo de ser correcto — dice Go-
« wer en su declaración — en no manifestar todo el
« efecto de mi órden. Esta tendía al descubrimiento
« del paso y hallándolo, tenía que forzarlo y alojar-
« me en los suburbios de Buenos Aires, ó entrar en
« la misma ciudad, y si me era posible, abrir comu-
« nicación con la escuadra. Para dar cumplimiento á
« esta órden, me puse en marcha como á las nueve,
« y chocando con un cuerpo considerable de caballe-
« ría »....

Era Liniers, que le había salido al encuentro con todas las fuerzas de la ciudad, consistentes, según Fúnes, en 6187 hombres, 5010 de infantería y 1147 de caballería, sostenidos por 711 artilleros y sirvien-

(1) Proceso citado — Declaración del general Crawfurd.

tes con 53 cañones de varios calibres. Mandaba el ala derecha el coronel don César Balbiani; el centro, el coronel don Francisco Javier Elio; el ala izquierda el coronel don Bernardo de Velasco y la reserva el capitán de fragata don Juan Gutierrez de la Concha. ¿El caudillo de la Reconquista había estado acertado en esta inspiración? Evidentemente no. Dejaba en primer lugar abandonada la ciudad, á la que bien podía amenazar un ataque simultáneo por su extremo norte; colocábase además con el Riachuelo á sus espaldas, lo que podía hacer su posición sumamente crítica en el caso de un contraste; y despreciaba finalmente la única ventaja que contrabalanceaba la superioridad indiscutible que tenían sobre sus tropas bisoñas, las veteranas de Whitelocke: aludimos á la ventaja de pelear con los edificios de la ciudad por parapeto.

Gower, que no quería comprometer acción definitiva, se guardó empero de aceptar la batalla que le ofreció con insistencia el genio audaz de Liniers. Se limitó á destacar una fuerza que hostilizara el flanco izquierdo del ejército de la ciudad, flanco que daba sobre el mismo puente del Riachuelo. Alarmado Liniers y acaso comprendiendo todo lo imprudente de su salida, corrió al punto amenazado, emprendiendo una contramarcha penosísima por entre la cenagosa costa del riacho; pero á mitad de camino no mas, comprendió que había sido víctima de un hábil engaño. La vanguardia de Gower, al mando del general Crawfurd, había avanzado oculta tras las lomas de aquel lugar mientras él retrocedía, y comenzaba ya á badear el río por el punto llamado Paso Chico, á dos leguas más arriba del puente. Liniers no miró entonces sinó á contrarrestar el ataque por el oeste, que veía inminente, y abandonando cuanto podía estorbarle los movimientos y la división Balbiani, que por su abundante dotación de cañones y por ser la más alejada, no estaba en aptitud de seguirle, repasó el puente y corrió á los corrales del Miserere.

Cuando llegó, ya caían sobre ellos las fuerzas de

Crawfurd, que con una rapidez sorprendente habían salvado las cuatro leguas que mediaban entre ese lugar y el punto por donde habían vadeado el río.

« El camino estaba tan obstruído y tan lleno de
« montes de duraznos y cercos elevados — dice dicho
« general en su declaración en el proceso de White-
« locke — que aunque el enemigo se hallaba ya muy
« próximo á nosotros no lo notábamos. El primer in-
« dicio de su presencia fué manifestado por un caño-
« nazo, á distancia de más de seiscientas yardas, en
« momentos que el general Gower y yo con algunos
« oficiales del Estado Mayor, nos presentábamos en el
« camino principal, donde termina aquel en que estaba
« situada la columna, à la sazón, y que conduce á la
« ciudad por el matadero llamado los Corrales del Mi-
« serere, lugar abierto donde el enemigo tenía sus ca-
ñones entonces. Luego que se sintió el cañonazo, el
« general Gower me dijo, poco más ó menos, estas
« palabras: *es menester que rodeemos sus flancos dere-*
« *cho é izquierdo*; yo tomé esto como una órden para
« cargar sobre el enemigo, la que obedecí inmediata-
« mente. Durante un corto rato, el fuego del enemigo
« parecía más bien el de una considerable fuerza de
« infantería, pero una rápida carga de los cazadores
« de infantería, el 95°, fué lo bastante para hacerlo
« desaparecer, casi al acercarnos, dejando en pos doce
« piezas de artillería. (1)

« Lo perseguí como tres cuartos de milla más allá
« de la posición en que habían estado formados, en una
« palabra, casi hasta la entrada de la ciudad; y mien-
« tras yo formaba la brigada que se había desordenado
« algún tanto, por la naturaleza del terreno y lo re-
« pentino de la acción, nos tomó la noche. Entretanto
recibí, por conducto de un oficial, que era, creo, el
« capitán Squire, de ingenieros, una órden del general
« Gower para que retrocediese á los Corrales del Mi-
« serere, donde él se hallaba entonces. En aquel mo-

1 Trece, dice Mitre. Perdieron además en esta acción los de la plaza ochenta prisioneros y sesenta hombres entre muertos y heridos.

« mento me pareció que habría sido acertado per-
« seguir al enemigo hasta dentro de la ciudad, y su-
« pliqué al oficial que me trajo la órden, volviese á so-
« licitar del general, permiso para hacerlo: espero que
« el tribunal no tomará á mal me avance á decir que, se-
« gún todo lo que después he sabido, me he conven-
« cido de que si la principal división del ejército, bajo
« las inmediatas órdenes del general Whitelocke, se
« hubiera aproximado, como yo lo esperaba, hubiéramos
« tomado la plaza con la mayor facilidad. Aun creo
« que la hubiéramos tomado con solo la fuerza del
« general Gower.» [1]

Buenos Aires, en efecto, era en aquel momento la imágen viva de las desastrosas consecuencias que puede acarrear la imprevisión. Deshecha la parte más numerosa y florida de su ejército; con lo que restaba de su artillería, del otro lado del puente: sin autoridad, porque el caudillo que la ejercía ó había sucumbido ó estaba en fuga, ya que nada se sabía de él; sin obras de defensa, porque ni fosos que detuvieran cualquier avance habíanse construido, en la persuación de una victoria segura en batalla campal; y con un barrio, por añadidura, que tomado de sorpresa, y aterrorizado con toda clase de brutalidades, no atinaba á otra cosa que á huir y desesperarse, ¿qué habria podido hacer Buenos Aires, en el caso de que los ingleses no se hubiesen detenido, sino aumentar estérilmente la sangre que ya corría?

Es precisamente por eso que nuestros padres vieron claramente señalada la acción de la Providencia en los sucesos de esos días. Ella no sólo había hecho que el ejército invasor se presentara dividido, siendo asi que pudo, avanzando con todo su efectivo, casi asegurar su victoria, sino que ponía además sobre los ojos del general Gower la venda que le hizo no darse cuenta de que toda defensa por el oeste habia sido descuidada, y que, por consiguiente, la misma noche, que se temió facilitara é hiciera invencible la resis-

(1) Proceso citado.— Declaración del general Crawfurd.

tencia, hubiera sido el mejor auxiliar del éxito de un avance. La Providencia haría más aún: iba á suscitar el hombre fuerte que aquella crítica situación pedía, y que lo fué don Martín de Alzaga.

Era este un vascongado prestigioso y de fortuna, duro de carácter y adusto de maneras, pero con un espíritu templado para el peligro y una capacidad organizadora indiscutiblemente superior al nivel general de los hombres de su época. Cuando Liniers se trasladó al otro lado del puente con todas las tropas, la voz de Alzaga se había levantado la primera para recordar que la ciudad no podía quedar desguarnecida; y aun cuando la malicia suponga que á tal actitud no fué extraña la rivalidad que le separaba del caudillo de la reconquista, es lo cierto que tuvo el efecto práctico de hacer que regresara al fuerte un batallón de trescientas y tantas plazas, única fuerza organizada fuera de la división Balbiani (todavía en el puente) que quedaba en la ciudad después del desastre del Miserere.

Por lo demás, lo que hizo Alzaga durante esa triste noche de la historia del Río de la Plata, presta verdadero relieve á su personalidad.

Bajo la influencia de su palabra y de su ejemplo, recobran los espíritus el ardor que les hiciera perder la terrible desilusión de momentos antes. La primera dificultad con que se luchaba era la falta de luz, que no sólo impedía todo trabajo y podia ser interpretada como muestra de desorganización, sinó que mantenía además á la población bajo el temor constante de un súbito asalto: las providencias de Alzaga proporcionan lo necesario, y toda la ciudad aparece de improviso iluminada.

La división Balbiani recibe al mismo tiempo órden de replegarse. En toda la extensión comprendida desde la iglesia de la Merced hasta San Miguel, desde San Miguel hasta la esquina formada por las calles Suipacha, Alsina, y por ésta hasta Perú y desde aquí hasta encerrar dentro de la línea el templo de Santo Domingo, comienzan las palas y picos, movidos á un tiempo por cuadrillas á cada instante más numerosas, á improvi-

sar un foso que queda terminado al amanecer. La artillería que estaba distribuida en los suburbios en baterías aisladas, es conducida á la plaza Mayor, á la que se fortifica además en todas las formas imaginables. Y finalmente, junto con las primeras luces del alba, aparecen las azoteas coronadas de gente y abundantemente provístas de cuanto podía ser arrojado con probabilidad de causar daño: era el vecindario que organizado y enardecido por aquella alma esforzada, se mostraba resuelto á disputar el terreno, casa por casa, cerco por cerco, palmo por palmo.

En esa ejemplar disposición los espíritus, vióse que se acercaba un oficial enemigo con bandera de parlamento. Era el capitán Roche quien á nombre de su jefe, el general Gower, traía ó la plaza la intimación de que se rindiera. El coronel Elio, que errante después de la desgraciada acción del Miserere, acababa de conseguir reunirse á las fuerzas de la ciudad, fué quien contestó; y lo hizo exigiendo ante todo que la intimación fuese presentada en forma, es decir, por escrito. El capitan Roche volvió á su campo, y á poco regresó conduciendo el oficio que sigue:

« Señor: El capitán Roche del regimiento 17 de « dragones, á quien tuve el honor de mandar á V. E. « esta mañana, me ha informado que V. E. deseaba « comunicase yo por escrito el particular de las condi- « ciones: y así, tengo que decir á V. E., que el Excmo « Sr. Teniente General John Whitelocke me ha orde- « nado, deseoso sinceramente de evitar la innecesa- « ria efusión de sangre humana, intime á V. E. que « en el presente estado de las cosas, de no proceder « á mas, concederá algunas condiciones al pueblo de « Buenos Aires, debiéndose fundar en las que siguen « y posiblemente consentirá en alguna pequeña varia- « ción que las haga más favorables, sin alterar la es- « tipulación original, fundamental:

« 1° Todos los súbditos ingleses, detenidos en la « América del Sur, deberán ser entregados, y se pon- « drán rehenes suficientes en poder de los comandan- « tes ingleses, hasta que lleguen á Buenos Aires.

« 2º Quedarán prisioneros de guerra todos los oficiales, militares y soldados, y toda persona que tenga empleos civíles, dependientes del gobierno de Buenos Aires.
« 3º Qne han de entregar en buen estado todos « los cañones, pertrechos, armas y municiones.
« 4º Que ha de entregarse á los comandantes ingleses toda propiedad pública de cualquier clase que « sea.
« 5º Que se concede á los habitantes de Buenos « Aires el libre ejercicio de la religión Católica Romana.
« 6º Que se asegurará y respetará para sus dueños toda propiedad particular en tierra.
« Nuestra fuerza es tán considerable, que creo que « V. E. no podrá dudar del último resultado; y confío en que V. E. me creerá cuando le aseguro, que « únicamente el deseo de evitar una escena tan horrorosa, como la que se presenta tomando un pueblo por asalto, es el motivo que induce al General « Whitelocke á permitirme escriba de este modo.— « Tengo el honor de ser etc.—*J. Lewison Gower*, Mayor General.»

Elio supo ponerse á la altura de su deber en la contestación, que fué la siguiente:

« Por comisión del General español don Santiago « Liniers, contesto á Vd la carta que por su parlamentario « le ha remitido, dirigida á intimar la rendición de esta capital, diciéndole, que nada que se dirija á rendir las « armas, oirá: que tiene tropas bastantes, animosas y « mandadas por jefes llenos de deseo de morir por la « defensa de su Patria, y que esta es la hora de manifestar su patriotismo. Queda de Vd. su atento servidor Q. S. M. B.—*Coronel Elio*—Julio 3 de 1807. « Al mayor General Lewison Gower.»

Liniers entretanto había pasado por pruebas capaces de arredrar á cualquiera. Cortado en el combate del Miserere, había tenido que seguir con un trozo de caballería por callejones que lo apartaron de la dirección de la ciudad.

« En esto —dice él en su parte al Príncipe de la « Paz —se cerró enteramente la noche y comenzó á « llover. Mi punto de reunión era la Chacarita de los « Colegiales; pero la obscuridad de la noche se impi- « dió tomarla y el riesgo inminente que tenía de caer « en alguna avanzada de los enemigos, si me extra- « viaba, me hizo determinar á parar en una casa, en « la que pasé la noche mas amarga que jamás he te- « nido. »

Desde allí dirigió al Cabildo el siguiente oficio:

« M. I. C. En los lances desgraciados y apurados « es cuando se debe tener mayor confianza: no me « permiten las circunstancias detallarlo á V. S. el com- « bate desgraciado que tuve en los Mataderos del Mi- « serere. La Providencia que me ha salvado del inmi- « nente peligro en que estuve, tal vez me ha guardado « para redimir segunda vez esta ciudad del riesgo que « la amenaza.

« Solo tengo conmigo un trozo de tercio de Viz- « caya, y de Arribeños. Todas las demás tropas de la « segunda y tercera columna ó está en la plaza ó de- « ben estar desparramadas. Tengo aquí unos quinien- « tos hombres, y once piezas desde el calibre de á 12 « y dos obuses; aunque sin municiones para éstos. « Necesito saber la situación de la plaza. Si Balviani « que dejé con la numerosa artillería, la primera co- « lumna y el tercio de reserva, se ha incorporado á « las fuerzos de la plaza. He mandado por todos lados « para que se me reuna la gente esparcida por los al- « rededores. He mandado un oficial á los Olivos para « que me traiga los cuatrocientos hombres venidos de « la otra Banda. En fin espero los avisos de V. S. « para tomar la determinación que halle más oportuna « al servicio del Rey y de la Patria, por la cual es- « toy pronto á derramar hasta la última gota de mi « sangre. Nuestro Señor guarde á V. S. muchos años, « Chacarita de los Colegiales y Julio 3 de 1807 *San-* « *tiago Liniers*, — Muy ilustre Cabildo de Buenos Aires ».

El Cabildo dió la siguiente contestación, en que

se transparenta el alma altiva y al mismo tiempo no exenta de nobleza, del enérgico alcalde:

« Señor general: Este Cavildo acaba de recibir el « oficio de V. S. de hoy, que con la satisfacción de verlo existente, le corrobora la necesidad con Man- « cilla de que V. S. se ponga sobre la ciudad sin per- « der momento. El Señor Balbiani se retiró anoche « con toda la gente y tren de la Residencia, está retirado « á la plaza. Todas las bocacalles cercadas de cañones « de grueso calibre, y las azoteas guarnecidas de gente « lo mismo que el Retiro de los Marineros, cuya ar- « tillería clavaron anoche.—Dios guarde á V. S. mu- « chos años—Sala capitular de Buenos Aires, 3 de Ju- « lio de 1807. —*Martín de Alzaga, Esteban Villanueva,* « *Manuel Mancilla, Antonio Pirán, Manuel Ortiz de Ba* « *sualdo, Miguel Fernandez de Agüero, José Antonio* « *Capdevila, Juan Bautista de Stuart, Martín de Mo-* « *nasterio.*—Sr. General Don Santiago Liniers ».

El día 3 incorporóse á Gower el general Whitelocke, cuyo primer acto fué ponerse al habla con su segundo y los demas generales para estudiar y resolver lo que se debía hacer.

« Tres eran —dícenos él en su declaración—los mo- « dos que se presentaban para atacar la ciudad : cor- « tándole los víveres, por bombardeo y por asalto. El « primero, á pesar de las opiniones emitidas, no pa- « reció entonces practicable. El otro era, por cierto, « el mas natural y claro, pero daba márgen á muchas « objeciones; el desembarco de cañones pesados y pro- « visiones, y levantar baterías, la dificultad del tiem- « po que había pintado el almirante Murray, la inte- « rrupción de comunicación con la escuadra de vez en « cuando, y lo expuesta que estaría siempre la tropa « en esa estación del año, á lo que se agregaba la na- « turaleza de la ciudad y la construcción de los edi- « ficios, alejaban los mas poderosos y rápidos efectos « de semejante modo de ataque. En cuanto al último, « el de asalto, no parecía entonces, ni he oido decir, « ni dar en las declaraciones ninguna objeción sino la « de la posibilidad de que sería infructuoso, porque

« en sus efectos, saliendo bien, no parece difícil pro-
« bar que era más preferible al segundo.

« La toma de la plaza, en este caso, habría sido « la consecuencia de la derrota y matanza sólo de los « soldados empeñados en la contienda; mientras que « en el otro, lo habría sido de los prolongados sufri- « mientos y destrucción de propiedades y vidas de los « habitantes. »[1]

El temperamento que triunfó fué, pues, el del asalto, adoptándose á su efecto el plan aconsejado por Gower, de dividir el ejército en varias columnas que penetrando á un tiempo por el sur, por el centro y por el norte, se aproximasen lo más posible á la ribera, y apoderándose de las principales posiciones en en toda la línea del río, impusiesen la rendición de la ciudad.

Salvo su deficencia de previsiones para el caso de que, siendo la resistencia superior á lo calculado, las columnas se viesen impedidas de apoyarse unas á otras (deficiencia perfectamente explicable dentro del orgullo británico, que desecha toda posibilidad de derrota tratándose de sus armas, orgullo que sin duda tuvo parte en la certidumbre del éxito con que lanzó Whitelocke sus tropas sobre la ciudad); [2] salvo esa deficiencia el plan no estaba mal concebido.

Uno de sus detalles más impugnados: la órden de penetrar con las armas descargadas, es explicada por Whitelocke en su defensa de una manera bastante aceptable: « La razón que tuve para dar esta « órden—dice—fué la que de nada se aventajaba con ha- « cer fuego sobre la gente de las azoteas, que estaba « parapetada y completamente oculta, excepto en el

(1) Proceso Whitelocke.

(2) ¿Se podrá decir—exclama él en su defensa ante el Tribunal que le « juzgó—que con un ejército como el nuestro, de cuyos esfuerzos *todo se po-* « *día haber esperado* Y SIN CONTEMPLAR LA POSIBILIDAD DE UNA DEFENSA SEMEJANTE, que yo obraba bajo una ciega é infatuada confianza? Y añade más adelante: Puedo haber errado en adoptar un plan que ha dado malos resultados. Por confiar demasiado en él, puedo haber dejado de tomar la precau- « ción necesaria, pero que habría tomado SI YO HUBIERA PODIDO PREVER LA RE- « SISTENCIA QUE SE NOS OPONDRÍA. »

« momento de hacer fuego siendo pues, el principal objeto « seguir adelante tan rápidamente como fuese posible « hasta que las columnas se hallasen al frente de las « del enemigo, para no correr el riesgo de que la tropa « se entretuviese en hacer fuego, cosa difícil de evi- « tar, y para que las columnas no ocasionasen ningún « daño al cruzar antes de aclarar lo bastante para dis- « tinguirse entre sí ». El general Auchmuty, por su parte, se pronuncia más bien favorablemente que en en contra de dicha medída. «¿Cree Vd.—le pregunta el Con- « sejo de Guerra que juzgó á Whitelocke que hubiese « sido cuerdo, seguro ó conveniente el haber permitido « á los soldados avanzar con las armas cargadas, y « no tenía Vd. bastante autoridad para mandarlas car- « gar, cuando Vd. llegó á su puesto, si se hacía ne- « cesario el tenerlas cargadas?» Y contesta Auchmuty: « Si yo me considerase con restricción de mandar car- « gar cuando lo juzgara necesario, preferiría por cierto « atravesar una ciudad con las armas sin cargar, con « la parte principal de un ejército.»

Es indudable, empero, que en ese plan pudo señalarse una importante participación á la escuadra. ¿Acaso la populosa ciudad del Plata, aunque señora en medio de inmensa llanura, como dice un historiador, no ve bañado uno de sus lados por las aguas, habiendo sido por lo tanto posible á las embarcaciones menores de la escuadra, acercarse, armadas de gruesos cañones, lo necesario para hostilizarla eficazmente en combinación con las fuerzas de tierra? « Ciertamente que « ambas preguntas tienen contestación favorable, y « más positivo aún, que habiendo obrado de semejante « manera, apuradísimos hubiéranse visto los decididos « defensores de Buenos Aires, sinó obligados al dolo- « roso trance, de no poder impedir la entrada á los « batallones ingleses. Pudiera haber fracasado White- « locke en su empresa, porque no siempre las que se « modelan en la buena razón alcanzan feliz resultado; « pero con la derrota no hubiera acarreado á las ar- « mas de su país, y á su mismo nombre la afrenta « de que son gloriosas muestras los pendones que to-

« davía lucen y lucirán en la principal nave de un « templo de Buenos Aires.» [1]

Y es tambien indudable que sí la división del coronel Mahon, que había quedado en Quilmes y recibió órden de avanzar hasta el Riachuelo y esperar allí, hubiese sido incorporada al ataque, aun demorándolo á éste si era menester, la resistencia de la ciudad habría tenido una nada despreciable probabilidad más de ser ahogada.

Como quiera que sea, el ataque debía iniciarse al dia siguiente al amanecer, siendo ya por consiguiente cuestión de horas. Mas Whitelocke se resistía á creer que hubiera realmente en la plaza el propósito de hacer frente á sus doce mil veteranos. Quiso, pues, probar el resultado de una nueva intimación, de la que constituyó portador á su secretario, el capitàn Whitthimgham, quien se vió para desempeñar su comisión en serios aprietos.

Narrando este episodio en sus *Memorias*, el entonces oficial de la plaza que salió á recibirle, y posteriormente general don Hilarión de la Quintana, dice:

« Salí con doce húsares y un trompeta, y tres « cuadras antes de llegar á encontrar el parlamento, « me hallé entre los fuegos cruzados que las milicias « nuestras y los enemigos hacían en todas direcciones. « Se dispersó mi escolta y marchando solo con el trom « peta, hallé á D N. Witingar [2] secretario militar « del General Pitelock [3] formado en ala con doscien- « tos hombres y un cañón. Me reconvino por las hosti- « lidades mientras flameaba aquella bandera (la de par- « lamento), pero le satisfice con que aquellas tropas « eran las milicias y gente del pueblo que había to- « mado las armas espontáneamente é imposible retener « en un órden estricto y rigurosamente militar: en com- « probación, le hice presente los riesgos que yo mis- « mo acababa de correr á su vista. Entonces me en-

(1) Miguel Lobo — Historia de las antiguas colonias hispano-americanas», t. II, pág. 93.
(2) Wilthingham, dicen los partes ingleses.
(3) Whitelocke.

« tregó un pliego para nuestro general, con término « de dos horas para su contestación y una carta para « el oficial de Marina D. N. Corquera, de quien había « sido concolega en el Colegio de Vergara; la que ha- « bía escrito sobre el cañon. ¡A cada momento nues- « tras tropas estrechaban su círculo sobre nosotros. « Ofrecí empeñar mis esfuerzos para hacer cesar el « fuego, pero ellos fueron frustados, porque la multitud « entendió mis señales de órden, por inteligencia con « el enemigo y empezó á clamar:—«¡Traición! ¡trai- « ción!»—aun antes de haber yo avanzado veinticinco « pasos hácia la plaza, y seguían acometiéndome, sin « poder darse razón á si mismo de sus procedimientos « con lanzas, bayonetas y otras armas, rompiendo el « fuego sobre los doscientos hombres, y mataron á diez « ó doce. Witingar contestó con el cañon, y ya no « hubo órden alguna de parlamento. Al fin, perdido el « sombrero, logré verme en la ciudad libre de aquel « riesgo.»

El pliego conducido por el capitán Witthingham decía así:

« Cuartel General--Campo delante de Buenos Ai- « res: 4 de Julio de 1807.--Excelentísimo señor: V. « E. me hará la justicia de atribuir á principios de « humanidad únicamente el conocimiento que le doy « de haber efectuado la reunión de la columna princi- « pal de mi ejército con las tropas bajo el mando del « Mayor General Lewison Gower. Sin duda V. E. no « ignora que otra columna espera mis órdenes dentro « de poco más de una legua de la capital: tengo va- « rios refuerzos á bordo de los navíos y una escuadra « pronta á sostener las operaciones que se adopten: « deseo, pues, saber si despues de esta comunicación « fiel, V. E. persiste en la respuesta dada por la carta « de ayer al Mayor General, quien tenía poderes para « tratar con V. E. sobre esta materia. El portador, capitán « Witthingham, tiene mis órdenes de entregarla, y es- « perar media hora por la respuesta de V. E. si ó no « — B. L. M. de V. E. etc. *John Whitelocke*. Al Ge- « neral Liniers».

La contestacion se dió en el acto, y en estos términos:

« Acabo de recibir el oficio de V. E. de fecha de
« hoy, sobre cuyo particular tengo el honor de contestarle, que mientras tenga municiones, y exista el mismo espíritu que anima á toda esta guarnición y vecindario, jamás admitiré propuesta alguna de entregar el puesto que me está confiado, muy persuadido que me sobran medios para resistir á todos los esfuerzos que V. E. haga para vencerme. Los derechos de la humanidad, que reclama V. E. cualquiera que sea la definición de esta contienda, me parece que serían más bien vulnerados por V. E. que es el agresor, que por mí, que no pienso más que en cumplir con lo que me prescribe mi honor, y el justo derecho de represalia. — Dios, etc. — Buenos Aires, 4 de julio de 1807. — *Santiago Liniers*. — Exmo. Sr. John Whitelocke ».

Había llegado, entretanto, la noche. En la ciudad, donde se sospechaba ya la inminencia del ataque, las órdenes circulaban sin cesar, previendo todas las contigencias. En el campo enemigo « apenas oscureció -- dice el general Gower — todos los oficiales que se hallaban presentes comieron algo. Temprano se tendieron en el suelo para dormir, aunque no recuerdo si todos, menos el oficial que estaba estacionado en la azotea. De vez en cuanto se levantaban durante la noche para ver si había algún movimiento ó si se sentía algún tiroteo, por ese lado; y poco antes de venir el día, creo que todos andaban ya levantados, listos á recibir las órdenes del general ». [1]

Llegó la aurora. A su media luz viéronse en el campo de los invasores, grandes masas que tomaban silenciosas la respectiva colocación que se les había señalado. A las 6 ½ sonó un cañonazo, seguido instantáneamente de veinte más. Era una salva con que el ejército inglés saludaba su avance.

Este fué hecho á un tiempo por las tres brigadas

(1) Proceso Whitelocke.

en que se habían dividido las fuerzas que realizarían el ataque; brigadas que llevaban á su frente, la del norte, que penetró por el perímetro comprendido entre las que son hoy calles Paraguay, Charcas, Santa Fé Arenales y Juncal, al mando del general Auchmuty; la del centro, que hizo lo propio á la altura de las que son hoy calles de Cangallo, Cuyo, Corrientes y Lavalle, al del general Lumley; y finalmente la del sur, que penetró por la parte de la ciudad comprendida entre las calles Méjico, Venezuela, Comercio y San Juan, bajo la dirección superior del general Crawfurd.

Auchmuty fué el que chocó primero con los soldados de la plaza. Habíasele señalado la misión de apoderarse del Retiro y la plaza de toros, posición la pri-



La Plaza de Toros

mera que defendían cuatrocientos marineros al mando del capitán de navío don Juan Gutiérrez de la Concha y al cuidado la última del capitán don Jacobo Adrián Varela con un regular contingente de la compañía granaderos de Galicia y del cuerpo de patricios.

Auchmuty había demonstrado ya en el asalto de Montevideo que era hombre de no regatear el precio de una victoria, ni mirar á otra cosa que á obtenerla Concha, por su parte, tenía el antecedente de su honroso comportamento cuando la Reconquista. El choque tenía, pues, que resultar reñido. Lo fué hasta un punto que raya en lo extraordinario. Auchmuty atacó una vez, y fué rechazado con sus filas arrasadas por el fuego de metralla y fusilería; volvió nuevamente

al ataque y obtuvo análogo resultado; entró por tercera vez y aun cuando obligó á Concha á replegarse sobre la plaza de toros y consiguió apoderarse de un cañón de á doce, fueron tan enormes las pérdidas, que faltaba el ánimo en los propios jefes para exigir otro tan gran sacrificio. Era necesario, empero, concluir y Auchmuty siguió acometiendo sin desfallecer.

La situación de Concha se hacía, entretanto, desesperada: el cañón perdido destrozaba cada vez más los débiles muros del lugar en que se había refugiado, sus municiones de artillería estaban agotadas y eran ya muy contados los cartuchos de cada soldado. El capitán Varela se le acercó entonces y le propuso buscar la salvación en una salida.

—Sería inútil— le contestó Concha.

Y señaló con desconsuelo las masas enemigas concentradas á su derredor.

—¡Cómo inútil! — replica Varela. — Tenemos armas.

Y mostró altivo su espada.

Sin embargo, Concha persistió en considerar imprudente el proyecto é imposible su realización.

« Varela no pudo soportar la idea de someterse.
« Puesto al frente de la tercera parte de la guarni-
« ción, emprendió su retirada, no con ese temor que
« la debilidad inspira sino en ese coraje con que
« busca nuevos riesgos. Aunque herido, una azotea al
« frente del Hospital de Belen fué su descanso. Mu-
« rieron gloriosamente en este retiro el Alférez de fra-
« gata D. José Rivas; fueron heridos otros oficiales.
« Los enemigos volvieron de su espanto, cercaron de
« nuevo la Plaza de Toros é intimaron la rendición.
« En este intervalo, abandonado Concha á su temor,
« permanecía oculto en una choza que lo deparó la suerte.
« El capitán de fragata D. Juan Angel Michelena,
« que mandaba en su ausencia la entregó, cayendo des-
« pués Concha prisionero ». (1) Auchmuty izó inmedia-

(1) Dean Funes— Historia Civil. Perdiéronse además en esta acción treinta y dos cañones, aun cuando en su mayor parte clavados. Auchmuty tuvo no menos de seiscientos hombres fuera de combate.

tamente sobre la posición conquistada la bandera británica y dejando en ella como guarnición el regimiento 87, avanzó sobre la ciudad con parte del 38, hasta incorporarse á la columna que había destacado en su marcha sobre el convento de las monjas Catalinas, en el que flameaba ya también el pabellón de su patria.

Ese barrio, como poco antes el del Miserere, fué entregado á la más desenfrenada licencia de la soldadesca. Las armas inglesas no han sido quizás tan afrentadas por la derrota, como por dichos injustificables excesos, que debían aún repetirse en Santo Domingo.

Al mismo tiempo que Auchmuty se adueñaba de la plaza de toros, el teniente coronel Guard, de la división del general Crawfurd, ocupaba por el sur el edificio de la Residencia, que estada desguarnecido, plantado también sobre el pabellón británico. [1]

El general Lumley, por su parte, había tropezado con una resistencia vigorosísima. Al penetrar en las primeras calles de la ciudad, el fuego que se opuso á su avance no fué mucho; mas aumentó gradualmente en proporción á lo que se internaba, á tal extremo que al llegar la columna mandada por él en persona á las manzanas próximas al río, la situación de dicho general se hizo verdaderamente angustiosa.

En cuanto á las otras dos columnas de su brigada que entraban á la vez por las calles paralelas, una dobló por Suipacha yéndose sobre San Miguel, de donde le hacían un fuego terrible, y la otra siguió por Cuyo hasta San Martín, donde acosada intentó refugiarse en la Merced.

Lumley, que era un militar sereno y resuelto, viéndose en peligro, decidió apoderarse de una posición cualquiera en que poder hacer pié, y uniendo la acción al pensamiento, atacó con tanto impetu las casas

1) La Residencia era llamado el hoy templo de San Telmo, y hospital de la Residencia el que existia entonces junto á él. El origen del nombre era el haber sido levantada esa iglesia por la compañía de Jesús y haber residido allí las autoridades superiores de dicha órden.

que tenía á su alrededor, que las desalojó. Acantonóse en el acto sobre las azoteas de la manzana comprendida entre las calles Lavalle, Corrientes, San Martin y 25 de Mayo y surgió una bandera británica más sobre el horizonte, entre el ruido atronador de las descargas.

Nos resta sólo saber la suerte de la brigada que debía llevar el ataque por el sur. Dividida en tres columnas, al mando una del general Crawfurd y las otras del Coronel Pack y del coronel Guard respectivamente, se internó sin resistencia. Al coronel Pack llamó mucho la atención el silencio y la soledad que encontraba á su paso. Uno que otro disparo aislado, unas que otras voces apagadas en el interior de las casas, he ahí lo único que había podido observar en el largo y poblado trayecto que acababa de hacer desde el Miserere. Al llegar empero á lo que constituía en aquel tiempo el corazón de la ciudad, siente detonaciones por su izquierda (probablemente las del reñido combate de la plaza de toros) y partiendo su columna en dos mitades pone una á las órdenes del teniente coronel Cadogan, la hace doblar en dirección al fuego y efectúa él lo propio por otra calle parlela. « No tardó « en convencerse el prófugo prisionero, que la quietud « con que había sido recibido en la ciudad, tenía el « deliberado fin de convidarlo á penetrar en ella, hasta « un punto en que tan dificil le fuera tratar de con- « seguir el objeto que se proponía, como retroceder « para librarse de la suerte que le esperaba. Pocos « minutos habían transcurrido, desde el momento en « que compartió su columna, y hallábase no lejos del « convento de San Francisco, cuando el fuego « de los defensores que coronaban los edificios, que « por todas partes lo rodeaban; habíale tendido la ma- « yor porción de su gente; al extremo de obligarle á « desistir de su intento para tomar á su izquierda la « calle que le era perpendicular y reunirse á la otra « mitad de su columna, que no creía tan maltratada « como la suya. Y se engañó; porque apenas en la ca- « lle por donde su teniente Cadogan había tratado de

« avanzar, violo en presurosa retirada, más desbara-
« tado aún que lo que él mismo se veía; habiendo per-
« dido, con muchos de sus soldados, el cañón de á 3
« que llevaba. Todavía quiso Pack rehacerse con la
« gente que le restaba, y ganar un lado de la pequeña
« plaza [1] á que da espaldas el vastísimo edificio lla-
« mado Colegio de los Jesuitas; pero apenas concebida
« semejante idea, tuvo el convencimiento de la impo-
« sibilidad de realizarla, sustituyéndola la de la preci-
« sión de replegarse á la Residencia. A lo que opo-
« niéndose Cadogan, por lo sensible que decía serle
« abandonar un puesto tan avanzado y con tanta pér-
« dida alcanzado, separóse de él, é inclinándose á su
« derecha, para reunirse á Crawfurd, encontróse á muy
« poco con el teniente coronel Guard . . . . » [2]

Este, que despues de dejar la Residencia á cargo de su segundo, el mayor Nichols, había salido averiguar la situación de su jefe, el general Crawfurd, obedeciendo una órden del mismo acababa de procurar briosamente, mas sin éxito, ayudarle. Por él supo Pack lo que á dicho general había sucedido, que se reducía, en síntesis, á una internación feliz hasta pocos cables de la fortaleza por su lado sur y á un fuego súbito terrible que le estaba diezmando las filas. El coronel Guard concluía de referir lo que antecede, cuando por una estrecha calle que había á los fondos del convento de Santo Domingo apareció la columna del general Crawfurd, con él a su frente. Cambiadas con la premura que el momento requería, algunas palabras entre ambos jefes, Pack propuso el repliegue de toda la brigada á la Residencia. Retirarse era reconocerse impotente. Crawfurd apretó los dientes y señalando con su brazo la iglesia y el convento que tenía al lado, murmuró sombrío: — ¡Allí todos! » — Momentos después el lugar referido aparecía con sus balcones y su azotea atestados de ingleses. Solo se nota-

(1) Hoy plazoleta de la esquina Perú y Alsina.

(2) Miguel Lobo. Historia de las Antiguas Colonias Hispano-Americanas », t. II, p. 123.

ba la falta del coronel Pack, á quien se había visto sin embargo penetrar en el convento entre los primeros. Dirigía en aquel momento una obra digna de sus sentimientos sanguinarios. Funes la juzga y narra así: «Cuando se observan las atrocidades que en «esta casa cometió la soldadesca enemiga, es preciso «concluir que la ferocidad y la barbarie ocuparon la «plaza de su corazón. No contentos con haber cebado su codicia, dando al saco esas pobres celdas de «estos religiosos, y despedazando sus humildes muebles, tuvieron el placer brutal de manchar sus manos en la sangre de algunos de ellos. El donado «fray Martín de Esparza murió entre sus manos homicidas. El lego fray José Jame y el corista fray «Rufino Roche, aunque escaparon con vida, probaron el trago amargo de sus balas, sus bayonetas y sables. Los demás fueron insultados con unos tra-«tamientos y miradas en que se pintaba al mismo tiem-«po el desprecio y el nervio de la fuerza. Reunien-«do estas crueldades á las que se cometieron en los «arrabales de la ciudad, donde murió el sacerdote «dominicano fray Francisco Moramillán, y donde más «de una vez se vieron degollados los ancianos, las «mujeres y los niños de pechos, éramos inducidos «á creer que se había declarado esta guerra no tan-«to á la nación cuanto á la misma humanidad...»

Buscando presa Pack en que saciar su rencor, acertó á penetrar en la nave central del templo, donde no tardó en descubrir las banderas tomadas el año anterior cuando la Reconquista, ¡de su propio regimiento, el 71! guardadas como trofeos. Rápido se abalanza sobre ellas, las arranca, sube á la torre é izando una con el semblante transfigurado, dá un ¡hurra! entusiasta y atronador.

¡Hurra! repitieron sus soldados alrededor.

¡Hurra! contestaron los cañones de la escuadra en una salva ordenada por el almirante Murray, al ver flameando la bandera de su patria en la Residencia, en Santo Domingo, en la posición de Lumley, en las Catalinas y en la plaza de toros.

En vez de una victoria, se tenia ya sin embargo pronunciada una derrota.

El general Lumley, estrechado cada vez más en la posición donde se había hecho fuerte, acababa de recibir la noticia de haberse rendido sus dos columnas auxiliares, frente á San Miguel la una y frente á la Merced la otra. Por su parte, comenzaba también á verse en peligro. Dos veces le había intimado rendición el coronel Elío, jefe de la defensa en esa parte de la ciudad, y otras tantas había rechazado la intimación. Elío, mal podía dejar así las cosas, y avanzó por la alameda resuelto á todo. Empero, como cuando en la otra banda creyó no dejar de Pack ni el recuerdo y poco le faltó para verse despojado por él hasta de las ropas que vestía, salió del fuerte creyendo que donde pusiera el pié pondría la victoria, y regresó descalabrado. No por ello era para Lumley menos urgente salir del lugar en que él mismo, sin darse cuenta, se había acorralado. El general inglés lo comprendió y reuniendo lo que le quedaba de sus fuerzas, señalóles la bandera que flameaba en el Retiro y lanzólas heróicamente á que se abrieran paso. A las tres de la tarde lograba su objeto y se reunía al general Auchmuty, habiendo dejado el camino sembrado de cadáveres, pero mostrando en cambio que el honor de su patria estaba en buenas manos fiado á su intrépida bravura.

El coronel Cadogan, á quien dejamos á espaldas del colegio negándose á resplegarse sobre la Residencia como se lo proponía Pack, rodeado y con la mítad de su gente tendida, tuvo que refugiarse en la casa de la virreina, donde al fin fué obligado á rendirse. «¿Qué tropa es esa de escudo en el brazo, tan «valiente y tan generosa?», preguntaba después segun Mitre, (1) aludiendo á los escudos de paño y grana con que los patricios se adornaban, y recordando que apagado el fuego ellos fueron los primeros en trasladar los heridos enemigos á sus cuarteles y prodigarles todos los auxilios necesarios.

(1) B. Mitre.—Historia de Belgrano, t. I, p. 200.

En cuanto al general Crawfurd, acantonado en Santo Domingo, lo dejamos, como se recordará, no desilusionado aún de la victoria final. En el mismo órden de ideas le tomó una intimación de rendición que le hizo casi en seguida Liniers, con la prevención de que en caso de no ser escuchado echaría abajo el convento.

« Su repuesta—dice Liniers—fué llena de arro-
« gancia, diciendo á mi ayudante, que bien lejos de



Santo Domingo en 1807

« rendirse, pensaba que yo le pedía capitulación, y
« que iba á avanzarme con la bayoneta. Sobre esta
« respuesta dispuse un ataque formal, mandando arri-
« mar la artíllería, y empecé á batir la torre desde
« el fuerte ». [1]

Todavía dicha torre muestra huellas de ese ataque que fué terrible. Llovían las balas del norte, del sur, de todos los balcones, de todas las puertas, de todos los escondríjos de los alrededores, y los heridos caían desde lo alto en una proporción que horrorizaba, co-

(1) Parte de Liniers al Príncipe de la Paz.

mo precipitados por mano invisible que los estrellase implacable, por si conservaban un resto de vida, sobre el enrojecido pavimento. Por grande que fuese la fé de Crawfurd en el valor de sus soldados, tuvo al fin que reconocerse en grave aprieto. Resolvióse á tentar una salida, empresa que confió al mayor Trotter á la cabeza de una fuerte columna. Apenas pudo ésta dar algunos pasos: el fuego fué tal, que en breves minutos tendió por tierra cuarenta hombres, el mayor Trotter entre ellos. Crawfurd dispuso sostenerse entonces donde estaba, hasta el último extremo. Y peleó así con admirable valor ocho horas consecutivas. Al fin con sus municiones semiagotadas, con sus fuerzas reducidas á menos de la mitad y sin indicio alguno que le permitiese alentar una esperanza de socorro, convocó á sus oficiales, les expuso la situación y con su acuerdo levantó sobre la torre la bandera de parlamento y rindióse, sin otra cláusula que la garantía de su vida y la de sus armas. Cuando entregó sus armas vióse que habían quedado reducidos á seiscientos los mil y cincuenta hombres que habían entrado á la ciudad á sus inmediatas órdenes y á las de Pack. Crawfurd fué conducido al Fuerte, en donde el general Liniers lo colmó de atenciónes. « En cuanto á Pack, prisionero otra vez, des- « pués de haber fugado violando la palabra de honor, « que había dado, no podía contar con los beneficios de « la guerra que están establecidos para estos casos. Tanto « más difícil era que pudiera esperar conmiseración, « cuanto que los vencedores no eran soldados de línea su- « jetos dócilmente á la voz imperante de sus jefes.

« Eran un pueblo infatuado, enloquecido por la gloria « y por la pasión del triunfo; era una multitud que « nadie podía contener ni encarrilar en las líneas seve- « ras de la paciencia y de la sumisión. Pack tuvo, « pues, que humillarse para salvarse, y se acogió á « los brazos del padre prior Fray Francisco X. Leiva. Con- « movido este prelado de la situación del oficial inglés, « porque sabía que si los vencedores lo tomaban iba á ser « inmediatamente sacrificado, lo ocultó en su propio « oratorio: hizo jurar por la cruz á los demás frailes

« que guardarían religiosamente el secreto; y advir- « tió á los prisioneros que asegurasen que Pack había « sido muerto en las calles ». [1] En el convento permaneció oculto hasta el 7 por la tarde, en que saliendo disfrazado se incorporó á la división que estaba todavía en la Residencia.

¿Qué hacía entretanto Whitelocke? ¿Cuáles eran sus esfuerzos para informarse de sus tenientes, y poder enviarles ayuda si la necesitaban? Es aquí donde los cargos formulados contra dicho general adquieren mayor gravedad. Durante la primera parte de la acción permaneció en la casa de un inglés llamado Mr. White, situada á espaldas de los corrales del Miserere y donde había establecido su despacho. Envió desde allí algunos ayudantes en busca de noticias, pero habiendo regresado esos ayudantes sin poder penetrar á la ciudad, no se preocupó de organizar tentativa seria alguna. Recién horas después de iniciado el ataque, aquella incomunicación comenzó á ponerle en cuidado, y dispuso entonces que una columna de dragones y carabineros al mando del coronel Kingston, se internara por la parte más céntrica de la ciudad, despejando el camino, si era necesario, con dos piezas ligeras de cañón que al efecto se le entregaron.

Dicho coronel no tuvo mejor suerte que los jefes de la columnas que le habían precedido: acorralado y deshecho frente al cuartel de los patricios, donde cayó él mismo, entre los primeros, herido de gravedad, tuvo que rendirse. Fué él quien dispuso, al morir, que su cadaver fuese sepultado en aquel cuartel, « para dor- « mir el sueño eterno bajo la salvaguardia de los va- « lientes que lo habían vencido ».

Libre de enemigos el centro de la ciudad, consideró Liniers llegado el momento de poner fin á tanto estrago y comunicó á sus amigos la idea que tenía de enviar un parlamentario al general Whitelocke. La

(1) V. F. Lopez — « Historia de la República Argentina » t. II, pág. 164. Recoge también este autor otra versión, sin atreverse á desautorizarla, según la cual el que salvó á Pack fué fray Ignacio Grela, aún cuando escondiéndolo en el oratorio del padre Leiva.

personalidad del ilustre caudillo se caracterizaba, ya lo hemos visto, por un lamentable predominio de los sentimientos del corazón sobre los dictados del cerebro y aun del deber. Toda la energía y todo el ardor que acababa de demostrar siendo el primero en los sitios del peligro y en las órdenes de ¡Victoria ó muerte! se eclipsaron como por arte de magia no bien la compasión por el vencido comenzó á producir en su alma el desgraciado efecto de costumbre. «En tales circunstancias, « Liniers se disponía á proponer al general inglés la « devolución de todos sus prisioneros, ofreciéndole el « libre reembarco del resto de sus tropas, cuando se « presentó el Alcalde don Martin de Alzaga, oponiendo « su voto á estas proposiciones que esterilizaban la « victoria. En cambio exigió que se le ofreciese eso « mismo, pero á condición de evacuar la plaza de Mon- « tevideo. «Oh, dijo Liniers, «eso no es del caso, eso « perjudicaría al negocio.» — «¡Pongámoslo!» insistió « el enérgico Alcalde, y así se puso...» (1)

El texto del respectivo oficio fué el siguiente:

« Exmo. señor: Los sentimientos de humanidad « que animaron á V. E., sin conocer mis fuerzas, á « proponerme el capitular, me animan hoy, con pleno « conocimiento de las de V. E., con ochenta oficiales « de todas graduaciones, y mil soldados prisioneros, y « á lo menos con el doble de muertos, sin que los ata- « ques hayan llegado al centro de mi batalla. Para « evitar mayor efusión de sangre y dar á V. E. una

(1) B. Mitre. Historia de Belgrano t. I, pág. 198 y 199. Lopez niega la veracidad de este suceso y sostiene que la exigencia de la evacuación de Montevideo fué inspiración exclusiva de Liniers. Lopez empero es muy dado á afirmar las cosas por su sola cuenta. «El brillante y festivo escrítor que cultiva la inexactitud como un don literario», dice Groussac, clasificándolo. Un caso: afirma Lopez que Alzaga no se mostró en la defensa una vez que comenzaron á silbar las balas y en el parte de Liniers al príncipe de la Paz se lee lo siguiente: «Pero lo que es digno de todo elogio, es el « cuerpo municipal, quien desde el momento del ataque no desamparó la « plaza, dando las providencias más oportunas para los abastos, custodia « de los prisioneros, y asistencia de los heridos, DESPRECIANDO EL PELIGRO QUE « LO RODEABA, *de que advertí varias veces al alcalde de primer voto don « Martín de Alzaga*»....etc. Quien lo dice es el rival, nada menos del animoso alcalde; y la concluyente afirmación que antecede, no parece posible que haya sido ignorada por el historiador referido.

« nueva prueba de la generosidad española, vengo « á proponer á V. E. que, siempre que se quiera reem- « barcar con el resíduo de su ejército, evacuar á Mon- « tevideo y todo el Río de la Plata, dejándome rehe- « nes para la seguridad del tratado, no solamente le « devuelvo todos los prisioneros que tengo en el mo- « mento en mi poder, sino todos los que tengo hechos « á su anterior el Mayor General Beresford; en inteli- « gencia, que no admitiendo V. E. esta respuesta, no « respondo, según el enardecimiento de mis tropas, de « que experimenten las suyas todo el rigor de la gue- « rra, estando tanto más exasperadas, cuanto que tres « de mís edecanes han sido heridos, habiéndose pre- sentado á diferentes puntos en que habían asomado « banderas parlamentarias; motivo por el cual envio « á V. E., esta por uno de sus oficiales, esperando su « respuesta en el término de una hora. — Tengo el « honor de ser de V. E. su obediente servidor. - *San-* « *tiago Liniers*. — Buenos Aires, 5 de julio de 1807. « — Exmo. Sr. John Whitelocke ».

La primera inspiración de Whitelocke ante esta proposición, que llegó á sus manos estando aún en los Corrales de Miserere, fué contestar que consultaría el caso con el almirante Murray. « Pero Gower á « quien pidió parecer, objetó que semejanto respuesta « entrañaría la confesión tácita del deseo de querer « arribar á un tratado, si el almirante convenía en « ello; y que, por otra parte, no debía dar otro paso « semejante hasta no investigar personalmente la e- « xactitud de los echos y enterarse bien de los me- « dios de que podía disponer para un nuevo ataque. « De consiguiente, que cuadraba, por lo pronto ga- « nar todo el tiempo posible; siendo el mejor pretexto « para ello, pedir suspensión de hostilidades, por unas « cuantas horas, con objeto de recoger los heridos y « cangearlos mutuamente; conservando cada cual, mien- « tras tanto, las posiciones que ocupaba. » [1]

1 Miguel Lobo, Historia de las Antiguas Colonias Hispano-Americanas, t. II, p. 139.

Así se hizo en la nota contestación, en la cual después de proponer dicho temperamento añadía Whitelocke:

« Por lo que respecta á la idea de rendir las ventajas que este ejército ha obtenido es absolutamente « inadmisible. Habiendo tomado muchos prisioneros, « apresado una porción de artillería, con todas las municiones y ganado á ambos flancos, dejo á la sinceridad de V. E. la comparación de la situación respectiva de los dos ejércitos. Lamento la circunstancia de haber sido heridos sus dos Edecanes. No puedo « atribuirlo á otra cosa, que á las equivocaciones que « comunmente ocurren al principio de las hostilidades; « yo cuidaré que no vuelvan á suceder, pero tengo « que observar, que á mi Edecan le hicieron fuego « por todo su camino hacia las lineas de V. E. cuando « lo mandé de parlamentario el 4 del corriente. »

La respuesta de los de la plaza fué esperar un cuarto de hora, y no viendo señales de variación en la disposición de ánimo de los enemigos respecto de su propuesta, reanudar el fuego en toda la ciudad, destacando al mismo tiempo una columna sobre la Residencia para reconquistarla, la columna que fué rechazada. Este contraste no alentó empero mayormente á los invasores. La terrible lección recibida les había abierto los ojos demasiado, para que se pagaran de una ventaja meramente accidental y sin trascendencia. El General Gower llamado á este tiempo por Whitelocke á dar su parecer sobre si podía intentarse con perspectivas de éxito un nuevo ataque, da una repuesta que revela á lo vivo la tremenda impresión causada en los ingleses por la resistencia del pueblo de Buenos Aires. « Mi opinión era — dice — que aun cuando « el general español se hallara dispuesto á entregar « á Buenos Aires sin entrar en nueva lid, el número « restante de tropas no era de ningún modo adecuado ni cosa parecida para poder dominar masa tan grande « de habitantes armados, ni con que sostener los puntos « absolutamente necesarios. »[1]

(1) Proceso Whitelocke — Declaración del general Gower.

En tal virtud, Whitelocke se apresuró á cortar las hostilidades recomenzadas, con la nota que sigue:

« Plaza de Toros, Julio 6 de 1807 — Señor: Tengo « el honor de decir á V. E. que cuando recibí su « carta venía á este sitio; y presumo por haber V. E. « renovado su fuego de artillería, que no se halla dis- « puesto á convenir en la cesación de armas que he « propuesto. Me son muy sensibles los padecimientos « de los infelices que estando heridos necesitan auxi- « lio, y por eso propongo á V. E. la cesación de todo « fuego mientras le mando un oficial de rango, el ma- « yor general Lewison Gower, quien explicará á V. E. « los términos en que me he propuesto adherir á las « intenciones expresadas en su carta. — *Ihon White- « locke.*

« Excelentísimo señor general Liniers ».

La entrevista entre Gower y Liniers no fué muy larga y dió por resultado un proyecto de bases para la capitulación que contenía todas las propuestas en el primer oficio del último. (1)

(1) Helo aquí:

Texto de Gower

«1. Habrá desde este día cesación de hostilidades en ambas Bandas del Rio de la Plata.»

«2. Las tropas de S. M. B. conservarán, durante el tiempo de cuatro meses, desde el día de la fecha, la fortaleza de Montevideo, y como país neutral se tirará una línea desde San Carlos, al Oeste, hasta Pando, al Este, y no habrá hostilidades en ninguna parte de esta línea.»

«3. Habrá de ambas partes una restitución recíproca de prisioneros, incluyendo no solamente los que se han tomado desde la llegada de las tropas del mando del Teniente General Whitelocke, sino tambien todos los súbditos de S. M. B. tomados en la América del Sud desde el principio de la guerra.»

«4. No se pondrá impedimento en los abastos de víveres que se pidan para Montevideo.»

«5. Se dará el término de diez días, para el reembarco de las tropas de S. M. B. para pasar á la Banda del Norte del Río de la Plata, con todas sus armas (las que en la actualidad las tengan) cañones, municiones y equipajes, en los puertos más convenientes que se escojan; y durante este término podrán vendérseles víveres.»

«6. Durante el término de cuatro meses no se pondrá impedimento al comercio de los ingleses. Fuerte de Buenos Aires, Julio 6 de 1807. — *J. Lawison Gower*, Mayor General.»

Notas de Liniers

«1. Acordado en todos sus puntos.

Whitelocke lo leyó, mas no quiso contestar sin previa consulta con el almirante Murray á quien citó acto contínuo á una conferencia.

Al dia siguiente, Liniers recibió la respuesta definitiva. Decía así:



El Almirante Murray

«Señor: Tenemos el honor de comunicarle, que ins-
«pirados solamente de los motivos que le ha expre-
«sado el Mayor General Lewison Gower, consentimos

«2. Acordado solo por el término de dos meses, entendiéndose la neutralidad únicamente en que ambas naciones puedan vivir libremente bajo sus leyes respectivas, y que los vasallos españoles serán juzgados por las suyas, lo mismo que los ingleses por sus respectivas.

3. Acordado.

«4. Acordado, por el mas pronto despacho de sus buques.»

5. Acordado.»

6. Es inadmisible, por ser enteramente contrario á las leyes del pais.»

«7. Que llegado el caso de la entrega de la plaza de Montevideo, se hará en los términos que encontró y con la artillería que tenía.»

8. Se entregarán mutuamente tres oficiales de graduación hasta el cumplimiento de lo acordado por ambas partes, debiéndose entender que los oficiales de S. M. B. que han estado bajo su palabra, no podrán servir contra la América del Sur hasta su regreso á Europa. Buenos Aires, Julio 6 de 1807. —*Santiago Liniers.*

« en las condiciones propuestas, y se nombrarán ofi-
« ciales, para que juntos con los nombrados por V. E.
« se tomen las disposiciones para el recibo de prisio-
« neros, el embarque del ejército inglés y otros par-
« ticulares. Tenemos el honor de ser de V. E. obe-
« dientes, etc.—*John Whitelocke. George Murray.*

« Excmo. Señor General Liniers.

Esta capitulación, por la que se permitía al ejército inglés evacuar la ciudad de Buenos Aires, y especialmente la cláusula de abandonar la plaza de Montevideo, no ha sido perdonada en Inglaterra á los que la aceptaron. Viejos veteranos, como el Coronel Brown, que había sido dejado al mando de la vecina ciudad en la otra orilla, derramaron lágrimas al verse obligados á reconocerla y acatarla.

Los siguientes párrafos del discurso con que á la llegada á Londres de las tropas vencidas, abrió el proceso del general Whitelocke el fiscal militar de aquel reino, honorable Ricardo Reyder, son también bastante expresivos:

« Sir Guillermo Meadows y oficiales generales del
« tribunal: aunque sois convocados con un motivo el
« más importante en la historia militar de este país,
« que jamás llamara la atención como al presente, no
« os detendré mucho en iniciar estos cargos. El asun-
« to es demasiado doloroso para detalles innecesarios
« y los acontecimientos son demasiado recientes y están
« demasiado impresos en la memoria y sentimientos
« de todos, para que yo necesite quitaros mucho tiem-
« po en este grado de la causa. No conceptúo necesa-
« rio deciros que la expedición al mando del general
« Whitelocke, considerada en la opinión, al menos, de
« los que la concibieron, más que suficiente en mate-
« ria de fuerza para realizar el objeto — la conquista
« de la provincia de Buenos Aires — ha fracasado com-
« pletamente, y eso, con la lamentable pérdida de una
« gran parte del brillante ejército que la emprendiera,
« que falló, no sólo en dejar de realizar su objeto, si-
« no que terminó en absoluto abandono de las pre-
« ciosas ventajas que el valor de las tropas británicas,

« bajo otro jefe, había conseguido antes en el impor-
« tante puesto de Montevideo.

« Con este desgraciado suceso se han desvanecido « todas las esperanzas que, con tanto fundamento y « generalidad, se abrigaban de abrir nuevos mercados « para nuestras manufacturas, de dar mayor ensanche « al espíritu de empresa de nuestros comerciantes, de des- « cubrir nuevas fuentes de tesoros y nuevos campos que « explotar, en llenar las rudas necesidades de paises « que salían de la barbarie ó las demandes artificiales « y crecientes del lujo y refinamiento de aquellas re- « motas regiones del globo. Importantes como deben « ser para este país, en todos tiempos, esos fines, el « estado de la Europa y las tentativas que día á día « se habían estado haciendo para excluirnos de nues- « tra acostumbrada comunicación con el continente, « han aumentado la importancia de esos objetos y el « desvanecimiento de esas esperanzas.

« Este revés también ha sido cruelmente acibarado « con la deshonra que, bajo todas fases, ha acompa- « ñado las armas británicas. La disminución de nues- « tra reputación militar debe considerarse siempre co- « mo una gran calamidad nacional, pero en ningún « tiempo tan severamente como en esta crisis del mun- « do, en momentos en que nuestro carácter militar se « hace más esencial que nunca, no sólo por nuestro « honor y nuestra gloria, sino por la independencia, « las libertades y la existencia de la Gran Bretaña.

« No obstante, es un gran consuelo el que cual- « quiera que haya sido la mancha que ha recibido nues- « tra reputación militar, ninguna participación ha te- « nido en ella la conducta de las tropas. Creo que cuan- « to más se examina ese ataque del 5 de julio, tan- « to más claro se verá que jamás tropas algunas des- « plegaron más valor, que ningunos oficiales, excep- « tuando los complicados en estos cargos, y ojalá que « el resultado de esta información haga desaparecer la « excepción inmerecida, pero aun así mismo, que nin- « gunos oficiales jamás manifestaron más frialdad, más « celo, mejor conducta, más anhelo á la causa común

«durante el mayor peligro de la acción, que la que «manifestaron los oficiales británicos en toda esa jor«nada de destrucción»

XI

CONCLUSIÓN

Tan gloriosa victoria como la obtenida contro Whitelocke, no podía ménos que producir un desbordamiento del entusiasmo público. A raíz de obtenida, lanzóse la población toda á las calles, movida por el mismo sentimiento de patriótico júbilo, entre alegres repiques de las campanas de todos los templos de la ciudad y salvas continuas de cañón y fusíl.

Los días que siguieron, puede decirse que no hubo manifestación de la vida social que respondiese á otro objeto que la celebracion y magnificación de dicho feliz acontecimiento.

« Las fiestas, los donativos, las ovaciones, el en-
« tusiasmo de las familias, echadas de puro y sublime
« gozo á las calles, á las plazas, á los templos; la re-
« surrección, ó por mejor decir, la iniciación de la vi-
« da libre y emancipada que la juventud recibía en
« los cuarteles y en los gremios, hablando, actuando,
juzgando los acontecimientos y los personajes públicos de adentro, del mundo entero, traídos á la es-
« cena por el efecto natural de los sucesos que aca-

« baban de tener lugar, eran una poderosa revelación « para el sentimiento nacional. Napoleón, la Europa, « la Inglaterra, el norte, las grandes batallas, las vas- « tas campañas, la España y su gobierno, la importan- « cia de la América y del Río de la Plata, todo, en « fin, comenzó de aquel día á ser materia de discu- « sión: no ya como antes entre lejanos y olvidados « espectadores que cazaban uno ú otro de los grandes « sucesos en la atmósfera encerrada de un villorrio; si- « no de presente, como actores y partícipes en la obra « común de la época, cuyo puesto á nadie cedía en « espectabilidad ni en honor». [1]

Entre las demostraciones á que venimos aludiendo, destacáronse por su significación y su brillantez, dos: religiosa la una y civil la otra.

Fué el lugar de la primera el templo de Santo Domingo, teatro que había sido de uno de los más gloriosos momentos de la defensa. La torre con negras banderas flameando al viento, y su frente cubierto de colgaduras del mismo color, predisponían de antemano el espíritu de los concurrentes, al dolor y la oración. Un túmulo de proporciones imponentes que se alzaba á la altura del crucero de la iglesia, mostraba entre palmas y laureles esta inscripción: — « A LOS GUERREROS « ARGENTINOS, QUE POR SU TIERRA NATAL INSULTADA, POR « SUS HOGARES, SUS HIJOS Y SUS ESPOSAS, RINDIERON GLO- « RIOSAMENTE LA VIDA.»

Efectuóse la segunda en la plaza Mayor y consistió en la manumisión solemne de setenta esclavos. « En un tablado elevado en la plaza al pié de « los balcones capitulares, se verificó el sorteo, con « asistencia de todas las corporaciones y en presencia « de un inmenso concurso. En una urna colocada á la « izquierda, se encerraban los nombres de seiscientos « ochenta y seis esclavos, considerados por sus hazañas dignos de la libertad; á la derecha, se escondían « setenta suertes, interpoladas con otras bolillas blan- « cas, y dos niñas colocadas al pié de ellas extraían

1 V. F. Lopez, Historia de la República Argentina, t. II, p. 193.

simultaneamente los nombres y las suertes. Cuando « se proclamaba el nombre del esclavo libertado, un « redoble de tambor anuciaba el premio, y entonces una diputación del batallón de pardos y morenos li- « bres, los conducía á son de música bajo sus bande- ras, incorporándolo en sus filas con los ojos baña- « dos en lágrimas de gratitud y alegría ». [1] La lira sencilla y noble de fray Cayetano José Rodríguez realzaba al mismo tiempo esa conmovedora ceremonia, con este hermoso poema:

Llegó el felice día
oh pueblo á todas luces venturoso,
en que la musa mía
cediendo sus temores á su gozo
puede cantar tu triunfo, tu victoria,
tu más heróica acción tu mayor gloria.

Para ceñir tus sienes
esta piedra faltaba á tu corona:
oh pueblo ya la tienes,
y ella es sin duda la que mas te abona:
pues al nombre de *fiel y valeroso*
el dictado añades de *piadoso*.

Disfrutabas contento
de dulce paz, efecto de tu brazo,
tu victorioso aliento
te preparó morada en su regazo:
pero esta gloria fuera muy menguada
si tu piedad quedase desairada.

Tú, sin par generoso,
por un rasgo de honor inimitable
realzando lo piadoso
te prestas á favor del miserable,
dejando de algun modo satisfechos
de libre condición justos derechos.

Más humano que aquella
antigua Roma, la ciudad del mundo,
tu honor piedades sella,
que te hacen el primero sin segundo,
pués si Roma forjó cadenas tantas,
tú, vencedor con gloria, las quebrantas.

No dictó sabia Atenas
dictámenes más bellos. Tú has formado,
de amor y piedad llenas
leyes que al oprimido han sublevado
consagrando á su alivio y su consuelo
tu gratitud, tus bienes y tu celo.

El secreto has hallado
de aumentarte celosos defensores,
pues tan bien has pagado
de su inculto valor raros primores.
Ni saben cual es más al mejorarlos,
si haberte libertado ó libertarlos.

No gima ya la triste
humilde condición del miserable,
pues que desde hoy ya viste
librea nueva de honor más respetable.
A su heroico valor se lo ha debido
y á tu piedad ¡oh pueblo agradecido!

Jamás te ha amanecido
Buenos Aires feliz, más claro día
que aquel en que has sabido
los llantos convertir en alegria,
á tantos redimiendo del pesado
yugo de esclavitud que habian cargado.

Esta acción te coloca
al lado de mentor, del sabio Minos
como á ellos dar te toca
de gobierno dictámenes divinos:
pues es menos vencer, puesto en partido,
que premios saber dar al que ha vencido

Doquiera que el sol luce
y de esta noble acción se haga memoria,
al punto se trasluce
tu fama, tu piedad, tu honor, tu gloria;
y envueltas quedan en conceptos vagos
las Espartas, las Romas, las Cartagos.

No ya solemnes vivas
escuches de los pueblos más lejanos,
ni pláçemes recibas
porque heroico venciste á los Britanos;
que más gloria te da lo generoso
que la nota de invicto y victorioso

1 B. Mitre H. de Belgrano, t. I, p. 202.

En tu intrépido aliento
de Sagunto y Numancia copia fuiste,
y quizá algun momento
tan valientes excesos excediste.
Más, en premiar del pobre el hero ismo
eres ejemplo y copia de ti mismo.
Aunque te son debidas,
están demás columnas é inscripciones:
están bien esculpidas
en el alma de todos tus acciones.
Pero esta sola erige un monumento
Que de único y raro es un portento.
Si á la par de tu anhelo
acreciera tu haber hasta lo inmenso,
ejercicio tu celo
hallará en tus piedades más extenso,
¡y que fuerza, si fuera tu tesoro
el encantado vellocino de oro!
Tanta piedad consuela
á quien el hado barajó la suerte,
y tino se desvela
por motivo más noble en defenderte,
reputando quizá yugo süave
el que antes soportó modesto y grave.
Esto hace tu decoro
oh pueblo fiel; y acción de tanto grado
es la manzana de oro
que te hará en ambos mundos envidiado:
Ni será la discordia por ganarte.
si, por tener la gloria de imitarte.
Del argentino Río
las aguas publicaron tu victoria:
pero á esta acción le fio
que eternice en el Globo tu memoria,
así resonará de polo á polo
con crédito inmortal tu nombre solo.
¡Oh! quiera grato el cielo
impartir premíos con benigna mano,
dando á tu heróico celo
guirnalda eterna, premio soberano:
porque una acción que en si todas encierra,
recompensa no tiene acá en la tierra.
Entretanto recibe
el aplauso común, pues el te aclama:
feliz descansa y vive
en brazos del honor y de la fama:
Y sea tu nombre célebre y famoso
el pueblo *fiél, valiente* y *generoso*.

En esta forma celebrabo Buenos Aires la gran victoria que acababa de obtener, y de la que arrancaría el movimiento libertador de mayo, por esa ley sabida de que nadie que adquiere conciencia de su poder se resigna á vivir subyugado.

Desde entonces han pasado muchos años.

Las antiguas colonias españolas del Río de la Plata gozan hoy vida independiente y se inclinan respetuosas, engrandecidas por casi un siglo de rudo pero al cabo fecundo penar en la inexperiencia, ante esos gloriosos días con que se inició su historia de legendarias proezas.

¿Que hay, empero, que perpetúe tales acciones y las señale en su grandiosa significación á las generaciones venideras? Tan sólo las páginas que les han dedicado nuestros historiadores, y esta obra con que se incorpora á ellos quien la ha escrito.

El anhelo de un monumento que preste á tan viriles y gloriosos esfuerzos la consagración de los homenajes que no mueren, surge justiciero del fondo de toda alma templada al calor de nuestra tradición.

La idea esa ha sido impugnada, no lo ignoramos, más que nada tal vez por la forma restringída que ha tomado en brazos de un grupo indudablemente bien inspirado, pero sin las necesarias condiciones de prestigio y arraigo social.

El propósito, sin embargo, debe ser apoyado, y triunfará: lleva en si la fuerza de los homenajes que se imponen.

Por otra parte, los argumentos en que se ha presentado fundada la disidencia, no resisten al análisis.

La reconquista y defensa de Buenos Aires se han producido, es cierto, antes de la constitución de nuestra nacionalidad; pero no por esa dejan de ser esos hechos el elocuentísimo ejemplo del civismo y valor que fueron. Lo que se requiere para la conmemoración perenne de un hecho histórico, no es que caiga dentro de una determinada época sino que sea glorioso y que sea grande. ¿Se peleó ó no con denuedo en las jornadas de los años 1806 y 1807? ¿Se sacrificaron ó no en bien de la comunidad y en holocausto al deber los afectos, las fortunas y las vidas? ¿Se venció ó no, como vencen la valentía y el coraje cuando encienden su fuego en pechos esforzados? Esto es lo que importa saber. ¿Hay alguien que oponga alguna traba fundada al veredicto de la historia, que proclama con la autoridad solemne de sus fallos que ese hecho honra la tradición generosa del pueblo de Buenos Aires y le engradece? No. Pues conmemorarlo y perpetuarlo en el bronce ó en el marmol, es entonces, además de un deber de gratitud, una noble y digna enseñanza, y la iniciativa que tal persiga, provenga de quien provenga, y tenga ó no en su favor el ascendiente de las togas, las liras, los entorchados y los apellidos aristocráticos, no puede ser desechada y combatida sin inconsideración para con la justicia y para con la patria.

¡Se dice que nuestra patria no existía el año seis! Pero, ¿es que se cree que por el hecho de habernos independizado ha cambiado de lugar nuestro suelo y hemos dejado de ser nosotros una mera continuación de la sociedad antes sujeta á la metrópoli? La mayor

edad no desliga de la adolescencia: sencillamente habilita para marchar sin tutela. Las calles que fueron bañadas por la sangre de nuestros padres en las jornadas de la Reconquista y la Defensa, son las mismas que forman hoy la parte más condensada y valiosa de esta gran población, y día á día nos repiten en su mudo lenguaje: « por aquí pasó Beresford; allí « se inmortalizaron los patricios, acá se rindió Crawford »; y en todas partes, aquí y allí: « en estas ca« lles sucumbió el ejército más aguerrido y poderoso « que pisara en aquellos tiempos las costas del Plata, « al empuje y al denuedo de un pueblo cuyo corazón « es todo nobleza, pero cuyas iras son también como « rayo ». Ahora bien: ¿pretenderemos negar contra todas esas irrecusables voces, que los beneficiados de tanto heroismo somos nosotros, y que si algún temor podemos abrigar es de no ser merecedores de tanta gloria?

Los impugnadores de la idea del movimiento procuran justificar su actitud con la consideración de que ante el derecho público de las naciones, ante el sentimiento de la época en relación al invasor, ante los hechos políticos y militares de la reconquista y de la defensa, España y solamente España son la patria, y que por consiguiente ambos sucesos pertenecen á la historia de esa nación, por la cual y para la cual *su colonia* luchó con tan extraordinaria valentía.

Aun concediéndolo así, lo que no es poco conceder, notoria como es la participación principal que cupo en ambas jornadas á la población criolla, [1] — siem-

---

1 Según datos de una muy apreciada colección de documentos que poseía don José Joaquin de Araujo, los cuerpos y compañías sueltas que concurrieron á la defensa fueron los siguientes.

1 Regimiento de infantería de Buenos Aires; 2 id. de dragones; 3 Blandengues de Buenos Aires; 4 Blandengues de Montevideo; 5 Cuerpo de marina; 6 Compañía de Granaderos de Buenos Aires; 7 Cuerpo de Patricios, compuesto, según un documento que tiene la firma de su jefe, D. Cornelio de Saavedra, de 395 soldados, 21 subtenientes, 23 tenientes, 23 capitanes y 18 miembros de la Plana Mayor; 8 Tercio de cántabros; 9 id de vizcaínos; 10 id de gallegos; 11 id de arribeños; 12 id de catalanes; 13 id de andaluces; 14 Artillería veterana y urbana; 15 Patriotas de la unión; 16 Cuerpo de naturales, pardos y morenos; 17 Batallón de naturales, pardos

pre resulta simpática y acreedora á estímulo y ayuda la iniciativa del monumento. Porque ha tiempo que es llegada la hora de cerrar de una manera definitiva las diferencias con España que originó la guerra de la independencia, y que subsisten todavía, aunque visiblemente atenuadas; y nada mejor al efecto, ningún tributo más expresivo al par que digno de respeto y amor á nuestra antigua madre, que un recuerdo como ese de los tiempos en que el vínculo filial se conservaba fuerte y en que el criollo y el hispano supieron mostrar gloriosamente que llevaban en sus venas la misma sangre y el mismo ardor.

Que dos ilustres prohombres de aquellos sucesos, Alzaga y Liniers, hayan tenido una actuación posterior contraria á la causa de la indipendencia, y hasta merecido la última pena, nada importa. La parte de sus vidas que necesariamente deberá recordar el monumento, es su comportamiento como bravos y como patriotas en el rechazo de las invasiones inglesas, y nada más. Si dentro del explicable concepto de fidelidad que ellos tenían formado, conspiraron más tarde y quisieron contener la ola de libertad que avanzaba, purgada, y ojalá que no por demás, quedó la temeridad; y mal puede ella oponerse al homenaje que les debemos por sus primeras beneméritas acciones.

Esto es lo que dicta la reflexión desapasionada y lo que fluye sin violencia del veredicto que sobre los sucesos en que fueron principales actores los dos referidos personajes, dá la historia.

Ella debe recoger también datos sobre la suerte final de los hombres que presenta á la mirada de las generaciones, y no faltaremos, por nuestra parte, en

« y morenos; 18 Primer escuadrón de húsares llamados de Pueyrredon; 19 « y 20 Segundo y Tercero id; 21 Escuadrón de cazadores; 22 id de Migueletes; 23 Carabineros de Carlos IV; 24 Cuerpo de labradores».

Los que pretenden, pues, para sólo los españoles la gloria del rechazo de los ingleses, como los que se afanan por hacerla recaer exclusivamente sobre los argentinos, servirán á su manera los intereses de su respectiva nacionalidad, pero no marchan de acuerdo con la realidad que patentiza la historia en la enumeración que antecede.

lo posible, á esa legítima exigencia de la ilación y la unidad.

Liniers desenvolvió su acción en el gobierno, y concluyó como se verá en el tomo próximo á aparecer de estas narraciones.

Sobremonte permaneció en Buenos Aires hasta fines del año 1809. Durante todo ese tiempo no pudo conseguir de Liniers que le formara el proceso á que se había hecho acreedor por su conducta y que estaba ordenado por el rey conjuntamente con su suspensión del virreynato y su sustitución por don Pascual Ruiz Huidobro, que conducido á Londres, como se recordará, junto con un buen número de los soldados vencidos en Montevideo, sólo volvió de allí cuando ya se le había designado reemplazante.

Ruiz Huidobro tiene para los argentinos este meritísimo rasgo: cuando llegó el momento de resolver en el cabildo abierto de 1810 si el pueblo estaba sobre la autoridad del virrey y podía reemplazarlo por una junta, el ex gobernador de Montevideo unió su voto al de los criollos, incorporándose así al glorioso movimiento á que es deudora de su libertad la República Argentina.

El gentil personaje á que aludimos, murió años después en Mendoza.

Retomando el hilo de lo que decíamos acerca de Sobremonte, no se conformaba éste con su situación, é instó tanto ante Liniers que al fin le fué concedida autorización para trasladarse á España en la fragata de guerra Mercurio, junto con un subsidio de 12,073 pesos, que decía él le correspondían por sueldos atrasados. Alegaba Sobremonte, fundando este reclamo, que eso era lo único con que contaba para el viaje; mas su propio compatriota el historiador Lobo, dice que tenía á la fecha fincas en Montevideo que ocupaban una manzana completa en uno de los mejores sitios de la población. (1) Una vez en España el desgraciado

(1) Miguel Lobo, «Historia de las antiguas colonias hispano-americanas», t. II, p. 65.

virrey, no paró hasta obtener se examinara y juzgase su conducta durante los sucesos que habían ocasionado su destitución del gobierno del Río de la Plata; y por más que no parezca creíble, el consejo de militares que al efecto se convocó, en el que intervinieron hombres ilustres del ejército de la madre patria, dictó la siguiente sentencia:

« Habiéndose formado por el Sr. D. Blas de Soria, « brigadier de los ejércitos nacionales, y agregado al estado mayor de esta plaza, el proceso que procede contra el Excelentísimo Señor Marqués de Sobremonte, Virrey y Capitán General de Buenos Aires, « á consecuencia de la orden del distinguido Consejo « de Guerra y Marina inserta por cabeza, y dirigida á que con presencia de los documentos que acompañó « S. A. y demás diligencias que se juzgaron oportunas y practicables, se escribiera causa con arreglo y ordenanza, y consecuente á las reclamaciones del mismo Marqués, que presentó el Excelentísimo Señor Capitán General de Andalucia Don Juan de Villavicencio remitió al Señor Fiscal, para que « arreglándose á su tenor recibiera la declaración al primer testigo; habiéndose hecho relación de todo lo actuado al Consejo de Guerra de Oficiales Generales « celebrado en los días 8, 9, 10, 11 y 12 del presente mes de Noviembre en casa del Excelentisimo Señor « Don Cayetano Valdés, actual Capitán General de esta « provincia que lo presidió, siendo jueces los Señores « Teniente General D. Nicolás Mahi, el Mariscal de « campo Don Ermenegildo de la Barrera, los Brigadieres Don Fernando de Saint Croix, Don Joaquin « Chamaño, Don Alonso Rodriguez Valdéz y el coronel « Don Lorenzo Giménez, Asesor el Licenciado Don « Manuel María de Urquinaona, Abogado de los Tribunales de la nación, compareció en el mencionado Tribunal el procesado, y oido sus descargos con la de« fensa de su Procurador, todo bien examinado, resultó por unanimidad devotos que en la presente cau« sa se había tratado de purificar los particulares con« tenidos en el citado interrogatorio compuesto de trein-

« ta y una preguntas, concernientes á esclarecer que
« el Excelentísimo Señor Marqués de Sobremonte ha-
« bía llenado sus deberes como Virrey y Capitán Ge-
« neral de Buenos Aires: y teniendo en consideración
« el Consejo que por el proceso y por las declaraciones
« de los diecinueve testigos examinados, y por los do-
« cumentos que ha presentado el Marqués, aparece que
« dió todas las órdenes convenientes para la conserva-
« ción de aquellos paises en la época de la invasión
« de las armas británicas el año de 1806 y 1807: y
« que no omitió los medios oportunos para la recon-
« quista que se verificó, haciendo cuanto alcanzó en las
« tristes circunstancias en que se halló, y estaban los
pueblos de su mando á la llegada de los enemigos
« y que continuó empleando sus conocimientos y es-
« fuerzos hasta que de una manera ilegal y por auto-
« ridad incompetente fué separado del mando, sobre
cuyo punto se abstiene el Consejo de hacer pronun-
« ciamentos por considerarlos ajenos de la atribución
« que ejerce y que está ceñida á condenar ó absolver
« al procesado. Por todas estas consideraciones declara
« el Consejo que no arrojando el proceso cargos algu-
« nos, ni faltas de las que se comprenden en el título
« VII, tratado VIII de las Ordenanzas del ejército, y
« habiéndose justificado que el Virreynato en la época
« de la invasión no se hallaba en estado de resistir á
« ninguna fuerza formal que allí se presentase,
« debía con reflexión al estado de este proceso y de los
« documentos citados, absolver de cargo al expresado
Señor Marqués de Sobremonte, y manifestar que llenó
« sus deberes en la parte gubernativa y militar, y que
« por consecuencia no debe perjudicar la formación de
este proceso á su buena opinión y fama: ni servirle
« de obstáculo á sus anteriores méritos y carrera, á
« cuyo fin se hará notoria esta decisión con arreglo á
« Ordenanza. Cádiz, 12 de Noviembre de 1813.
« *Cayetano Valdez — Nicolás Mahi — Hermenegildo Ba-*
« *rrera — Fernando Saint-Croix — Joaquin Caamaño*
« *y Pardo — Alonso Rodriguez Valdez — Lorenzo Gi-*
« *ménez* ».

Esta sentencia fué aprobada por la regencia del reino, y S. M. el rey ascendió al marqués de Sobremonte á mariscal de campo, nombrándole además consejero de Indias y mandando por último se le abonaran los sueldos devengados.

Por lo que respecta á los generales ingleses, Popham fué juzgado en Londres por un consejo de guerra que falló en su causa como sigue:

« El dictamen del Consejo es que los cargos he« chos contra el Capitán Sir Home Popham han sido su« ficientemente probados, y piensa además que el re« tirar, sin tener órden para ello, la totalidad de al« gunas fuerzas navales, cualesquiera que sean, del « lugar donde el gobierno ha querido que se emplea« sen, y el servirse de ellas para operaciones contra el « enemigo á largas distancias, particularmente si es « verosímil que al acometer semejantes empresas pue« da ó deba impedir que dichas fuerzas vuelvan pron« tamente á su apostadero, puede ocasionar los más « graves inconvenientes para el servicio público, me« diante á que el buen éxito de un plan formado por « los Ministros de S. M. para operaciones contra el « enemigo, puede entorpecerse ó desbaratarse entera« mente, por emplearse en otra parte dichas fuerzas « navales, y más si están comprendidas en el plan, y « se cuenta con ellas para ejecutarlo:

« De consiguiente el Consejo es de parecer que la « conducta de Sir Home Popham merece ser gravemen« te censurada, por haber retirado del Cabo de Buena « Esperanza la totalidad de esas fuerzas navales que « mandaba llevándolas al Río de la Plata; pero en con« sideración á la circunstancia se limita á declararle « muy reprensible, y en consecuencia le reprende ».

Beresford ilustró poco después la historia de su patria con victorias que dieron celebridad á su nombre, entre otras la de Albuera, en 1811, y concurrió poderosamente como teniente de Wellington á los triunfos de Victoria, Bayona y Tolosa. Entró en Burdeos con el duque de Angulema, el 13 de marzo de 1814. Después de desempeñar una importante misión en el

Brasil, fué nombrado por el príncipe regente generalísimo de las tropas portuguesas, confianza á la que supo hacerse acreedor con una conducta digna de sus antecedentes. Vuelto á Inglaterra, recibió de Jorge IV el título de vizconde. Sucedía esto en 1823. Más adelante estuvo de gobernador en Jersey. Murió siendo par y baron de Inglaterra.

El coronel Pack alcanzó también honrosa figuración al lado de Wellington, de quien fué principal colaborador en una de sus mas afamadas victorias. Sus sentimientos para con este país desde que lo abandonó, sufrieron una variación que mejora grandemente el concepto que de su personalidad autorizaban á formar los hechos reprobables con que le hemos visto señalarse. «Existe hoy en el salón municipal un precioso reloj « de estufa con que el coronel Pack, apenas llegado á Londres, obsequió á los Belermitas (ó Borbones) administradores y cirujanos del Hospital de sangre de « su instituto, como un recuerdo de gratitud por el « esmero y la diligencia con que habían atendido á « los heridos ingleses; y son conocidas tambien las gra- « tas reminiscencias con que elogiaba la benevolencia « y la cultura de las costumbres de Buenos Aires. Más « tarde se le vió tomar un vivo interés por los suce- « sos de la guerra de la Independencia; y se mostra- « ba siempre seguro de nuestro triunfo definitivo ha- « blando con elogio del valor y de la agilidad de los « soldados argentinos. Hemos oido decir, sin que ten- « gamos medio de comprobarlo, que el Coronel Pack « fué el que indujo al Teniente O'Brien (general ar- « gentino después) á venirse á nuestro país y tomar « parte en la guerra de la independencia ». [1]

En cuanto al general Whitelocke, la sentencia que el honor británico ofendido descargó sobre su persona, es de lo más severo que registra la historia. Esa sentencia, textualmente reproducida, dice así:

« Consideradas debidamente por el Consejo de Gue- « rra las razones en que se sustentan los cargos con-

(1) V. F. Lopez. « H. de la Republica Argentina », t. II, p. 180.

« tra el preso, teniente general Whitelocke, su defensa
« y las razones por él expuestas, opina que es cul-
« pable en la totalidad de dichos cargos, excepto en la
« parte del segundo, referente á la orden para que las
« columnas llevasen descargadas las armas, y que por
« ningún estilo se permitiese hacer fuego.

« Desea vivamente el Consejo no quede duda nin-
« guna de que en lo más minimo censura las precau-
« ciones tomadas para evitar innecesario fuego, mien-
« tras las tropas avanzaban á los puntos de ataque de-
« signados; y por lo tanto, absuelve al teniente general
« Whitelocke de esa parte del expresado cargo.

« El Consejo condena al teniente general John
« Whitelocke á la pérdida del empleo (*be cashiered*) y
« á que se le declare incapaz (*unfit*) é indigno (*un-*
« *worthy*) de gozar empleo militar, de cualquier especie
« que sea, en el servicio de su Majestad».

Al confirmar este fallo la corona, dispuso que fuera leído á la cabeza de cada uno de los regimientos del ejército inglés, « á fin de que quedase como dura-
« dero testimonio de las fatales consecuencias á que
« se exponen los Oficiales que en el desempeño de los
« importantes deberes que se les confian no despliegan
« aquel celo, juicio y decisión personal que, tanto su
« Soberano como su Patria, tienen derecho á esperar
« de aquellos á quienes se cometen mandos elevados.»

El rechazo del Río de la Plata de los ingleses, adquiere con todo eso un realce que salta á la vista.

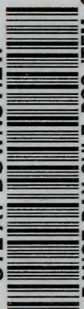
El dolor del inesperado contraste se agita comprimido en cada párrafo, en cada línea, en cada palabra de los documentos que hemos reproducido; documentos que si se explican perfectamente dentro del concepto que del honor y sus exigencias tienen formado los gobiernos, no alteran empero el fallo sereno de la historia, que proclama las victorias de los años 6 y 7, más que consecuencia de errores individuales (que los hubo también y graves en la dirección de las fuerzas de la plaza, y se venció no obstante) obra, después de Dios, de las ignoradas energias de los defensores de nuestro suelo en aquella época inolvidable brillan

tisima prueba con que los hijos de la madre patria aquí residentes y la población criolla en masa, demostraron al orbe que eran dignos los unos de su heroica tradición y los otros de los esfuerzos homéricos con que se abrirían muy luego, junto con el camino del gobierno propio, las puertas de la notoriedad y las entradas de la gloria.

FIN






UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 15 16 11 05 011 9